Autora best seller del New York Times

TESSA BAILEY

La chica de mis sueños



La chica de mis sueños

TESSA BAILEY

La chica de mis sueños

Traducido por Ana Isabel Domínguez Palomo
y María del Mar Rodríguez Barrena

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Dream Girl Drama*
Editor original: Del Rey, un sello de Random House
Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena

1.ª edición: enero 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2025 *by* Tessa Bailey
All Rights Reserved
© de la traducción, 2025 *by* Ana Isabel Domínguez Palomo
y María del Mar Rodríguez Barrena
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-87557-32-4

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Agradecimientos

Siempre les doy las gracias a las mismas personas cada vez que escribo un libro, y es porque no podría hacerlo sin ese equipo tan especial que me anima. Gracias a mi editora, May Chen, por permitirme escribir esta historia casi tabú que ninguna de las dos vio venir. La culpa la tiene cierto defensa de los Red Wings por mirarme un momento durante un partido de los Islanders, lo que dio rienda suelta a toda esta idea. Muchísimas gracias a todas las librerías independientes que me acogieron el año pasado durante varias giras promocionales. Conocer a las lectoras que disfrutan de mis libros me da la confianza y el estímulo necesarios para seguir escribiendo. Gracias a Danielle Bartlett y a DJ DeSmyter de Avon Books por el gran trabajo que hacen en mi nombre. Como siempre, gracias a mi marido y a mi hija por ser mi motivación y alegría. Esta serie está llegando a lugares que no esperaba y que nunca me habría imaginado, así que gracias en especial a mis lectoras, que están dispuestas a todo…, incluso a dejar de lado la incredulidad para disfrutar de la rivalidad entre el *hockey* y el béisbol que surge en un parque canino. ¡Os quiero!

Capítulo uno

Cuando a Sig Gauthier le ocurrían cosas buenas, siempre se sorprendía.

Aunque el adjetivo «bueno» no bastaba para describir el momento en el que conoció a Chloe.

No existía ninguna palabra para eso.

Comprendió sin más que su vida nunca volvería a ser la misma, y la que había llevado hasta conocerla se convirtió en una colección de formas y de sonidos indistintos, mientras que el presente adquirió una nitidez increíble, como un cristal empañado que acabara de limpiar.

Allí estaba Chloe.

Ocho minutos antes, se dirigía a la zona más esnob de todo Connecticut. Darien ostentaba el título de la población más rica del estado. Colegios de élite. Extensas propiedades. Fortunas de rancio abolengo. En otras palabras, que ese no era su ambiente. No estaba muy seguro de por qué había aceptado ir a cenar con su padre y su más reciente pareja sentimental, también conocida como la tonta más rica a la que había engañado hasta la fecha. Normalmente, rechazaba las invitaciones de Harvey Lerner, pero después de ver que la dirección era de ese sitio tan pijo, decidió conducir las tres horas que lo separaban de Boston por pura curiosidad.

¿Harvey también iba a acabar estafando a esa millonaria?

De ser así, estaba claro que se trataba de un patrón. Su propia madre decía que le había vaciado la cuenta bancaria y se había marchado cuando él era todavía un bebé. Su padre aseguraba que

había cambiado, que quería una auténtica relación paterno-filial con él, pero no acababa de creérselo. De vez en cuando, esa necesidad de mantener un vínculo paterno-filial que llevaba enterrada en lo más hondo asomaba la cabeza y accedía a reunirse con Harvey, y luego siempre se arrepentía. Esa noche no iba a ser distinta.

Un traqueteo en el motor de su camioneta Chevy de 1998 lo hizo sentarse más erguido.

—¡Joder!

Ya había oído ese ruido antes. Eso no iba a acabar bien.

De hecho, no había pasado ni un minuto cuando la vieja tartana que conducía desde sus tiempos de estudiante se detuvo. ¡Mierda! ¿Y a solo tres minutos de su destino?

Después de comprobar rápidamente su ángulo muerto, empezó a apartarse hacia el arcén de la carretera flanqueada por árboles, pero vio un cartel un poco más adelante que le llamó la atención: Club de Campo de Darien.

Resopló.

Su camioneta roja y abollada daría muchísimo el cante en ese aparcamiento, pero no quería arriesgarse a esperar a la asistencia en carretera en el arcén. El sol se estaba poniendo y había demasiadas curvas cerradas. Sería muy fácil que alguien acabara chocándose con él. Mejor esperar en un aparcamiento.

—Supongo que voy a perderme el caviar y los cócteles en el invernadero —murmuró, girando a la derecha hacia el cartel que anunciaba el club de campo. Fundado en 1957.

Aminoró la marcha hasta detenerse en una plaza libre del extremo más alejado y silbó por lo bajo mientras miraba el club por el retrovisor. Parecía sacado de una película. Farolillos titilantes, fuentes espectaculares y columnas blancas. Pistas de tenis, servicio de aparcacoches, un campo de golf. Seguramente tendrían una sala

de fumadores subterránea.

Hasta el aire parecía caro.

De hecho, raro sería que no apareciera un vigilante para pedirle que alejara cuanto antes su destartalado vehículo de las proezas de la ingeniería alemana aparcadas a su alrededor. Lo llevaban crudo.

Él no era fácil de mover, y que lo hubieran elegido en dos ocasiones para formar parte del equipo de los All-Stars lo atestiguaba.

Una vez que los Bearcats de Boston le ofrecieran un nuevo contrato, lo más probable era que pudiera permitirse el coche más caro de todos los que estaban en ese aparcamiento, igual que los abogados de las empresas y los herederos de los fondos fiduciarios que bebían *whisky* Macallan mientras veían a los golfistas jugar los últimos nueve hoyos, pero ni aun así se lo compraría.

Desenchufó el teléfono del cargador, miró la pantalla y soltó un taco al ver el temido icono de la batería vacía. ¿Un uno por ciento? Había tenido ese dichoso chisme enchufado durante todo el trayecto. A lo mejor no debería sorprenderse de que su cargador de mechero, desgastado y descatalogado, hubiera dejado de funcionar por fin, pero no podía haber elegido peor momento.

La pantalla se oscureció, y él se apoyó contra el reposacabezas.

—Esto es culpa tuya, tío. No deberías haber venido. —Sin mirar, arrojó el teléfono sin vida al asiento del acompañante—. Deberías haberte quedado en Boston.

¿Todavía no se había enterado de que alrededor de su padre nunca pasaba nada bueno?

No le quedaba más remedio que entrar en ese oasis de riqueza y pedir que le permitieran llamar por teléfono.

O que le dejaran un cargador. Para poder llamar a la asistencia en carretera.

¡Por Dios! No se le ocurría nada peor que aventurarse en ese patio de recreo exclusivo para el uno por ciento más rico de la población. Salvo, quizá, olisquear la equipación de sus compañeros después de un partido con prórroga. Pero ¿qué otra opción tenía?

Cogió el teléfono con un suspiro y abrió la puerta, despegando su casi metro noventa del asiento de cuero y desperezándose en la oscuridad mientras contemplaba el club iluminado.

«Acaba de una vez», se dijo.

Cerró de una patada la puerta, que emitió un chirrido oxidado, y echó a andar hacia los aparcacoches, acompañado por el sonido de sus pasos sobre el asfalto. Los chicos, ataviados con uniforme de chaqueta azul oscuro, lo miraban con cautela, pero supo al instante que uno de ellos lo había reconocido.

¡Un aficionado al *hockey*, gracias a Dios! Eso le daba una ventaja.

—Buenas… —los saludó, inclinando la cabeza—. Tengo un problemilla con la camioneta y mi teléfono acaba de morir. ¿Tenéis algún cargador? ¿O un teléfono que pueda utilizar?

—Sig. Gauthier, ¿verdad? —dijo uno de los chicos, que se acercó tendiéndole la mano para saludarlo—. Soy Benny. ¡Guau! ¿Qué hace en Darien?

—Cometiendo un gran error, seguramente. Lo del cargador…

—Tenemos estrictamente prohibido usar el móvil mientras estamos trabajando. Tengo todas mis cosas en la taquilla. —El pobre chico parecía descompuesto—. ¡Uf, mierda! No sé qué hacer. Ni siquiera te dejan usar el baño si no eres miembro —añadió en plan colega—. Es como si fueras invisible, vamos.

—¡Qué guay! —exclamó Sig con ironía—. ¿No puedes llamar por mí?

El chico empezó a sudar.

—Se supone que no debo abandonar mi puesto, señor Gauthier.

—Sig.

—¡Joder, Sig! ¿El gol contra los Red Wings la semana pasada? Una puta pas…

—Tío. Esa boca —masculló el otro aparcacoches.

—Lo siento. —Benny se movió de izquierda a derecha sobre sus inmaculadas zapatillas de tenis blancas—. ¿Me firmas un autógrafo?

—Claro.

Sig movió el cuello para librarse de la tensión mientras el chico buscaba a tientas un bolígrafo y un tíquet del aparcamiento sin usar, y luego soltó una carcajada incrédula cuando se lo firmó rápidamente antes de seguir con el problema que tenía entre manos.

—A ver, Benny. Voy a entrar. Les diré que has intentado detenerme.

—¡En plan chulo! —susurró el aficionado al *hockey*—. No esperaba menos.

—Encantado de conocerte, chaval. —Empezó a subir los escalones. Antes incluso de abrir la puerta, sintió sobre él la mirada del trajeado recepcionista encargado del mostrador y vio que su expresión se tensaba a medida que se iba acercando. Eso iba a ser divertido—. Oye, necesito un cargador o un teléfono. Tú decides.

El hombre esbozó una amplia sonrisa.

—Solo necesito ver su carnet de socio.

Sig sonrió.

—Los dos sabemos que no tengo.

—Bueno, en ese caso, me temo que tendré que optar por la opción C. Ninguna de las dos.

—Muy listo. —Sig apoyó el codo en una de las numerosas columnas del vestíbulo—. Mira, no he elegido quedarme tirado con el coche delante de tu club, pero aquí estamos. Una llamada y me pondré en camino.

—Me temo que no puedo…

—¡*Ahí* estás!

Esa fue la primera vez que oyó la voz de Chloe. Ocho minutos después de que su camioneta lo dejara tirado. Sus huesos sabían que habían pasado ocho minutos (se ganaba la vida controlando el reloj sin dejar de prestarle atención al juego) y todo lo que había ocurrido en ese intervalo de tiempo lo había llevado hasta allí. Al lugar correcto.

¡Lo supo sin más, joder!

Antes incluso de darse media vuelta.

Así que en cuanto lo hizo… Estuvo a punto de postrarse de rodillas, allí en medio de aquel lujoso vestíbulo. Ella era así de… fascinante.

Que sí, una rubia buenísima que llevaba una falda blanda plisada de tenis, una prenda que parecía haberse convertido en su más reciente obsesión fetichista. Sin embargo, de algún modo, su aspecto no era precisamente lo que lo había dejado sin respiración. ¿Estaba flotando o qué? Seguro que eran imaginaciones suyas, ¿verdad? Pero así fue como percibió sus elegantes movimientos. Hasta su forma de parpadear era elegante, con esas largas pestañas que al bajar ocultaban unos ojos azules llenos de vida antes de volver a subir para que el mundo pudiera admirarlos de nuevo. Y su sonrisa era mágica, ¡joder!, porque se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en el plexo solar.

«¡Hostia… puta!».

«¿Quién es?».

—Te he estado buscando por todas partes —dijo la recién llegada, que le puso una mano en el brazo y le dio un apretón—. Sígueme la corriente —murmuró por lo bajini.

A ver…, por regla general tenía la suficiente agilidad como para

captar las cosas al vuelo, sin necesidad de que le guiñaran un ojo, pero su contacto lo embriagó. Al instante. Habría sido incapaz de recordar su propia dirección, así que de seguirle la corriente como ella había dicho ya ni hablar. ¿Seguirle la corriente a qué?

La diosa rubia miró al recepcionista con su sonrisa guasona y el hombre se puso colorado.

—¡Hamish, eres un sol! Lo has encontrado. Es Ivan, mi amigo de la infancia. Crecimos juntos. ¿Te lo puedes creer? Se ha despistado y tú lo has encontrado. Menos mal. No me canso de decirle a la junta directiva lo apañado que eres.

El pecho del tal Hamish se infló como un globo.

—De nada, señorita Clifford, pero…

—Me lo llevo al salón y, de ahora en adelante, lo vigilaré mejor. —Lo miró con un repentino brillo en los ojos, con una especie de complicidad—. Parece que tienes más volumen en el pelo últimamente, ¿no? Hace tiempo que quería comentártelo.

—Gracias al acondicionador sin aclarado que me recomendó, señorita Clifford.

Ella lo miró haciendo un puchero, y Sig sintió que el cerebro se le cortocircuitaba.

—¿Cuántas veces te he pedido que me llames Chloe?

—¡Uf, soy incapaz! —farfulló Hamish.

Sig perdió el hilo de la conversación.

Chloe. Chloe Clifford.

Un nombre y un apellido que encajaban a la perfección. Un poco extravagante, pero con mucha clase.

No le había apartado la mano del brazo. El recepcionista la había llamado «señorita», pero se descubrió buscando una alianza, porque algo en su interior necesitaba asegurarse por partida doble. No había anillo en el dedo anular. Pero la muñeca era otra cuestión. Una

pulsera de diamantes…, y tenía la sensación de que eran tan reales como el corazón que giraba como un bumerán en su caja torácica.

«Espabila».

«Esto es importante».

Ella le había pedido que le siguiera la corriente. Por alguna razón, esa mujer había decidido salvarlo y se había quedado allí como un pasmarote lobotomizado.

—Sí. —Carraspeó con fuerza y miró a Hamish con expresión contrita—. Lo siento, olvidé mencionar que me ha invitado Chloe.

—Es mi invitado —repitió ella, dándole una palmadita en el brazo —. Un invitado especial.

—¡No hace falta que me eches piropos, Chlo!

Sus ojos brillaron un poco más. Con sorna.

—¡Ah, ya estamos con ese diminutivo cariñoso! Nadie me ha llamado así desde…

Sig chasqueó los dedos.

—Aquel largo fin de semana que pasamos en el Canal.

Chloe suspiró con aire melancólico.

—Estabas aprendiendo a navegar.

—Y tú te pasaste comiendo ostras.

Sus risas falsas fueron casi idénticas.

Hamish se había puesto verde.

—Muy bien. —Cruzó las manos con mucha precisión sobre el mostrador—. Ya conoce usted perfectamente el camino al salón. Por favor, discúlpeme por no haber tratado como debería a su invitado especial.

—Quedas disculpado, Hamish —replicó Sig, guiñándole un ojo.

La mirada del aludido tomó un cariz asesino, pero no tardó en disimular.

—Que pasen una velada estupenda.

—Lo haremos, y gracias a ti, amigo mío —dijo Chloe efusivamente al tiempo que enlazaba su brazo con el de Sig para guiarlo a través del inmaculado vestíbulo mientras él dejaba la moqueta manchada con sus botas y sentía que el corazón le atronaba los oídos. ¿Iba a algún sitio donde podría quedarse a solas con esa mujer? ¿Era siempre tan confiada con los desconocidos?—. Bueno, por mi parte, creo que esta actuación merece una botella de champán robado —susurró ella cerca de su hombro—. ¿No te parece? Podemos brindar por nuestros falsos recuerdos del Canal mientras esperamos a que se cargue tu teléfono.

—Si es una botella de cerveza, me apunto.

Ella entrecerró los ojos con expresión pensativa.

—No sé dónde guardan la cerveza. Solo he robado champán.

—Tendré que sufrir, entonces —replicó mientras ella lo conducía a una estancia llena de sofás con un bar, en la que sonaba música suave. Vio una mesa de billar iluminada por una araña. ¡Por el amor de Dios!—. ¿Por qué me has ayudado, Chlo?

—Bueno. —Le encantó su forma de encogerse de hombros, moviéndolos arriba y abajo, como si se preparara para la hora de los cuentos—. Acababa de salir de las pistas de tenis y te vi charlando amablemente con el aparcacoches. No hay mucha gente que sea amable con ellos, ¿sabes? Y sabía que Hamish iba a ponerte trabas, así que me di media vuelta e intervine. —Ladeó la cabeza con curiosidad—. ¿Por qué quería tu autógrafo el aparcacoches? No he llegado a oír esa parte.

—Soy jugador de *hockey*.

Ella jadeó.

—¿Famoso?

—Solo para la gente que sigue el *hockey*, supongo. Para todos los demás, solo soy un tío que intentaba colarse en un club de campo.

—Pues lo estabas bordando. —Chasqueó la lengua con fingido reproche—. Creo que nadie le ha hablado así a Hamish en la vida.

—Lo superará.

Esos labios esbozaron una sonrisa que reveló una hilera perfecta de dientes blanquísimos.

—Creo que va a ser divertido emborracharme contigo… —dejó la frase en el aire porque no sabía su nombre.

—Sig. Sig Gauthier.

Ella se echó un poco hacia atrás, e hizo un mohín con la nariz.

—Ese nombre me suena mucho, qué raro. Debo de haberlo oído mientras pasaba por SportsCenter al cambiar de canal.

—Al pasar, ¿no? ¿No te gustan los deportes?

—¿Cuenta el tenis?

—No.

Ella se rio, y él sonrió lo suficiente como para notar que se le movían los músculos faciales. Que se le estiraban. ¡Joder! ¡Joder! Guapa, graciosa y con chispa. De repente, le daba igual llegar a la cena de esa noche. Dejaría que el móvil siguiera cargándose cuando pasara del cien por cien. Se quedaría allí sentado, hablando con esa chica. Mirándola. Sentía algo grande y aterrador dentro del pecho que no podía nombrar ni explicar. Solo sabía que quería dejar que pasase, que lo necesitaba.

De algún modo, sabía que ella no era una opción.

—Nos sentaremos aquí, ya que es lo más cercano a un enchufe. —Chloe lo invitó a que tomara asiento en un sofá de cuero del color del *whisky* al trasluz. Rebuscó un momento en el bolso y sacó un cargador de teléfono blanco, se acuclilló para enchufarlo a la pared y le tendió la mano para que él lo cogiera, ofreciéndole una fascinante visión de su espalda—. Dentro de nada estarás listo.

Recorrió la parte posterior de sus muslos con la mirada.

—Parece que ya no tengo prisa.

—Mmm… Vale. —Ella se inclinó hacia un lado y levantó la barbilla para mirar por encima de su hombro—. Tengo que esperar a que el camarero nos dé la espalda para poder robar el champán.

—¿Y si pago yo las copas?

—Aquí no se paga con dinero en efectivo. Se considera vulgar —le explicó con naturalidad—. Todo está incluido en la cuota de socio.

—Por pura curiosidad, ¿a cuánto asciende esa cuota?

—¡Ah! Mmm… —Parpadeó. Frunció el ceño—. No tengo ni idea.

Vale, era «de esa clase» de ricas. De las que ni siquiera notaría en la cuenta que le habían pasado el cargo anual que seguramente sería de seis cifras. Él tenía dinero, pero su fama había aumentado de manera considerable desde que firmó el contrato inicial con los Bearcats, y sin duda estaba infravalorado a esas alturas de su carrera deportiva. Con un poco de suerte, pronto podría pertenecer a ese club de estirados, si lo deseaba. Pero ¿lo haría alguna vez? ¡Joder, no!

¿Verdad?

Había crecido en la miseria, por culpa de su padre, pero incluso gozando de una situación económica desahogada seguía rehuyendo las cosas caras. No las quería y, desde luego, no las necesitaba. Una hora antes, no habría creído que existiera una mujer capaz de convencerlo de que un carnet de socio de ese lugar merecía la pena. ¡Qué fuerte que a esas alturas estuviera considerando lo contrario! Miró las piernas desnudas que quedaron justo delante de sus ojos cuando ella se sentó en el sofá a su lado, porque el bajo de la falda se le subió muchísimo (¡gracias, Señor!), antes de que se diera un tirón y se lo bajara. Acto seguido, cruzó esos muslos brillantes.

Sig se tragó un nudo del tamaño de un puño.

—Muy bien, si las bebidas están incluidas en la cuota de socio, ¿por qué no vas y pides una botella de champán?

—Porque está más rico cuando lo consigues de mala manera.

—Encajas perfectamente con todos los banqueros que seguramente son socios de este club.

Ella le sonrió.

—No es que disfrute engañando a la gente. Es que… —Echó un vistazo por el salón, y él se dio cuenta de que ya lo había visto miles de veces—. Solo intento conseguir emociones cuando puedo. Mis días están programados al segundo. Práctica por la mañana temprano, seguido de un almuerzo con alguien. Más práctica. Seguido de las clases de tenis.

—Has dicho «práctica» dos veces. ¿Qué practicas?

—Toco el arpa. Soy arpista. —Agitó los dedos para enfatizar la afirmación y luego los miró como si fueran objetos extraños—. Déjame que te pregunte una cosa. ¿Qué sentido tiene que me califiquen de prodigio si tengo que practicar todo el tiempo? ¿Prodigio no implica que solo tengo que aparecer y ser increíble?

—¿Quieres que llame a alguno de mis amigos prodigios del arpa y se lo pregunte de tu parte?

Ella soltó una carcajada que le resultó gratificante a un nivel muy profundo.

—¿Eres un prodigio del *hockey*?

—¡Por Dios, no! He tenido que dejarme los cuernos entrenando. A estas alturas ya puedo limitarme a aparecer y ser increíble.

Chloe esbozó una sonrisilla torcida y esos ojos azules lo miraron a la cara como si quisiera ver el interior de su cabeza. O como si tal vez le sorprendiera descubrir que era algo nuevo para ella. Y eso le gustaba. Le gustaba ser algo desconocido para ella, tal como ella parecía serlo para él.

—Creo que alguna vez me gustaría verte jugar al *hockey*, Sig Gauthier.

—Ven a Boston. Te dejaré que me veas hacer lo que quieras.

Lo miró durante un buen rato en silencio, como si intentara clasificarlo o entenderlo, pero no fuera capaz. Al final, esos ojos azules se clavaron en su boca y desde allí fueron subiendo hasta que sus miradas se encontraron de nuevo.

—¿Es muy atrevido, y muy pronto, si te digo que me atraes?

—El único problema es que me cabrea no haber sido el primero en decirlo. —En algún momento, se habían acercado más en el sofá. Aunque era difícil saber quién lo había hecho, en ese momento tenían los muslos pegados y se habían girado un poco el uno hacia el otro, aunque él tenía que inclinar la cabeza para mirarla desde arriba —. Creo que me gustaría verte tocar el arpa, Chloe Clifford.

—Bueno, solo somos dos personas que quieren verse la una a la otra haciendo cosas, ¿no?

—Eso parece.

—Me esperan esta noche.

Sig sintió un tic nervioso en el ojo derecho.

—¿Tienes novio, Chlo?

Ella apretó los labios.

—Si te digo que sí, ¿intentarías conquistarme?

No era momento de mentir.

—Sin dudarlo.

Vio que se le dilataban las pupilas y que a sus labios asomaba una sonrisa. Y, en ese momento, miró de reojo, hacia la izquierda.

—El camarero acaba de irse a por hielo. Voy a mangar la botella de champán, porque siento que estoy a punto de dejarme llevar por un impulso.

Sig levantó una ceja.

—¿Y el champán va a detenerte?

—No —susurró ella, que se puso en pie con agilidad—. Pero me

ayudará a inventarme alguna excusa para mi comportamiento.

Desconcertado, cachondo y, la verdad, asombrado, le estuvo mirando el culo todo el camino hasta que llegó a la barra, y se le puso dura como una piedra por debajo de los vaqueros. Deseaba con desesperación que eso fuera una atracción salvaje y cósmica. Un arrebato de deseo temporal. Porque esa sensación de que Chloe era su destino, ese afán posesivo y la fascinación que experimentaba por ella así tan de repente le daban mucho miedo.

Chloe se volvió cuando llegó a la barra, lo miró con cara pícara y le guiñó un ojo. Acto seguido, ágil como un ladrón de guante blanco, se subió a la barra, se inclinó hacia delante y luego bajó de nuevo con una botella en la mano, al tiempo que sacaba la lengua y hacía el símbolo universal del *rock* con la mano libre. Nada más verla, el corazón se le subió hasta la yugular.

Eso era más que deseo a primera vista.

Claro que todavía no tenía un nombre para describirlo.

Aunque la noche era joven, ¿no?

Capítulo dos

«A lo mejor estoy soñando».

Había recibido un pelotazo en la frente y los sanitarios la estaban cargando en una camilla. Era imposible que estuviera sentada en el salón del club de campo con el hombre más intenso que había conocido en la vida. Todo eso era una fantasía.

Sin embargo, cuando volvió a sentarse a su lado y sintió la suavidad y la frescura del cuero en la parte posterior de sus muslos al tiempo que él extendía el brazo a lo largo del respaldo del sofá, a su espalda, el cálido escalofrío que la recorrió hasta los dedos de los pies fue muy real.

¿Quién era ese hombre?

Le había hecho saber que estaba interesado en ella, ¡interesado de verdad!, y lo había hecho sin incomodarla, lo cual no era fácil. En absoluto. Sobre todo teniendo en cuenta su tamaño. Y su presencia. Tenía un carisma rudo que ocupaba todo el salón, por no hablar del sofá. Cuando lo vio caminar con paso seguro hacia el aparcacoches y detenerse para saludar a su fan, se quedó literalmente helada. Lo vio aceptar los halagos del chico sin falsa humildad, solo con un aire de seguridad. En sí mismo, en sus habilidades, en quién era.

Ese hombre se había hecho a sí mismo.

Sin embargo, sí había percibido una pizca de inseguridad. La había atisbado en sus ojos cuando miró el magnífico salón. Cuando percibió el lujo del cuero al sentarse. Esa muestra de sencillez había sido tan pequeña que casi la había pasado por alto, pero en cierto modo le resultaba muy atractiva. Además, que ese hombre tan

seguro de sí mismo la encontrara igual de atractiva… la hacía sentirse viva. Y segura.

Excitada.

¡Porque además estaba cañón!

Algo en su forma de llevar la camiseta sugería que se la quitaba varias veces al día. En su dormitorio, en el vestuario, antes de caer dormido a medianoche. Ir vestido no era su estado natural. La camiseta era una formalidad. Debía de medir cerca de metro noventa y tenía porte de deportista profesional, musculoso, pero esbelto. Además, tenía un toque arrogante que no le gustaba en otros hombres, pero sí en él.

¿Quizá porque, a diferencia de los hombres con los que se relacionaba, este sí se lo había ganado?

Sin dejar de mirarla, Sig le arrebató la botella de las manos, le quitó el protector de alambre y la descorchó. Apenas se oyó, porque amortiguó el sonido con esas… ¡gigantescas manos! Acto seguido y mientras miraba con despreocupación hacia la barra, le acercó la botella a los labios y la invitó a que bebiera el primer sorbo mientras esos ojos de color marrón dorado se clavaban en sus labios. Dos sorbos, tres. Siguió bebiendo porque disfrutaba saciando su sed con él, viéndolo tragar saliva mientras le miraba la garganta.

Pero bueno, ¿¡qué estaba pasando allí!?

Tenía hasta los dedos de los pies tensos y sentía espasmos en los muslos.

El pulso le latía a toda velocidad en la base del cuello, en las muñecas y el pecho… y cuanto más se miraban, más se aceleraba.

Al final, Sig le quitó la botella de los labios y se la llevó a los suyos. Le dio un buen trago y puso cara de asco.

—¿No eres fan del champán? —le preguntó ella con una carcajada.

—No tiene sabor —masculló—. Solo es un montón de burbujas.

—Las burbujas lo convierten en una celebración.

Se inclinó y dejó la botella sobre la mesa baja de cuarzo rosa que tenían delante, antes de volver a repantigarse.

—Avísame cuando quieras más.

Chloe clavó los dedos de la mano derecha en el cojín de cuero del sofá, con la esperanza de que así el resto de su cuerpo se distrajera de la vertiginosa y repentina embestida de calor. «Avísame cuando quieras más». No debería gustarle tanto la suposición de que él iba a supervisar cuánto champán consumía. No necesitaba que lo hiciera. Pero… ¿lo deseaba?

La verdad, ese toque arrogante la excitaba.

Esa no era la típica trastada que hacía en el club de campo.

No, lo suyo era… robar botellas.

Gastar bromas inofensivas.

Hacer *topless* en el spa.

Sig llevaba encima el cartel de «problemón de los gordos» y, sin embargo, siguió sentada en el sofá, cada vez más fascinada mientras las burbujas de champán se le subían a la cabeza y el calor corporal de ese hombre la envolvía.

—¿Te gusta vivir en Boston? ¿Creciste allí?

—No, soy de Minnesota. Crecí a las afueras de Minneapolis. Fui a la universidad en Míchigan. Pero Boston es mi hogar desde hace seis años. Es… Bueno, supongo que a estas alturas sí lo considero mi hogar.

—¿Cómo es?

—Depende del barrio, pero es una ciudad ruidosa y concurrida. Mucho tráfico. A veces, es una locura. Pero en el buen sentido. En el mejor, de hecho. —Se quedó pensativo un segundo—. Los domingos por la tarde, cuando hay partido, el ambiente en la ciudad es increíble. Todo el mundo está animado y, si vas por la calle, oyes a la

gente silbar y aplaudir mientras ve la tele en sus casas. Oyes risas. Es una buena ciudad. Me encanta.

Chloe sintió que se le aceleraba el corazón, como siempre le ocurría cuando pensaba en marcharse de casa, en huir de la protegida burbuja de Darien y experimentar un mundo completamente nuevo. Sería aterrador, pero gratificante al mismo tiempo. De hecho, de un tiempo a esa parte lo pensaba tanto que hasta la distraía.

—Tal como lo describes, parece mágico.

Sig la miró a la cara.

—Y lo es. Encajarías perfectamente.

—¿De verdad?

—Sí —contestó él, como si ella estuviera loca por haberlo preguntado. O por dudar.

Esa muestra de confianza, quizá prematura, en que ella podría triunfar en Boston, en una ciudad completamente nueva, la llevó a querer fiarse de él. A revelarle algo sobre sí misma. Algo que le había dicho a su madre en varias ocasiones, pero que ella le había negado.

—Hay un conservatorio en Boston con el que llevo mucho tiempo soñando. Berklee. Una vez me invitaron a tocar para el profesorado y después, aunque casi no dio tiempo a ver nada, me resultó imposible dejar de pensar en la gente, en el lugar. En los estudiantes que iban y venían a su antojo. Y… presenté la solicitud. En secreto. Hace ahora casi un año. —Susurró la última parte, como si su madre pudiera oírla—. Pero… el director me dijo que tenía una plaza para cuando yo quisiera. Sin coste alguno.

—Eso es… increíble. ¡Joder! —Sig giró el cuerpo un poco más hacia ella—. Así que ¿has estado en Boston?

Chloe negó con la cabeza.

—He estado dentro de un coche, en una habitación de hotel y en una sala de conciertos de Boston. No salí a pasear ni a explorar la

ciudad.

—¿Querías hacerlo?

Asintió con la cabeza y, de repente, descubrió que necesitaba más champán.

Vio que Sig fruncía el ceño.

Antes de que ella pudiera preguntarle, cogió la botella de la mesa y le acercó el frío cristal a los labios, haciendo que se le endurecieran los pezones por la posibilidad de que fuera capaz de interpretar sus necesidades con semejante precisión.

Y de satisfacerlas.

—¿Cuántos años tienes, Chlo? —le preguntó, mirándola fijamente.

—Veinticinco —murmuró ella.

Sig asintió con la cabeza. Se humedeció los labios. Se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿qué te impide ir a Boston?

—Nada —susurró ella, acercándose cada vez más, hasta que pudo sentir su cálido aliento en la boca. Quería contárselo todo a ese hombre que parecía tener la capacidad y la autosuficiencia con las que ella solo había soñado. Ansiaba decirle que no sabía cómo empezar a cuidar de sí misma. Que la simple idea de despertarse sola y de tener que valerse por sí misma la intimidaba tanto que le provocaba escalofríos. Sin embargo, un hombre como él sería incapaz de comprender esa dependencia tan debilitante del dinero y la seguridad.

¿O no?

—Dilo —dijo Sig.

—¿El qué?

—Lo que no estás segura de querer decirme.

Ese momento, esa tarde, parecía un sueño. Solo existían sus ojos. El calor de su presencia. Su conversación en voz baja. Esa conexión

tan… inusual entre ellos.

—Mi madre me envió a un campamento de música cuando tenía seis años. La primera noche, vi a alguien tocar el arpa. Fue la primera vez. Esa misma noche más tarde, me colé en la sala de instrumentos y… descubrí que sabía tocarla. Era como un idioma que había aprendido y olvidado, pero que recordé de repente. —Se humedeció los labios—. La cámara de seguridad me grabó y le enviaron el vídeo a mi madre. Luego les llegó a todos sus amigos. Incluso salió en las noticias.

Sig se rio por lo bajo.

—¡Joder!

—Sí. —Cuanto más dudaba en contarle el resto, más rápido le latía el corazón—. Sin embargo, es curioso que cuando eres un prodigio en una cosa, no tienes por qué serlo en las demás. Ni en el tenis o en los estudios, ni a la hora de hacer amigos o… en lo referente al sentido común. Y creo que eso decepciona a la gente. Que no sea el paquete completo, ¿me entiendes?

—No —respondió él, meneando la cabeza—. No sé. No te imagino decepcionando a nadie.

Se acercaron el uno al otro a la vez, al parecer sin ser conscientes de lo que hacían.

—Tengo el arpa y… me he conformado con sobresalir solo en eso. A lo mejor, me he conformado demasiado, algo que es fácil cuando…

—Tienes dinero.

Sig lo comprendía. Aunque esa realidad distara mucho de la suya, no la juzgaba.

De todas formas, ese prolongado estado de vulnerabilidad empezaba a ponerla nerviosa.

—En fin… —concluyó y le ordenó a su labio superior que hiciera un mohín coqueto—, ¿por qué iba a ir a Boston cuando en Darien me

lo estoy pasando tan bien con un chófer que me lleva donde quiero, robando champán y causando problemas?

—No lo sé. —Sig acortó muy despacio el último centímetro que los separaba, titubeó un instante y, al final, le rozó los labios con los suyos, haciéndola sentir que estaba flotando entre nubes—. Tal vez podrías encontrar otro tipo de diversión en Boston —dijo con una voz bastante más ronca, levantando la mano izquierda para acariciarle la mejilla mientras le presionaba la barbilla con el pulgar, como si pensara tirar de ella hacia abajo. Para besarla. ¿Con lengua?

¿Lo deseaba ella?

«¡Sí!». Estaba deseándolo. La expectación que le provocaba ese hombre era ya tan fuerte y familiar que parecía que siempre hubiera existido.

—¿Puedo besarte, chica de mis sueños?

Le daba vueltas. Todo.

—Todavía no has llamado a la asistencia en carretera.

—A la mierda la asistencia en carretera.

—Sí —susurró ella.

—Disculpe —dijo una voz que no era de ninguno de los dos—, ¿señorita Clifford?

El halo mágico de rayos de luna que los rodeaba desapareció de repente. ¿Quién se atrevía a entrometerse en algo tan trascendental? Chloe movió la cabeza como si estuviera debajo del agua, y su cerebro por fin registró la presencia del camarero, que estaba de pie detrás del sofá, a su izquierda.

—¡Ah! —Aún sentía los ojos de Sig clavados en su cara. ¿Y eso que sonaba eran sus dientes rechinando?—. ¿Sí?

—No he podido evitar darme cuenta de que está disfrutando de una botella de champán, lo cual está bien, por supuesto. Puede beber cuando le apetezca. Solo necesito que firme por ella.

Ella parpadeó.

—¿Ah, sí?

—Sí, para pasarle la factura a quien le corresponda.

—¿Las bebidas no están incluidas en la cuota anual? —le preguntó.

El camarero se apresuró a asentir con la cabeza.

—La mayoría son de cortesía, señorita Clifford. Pero, en esta ocasión, ha cogido por casualidad una edición especial de Möet Impérial. —Hizo una pausa—. Es una botella de champán de dos mil dólares.

Chloe se quedó con la boca abierta y volvió a mirar a Sig.

—Y ni siquiera te ha gustado.

Al ver el brillo guasón que apareció en esos ojos marrones, Chloe decidió que lo besaría como Dios mandaba.

Esa misma tarde.

Lo antes posible.

—Su firma, señorita Clifford —insistió el camarero.

—¿Qué pasa si no firmo?

—Pues… No lo sé, la verdad. Seguramente vuelva a pedírselo mañana.

—Sí. Porque siempre estoy aquí. Nunca me voy. —Desterró los pensamientos intrusivos sobre las interminables rutinas. Sobre los ciclos repetitivos y constantes—. Retrasar el momento me viene bien. Así tendré tiempo para pensar en algo. —Se mordió el labio inferior —. A mi madre no le va a hacer ni pizca de gracia —susurró, dirigiéndose a Sig, mientras el pánico empezaba a inundar su torrente sanguíneo—. El alcohol hace que a las mujeres se nos hinche la cara como a un cadáver ahogado. Me lo ha dicho esta misma mañana. Cuando no está contenta conmigo, me hace la vida muy difícil. Más restrictiva de lo que ya es. Y ya lo has oído, ha dicho *«en esta ocasión* ha cogido por casualidad una edición especial» lo que

significa que saben todas las otras veces que he robado.

—Por supuesto que lo saben. ¿Crees que pasas desapercibida en algún sitio?

Ella lo miró en silencio y parpadeó varias veces.

—¿Estás diciendo que soy guapa?

—No, estoy diciendo que eres guapa que te cagas.

Se le aceleró el pulso.

—Si saliera corriendo por la puerta ahora mismo, ¿correrías conmigo? —susurró.

—Marca el ritmo, Chloe. Te seguiré sin problemas.

El futuro de ese hombre estaba lleno de besos como Dios mandaba. De muchísimos besos.

—A la de tres. —Extendió la mano y agarró la botella de champán por el cuello, percatándose de la mirada que Sig le echaba al móvil, como si estuviera calculando la distancia que lo separaba del enchufe donde seguía cargándose—. Uno, dos…, tres.

Echaron a correr en direcciones distintas. Ella hacia las cristaleras de la terraza que daba al campo de golf, y Sig a por su teléfono y el cargador, que arrancó de la pared sin perder un segundo. Pese a ese rodeo, consiguió llegar a la puerta al mismo tiempo que ella, lo que supuso su primera lección sobre los jugadores de *hockey*. Eran rapidísimos. Además, al parecer, estaban dispuestos a causar problemas. Y eso fue lo que hicieron, mientras atravesaban el campo de golf a la carrera, con la botella de champán y el móvil en las manos, y riendo lo bastante alto como para despertar a los muertos.

¿Eso era una cita romántica?

Tampoco era que hubiera salido con muchos hombres, pero ¿eso? En comparación, su insignificante experiencia previa parecía un juego de niños. O tal vez un prólogo. Una nota que acaba olvidada cuando empieza a desarrollarse la verdadera historia.

—¿Hacia dónde corremos? —preguntó él, manteniendo el ritmo a su lado. Aunque tenía la sensación de que seguramente podría correr el doble de rápido.

—¡Nunca he estado en las Carolinas! —gritó Chloe—. Vayamos allí.

La risa de Sig resonó en el ya oscuro y vacío campo de golf, y no pudo esperar más para besarlo. Quizá porque no solo había soportado sus travesuras, sino porque también parecía disfrutarlas. Quizá porque se reía de sus chistes. O quizá solo porque se sentía atraída por él de una forma inexplicable que le provocaba una extraña opresión en el pecho. Siempre había sido caprichosa y se había dejado llevar por los impulsos, pero aquello no tenía comparación. Era un momento distinto de cualquier otro.

Al llegar a la parte trasera de la sede del club, aminoró la velocidad, bebió un largo sorbo de champán para armarse de valor y luego se dio media vuelta para mirarlo con el telón de fondo del cielo púrpura, tan rudo, intenso y curtido. Tan especial era ese hombre, que supo que ese era el momento, porque ambos dieron un gigantesco paso hacia el otro y se encontraron a medio camino, él bajando la cabeza y ladeándola, de manera que sus expectativas aumentaron hasta un nivel que no había experimentado en la vida.

Quizá nadie más pudiera provocarle algo semejante.

Ya la habían besado antes, sobre todo chicos a los que conocía desde que estaban en primaria y con los que su madre la había animado a salir más tarde, porque «eran de buena familia». En fin, pues no eran buenos a la hora de besar.

Sig sí.

¡Madre del amor hermoso! ¡Sig sí que sabía besar!

Le colocó las manos a ambos lados de la cabeza y se inclinó hacia ella, un gesto que debería haber desembocado en un beso agresivo,

pero no fue así. Fue un beso lento, un roce suave de sus labios, un lametón, un gemido de placer y… ella separó los labios, dejó que le metiera la lengua en la boca y el gemido que se le escapó la hizo ponerse de puntillas mientras se dejaba llevar. Y enloqueció. Enloqueció sin más. Le enterró los dedos en esa abundante mata de pelo despeinado y gimió de placer, arqueando la espalda. Solo entonces él se puso agresivo, y esa consideración hizo que se sintiera segura, escuchada, comprendida y apreciada.

Y también sexi y delicada. Como una domadora de leones buenorra.

Había una diferencia de estatura de unos veinte centímetros entre ellos y, sin embargo, sentía la tensión que lo embargaba, sus esfuerzos por mantener a raya los impulsos más bajos. Por mantener el ritmo sin ir demasiado lejos. Lo percibía, y lo único que le provocaba eran más ganas de subírsele encima. ¡Por Dios! Porque la deseaba, pero se mostraba respetuoso. Porque era proactivo y tomaba la iniciativa, mostrándose lo bastante seguro como para saber que quería que la besara, pero no se pasaba. No se estaba aprovechando de esa ventaja.

Sig Gauthier.

Podría haber seguido besándolo durante días. Durante semanas.

Sin embargo, el deseo que sentían iba en aumento.

Se separaron para jadear, inspirar y volver a zambullirse, y sus manos empezaron a vagar. Las de ella primero, la verdad. Le pasó las uñas por encima de la camiseta y bajó por su abdomen hasta la hebilla del cinturón, arrancándole un siseo.

—¿Puedo tocarte por debajo de…?

—Lo que quieras. Hazme lo que quieras. Soy tuyo, joder.

—Gracias —logró decir ella al tiempo que deslizaba las palmas de las manos por su abdomen desnudo mientras él se lamía los labios.

La miraba. Tensando el abdomen. Lo vio cerrar los ojos y echar un poco la cabeza hacia atrás cuando le pasó las manos por los pectorales—. Eres increíble.

Sig tenía los ojos un poco vidriosos cuando enderezó la cabeza y posó los labios sobre los suyos, aunque se limitó a respirar. Solo a respirar.

—Sé que me estoy pasando muchísimo de la raya. Lo sé. Pero te suplico que me lleves a casa y me lo repitas mientras te follo, Chloe. —Le agarró la parte exterior de un muslo y se lo acarició, antes de meterle la mano por debajo de la falda—. Si no estás preparada para eso, siéntate en mi cara y te lo como sin que te quites la falda. Seré feliz de cualquier manera.

«¡Guau! ¡Guau!».

Las hormonas empezaron a brotar en su interior como las flores en primavera.

¿Estaba siendo un poco bruto al decir esas cosas? ¿En voz alta?

Tal vez. Posiblemente. Aunque deseaba que siguiera hablando así siempre.

«Que me lleves a casa y me lo repitas mientras…».

—A casa —susurró y fue como si le tiraran un cubo de agua fría por la cabeza—. ¡Ay, madre! Debería estar ya en casa. Hay una cena. —Se zafó de los brazos de Sig y giró en círculo—. Se lo prometí… Se suponía que llegaría a casa a tiempo para ducharme. ¡Mierda! —Se quedó paralizada unos segundos, considerando las consecuencias de perderse la importante cena durante la cual iba a conocer al nuevo novio de su madre. Estaba arriesgándose a sufrir el carácter pasivo-agresivo de su madre, que llevaba semanas llamando desde Saint-Tropez, contándole maravillas de ese tío. Parecía que iban en serio. Le había prometido varias veces que no solo estaría en la cena, sino que se portaría lo mejor posible, y decepcionarla solo le reportaría

semanas de silencio.

»Lo siento, pero tengo que irme. —Se dio media vuelta y echó a correr un par de pasos, momento en el que sus pies quedaron repentinamente colgando en el aire. Sig la había levantado abrazándola por la cintura. ¡La había levantado del suelo, y ella ni siquiera lo había oído moverse!—. ¡Qué rápido eres, Sig Gauthier! —dijo, dándole una palmadita en el antebrazo.

—Sí, gracias. —Volvió a estrecharla contra su pecho y esa boca capaz de obrar magia se movió contra su oreja—. No ibas a irte sin darme tu número, ¿verdad, Chlo?

Se lo pensó durante veinte segundos.

—Supongo que sí.

—Qué va —replicó él, y sintió que buscaba el móvil con la mano libre—. Suéltalo.

No podía verla sonreír. A lo mejor por eso dejó que fuera una sonrisa de oreja a oreja.

Le dijo el número, él lo marcó y sintió que sus músculos se relajaban un poco al oír el tono de su móvil, que llevaba en el bolso.

—Vete a cenar. A mí también me están esperando. Pero llámame luego. Necesito volver a verte. Esta noche.

Al recordar su forma de besarla, la recorrió un escalofrío.

—Vivo con mi madre.

—No te preocupes, buscaré un sitio adecuado. —Recorrió la curva de uno de sus hombros con la boca abierta—. Este cuerpo solo merece acostarse entre las mejores sábanas, Chlo. Lo único áspero que vas a sentir soy yo.

Ella se mordió el labio para contener un gemido.

—La verdad es que tienes don de palabra.

—Pues no suelo usarlo mucho. Eres… tú. —La rodeó con el otro brazo, abrazándola por detrás, y ella sintió un inesperado nudo en la

garganta—. Eres tú, ¿vale? No pases de mí.

—No lo haré —susurró—. No podría.

—Bien.

Le acarició la coronilla con la nariz y dudó un instante antes de aflojar los brazos.

Chloe le lanzó un beso por encima del hombro y corrió hacia el aparcamiento, contando ya los minutos que faltaban para volver a ver a Sig Gauthier. La cena no podía ser ni de lejos tan interesante como él y lo que le provocaba.

Sin embargo, se equivocaba.

Capítulo tres

Sig se detuvo delante de la lujosa propiedad y se pasó una mano por el mentón, con la esperanza de borrar la sonrisa bobalicona que tenía en la cara. Pero no lo consiguió. ¡Joder! Sonreír era lo último que esperaba estar haciendo antes de una de las raras reuniones con su padre, pero allí estaba.

«Chloe Clifford».

«La leche que me dieron».

Conocer a la chica de sus sueños no estaba en su cartón de bingo cuando se despertó esa mañana. No tenía ningún arquetipo de cómo sería la chica de sus sueños. De cómo se comportaría. De cómo lo haría sentirse. En absoluto. Hasta que entró en el vestíbulo de aquel club de campo, estaba encantado de seguir soltero y sin compromiso. Rascándose cuando le picaba, pero sin presión alguna por encontrar algo serio.

Sin embargo… ¿Chloe?

Sí, ya sabía que se comprometería con ella. Con todas sus fuerzas, joder. Ella ya quería ir a Boston, ¿no? Se limitaría a mantener una relación a larga distancia hasta que ella decidiera que le convenía. Y se aseguraría de que le conviniera. Se la llevaría a Boston y se lo enseñaría todo. Hasta el último rincón. ¿Chloe no creía que estaba hecha para prosperar en esa ciudad? Él la ayudaría a creer lo contrario.

Se desabrochó el cinturón de seguridad, porque el rígido nailon añadía presión a un torso que ya le parecía un polvorín. Se frotó al sentir una extraña punzada en el centro del pecho, pero no

desapareció. Había pasado algo esa tarde. Algo importante. ¡Por Dios! Estaba deseando volver a verla.

También podía admitirlo. Estaba deseando follársela.

Sacudió la cabeza con una risa dolorida mientras se empezaba a empalmar, poniendo a prueba la cremallera de sus vaqueros. No era un buen momento para tener una erección, pero llevaba luchando contra una desde que ella separó los labios para que le metiera la lengua y se frotó contra él. A Chloe le gustaba crear problemas. ¿Qué clase de problemas crearía en la cama? De los más guarros si él se salía con la suya. No sabía follar de otra manera, y algo le decía que a ella no le importaría hacerlo en posturas que esos niñatos de club de campo ni se imaginaban.

«Vamos a acabar con esta cena».

Luego iría a por la chica. No. La conquistaría.

Se la llevaría a Boston al día siguiente si estaba dispuesta. Si no, compraría una camioneta nueva para poder hacer el trayecto de tres horas tan a menudo como fuera necesario. No sería fácil durante la temporada, pero nada que mereciera la pena era fácil, ¿verdad?

Cuando tenía diez años, su madre no podía permitirse comprarle la equipación necesaria para jugar al *hockey*. Cuando faltaban pocas semanas para las pruebas, se subió a la bici y buscó todas las almohadillas, cascos y camisetas de segunda mano del condado, todo destrozado. De hecho, había hecho la prueba para el equipo de menores de once años con unos patines desparejados. Y cuando los otros niños se burlaron de él delante de su avergonzada madre, les informó de que eran unos nenazas mimados que necesitaban ir de compras con sus padres. Nadie lo molestó después de aquello, y siguió manteniendo esa actitud toda su vida. Una actitud que había desarrollado para su madre, pero que, con el tiempo, se había convertido en su mentalidad. Para enfrentarse a su falta de fondos o

a su contrato a la baja.

De vez en cuando, miraba a alguno de sus oponentes mejor pagados y pensaba que estaría bien ganar un sueldo de ocho cifras. Comprarse una casa de vacaciones en Hawái. Conducir un SUV de Porsche. Pero su mente siempre le contestaba con un «pero no lo necesitas».

Desprenderse de su fiel camioneta sería una putada, pero que se le averiase de nuevo entre Boston y Darien lo sería todavía más. Incluso el mecánico de la asistencia en carretera al que había llamado para que fuese al aparcamiento del club de campo le había preguntado en voz alta si merecía la pena salvar esa tartana. Por lo menos el mecánico no había tardado mucho en llegar (solo veinte minutos), así que, aunque llegaba tarde a cenar, no se había retrasado tanto. Menos mal. Porque cuanto antes acabara la cena, antes podría ir en busca de Chloe y terminar lo que habían empezado.

¡Por Dios! ¡Iba a hacerla gritar, joder!

Estuvo respirando hondo por la nariz durante otro minuto hasta que se le bajó y salió de la camioneta, haciendo crujir las conchas aplastadas del camino de entrada con las botas. Mientras se dirigía hacia el amplio porche de seis metros, flanqueado por arbustos esculpidos, dejó atrás una fuente con querubines sonrientes que se escupían agua el uno al otro. La dueña de esa casa seguramente habría pagado un pastizal por esos extraños angelitos desnudos. ¡Qué surrealista!

Se fijó en la casa. ¿Cuánta gente vivía realmente en esa mansión encaramada al borde del acantilado, con vistas al Canal? Si la respuesta era menos de diez, tanto espacio era innecesario. Todo el equipo de los Bearcats, junto con el cuerpo técnico, podría vivir cómodamente en ese lugar.

¿Chloe vivía en una casa parecida a esa?

Pasó de la tensión del cuello al pensar en esa posibilidad y respiró hondo para prepararse y llamar al timbre.

Con tanta distancia geográfica, por no hablar de la pandemia, llevaba casi seis años sin ver a Harvey. Antes de eso, cuando cumplió los dieciocho, había tenido que buscarlo, dado que su madre no había mantenido el contacto. A lo largo de los años, su relación con Harvey fue tensa. Problemática. La verdad, no sabía si se beneficiaba en algo de verlo. En su opinión, ese hombre era un trepa que se casaba por comodidad (por dinero, en resumen) y esa mujer solo podía ser su víctima más reciente.

Aun así, pese a los defectos de su padre, una parte de Sig parecía incapaz de cejar en su empeño de establecer un vínculo con él. Aunque dicho vínculo fuera muy tenue. Pequeño. No había un padre más ausente que Harvey, pero siempre había soñado con mirar hacia la grada y verlo. Era una necesidad de la que no podía desentenderse, por muchos años que cumpliera. Por mucho éxito que cosechara. En las raras ocasiones en las que su madre iba desde Minnesota en avión para verlo jugar, su presencia había significado lo mismo. Tanto que se odiaba por desear más. Sobre todo porque nunca había conseguido encontrar algo en común con el hombre que lo había creado.

Desterró los nervios y llamó al timbre, y de inmediato puso los ojos en blanco al oír el gran gong que casi sacudió las columnas de mármol del porche. Menudas ínfulas.

Una mujer con uniforme le abrió la puerta con una sonrisa deslumbrante mientras le hacía un gesto para que pasase.

—Buenas noches, debe de ser el señor Gauthier. Por favor, pase. Están todos en el salón a la espera de que se sirva la cena.

—Genial. Gracias.

Entró en el vestíbulo, que parecía más un salón de baile con la cúpula de cristal que tenía por techo y la gran escalinata de caracol en el centro. Siguió los pasos de la criada y pasó junto a un enorme jarrón, a rebosar de flores blancas. Una serie de pedestales flanqueaba la entrada con distintas esculturas encima, cada una iluminada desde arriba por apliques de globo. En el extremo más alejado, había toda una pared de cristal, y el paisaje parecía sacado de una película. Las rocas irregulares que conformaban la costa, la hierba azotada por el viento, el agua al otro lado, iluminada con suavidad por un faro.

La sensación de inferioridad lo aguijoneó, con más insistencia de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Aunque los Bearcats le renovaran el contrato multiplicándole por diez su salario actual, nunca podría permitirse una casa como esa. Era una riqueza acumulada generación tras generación. Una cantidad de dinero que no alcanzaba a comprender.

«No lo necesitas».

Un sonido procedente de algún punto de la casa hizo que se detuviera en seco. Música. Música suave. No era un sonido ni un instrumento demasiado familiar, pero algo en ella le provocó un nudo en el estómago, aunque no estaba seguro de si el curioso movimiento de sus costillas se debía al placer (porque, ¡joder!, era la música más bonita que había oído en la vida) o a otra cosa. Y no tuvo mucho tiempo para pensar en el tema, porque antes de que pudiera llegar al salón, su padre y una mujer de unos cincuenta años salieron de la estancia para saludarlo.

Harvey había cambiado desde la última vez que lo vio, con muchas más canas en las sienes de ese pelo negro azabache y la mirada más afilada que las solapas de la chaqueta de su traje. La mujer rubia a la que escoltaba encajaba en su entorno con un vestido

color crema que se plegaba y ondulaba en lugares que para Sig carecían de sentido, y los zafiros le guiñaban desde los lóbulos de las orejas.

—Hijo —dijo Harvey con voz afectuosa al tiempo que se acercaba para abrazarlo.

Un poco avergonzado por la esperanza que cobró vida en su interior, por esa búsqueda instintiva de un vínculo, le devolvió el abrazo un segundo y le dio unas palmadas a su padre en la espalda.

—Harvey. Me alegro de verte. Siento llegar tarde. He tenido un problemilla con el coche.

—¡Ay, por Dios! —exclamó la mujer, que sujetaba un vaso de cristal con ambas manos—. ¿Ya se ha solucionado?

—Sí, sí. Llamé a la asistencia en carretera y me arrancaron de nuevo la vieja camioneta. Gracias.

A juzgar por el ceño fruncido de la mujer, tener problemas con el coche y usar los servicios de la asistencia en carretera eran conceptos inimaginables para ella.

—En fin, ya estamos todos. ¡Qué bonito! —Harvey retrocedió un paso e hizo un gesto orgulloso—. Hijo, permíteme el honor de presentarte a Sofia, la diosa de mi corazón.

Sig miró a su padre con sorna.

—Encantado de conocerte, Sofia.

—Lo mismo digo. He oído cosas increíbles sobre el hijo de Harvey, el jugador profesional de *hockey*. Vamos a tomar algo y así nos cuentas absolutamente todo lo que haya que saber de ti. —Los elegantes ademanes de Sofia cuando se hizo a un lado y le indicó con un gesto que los precediera al salón le resultaron familiares, pero no sabía muy bien por qué. O quizá no quería atar cabos todavía. Pasó del nudo que tenía en las tripas y obedeció la orden silenciosa de Sofia para entrar en otra estancia muy lujosa, mientras esa música

ligera y casi etérea aumentaba de volumen. Cada vez más—. Nos ha parecido que sería bonito que Chloe tocara para nosotros mientras esperamos a que sirvan la cena.

Empezó a arderle la garganta, como si hubiera tragado ácido; el mundo se movía a trompicones, como si hubiera saltado por una ventana para zambullirse en las heladas aguas del Canal, con el cuerpo encapsulado por la presión. Tenía fama de mantener siempre las manos firmes, pero le temblaban en ese momento. Le temblaban tanto que tuvo que metérselas en los bolsillos para esconderlas, llevado por el instinto.

Ese fue su primer error, del que más se arrepentía.

Lo repasaría una y otra vez en su cabeza durante los meses siguientes.

Esconderse.

Nunca debería haber escondido nada, joder.

Sobre todo cuando a Chloe se le paralizaron los dedos en las cuerdas del arpa y él captó su expresión horrorizada cuando lo vio reflejado en el cristal. En ese momento, debería haber anunciado que había conocido a Chloe un poco antes esa misma noche y que había algo incipiente entre ellos. Algo real. Pero dejó pasar los segundos. Tictac, tictac, mientras Chloe esperaba que reaccionase. En voz alta.

Sin embargo, fue incapaz de que le saliera la voz.

Fue incapaz de asimilar lo bastante rápido su mala suerte.

Sus padres eran pareja. Su padre. La madre de Chloe.

Ella se dio media vuelta despacio en el banquito y lo miró, parpadeando. Abriendo la boca para cerrarla de nuevo.

¡Por Dios, era espectacular! Se había duchado y se había recogido el pelo rubio en una especie de moño en la parte posterior de la cabeza, salpicado todo de perlitas. Llevaba un vestido corto de seda de color crema e iba descalza. Además de todas sus cualidades

increíbles (su chispa, su calidez, su belleza), ¿también era capaz de producir esa música?

«Nuestros padres son pareja».

—Cariño, no puedo esperar ni un segundo más. Hagamos de esto una cena de celebración, ¿te parece? —sugirió Harvey con voz cantarina a su espalda, y se acercó a Sig para ponerle en la mano un vaso de *whisky* lleno hasta la mitad de líquido dorado. A continuación, le rodeó a Sofia la cintura con un brazo, y ambos sonrieron de oreja a oreja—. Chloe. Sig. Os hemos traído a los dos aquí esta noche para anunciaros que nos vamos a casar. —Se rio con los ojos brillantes por las lágrimas mientras miraba a Sofia a la cara —. En primavera, seremos marido y mujer.

Sofia levantó el vaso a modo de brindis.

—¡Y ambos ganaréis un hermano!

El rugido que el comentario le provocó en la cabeza rivalizaba con el estruendo de las olas.

Levantarse del banquito delante del arpa y dirigirse al comedor fue todo un reto. Las piernas no le funcionaban como de costumbre. En absoluto. ¿Por qué iban a hacerlo? Acababa de descubrir que su futuro hermanastro y el hombre al que había besado apasionadamente en el campo de golf hacía poco más de una hora eran la misma persona.

¡Ah, sí, cosas más raras habían pasado en ese rincón del mundo! En ese rincón de Connecticut solo había un número limitado de ricos de sangre azul, y todos insistían en casarse entre sí. Los rumores de primos que se besaban no eran ni mucho menos raros. Ni que Sig y ella hubieran sido conscientes de su inminente relación en el momento en el que él le comió la boca… Podía ser su secreto, ¿no?

No tenía por qué enterarse nadie.

Salvo… porque el hecho de que nunca podría volver a besarlo era absolutamente terrible. En el poco tiempo que habían pasado juntos, Sig la había hecho sentir más que ningún otro miembro del sexo opuesto. Contenía la respiración por la idea de verlo de nuevo más tarde. De escabullirse para hacer el amor con ese jugador de *hockey* rudo y directo que decía cosas como «siéntate en mi cara», pero que también la miraba como si fuera un ángel con las alas escondidas debajo de la ropa.

Tenía a Sig sentado justo enfrente, con líneas de tensión alrededor de la boca y los ojos, y el tenedor apretado con fuerza en el puño. La miraba con el ceño fruncido. Tenían que hablar. Por alguna razón, estaba convencidísima de que él sabría exactamente qué hacer. Era incapaz de imaginárselo dudando en alguna circunstancia.

—¿Hojaldre de panceta y pera, señorita Clifford? —preguntó su chef, Yuri.

Se echó hacia atrás para que el cocinero pudiera tener acceso a su plato.

—¡Sí, por favor! Gracias.

Un sonriente Yuri usó una pinza de plata para colocar el hojaldre en el plato de Chloe. Los hojaldres de panceta y pera eran sus preferidos. No podría comer con el estómago cerrado como lo tenía, pero no quería ser grosera cuando el cocinero se había esforzado tanto.

Se dio cuenta de que estaba mirando a Sig fijamente y de que los pulmones habían dejado de funcionarle. Se obligó a respirar y miró hacia Harvey y Sofia, que estaban riéndose en la otra punta de la mesa del comedor.

No se le escapó el detalle de que Harvey se había sentado a la cabecera.

¿Así sin más?

El remolino que tenía en el estómago empezó a girar más deprisa.

—Harvey, cariño, no les estamos haciendo caso a los chicos —protestó Sofia con una sonrisa al tiempo que le daba un tortazo a su prometido en el brazo—. Y después de que hayas hecho venir a Sig desde Boston. ¡En un coche que, al parecer, no estaba preparado para el viaje! —Cogió su vaso e hizo girar el hielo despacio—. Cualquiera diría que un deportista profesional llegaría con algo un poquito más ostentoso, como… ¡Ay, no sé! Un Lamborghini amarillo.

Chloe miró a Sig con los ojos muy abiertos durante un segundo, con la esperanza de que él lo interpretase como una disculpa. Ojalá pudiera decirle que su madre no quería ser condescendiente ni insultarlo de forma sibilina con sus halagos, pero las pullas de Sofia a menudo eran más elegantes que su ropa de alta costura.

—Mi camioneta me ha acompañado en muchas situaciones —replicó Sig—. Ha sido leal conmigo desde que cumplí los dieciséis, y no voy a pagárselo mandándola al desguace. —Carraspeó e intentó dejar de mirar a Chloe, pero le fue tan bien como a ella en ese sentido—. De todas maneras, el azul claro me va más.

No lo diría… por sus ojos, pensó Chloe.

¿Verdad?

No.

Sig no se atrevería. No después de descubrir que iban a ser familia política.

—Si pudiera elegir coche —dijo Chloe—, elegiría uno de esos enormes Cadillac antiguos que parecen como barcos en la carretera. Algunos de los miembros de más edad del club los conducen.

—¿Por qué? —preguntó Sig con voz guasona, pero su expresión… no lo era. En absoluto.

—Si tuviera un accidente en uno de esos barcos con ruedas, ni me

daría cuenta. Seguramente el otro coche se limitaría a rebotar contra él.

Sofia se echó a reír con una carcajada sonora.

—Y por eso, querida Chloe, tienes chófer.

Se puso colorada. Miró un segundo a Sig para ver su reacción. No vio cambios, salvo que frunció el ceño.

—¿Quieres aprender a conducir, Chloe?

—No sé. La verdad es que no lo he pensado. Por lo menos, no desde hace un tiempo. Pero… —Miró por encima del hombro hacia la parte delantera de la casa, como si pudiera ver su camioneta aparcada en el camino de entrada—. Sí, creo que me gustaría. Mucho.

—Vamos a seguir dejándote en manos de un chófer profesional —dijo Sofia, que desechó la idea con un gesto de la mano—. Sig, ¿cómo lo encuentras? Me refiero a Boston.

—Normalmente, con un mapa. —Sig pasó de las risas de ambos padres y siguió mirando fijamente a Chloe. De hecho, parecía importarle muy poco que empezaran a darse cuenta de la atención que le prestaba—. ¿Cuándo habéis dicho que os vais a casar? ¿Tenéis ya una fecha en mente?

—¡Ah! Bueno… —Sofia se llevó la bebida al pecho y miró a Harvey con adoración—. Estamos pensando en primavera, claro.

—Así que… unos ocho meses más o menos a partir de ahora —dijo Sig.

—Sí —confirmó Sofia—. Eso debería darme el tiempo suficiente para convencer a mis amistades de que vuelvan del extranjero y sufran nuestro rutilante amor, ¿no te parece, Harvey?

—Serías capaz de convencer a la luna de que se convirtiera en el sol, cariño.

Chloe se tapó la cara con una mano, para que Harvey y Sofia no la

vieran fingir unas arcadas en dirección a Sig. A él le temblaron un momento los labios por la risa, antes de retomar su expresión ceñuda e intensa. Una expresión pensativa que le indicó a Chloe que su cerebro no dejaba de trabajar a marchas forzadas.

Ocho meses.

Eso era… un tiempo sorprendentemente largo. Su madre acostumbraba a ser un poco más impulsiva, sobre todo cuando se trataba de planear sus propias nupcias. Tenía a tres exmaridos, incluido su padre, que así lo atestiguaban. Por no hablar de dos compromisos cancelados.

De hecho, ahora que por fin se tomaba el tiempo necesario para observar a Sofia y a Harvey juntos, notaba muchos cambios en su madre. ¿Alguna vez la había visto tan relajada? No tenía la cintura tan estrecha como de costumbre y, por eso, parecía mucho más sana. Incluso estaba radiante. Llevaba el pelo suelto. No se había teñido las canas, y los mechones más claros se le entretejían en la coronilla de pelo rubio del mismo tono que el suyo.

¿Era Harvey bueno para su madre?

¿Esa vez era diferente?

Y si era así, ¿por qué tenía que ser diferente esa vez?

Esa frustración, muy egoísta, desde luego, hizo que se removiera en su asiento, acercándose más a la mesa. Como resultado, la parte interior de su pie derecho rozó la puntera de la bota de Sig, y el estómago se le encogió de repente y sintió el cuerpo vibrar de los pies a la cabeza. ¡Bum! Al otro lado de la mesa, Sig entornó los párpados y soltó el aire muy despacio.

—Por supuesto, los dos formaréis parte de la boda —anunció Harvey, ajeno a lo que estaba sucediendo al otro lado de la mesa—. Una parte importantísima, la verdad. Sig, sé que no hemos estado muy unidos, pero esperaba que accedieras a ser mi padrino.

Pedírselo a un amigo no me parece adecuado cuando tengo un hijo.

Sig parpadeó varias veces antes de mirar a su padre.

—¿Me lo estás pidiendo?

Harvey sonrió de oreja a oreja.

—Sí, hijo. —Su sonrisa perdió parte del brillo—. Sé que no nos hemos llevado muy bien estos años, pero Sofia… En fin, tiene algo que hace que recupere la esperanza. —Sofia, con los ojos visiblemente brillantes por las lágrimas, le dio un apretón a Harvey en el brazo—. ¿Qué me dices, Sig? Te quiero a mi lado mientras me caso con la mujer de mis sueños.

¿Eran imaginaciones suyas o estaba viendo cierto recelo, cierto escepticismo, en la mirada de Sig al observar a la feliz pareja? ¿No creía que su relación fuera auténtica?

Sig pareció darse cuenta de que todos esperaban su respuesta.

—Si puedo encajarlo en mi calendario de partidos… —Se frotó la nuca—. Sí, haré lo que pueda.

—¡Fabuloso! —exclamó Sofia, que levantó su vaso—. Y, Chloe, ¿tengo que preguntarlo siquiera? Tú serás una dama de honor despampanante. Ya he organizado un fin de semana en París solo para chicas donde podremos elegir los vestidos en Margaux Tardits. ¡Como si fuéramos a ir a otro sitio!

—Genial —dijo Chloe, con la sensación de que estaba en una cinta transportadora fuera de control que no dejaba de ir cada vez más deprisa, con el interruptor para apagarla fuera de su alcance. Volvía a tener seis años y la lanzaban al escenario delante de un auditorio lleno, sin plan, con la única orden de tocar. ¡Tocar!—. París será una escapadita estupenda en invierno.

—Desde luego. Quizá podamos organizar un recital mientras estamos allí. Estoy segura de que habrá muchos escenarios encantados de tenerte. ¿No has querido tocar en el Palais Garnier

siempre?

—Esto… —¿Había expresado su interés en eso alguna vez? Seguramente sí. Aunque a veces le costaba saber dónde terminaban sus deseos y dónde empezaban los de su madre—. Sí, supongo que me gustaría.

Desvió la mirada hacia Sig, al otro lado de la mesa, y lo que él vio hizo que le apareciese un tic nervioso en el mentón.

—¿Qué te parece Boston, Chloe? ¿Has pensado alguna vez en estudiar allí?

Se hizo el silencio en el comedor.

Sofia dejó su vaso en la mesa y se oyó el sonido del cristal, tintín.

Chloe tenía en la punta de la lengua decir que no, para complacer a su madre y que la cena siguiera siendo agradable, pero… algo se lo impidió. Tal vez fuera el pie de Sig al ponerse al lado del suyo debajo de la mesa. Como si quisiera transmitirle fuerza o ánimo. O tal vez fuera la abrumadora sensación de aislamiento que sentía de un tiempo a esa parte. Su soledad no tenía sentido cuando estaba rodeada de gente en el club de campo, de instructores, de compañeros de tenis. De amigos que conocía desde que nació y que ya tenían sus propias casas en la zona. Algunos se habían casado ya, tenían hijos, se hacían cargo de las organizaciones benéficas de sus padres. Vivían la vida que sus padres habían imaginado para ellos.

Sin embargo, ella tenía una habilidad inusual. Tocaba el arpa como si hubiera nacido con las cuerdas pegadas a los dedos. Era su válvula de escape más preciada. El elegante instrumento la atraía, la envolvía, le alimentaba el corazón y el alma. Lo amaba sin medida.

También significaba que estaba atrapada en esa… tierra de nadie.

Demasiado prometedora en el mundo de la música como para sentar la cabeza y dejar de practicar, de actuar.

Y, a la vez, demasiado protegida como para explorar lo que

realmente podía hacer en la música.

O en la vida.

Llevaba años en esa existencia triangular: la llevaban a las clases, a casa y al club de campo. Estaba a las órdenes de su madre. Mantenía la paz, hacía lo que le decían. Y últimamente tenía la sensación de que le tiraba demasiado la piel, como si no pudiera moverse ni respirar dentro de ella. ¿De qué servía tener ese talento y no ser libre para conseguir nada con él? Ni ver de lo que era capaz.

«Tengo veinticinco años».

«¡Por el amor de Dios, que tengo veinticinco años!».

La necesidad de cambio, de rebelarse, llevaba tiempo gestándose en su interior, pero ese hombre, esa fuerza inesperada que había al otro lado de la mesa, estaba derribando el último obstáculo que se interponía entre ella y su valor. Quizá porque destilaba una audacia, una seguridad en sí mismo y una honestidad muy evidentes. Quizá porque su presencia era tan firme que también hacía que ella se sintiese así.

Su encuentro no fue un accidente.

Había sucedido por un motivo.

El tiempo se ralentizó un poco cuando asumió esa creencia antes de acelerarse de golpe.

—Pues la verdad es que sí —contestó ella, con la mirada clavada en Sig—. Siempre he querido ir al conservatorio de Berklee.

La carcajada de Sofia no fue tan relajada como las de antes.

—Hay profesores de renombre mundial en Connecticut, Chloe. Nuestro hogar está aquí. No podemos hacer el equipaje y mudarnos a Boston sin más.

—¿Por qué das por hecho que tendrías que mudarte conmigo? —En cuanto hizo esa pregunta, deseó no haberla hecho, porque sabía lo que se avecinaba. Una lista de todo lo que la convertía en una

persona indefensa e incapaz.

—Para empezar, querida, no sabes cocinar. Yo tampoco. Por eso tenemos al increíble Yuri. —Sofia hizo una pausa para sonreír alegremente al chef mientras este rodeaba la mesa—. No tienes ninguna experiencia ni conocimiento de lo que supone vivir solo. El sistema de transporte es horrible.

—Lo es, lo es —convino Harvey—. ¡Horrible!

—Y las ciudades pueden ser peligrosas. Si no necesitas vivir en una, ¿por qué ibas a hacerlo?

—Para probar. Para experimentar. Para ver si soy capaz de hacerlo…

—Pero ¿y si no lo eres? —preguntó Sofia, que hizo un mohín compasivo con la nariz—. Aquí en Darien tenemos una vida estupenda. Una vida segura, resguardada. No hay motivo para arriesgarse.

—Yo estoy en Boston —terció Sig, y su voz sonó como el mazo de un juez—. Estaría a salvo.

Se hizo el silencio. Por lo menos, fuera de la cabeza y del pecho de Chloe. Porque, dentro de esos dos lugares, sonaba como las notas irregulares de una orquesta ensayando.

—Hijo… —comenzó Harvey, muy incómodo por el cariz que había tomado la velada—, no te interpongas entre ellas.

—No se está interponiendo —se descubrió diciendo Chloe. En voz alta. Y, en ese momento, se dio cuenta de que no le gustaba que nadie cuestionara a Sig. Quería correr a su lado de la mesa y darle unas palmaditas en esos anchos hombros para compensarlo—. No se está interponiendo en nada. Quiero… ir a Boston. Me han invitado a estudiar en Berklee con una plaza especial que no necesita el pago de la matrícula. —Fuera cual fuese el montante. Seguramente debería enterarse—. Así que… eso es lo que voy a hacer. Ya me he decidido.

No había decidido nada. No hasta que esas palabras salieron por su boca.

Sin embargo, en cuanto lo hicieron, ¡madre del amor hermoso!, la presión le salió del pecho como si hubieran abierto una válvula en la dirección correcta.

—En fin. Qué giro de guion más interesante. —Su madre la miraba con expresión serena, pero el fuego de sus ojos prometía venganza —. Chloe, si te vas a Boston, lo harás sin mi dinero.

Y eso bastó para que el estómago se le llenase de hormigón candente y burbujeante.

Ahí estaba. El dinero era el obstáculo que no podía salvar.

Sin dinero, no podría alquilar un apartamento, no podría limitarse a añadir la comida a la cuenta de su familia en el club de campo. Estaría indefensa y arruinada. Y no tenía la menor idea de cómo sobrevivir de esa manera. Ni siquiera sabía cómo vivir sola con dinero. Todavía no.

—Te ayudaré a encontrar tu sitio, Chloe —dijo Sig, que llamó su atención con una mirada elocuente. Una mirada que decía: «Oye, no le hagas caso, tú puedes»—. Te encontraré un lugar seguro para vivir y te enseñaré a moverte por la ciudad. A pedir comida para llevar o a cocinar. Lo que quieras. —Miró a su madre, desconcertado—. Entrar en el conservatorio de sus sueños con una plaza gratuita es una oportunidad increíble, ¿no?

—El dinero no es el problema —respondió Sofia con voz dulce.

Harvey se pasó una mano por la cara.

—Sig, por favor, te estás extralimitando.

—No, no lo está haciendo. Me está ofreciendo apoyo…, y eso es justo lo que necesito. Creo que lo he necesitado durante mucho tiempo. Y…, a ver, ¿es muy difícil hacer hojaldre de panceta y pera? —Captó la expresión ofendida de Yuri y reculó de inmediato—.

Dificilísimo, está claro. Empezaré con Pop-Tarts.

Yuri se relajó.

—Las Pop-Tarts sirven como una base de hojaldre deliciosa en cualquier momento —susurró el chef, que le guiñó un ojo, y ella sintió que esa sutil muestra de solidaridad le insuflaba aire en el pecho.

—Gracias.

Sofia levantó las manos.

—Chloe, te prohíbo que vayas. ¿No te importa que sea incapaz de dormir por las noches porque esté preocupada por ti? ¿Es que no te importo en lo más mínimo?

El sentimiento de culpa estuvo a punto de hacerla claudicar, pero no lo permitiría. La decisión de ir a algún sitio ella sola le provocaba una sensación demasiado buena. Demasiado liberadora. La verdad, le estaba costando no salir corriendo por la puerta y perderse en la noche.

¿Por qué no lo hacía?

De repente, separó la silla de la mesa, sacudiendo sus cubiertos.

—Creo que voy a hacer el equipaje.

Sig se metió un hojaldre de panceta y pera en la boca, y dijo mientras masticaba:

—No te olvides el cepillo de dientes.

Esa falta de buenos modales le pareció maravillosa.

«¿Se puede saber qué cojones haces?».

Sig siguió a una exuberante Chloe hasta su camioneta con la bolsa que había preparado a toda prisa colgada del hombro, asombrado por su forma de saltar a la luz de la luna, sonriéndole mientras bailaba en círculos, como una princesa a la que hubieran liberado de

su torre de marfil.

Claro que él no era un caballero de brillante armadura, ¿verdad?

No.

No debería haberlo hecho. No debería haber forzado una situación entre ellos que los obligaría a pasar muchísimo tiempo juntos. No cuando serían hermanastros dentro de ocho meses. No cuando quería tocarla, penetrarla, convertirla en su hogar. Debía de estar loco por ofrecerse como voluntario para enseñarle cómo se hacían las cosas en Boston. Pero como una cabra.

Y, sin embargo, ni de coña se habría ido de esa casa sin ella.

Así de sencillo.

Chloe se había convertido en su responsabilidad, y no podía imaginarse la vida de otro modo.

¿Cómo había sido la vida antes de esa noche? Casi no lo recordaba.

—Sig —lo llamó Harvey desde la puerta, obligándolo a detenerse y darse media vuelta. A esperar a que saliera furioso tras él—. ¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Harvey entre dientes, con una vena palpitándole en la frente. Cayó en la cuenta de que su padre se estaba haciendo eco de lo que él mismo pensaba, pero seguramente por motivos muy diferentes—. ¿Estás intentando echarme esto a perder a conciencia?

Sí.

Por motivos muy diferentes.

—Lo siento —contestó, sin levantar la voz—. No era mi intención interrumpirte mientras sableas a otra ricachona.

Harvey se puso blanco y se tambaleó sobre los talones.

—¡Ah, claro! Otra vez con eso. —Se quedó callado varios segundos, mirándolo—. Nunca dejas de decirme lo que piensas de mí, ¿verdad?

—Solo sé lo que le hiciste a mi madre.

—¡Por Dios, crees que lo sabes todo! —Había un deje curioso en su voz. Como un mensaje que él era incapaz de descifrar—. Te recuerdo que acababas de nacer en aquella época.

En ese momento, se preguntó, y no por primera vez, si le faltaría una pieza importante de la historia de sus padres. De cómo su relación había terminado en desastre y por qué. Al fin y al cabo, Harvey nunca le había dado su versión de la historia, sin importar cuántas veces se lo pidiera. Pero ¿la verdad no residía en el hecho de que su madre acabó siendo pobre, incapaz de cubrir sus necesidades básicas y las de su hijo?

—Crecí con los efectos de lo que pasó —masculló Sig mientras se le disparaba el pulso en el cuello—. Haciendo de todo para llegar a fin de mes mientras tú usabas su dinero para atrapar a tu siguiente objetivo.

—Oye, he cometido errores, pero ahora soy distinto. He cambiado.

—Pero tu gusto en mujeres sigue siendo exactamente el mismo: ricas.

—¿Sí? Pues a ver si va a ser cierto lo de que de tal palo, tal astilla. —Harvey desvió la mirada hacia Chloe, que esperaba junto a la puerta del acompañante de su camioneta—. Escúchame bien, voy a casarme con su madre. Así están las cosas. —Lo miró fijamente—. Si tienes algún interés romántico o algo, quítatelo de la cabeza. Su madre la desheredaría antes de tener que aguantar semejante escándalo. ¿Eso es lo que quieres?

No sabía muy bien por qué negaba lo que había pasado… o lo que estaba pasando entre Chloe y él. Nada le parecía mal, en lo más mínimo. Pero ese comentario sobre el palo y la astilla le escoció mucho, ¡joder! Tanto como la amenaza de que desheredaran a Chloe. Por su culpa.

—Solo le estoy echando una mano. Ella quiere ir a Boston, y yo

conozco Boston. Nada más.

—Mejor que sea así.

—Y mejor que tú te cases con Sofia por los motivos adecuados —replicó Sig, que dio un paso al frente para invadir el espacio personal de Harvey, llevado por el afán protector hacia Chloe—. O vamos a tener un problema bien gordo.

Algo brilló en los ojos de su padre.

—Tomo nota.

Sofia apareció en la puerta a la espalda de Harvey, con otro vaso en la mano.

A juzgar por su expresión tensa, había oído hasta la última palabra de su conversación.

—Harvey me ha contado su pasado, por si crees que me está ocultando algo. No es así. Hemos sido como libros abiertos el uno para el otro. —Sig lo dudaba mucho, pero, por Dios, parecía muy segura de lo que decía—. En el hipotético caso de que haya algo oculto, mis abogados lo encontrarán mientras redactan el acuerdo prematrimonial. Son muy protectores conmigo.

Sig no lo ponía en duda.

Tampoco ponía en duda que encontrarían algo. Más de lo que Harvey le había contado a Sofia.

Solo era cuestión de tiempo, ¿no?

A lo mejor la boda no se llegaba a celebrar.

La esperanza hizo que se le hinchara el pecho por primera vez en una hora.

—Me alegro de que tengas a alguien que vele por tus intereses —replicó Sig, que pasó del resoplido de su padre.

—Ojalá pudiéramos decir lo mismo de mi hija.

El seco comentario de Sofia lo dejo de piedra.

—¿Cómo dices?

Ella ladeó la cabeza hacia la izquierda.

—Sig, hazme el favor, que tengo ojos. Dudo que te hayas ofrecido como voluntario para enseñarle Boston a Chloe por tu buen corazón. —Bebió un sorbo muy despacio mientras dejaba que calasen sus palabras antes de bajar el vaso a la cadera—. Es tu última oportunidad de irte solo, tal como has venido. Tu última oportunidad para pensar en lo que… una relación poco convencional podría hacerle a tu carrera. Por no mencionar lo que podría hacerle a la vida que he construido para Chloe. Echa un vistazo a tu alrededor. ¿No crees que deseará volver a esto tarde o temprano?

En ese momento, estuvo a punto de claudicar. ¡Porque, sí, joder! Se había quedado tan prendado de Chloe y de cómo lo hacía sentir que no se había parado a pensar que quizá estaba haciéndole daño al alejarla en vez de ayudarla a enriquecer su carrera musical. Su vida. Pero entonces volvió a mirar a Chloe por encima del hombro y vio la postura decidida de sus hombros, la confianza añadida en la línea de su mentón. Su aura de optimismo. ¿Cómo podía ser malo mantener a esa persona con él, cerca de él? ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Dejarla allí y esperar a que sus padres se separasen de forma natural? ¿Dejar… lo suyo al azar?

No podía hacerlo.

Se aseguraría de que su relación fuera irreprochable. No haría nada que pudiera perjudicarla. Ni a su vida ni a su carrera. Ni tampoco a la suya propia.

Buscaría la fuerza de voluntad para contenerse.

—Si Chloe quiere volver a casa, la traeré yo mismo —dijo con voz gruñona mientras se alejaba—. Adiós, papá. Un placer verte, como siempre. —Cuando llegó a la camioneta, dejó la bolsa de Chloe en la cabina central y la rodeó por delante para abrirle la puerta del

acompañante. Una vez dentro, ella tocó el asiento agrietado de cuero y echó un vistazo a su alrededor mientras olfateaba, acostumbrada sin duda a subirse al asiento trasero de limusinas recién perfumadas en vez de a camionetas destartaladas con una maloliente bolsa de *hockey* en la parte trasera. ¿Cambiaría de opinión a la primera señal de que dejaba atrás toda esa megarriqueza? Porque él podía ofrecerle comodidad, seguridad y nuevas experiencias, pero no podía darle ese palacio con vistas al agua.

Sin embargo, en ese momento ella lo miró con una sonrisa y sacó el pulgar hacia arriba, y se dijo que no debía volver a subestimarla. A partir de ese momento, ella estaba dejando esa clase de vida atrás.

—Vamos a llevarte a Boston, Chlo —dijo un segundo después, cuando arrancó la camioneta—. Justo después de pasarnos por el club para pagar el champán.

—¿Vas a pagarlo?

—Siempre que acepten un cheque.

—¡Los aceptan! ¡Hurra!

Y se dijo que tampoco debía subestimar la capacidad de Chloe para gastar dinero.

No, aprendería todo lo que había que aprender al respecto en los meses siguientes.

—¿Hay tienda de Sephora en Boston? —susurró ella—. Siempre he querido ir a una.

¿Se podía saber qué era eso? Se encogió de hombros.

—Seguramente.

No tardaría mucho en saber más de Sephora que de *hockey*.

Más de arpa que de arreglar camionetas.

Más de Chloe que de sí mismo.

Y le iba a encantar cada segundo.

Aunque solo pudiera amarla de lejos.

De momento.

—Sig —dijo ella en voz baja.

Sintió un nudo en la garganta porque sabía lo que iba a decirle.

—¿Qué?

El silencio se alargó varios segundos.

—Sé que nos hemos conocido esta noche y quizá sea prematuro o incluso… inapropiado preguntártelo después de todo lo que ha pasado. —Se agarró con ambas manos al cinturón de seguridad de nailon—. Pero ¿qué significa esto para… nosotros?

Nosotros.

El nosotros que podría haber sido.

El nosotros que tal vez nunca sería.

¿Cuál era la definición de «nosotros» en lo tocante a ellos dos?

Por más que le escociera, no tenía respuesta. Solo sabía que moriría antes de poner en peligro el futuro de Chloe cuando nunca, ni en un millón de años, podría ofrecerle semejante riqueza. ¡Joder! Se le revolvía el estómago por alejarla de eso en ese preciso momento. Si no estuviera convencido de que ella quería experimentar la vida con sus propias condiciones, no la habría alejado ni un centímetro del camino de entrada. Pero Sofia y su padre tenían razón, ella podía volver a Darien en cualquier momento. Seguramente lo haría. ¿Quién iba a abandonar semejante existencia de ensueño para siempre?

Aunque Chloe pudiera acostumbrarse a una vida normal…

Estaba a punto de convertirse en su hermanastra.

Tenerla en Boston iba a acabar por completo con su cordura.

Sin embargo, tenerla a casi quinientos kilómetros sería peor.

De momento, solo le cabía esperar. Esperar que Sofia se diera cuenta de que se iba a casar con un estafador. Esperar que cancelase la boda… y lo liberase para perseguir a Chloe. En el plano

romántico.

Mientras tanto…

—Vamos a ser amigos, Chlo. —Se obligó a mirarla con una sonrisa, aunque a los músculos de su cara les costó obrar semejante hazaña —. Amigos del alma.

Se miraron desde extremos opuestos de la camioneta con una expresión desoladora y consciente en los ojos, como si los dos se hubieran dado cuenta al mismo tiempo, aunque a regañadientes. No podía ser. Lo suyo no podía ser. Y, después, los dos clavaron de nuevo la mirada en la carretera, con el ambiente entre ellos cargado de pesar, mientras él sentía el corazón más pesado que un yunque en el pecho.

Capítulo cuatro

Una semana después

Sig aminoró el paso hasta detenerse y esperó en el pasillo, mientras veía a Chloe desaparecer en el interior del piso y el sonido de su alegre charla con la agente inmobiliaria resonaba en la pulida escalera. Las paredes tenían brillantes apliques dorados. Se escuchaba un piano en alguna de las plantas superiores. Abajo en el portal, una mujer empujaba un cochecito de bebé que parecía bastante caro y vio que las dos puertas del edificio se cerraban detrás de ella con un fuerte golpe, con seguridad, exactamente igual que lo harían detrás de Chloe.

Ya habían mirado un piso en otra parte de la ciudad, y el edificio solo tenía una puerta que separaba el portal de la calle. Además, dicho piso estaba en la planta baja. Estuvo a punto de echarse al hombro a Chloe mientras la sacaba de allí entre protestas.

Ese sitio le gustaba más.

Dormiría por la noche con ella en ese lugar.

Y le iba a costar una fortuna. Mensual. El precio del hotel de cinco estrellas donde se alojaba desde que llegó a Boston le habría bastado para comprarse una camioneta nueva, pero le había encantado recogerla en la puerta, verla salir del reluciente vestíbulo mientras el botones con su uniforme almidonado le abría la puerta. Proporcionarle esa experiencia, esa seguridad, lo hacía sentirse realizado. Hacía que la sangre le corriera por las venas con determinación.

Mientras hacía cálculos mentales, dio dos pasos y sacudió la barandilla para comprobar su seguridad, confirmando que no se zarandeaba, y luego entró en el piso detrás de las mujeres.

Doble pestillo en la puerta. Bien.

Se detuvo entre la entrada y el salón, intentando fijarse en el amplio espacio iluminado por el sol, los techos altos, la cocina profesional, la panorámica del North End. Pero lo único que veía eran las columnas de mármol, los querubines y la escalinata de la casa donde Chloe vivía en Darien. En comparación, ese piso era una miniatura.

—¡Sig! —gritó ella desde uno de los dormitorios—. ¡Ven a ver esto!

La obedeció sin pensárselo, ansioso por ver qué la había emocionado de esa manera. Cuando la encontró en el dormitorio principal, estaba abriendo una especie de cajón enorme que parecía estar empotrado en la pared.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—El conducto de la ropa sucia —respondió la agente inmobiliaria —. En el sótano, hay un espacio donde se acumula la ropa hasta que tengan que poner la lavadora. El sistema está un poco anticuado, pero a los residentes les encanta. Evita tener que subir y bajar una pesada bolsa por la escalera del sótano.

«¿¡En el sótano!?», pensó.

—¿No hay lavadora ni secadora en el piso?

—Es un edificio histórico. Hay ciertas restricciones para instalar tuberías nuevas.

—En fin, Chloe —dijo él, meneando la cabeza—. No sé yo…

—Hooola —dijo Chloe por el conducto—. ¿Hay alguien ahí? — Con una carcajada, cerró el cajón y se enderezó, dirigiendo su atención a la agente inmobiliaria—. ¿Quién lava la ropa una vez que baja por aquí?

La agente inmobiliaria parpadeó. Los segundos pasaron.

—Mmm…, pues usted.

Chloe no daba crédito, pero al mismo tiempo parecía estar… muy emocionada.

—¿¡En serio!?

—Pues sí.

Sig casi perdió el hilo de sus pensamientos al ver semejante emoción.

—No me gusta que tenga que bajar al sótano.

—A mí sí —replicó Chloe—. Nunca he estado en uno.

—Puede estar tranquilo, porque es seguro. Y muy elegante.

Chloe se desinfló al oírla.

—¡Oh!

Sig tendría que asegurarse de que era cierto antes de firmar cualquier documento.

—Vamos a hablar, Chloe —le dijo al tiempo que hacía un gesto con la barbilla para indicarle que lo siguiera al pasillo. Al cabo de unos segundos, estaban solos en la cocina. Chloe no paraba de abrir armaritos y cajones, tras lo cual se acercó al fregadero, como si fuera un rayo de luz rebotando en las superficies. Tuvo que rodearle la cintura con un brazo para detenerla y que se quedara quieta delante de él. Lo bastante cerca como para poder mirarla a la cara y distinguir el borde oscuro de sus iris azules. Sin embargo, contuvo el impulso de acariciarle un pómulo con un nudillo. De capturar esos labios con los suyos y sorberlos, acariciarlos, besarlos.

No lo hizo, pero era una batalla que llevaba librando toda la semana.

¿Alguna vez sería más fácil?

Cada momento del día que había tenido esa semana entre los entrenamientos y los partidos le había pertenecido a Chloe. Había

repasado la ruta en tren que ella tomaría para ir a Berklee. La había llevado a conocer a sus nuevos profesores. Habían comido juntos. La había llevado a Sephora por primera vez…, una odisea de dos horas que él había fingido odiar, pero después de pagar todos los potingues y el brillibrilli que ella había comprado, se había ganado un abrazo enorme que aún sentía. Que no quería dejar de sentir.

—¿Te gusta este sitio? —le preguntó, con la voz ronca por el esfuerzo que estaba haciendo.

—Es precioso —susurró ella, mirando a su alrededor mientras fruncía el ceño lentamente—. ¿Cuánto cuesta comprar un piso como este?

—No vamos a comprarlo —la corrigió con paciencia—. En todo caso, lo alquilaríamos.

—Un alquiler. ¡Oooh! —Hizo un gesto exagerado con la cabeza, como si acabaran de desvelarle un gran secreto—. ¿Y cuánto cuesta?

—No te preocupes por eso.

Lo miró a los ojos.

—¿Estás seguro?

—Yo me encargo del alquiler y tú de practicar en el conservatorio. —Pensó en los sueños que ella le había confiado el día anterior por la mañana mientras comía tostadas francesas. La sospecha de que, a lo mejor, había llegado el momento de dar pequeños pasos para ir reduciendo la formación y convertirse en arpista profesional, algo que su madre no parecía dispuesta a permitirle. Intentar conseguir un puesto en una orquesta en vez de participar en conciertos en los que la anunciaban como un prodigio al que escuchar embobados—. Con el tiempo, cuando te acepten en una orquesta, el alquiler será responsabilidad tuya.

Su expresión se ensombreció.

—Confías demasiado en mi capacidad para conseguir que me

acepten en una orquesta.

—Pues sí. —Claudicó. Le pasó una mano por el pelo, acariciando las suaves puntas con las yemas de los dedos—. Confío mucho.

Su caricia la hizo entornar los párpados, y sus torsos subieron y bajaron a la vez.

—¿Me enseñas a poner la lavadora?

—Sí, siempre y cuando el sótano no sea el lugar ideal para que se esconda un asesino. Déjame que lo compruebe primero.

Ella lo miró en silencio.

—Vas a ser un poco sobreprotector conmigo, ¿verdad? —le preguntó.

¿Un poco? Si acababa firmando el contrato de alquiler, instalaría un tercer pestillo antes de que la tinta se secara en el papel.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno —dijo la agente inmobiliaria, que apareció por el extremo opuesto de la cocina y los miró con ojo avizor. Lo cerca que estaban. Sobre todo después de que se hubieran presentado como futuros hermanastros—. ¿Qué les parece el piso?

Chloe corrió hacia la mujer.

—¡Nos lo quedamos!

—Primero quiero ver el sótano —masculló Sig, que la siguió a grandes zancadas.

Lo mismo daba que tuviera que hacer un esfuerzo bastante grande para pagar el alquiler de ese piso, además del suyo. Por no mencionar que seguía pagando la hipoteca de la casa que le había comprado a su madre cuando firmó el contrato con los Bearcats. Pero, en fin… Si era necesario, ya vendería algunos objetos en eBay. Conseguiría que los chicos firmaran algunas gilipolleces y ganaría un dinerillo extra. Además, tenía unos cuantos objetos caros que había coleccionado a lo largo de los años y que en una subasta

alcanzarían un buen precio.

Y rezaría para que los Bearcats le ofrecieran un contrato decente para la próxima temporada.

En resumen, que haría lo que fuese para que Chloe viviera en ese piso.

Llevaba toda la vida diciéndose: «No lo necesitas». Que no necesitaba cosas bonitas.

Sin embargo, Chloe… era la primera cosa bonita sin la que no podía vivir.

Dos semanas después

Chloe se sentó encima de la lavadora con la botella azul de detergente en el regazo e intentó por todos los medios no parecer engreída. Sig llegaría en cualquier momento para darle su primera clase sobre cómo poner la lavadora e iba a quedarse muerto al ver que ya había comprado detergente. *¡Muerto!*

El día había sido bueno y eso sería la guinda del pastel.

Se había despertado con un mensaje de texto de su madre que apestaba a vino, lleno de disculpas y ofreciéndole una pequeña paga semanal. Sin embargo, ella veía la oferta como lo que era: una cantidad muy estratégica que le daría acceso a sus planes, a sus progresos, pero no un flujo de dinero lo bastante grande como para no echar de menos los lujos de su hogar.

El primer impulso fue el de rechazar el dinero, porque se suponía que ese traslado a Boston era para descubrir su independencia, pero al final había decidido aceptarlo. Solo llevaba dos semanas en la ciudad, tiempo suficiente para saber que todo era caro. Carísimo. Y ya dependía demasiado de Sig. ¿Cómo iba a pedirle dinero para gastos además de las clases de limpieza, de los gastos en Sephora,

del alquiler y de todo lo demás?

Ni hablar.

Enderezó la espalda al oír los pasos de unas botas bajando la escalera del sótano, y cada célula de su cuerpo empezó a dar saltos de alegría mientas se le aceleraba el pulso. Se le endurecieron los pezones antes incluso de verlo, pero en cuanto ese enorme cuerpo apareció por el vano de la puerta, el corazón estuvo a punto de salírsele del pecho. ¿Por la garganta? ¿Atravesándole las costillas? ¿Las dos cosas a la vez? El caso era que se le había movido nada más verlo con unos vaqueros, un anorak acolchado azul, unas botas y una gorra de los Red Sox.

—Hola, Chlo. —Se cruzó de brazos y apoyó un hombro en el marco de la puerta—. ¿Qué tienes ahí?

—Detergente para lavar la ropa —dijo primorosamente—. Nada del otro mundo.

—Vaya. ¿Has ido a la tienda?

—Sí. También he comprado aceitunas y café.

—Un desayuno de campeones.

—La tienda que hay a dos manzanas de aquí tiene aceitunas a granel. Puedes llevarte un recipiente y llenarlo. No podía pasar eso por alto. —Hizo un mohín con la nariz—. Voy a estar comiendo aceitunas durante semanas.

Sig se apartó del marco con una carcajada y echó a andar hacia ella.

—Pero por lo menos tienes detergente. —Sin embargo, torció el gesto cuando se acercó y cogió la botella—. ¡Ah! Siento decírtelo, pero esto es suavizante.

—*¿¡Qué!?*

—También es importante. Pero no es lo principal.

Miró desanimada el cesto de la ropa desbordado sobre el suelo de

cemento.

—¿Qué voy a usar para lavar la ropa? Solo me quedan unas b… —Dejó la frase en el aire antes de decir «bragas», pero cuando vio que la mirada de Sig subía por sus muslos y se detenía allí donde se unían le resultó evidente que sabía lo que había estado a punto de decir.

—No podemos permitir que salgas sin ellas, ¿verdad? —Su lengua se apoyó un momento en el labio inferior, y ella tuvo la sensación de que intentaba controlar la respiración. Casualidades de la vida, ella estaba haciendo mismo, ¡porque Sig desprendía un olor increíble! Estaba haciendo un gran esfuerzo para no agarrarlo del anorak, tirar de él y así poder inspirar a placer el olor a clavo y pimienta que lo caracterizaba—. No te preocupes, he traído detergente de casa. —Sacó un par de pastillas de un bolsillo y se las enseñó—. No tendrás que caer en la indecencia.

—¿Es indecente ir sin ropa interior?

—Si alguien lo sabe, sí. Sería un poco indecente. —Le quitó la botella de suavizante de las manos, la dejó sobre la secadora que estaba al lado y luego le puso las manos en la cintura, la levantó y la dejó en el suelo delante de él, tras lo cual le alzó la barbilla con un dedo—. Y yo sabría que no llevas nada. Podría empezar a pensar en cosas que no debería.

Chloe tragó saliva. Sentía muchas punzadas en muchos sitios.

—Supongo que será mejor que nos pongamos con la ropa.

Ninguno de los dos se movió durante varios segundos, hasta que él le rozó la garganta con las yemas de los dedos antes de apartarlas como si tal cosa, como si no hubieran dejado un rastro de fuego a su paso.

—Lo primero que tenemos que hacer es separar la ropa clara de la oscura —dijo Sig, con voz ronca, al tiempo que le daba un

empujoncito a la cesta con la punta de un pie—. Si metes una camisa roja con ropa blanca, todo acabará de color rosa. Hazme caso, yo lo aprendí por las malas.

—¿Aprendiste solo a lavar la ropa o te enseñaron tus padres?

Sig se quedó callado un segundo.

—De pequeño, solo estábamos mi madre y yo. Harvey no apareció hasta que empecé los estudios universitarios, y solo porque le seguí la pista por curiosidad. De todas formas, no es de los que dan consejos para lavar la ropa, ¿verdad?

—Pues no —dijo ella despacio, mirándolo fijamente. Aunque tenía la impresión de que conocía bien a Sig después de tan poco tiempo, lo cierto era que no sabía casi nada de su pasado. ¡Y estaba deseando conocer al detalle todos los días que llevaron a la creación de la persona que tenía delante! Ese deportista profesional que llevaba pastillas de detergente en el bolsillo, que apoyaba su decisión de empezar una nueva vida y que le había instalado una cerradura adicional en la puerta—. ¿Tus padres se divorciaron cuando eras pequeño?

—En realidad, nunca se casaron —contestó él mientras se ponía un poquito colorado. Se agachó y empezó a separar su ropa, así que ella se arrodilló a su lado y siguió su ejemplo, poniendo la blanca en un montón y la de color, en otro—. Mi madre creció en una familia numerosa con dinero, pero sus padres no aprobaban a Harvey. Y supongo que tenían razón, ya que acabó marchándose poco después de que yo naciera. No sé si mi madre se sentía resentida con su familia por no haber aceptado nunca a Harvey, o si su abandono fue un golpe para su orgullo y eso le impidió enfrentarse a ellos, pero el caso es que, después de que Harvey se fuera, nos alejamos de ellos. Mi madre quería labrarse su propio camino, sin su ayuda. Pero nunca le gustó hablar del tema. —Frunció el ceño—. Tengo muchas

más preguntas que respuestas sobre mi infancia.

—Lo siento, Sig.

—No pasa nada. Si hubiera crecido siendo tan pijo como tú, ahora no podría enseñarte a lavar la ropa. ¿Ves? —Le guiñó un ojo—. Todo pasa por algún motivo. Mi madre estaba demasiado ocupada con dos trabajos para enseñarme a poner la lavadora, así que hice lo que haría cualquier jugador de *hockey*. Se lo pedí a mi entrenador. Su mujer vino y me enseñó lo básico.

—¿Cuántos años tenías?

Entrecerró un ojo.

—¿Siete, creo?

—¡Guau! —exclamó, vagamente consciente de que se habían ido acercando mientras Sig le contaba su historia y en ese momento sus frentes casi se tocaban—. ¿Te enseñó algo más?

Sig asintió con la cabeza.

—A preparar sopa de pollo con *dumplings*.

—No sé lo que es, pero suena muy bien.

—Algún día te la haré.

—No —dijo ella, que negó con la cabeza—. Bastante has hecho ya por mí.

—Nunca… haré lo suficiente por ti, Chloe. —Volvió la cara al tiempo que soltaba una carcajada seca, como si no se pudiera creer que acababa de decir eso en voz alta—. ¿Y tu padre? ¿Qué pasó con él?

—Mmm —dijo ella con voz ronca, intentando disimular mientras memorizaba la forma del labio superior de Sig—. Se divorciaron cuando yo era pequeña, y fue complicado. Ella se quedó con la custodia y con la casa. Él se volvió a casar y tuvo dos hijos más. Viven en Long Island y no los conozco. Pero hablo con mi padre un par de veces al año. —Se mordió el interior de un carrillo—. De vez

en cuando, publican algún artículo sobre él en alguna revista de finanzas. Siempre me menciona. Que su hija mayor es una arpista prodigio.

Sig la miró fijamente.

—Eso no te gusta.

Se encogió de hombros.

—No ha asistido a ningún recital para verme tocar. No me parece bien que se lleve el mérito, ¿me entiendes?

—Sí. Que lo follen. —Le dio un empujoncito en la frente con la suya—. ¿Me dejarás asistir a alguno?

El corazón se le subió a la garganta.

—¿Quieres?

—Claro que sí.

De repente, sonrió con tantas ganas que hasta le dolió.

—Vale.

—Pero tú tienes que venir a un partido de *hockey*.

—Claro que sí.

Él también sonreía a esas alturas. ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Cómo era posible que estuviera poniendo la lavadora en un sótano de Boston con ese hombre tan guapo? Dos semanas antes ni se lo habría imaginado. En ese momento, no se imaginaba en ningún otro sitio.

—¿Y tu madre? —le preguntó Sig en voz baja al tiempo que levantaba la mano para apartarle el pelo, aunque la dejó caer antes de completar la acción—. Es difícil entenderla. Está claro que se preocupa mucho por ti…

—¿Pero sus vibraciones son como de mala de Disney? Sí. —Buscó las palabras adecuadas para explicar la incómoda relación que tenía con su madre—. Sofia es complicada. Quiere lo mejor para mí. Pero se ha criado en un mundo en el que no existen los inconvenientes. Si

quieres que una situación sea de una determinada manera, pagas para que la hagan a tu gusto. Cuando no consigue lo que quiere, recurre al dinero a lo bestia para manipular a la gente. Y eso me incluye a mí. Pero es mi madre y la quiero, aunque esté lejos de ser perfecta. Y da un poco de miedo. —Ambos soltaron una risilla—. Sé que estará ahí si algún día la necesito. Y también sé que encontrará la manera de devolverme a un sitio que a ella le resulte cómodo. —Miró a Sig a los ojos, en busca de la comprensión que sabía que encontraría en ellos, y descubrió que la distancia entre sus cabezas se había reducido—. No puede evitarlo.

Se percató del momento en el que Sig se dio cuenta de lo cerca que estaban sus bocas, de la intimidad del sótano. Sin importar lo que hicieran, siempre parecían acabar en el mismo sitio. A punto de dar un paso en falso. Uno del que no podrían retractarse.

Se apartaron el uno del otro despacio y terminaron de separar la ropa. Sig le enseñó a añadir detergente a la lavadora, a pulsar los botones y, por último, a utilizar la secadora. Mientras hablaban de todo, desde sus desayunos favoritos hasta sus lesiones de *hockey*, Chloe se sentó otra vez en la lavadora y esperó a que terminara su primer lavado. Tenía a Sig justo delante, con las manos apoyadas en los laterales de la lavadora y los pulgares a escasos centímetros de la parte exterior de sus muslos. Un poco cerca, quizá, pero…

¿Habían acordado tácitamente no luchar contra la necesidad de estar cerca el uno del otro?

¿O eran imaginaciones suyas?

Iba por la mitad de una pregunta sobre la época universitaria de Sig cuando empezó el primer centrifugado. Y empezó fuerte. La violenta sacudida fue tan repentina que soltó una carcajada y siguió riéndose…

Hasta que vio el deseo descarnado en la cara de Sig. Estaba

mirándole los pechos. Más concretamente, estaba mirando cómo se sacudían con cada movimiento brusco de la lavadora y le estaba mirando el canalillo a través del escote de la camiseta.

—Debería bajarme —dijo ella, sin aliento.

—Pues sí —replicó él. Aunque el ruido de la lavadora casi ahogó las palabras de Sig, de algún modo, resonaron con fuerza en sus oídos. Como si solo ella tuviera la capacidad de oírlo en cualquier circunstancia—. ¡Dios, Chlo, ojalá no hubiéramos ido a esa cena! —exclamó mientras dejaba las palmas de las manos flotando a un centímetro por encima de sus muslos, aunque acabó posándolas en ellos y desde allí fue subiendo hasta sus caderas—. Nunca he deseado vivir en la inopia, pero ojalá no supiéramos lo que sabemos. Ojalá te hubiera metido en mi camioneta y nos hubiéramos ido de allí.

—A mí también me encantaría que las cosas fueran así —susurró ella, que se enderezó y le pasó los dedos por el pelo, haciendo que él le enterrara la cara en el cuello con un gemido. Sentía los huesos de sus caderas en la cara interna de las rodillas y ansiaba sentirlo justo entre los muslos, aunque sabía que no estaba permitido. Nada de aquello lo estaba. Sin embargo…—. Si hubiéramos huido, ¿adónde habríamos ido?

—A Suecia.

«¿Estoy flotando?».

—¿A Suecia?

—Allí podrías tocar en la Orquesta Filarmónica Real de Estocolmo. —Le rozó el cuello con los labios—. Yo podría jugar al *hockey*.

Echó la cabeza hacia atrás como si hubiera perdido toda la fuerza en el cuello.

—¿Habías pensado en esto antes?

—Pensamiento. Obsesión. Llámalo como quieras. —Le frotó la

frente con la suya y bajó la cabeza para ver cómo se le movían los pechos por culpa de la respiración, cada vez más agitada—. Has crecido entre algodones, pero yo no te habría tratado con delicadeza en la cama. Te habría follado como si se acabara el mundo. —Inclinó la cabeza y lamió las curvas de los pechos antes de subir hacia el cuello y acabar en una oreja, tras la cual trazó un círculo—. Y se habría acabado, porque crearíamos otro. El nuestro. —Soltó un taco —. Lo siento.

—No lo sientas —consiguió decir ella, con los ojos todavía entrecerrados por el lametón. Por sus palabras. Aquella tarde había sido tan importante para él como lo fue para ella. El comienzo de algo indefinible—. No has hecho nada malo.

—Puede que no. —La arrastró un centímetro más hacia el borde de la lavadora, pero se detuvo y apretó los dientes hasta que le rechinaron—. Pero será mejor que me vaya antes de hacerlo, ¡joder!

Ni siquiera fue consciente de lo que pasaba, pero Sig se alejó y subió la escalera hacia la salida del edificio, dejándola allí derretida y con el corazón en un puño, sentada en la lavadora, que seguía centrifugando.

Capítulo cinco

Dos meses después

Sig se sentó en la primera fila de la sala de conciertos, dando gracias a Dios por la oscuridad reinante.

Porque estaba bastante seguro de que tenía la boca tan abierta que le llegaba a las rodillas.

Esa noche, era la primera actuación de Chloe como alumna de Berklee. Esa no era la primera vez que se ponía un esmoquin, pero en las otras ocasiones fue para asistir a las entregas de premios ESPY y había estado rodeado de otros deportistas más o menos de su tamaño. No como esa noche. Era el asistente más alto y corpulento de todos los reunidos y, allí sentado en primera fila con un ramo de rosas aplastado en el regazo, seguramente estaba impidiendo que todo el mundo viera a Chloe tocando el arpa en el escenario. No había mayor crimen, porque era una imagen digna de ver…

Con los ojos cerrados, la cara inclinada y la luz reflejándose en su mejilla mientras movía los dedos sobre las cuerdas y los labios al compás de la música, como si verbalizara el sonido de una forma especial al tiempo que interpretaba la que debía de ser la música con la que recibían a la gente en las puertas del cielo. Eso no era normal. Era mejor que los demás, ¿verdad? ¿No se daba cuenta el público?

¡Madre del amor hermoso!

El corazón le iba a abrir un agujero en el pecho.

¿Cómo había podido evitar tocarla desde aquel día en el sótano? Era una lucha diaria, debido a la gran cantidad de tiempo que

pasaban juntos, pero en su cabeza resonaba el eco de la voz de Harvey antes de que el deseo se adueñara de él. «Su madre la desheredaría antes de tener que aguantar semejante escándalo. ¿Es eso lo que quieres?».

No. ¡Por Dios, no! Porque él no podía igualar la vida que Sofia podía proporcionarle a Chloe.

Todavía no. Quizá nunca. Con la fecha de finalización del contrato tan cerca y los rumores de la venta del equipo a un nuevo propietario, no tenía ni idea de lo que le deparaba el futuro.

Ningún jugador tenía la garantía de que su contrato era sagrado, ¿verdad? Y él no era diferente.

Nada de eso le había impedido enamorarse de ella. Cada vez más. ¿Verdad?

Todos los días, ¡todos los días!, juraba que había llegado a la cima de sus sentimientos por esa mujer, pero luego comprobaba que no era cierto. La semana anterior, cuando a ella le bajó la regla y la vio abrir la puerta con el chándal, llorando y con un tazón de sopa en la mano, se quedó hipnotizado, ¡joder! Recordaba la conversación palabra por palabra:

—¿Sabes que cuando los pájaros se estrellan contra los cristales es porque pueden estar atacando a su propio reflejo? Cometen ese error y algunos hasta se mueren —le dijo nada más abrir.

Catalogó la situación de la misma forma que registraba las posiciones de los defensas del equipo contrario en la pista.

—¿Se ha estrellado un pájaro en alguna ventana?

—Sí.

—¿Quieres que vaya a ver si está bien?

—Sí. A mí me da miedo. —Suspiró con los ojos clavados en la sopa, la movió con la cuchara y puso cara de estar frustrada

porque era sopa—. Tengo la regla.

—¡Ah! ¿Y si te acuestas un rato?

—Ya lo he intentado —murmuró ella, echando la cabeza hacia atrás—. No hay manera.

Sig no estaba preparado para aquello. Él buscaba soluciones. El *hockey* solo era una serie de problemas que había que resolver, a toda velocidad, pero no había forma de solucionar el problema que tenía allí delante. ¡Vaya mierda!

—Voy a bajar para asegurarme de que el pájaro se ha ido volando tan contento y luego volveré con una solución.

—Qué gracioso…

—Intenta tumbarte otra vez.

—Vale. —Echó a andar llorando hacia el sofá, soltó la sopa y se dejó caer de bruces sobre los cojines.

Sig se sintió impotente mientras bajaba la escalera y salía del edificio, aunque se detuvo en seco y se pasó una mano por el pelo.

Malas noticias: el puto pájaro estaba muerto.

—¡Ay, madre! —Empezó a pasearse de un lado para otro, sin mirar siquiera a los transeúntes que le hacían fotos con sus móviles. En cuanto se despejó la cosa, se agachó y usó la rama de un árbol para cavar una tumba, en la que dejó a Piolín mientras murmuraba unas palabras de recuerdo. Después de sacudirse la tierra de las rodillas de los vaqueros, volvió al piso y entró.

—Buenas noticias, no he visto al pájaro por ninguna parte. Se habrá ido volando.

Chloe se incorporó, esperanzada.

—¿De verdad? Porque has tardado mucho.

—Sí, bueno, es que lo he buscado por todos lados.

—¡Uf! —Se llevó una mano al pecho, ya más tranquila—.

Menos mal.

—Sí.

—¿Quieres ver una película conmigo? —Cogió el mando a distancia—. Estaba pensando en poner *Ha nacido una estrella*.

Un dramón. ¿En su estado? Un plan terrible.

—¿Qué tal una comedia?

Vio que se le ponían los ojos vidriosos.

—Buena idea.

Se acercó y se sentó a su lado en el sofá, sonriendo cuando ella movió la manta para dejarle la mitad. Durante los primeros cuarenta y tantos minutos de película, se mordió el interior del carrillo mientras ella luchaba por encontrar una postura cómoda. Y luego tiró por la ventana el sentido común y la levantó para colocársela en el regazo, poniéndole la cabeza debajo de su barbilla mientras le frotaba el abdomen con los nudillos, despacio y de forma titubeante.

Ella suspiró feliz y no se movió durante la hora siguiente, salvo para reír.

Y, en ese momento, se sintió más feliz y útil que… nunca.

Regresó al presente mientras ella tocaba la última nota de su canción, lo que daba por concluido el recital, y al levantarse estuvo a punto de cargarse el ramo de rosas en sus intentos por aplaudir sin soltarlo. La vio buscar a alguien entre el público y estuvo a punto de gritar: «¿A quién buscas?», para poder localizar a quien fuera y llevarlo al escenario.

Sin embargo, resultó que lo buscaba a él.

¡A él!

En cuanto lo vio, inspiró hondo y lo saludó con la mano, tras lo cual salió del escenario, dejándolo allí de pie con un nudo en la

garganta, mientras la gente dejaba de aplaudir. Su fila casi se había despejado por completo cuando recordó que Chloe le había conseguido un pase de acceso a bastidores después del recital, de manera que allí fue con ganas de verla, por supuesto, pero también con ganas de soltar el puto ramo de rosas antes de que acabaran tan muertas como el pobre Piolín.

Se acercó a una puerta y le dijo su nombre al guardia de seguridad, tras lo cual tuvo que sortear un mar de gente adinerada, aficionada a la música clásica y a los conciertos de los jueves por la noche, antes de ver por fin a Chloe.

Rodeada de tíos.

De músicos.

Reconoció a muchos porque habían actuado en el recital. Violinistas, pianistas y demás.

Un simple vistazo a sus caras embobadas le dijo todo lo que necesitaba saber. Estaban mal. Los había conquistado a todos. Los tenía deslumbrados con su constante movimiento y sus animados gestos con las manos, y esos ojos tan preciosos y expresivos. Sin embargo, no tenían la suerte de su parte. Porque nadie se acercaba a Chloe. Nadie salvo él.

El instinto lo obligaba, era así de simple.

Carraspeó al acercarse a Chloe y a su grupo de admiradores. La vio dejar de hablar en mitad de una frase, momento en el que se volvió y se lanzó directamente hacia él, rodeándole el cuello con los brazos y pegándose por completo a su torso. Mientras hacía contacto visual con todos los miembros de su club de fans, la levantó del suelo y le besó la sien.

—Hola, chica de mis sueños. —La estrechó todavía más—. Has estado increíble.

»Ni se os ocurra —les dijo mientras tanto al cuarteto de tíos—. Soy

tan bruto como parezco.

Los cuatro se quedaron blancos por el susto y salieron pitando cada uno para un sitio.

Chloe no se dio cuenta, porque seguía abrazada a él, con la mejilla apoyada en su hombro.

—¿Me has traído flores?

—Ajá —murmuró él—. Creo que quedan una o dos intactas.

—Manos grandes de jugador de *hockey*. Flores frágiles —murmuró ella, sonriendo—. No es buena combinación.

La apretó todavía más, haciéndola jadear contra su oreja y… se pasó de la raya. Una de las muchas veces que se pasaría de la raya con ella. ¡Que el Señor los ayudara!

—Estas manos pueden manejar perfectamente cosas frágiles cuando es necesario, Chloe. —Por encima de su cabeza, vio que la gente empezaba a darse cuenta de que el abrazo se alargaba demasiado y la dejó en el suelo de mala gana. Ella lo miró durante unos segundos, seguramente repitiendo en silencio su comentario y preguntándose si lo había dicho en serio. Pero al final meneó la cabeza y miró a su alrededor.

—¡Hala! —Se echó hacia atrás—. ¿Adónde se han ido todos?

—No lo sé. —Sig se encogió de hombros—. Qué raro.

Cuatro meses después

Chloe estaba sentada en las gradas del estadio Boston Garden, escuchando el sonido de los Bearcats mientras terminaban el entrenamiento. Se había convertido en una asidua de los partidos, pero no tanto de los entrenamientos. Ese día era una ocasión especial porque Sig iba a darle una clase de conducción después. No era la única presente durante el entrenamiento. Había varios periodistas y

también un grupo de personas que estaban visitando el estadio. Alrededor de la pista de hielo, había un nutrido grupo formado por el entrenador y el personal técnico del equipo, haciéndoles gestos a los jugadores y hablando entre sí.

Había llevado un libro para leer, pero lo tenía cerrado en el regazo, con las manos pegadas al lomo, apretándolo. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho. Sig era tan increíble en la pista que no podía dejar de mirarlo el tiempo suficiente como para encontrar la página por la que iba leyendo. Su comportamiento durante los entrenamientos era distinto del que demostraba en los partidos. Ese día, por ejemplo, sonreía mucho más. No paraba de «soltarles gilipolleces», como él decía, a sus compañeros de equipo. Sin embargo, seguía parándose en seco, levantando una cortina de hielo a su alrededor. Seguía moviéndose como un mago. En cuestión de segundos, su actitud dejaba de ser guasona y graciosa, y salía disparado sobre el hielo como una flecha, en plan profesional.

Rememoró retazos de los últimos cuatro meses. Sig sentado en la primera fila durante su primera actuación con un ramo de rosas. Sig dormido en su sofá, agotado después de un partido y tapado con una manta polar de Barbie. Sig apareciendo en un club nocturno y sacándola casi a rastras, alegando que quería llevarla a casa sana y salva, cuando ambos sabían que lo hacía porque no quería que hablara con otros hombres. Y así sucesivamente se había convertido en un elemento fijo en su vida.

Una alegría y un incordio diarios.

Como en ese momento, que se sentía tan mojada que su vagina bien podría pasar por un tobogán de agua en miniatura. El día anterior, estuvo a punto de ocurrir un incidente, cuando se quedó dormida y se despertó con Sig encima de la cama, con cara de preocupación y un par de cafés para llevar en las manos.

Suponiendo que estaba soñando (porque, la verdad, ya no recordaba ninguna noche en la que Sig no protagonizara sus sueños), arqueó la espalda y le susurró que se metiera en la cama y la despertara como Dios mandaba.

Él estuvo a punto de hacerle caso.

¡A puntísimo!

Se le tensaron todos los músculos, se le dilataron las pupilas y soltó los vasos de café. Vio cómo se le ponía dura debajo de los vaqueros y extendió un brazo para tocar ese bulto, pero él se fue del dormitorio antes de que las yemas de sus dedos pudieran hacer contacto. El portazo que oyó poco después la alertó de que, efectivamente, estaba despierta. No estaba soñando.

Aunque ya sabía que iban a hacer como si nunca hubiera ocurrido.

Y eso la repateaba.

Hablaban de todo, pero evitaban el tema de su atracción mutua como si fuera la peste.

Un golpetazo hizo que se le subiera el corazón a la garganta.

Sig se estaba disputando el disco con uno de sus compañeros. Con Corrigan.

Sonó un silbato en alguna parte, poniendo fin a la jugada, y ambos la miraron. Corrigan sonrió y la saludó levantando el palo mientras Sig lo miraba con odio a medio metro de distancia. Ella le devolvió el saludo.

En ese momento, Corrigan golpeó el cristal con la mano enguantada.

—¡Dame tu número!

Sig lo golpeó con el palo en las piernas, tirándolo al suelo de espaldas, pero no alcanzó a oír las palabras que su futuro hermanastro le dijo a su compañero mientras se inclinaba sobre él, aunque parecían subiditas de tono. Nada de eso la sorprendía,

aunque seguramente debería hacerlo.

Sí, definitivamente.

El entrenador reunió a los Bearcats en el banquillo para que oyeran los comentarios de varios técnicos y después abandonaron la pista por el túnel.

—Señorita Clifford, sígame —le dijo un guardia de seguridad con un cortavientos azul, sonriéndole desde los escalones de hormigón a su izquierda—. Puede esperar al señor Gauthier en la puerta por la que sale el equipo.

—Vale, gracias.

Diez minutos después, se descubrió al final de un largo pasillo muy bien iluminado, junto a una puerta de doble hoja, no lejos de los vestuarios. Desde allí, se oían los portazos de las taquillas, gritos, carcajadas, el agua de las duchas… y, justo cuando por fin abrió el libro para leer unas páginas, Sig salió del caótico vestuario con el pelo mojado, todavía en proceso de ponerse la camiseta. Es decir, que todavía iba sin.

Nada que cubriera esa extensión de músculo. Ni los tatuajes que nunca le había visto.

Ni esa hilera de vello oscuro que le bajaba por el ombligo.

Una de las mangas de la camiseta se enganchó, y él soltó un taco al tiempo que retorcía la prenda para corregir el ángulo… y todos sus músculos se flexionaron a la vez, incluyendo la tableta de chocolate, lo que hizo que se le cayera el libro al suelo. Seguramente también le provocara una segunda pubertad. En la edad adulta. ¡Ay, madre! No. Esa visión de su anatomía sucedía demasiado pronto después del accidente en su dormitorio. Sus hormonas se multiplicaban como conejos. ¿Cómo iba a aprender a conducir en ese estado? ¿¡Cómo iba a respirar!?

Sig por fin se bajó la camiseta y siguió acercándose a ella con largas

zancadas.

—Hola, Chlo. —Titubeó al plantarse delante, pero después de mirar por el pasillo a izquierda y derecha y de comprobar que estaba vacío, al final se inclinó para besarla en las mejillas. En las dos—. Perdona, he intentado no hacerte esperar demasiado.

—No pasa nada —se apresuró a replicar, mientras un escalofrío le recorría la espalda, poniéndole la carne de gallina—. Estoy leyendo. —Sig miró el libro que se le había caído y levantó una ceja—. Es que he llegado a una parte que daba miedo —le explicó—. Así que di un respingo por el susto y se me cayó.

—Claro. —Se pasó una mano por el pelo mojado—. ¿Estás lista para la clase de conducir? Vamos a utilizar el aparcamiento subterráneo.

—¿El que está debajo del estadio?

—Sí. Está vacío. —Le pasó un nudillo por una mejilla—. No hay nadie con quien puedas chocarte.

—¿En serio? —le soltó—. Y las paredes ¿qué?

—Pueden reconstruirlas.

Chloe soltó una carcajada.

La mirada de Sig viajó de su boca a sus ojos. Y otra vez hacia abajo.

—Oye, sobre lo de ayer…

—Ahí está —dijo una voz detrás de Sig…, una voz que lo hizo poner los ojos en blanco. Corrigan.

Y otra más:

—Deja de intentar sacarla de aquí antes de que pueda saludarla. —Era Mailer.

Conocidos por todos como «los novatos». O los «Donantes de Orgasmos», según las sudaderas a juego que llevaban a menudo.

—Hola, Chloe —la saludó Mailer, acercándose a ella y a Sig con Corrigan.

Los dos estaban… muy buenos, la verdad. Eran altos y fornidos. Corrigan con el pelo castaño rojizo desgreñado y la barba; y Mailer con sus ojos azul hielo y la cabeza rapada. Sin embargo, en comparación con Sig, perdían mucho, la verdad. Al menos en su opinión. Seguro que había alguien que no estaba de acuerdo con ella.

Ese alguien estaría equivocado, pero por supuesto tenía derecho a opinar.

Chloe sonrió.

—Hola, chicos.

—No les des alas —murmuró Sig.

—No las necesitamos —replicó Corrigan, intentando colarse entre Sig y ella, por lo que recibió un codazo en el pecho—. ¡Ay!

—¿Qué te ha traído al entrenamiento, Chloe? —le preguntó Mailer, sin quitarle el ojo de encima al codo de Sig, preparado para bloquearlo—. Deja de ocultar tus verdaderos sentimientos. Diles a todos que has venido a verme.

—En realidad, Sig va a enseñarme a conducir.

Corrigan la miró boquiabierto.

—¿¡No sabes conducir!?

—¿Te gusta tu nariz tal como está? —le soltó Sig—. Porque si quieres, te la recoloco encantado. —Miró a Chloe con expresión tranquilizadora—. Hay mucha gente en Boston que no sabe conducir. Para eso están los trenes y los autobuses.

—Pero no irás a usar esa tartana que tienes, ¿no? —le preguntó Corrigan, que evidentemente valoraba muy poco su vida.

Ese fue uno de los momentos en los que Chloe vio a Sig menos seguro de sí mismo y sin controlar la situación. La primera vez fue en el club de campo. Cuando entraron juntos en el salón para cargar su teléfono y él vio el lujo en el que ella ni siquiera reparaba.

—Me encanta su camioneta —soltó ella—. No lo habría conocido

de no ser por ella.

Los novatos intercambiaron una mirada confusa.

—Pero… ¿en serio? Creía que tus padres se iban a casar. ¿No os conocisteis por eso?

—Sí —contestó Sig, con rotundidad—. Exacto.

Mailer parecía estar haciendo cuentas.

—Entonces…

—No entiendo nada —dijo Corrigan.

—Ese es tu gran defecto —replicó Sig, que la invitó a salir del pasillo en dirección al aparcamiento—. Vamos.

—Me encanta tu camioneta —le susurró ella y vio que él andaba con la barbilla levantada.

—No, en esto tienen razón. Es hora de que me compre una nueva.

—No. —Ella se detuvo, literalmente clavó los talones en el suelo, pero él se limitó a levantarla y a seguir caminando—. Como intentes deshacerte de la camioneta, me esposo al volante.

La expresión de Sig recuperó el buen humor.

—Si te vendo con ella, seguro que consigo un precio mucho más alto, chica de mis sueños. Miles de millones, como poco. —Miró por encima del hombro, presumiblemente para asegurarse de que no los seguía, y luego la levantó y la pegó a su cuerpo, de manera que los dedos de sus pies quedaron a la altura de sus espinillas—. Da igual, sería imposible ponerte un precio —refunfuñó, frotando sus narices —. No existe una cifra lo bastante alta. —Acto seguido, la dejó en el suelo, la cogió de la mano y continuó andando.

Chloe lo siguió como si flotara, retorciéndose por la brisa como un cono de viento.

—No te deshagas de la camioneta, Sig. —Le tiró de la mano y lo miró con su gesto más suplicante cuando él se dio media vuelta—. Te encanta. Me dijiste que te hacía sentir libre. Cuando tu madre

trabajaba hasta tarde y tu casa estaba en silencio, ibas a dar una vuelta, escuchabas las retransmisiones deportivas en la radio y te sentías menos solo. ¿Te acuerdas? Forma parte de ti. Representa… la libertad, ¿sabes? ¡Para ti y para mí! Por favor, no les hagas caso a esos dos.

—Quiero ofrecerte cosas más bonitas, Chloe. Cosas a las que estás acostumbrada.

Ninguno de los dos abordó el hecho de que ofrecerle cosas bonitas no era el papel tradicional de un hermanastro. O de que era un comentario que podría decir un cónyuge. La ironía del asunto les pasó desapercibida. O más bien decidieron pasar de ella.

—Tú eres lo más bonito que he tenido en la vida. —Dejó que esas palabras se escaparan de entre sus labios, sin frenarlas—. Y la camioneta forma parte de ti. Quédatela.

Habían llegado a la puerta del acompañante de la camioneta, junto a la que se detuvieron, frente a frente.

Había algo en la mirada de Sig que daba a entender que estaba repitiendo en su cabeza lo que ella acababa de decir. Bien. Bien, ese día se sentía desesperada y frustrada sexualmente, a lo mejor por eso estaba siendo demasiado sincera. Y a lo mejor se lo había contagiado a Sig.

Lo vio mirar un momento hacia la puerta del estadio por encima del hombro y luego se volvió hacia ella con los dientes apretados y se inclinó para decirle al oído:

—Me quedaré con ella si tú no le das nunca tu número de teléfono a otro, ¿qué te parece?

Sintió una oleada de calor en los muslos.

—Sig…

—Prométemelo. No pienses en las razones por las que no deberías hacerlo.

—Te lo prometo.

Sig le enterró la boca en el cuello y soltó el aliento contra su pulso agitado.

—Muy bien.

Sintió tal estremecimiento entre los muslos que casi se le escapó un gemido.

Los segundos fueron pasando mientras ella se tambaleaba, y Sig luchaba de forma visible por controlarse.

Al final, le abrió la puerta del acompañante y la dejó en el asiento, mirándola con expresión ardiente mientras le abrochaba el cinturón de seguridad.

—Quizá deberíamos dejar la clase de conducir para otro día.

Chloe cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Buena idea.



Sig aceptó una palmada en la espalda de Burgess mientras estaba sentado en el último banco del vestuario. Se estaba tomando su tiempo para vestirse después del entrenamiento, porque tenía que hacer una incómoda llamada telefónica y no quería aplazarla más. Y sí, a lo mejor era una locura, pero el hedor de las equipaciones de *hockey* recién usadas tenía algo que le resultaba reconfortante.

Al oír que se cerraba la última taquilla, rebuscó en su macuto, sacó el móvil y lo golpeó varias veces contra la palma de la mano antes de pulsar la tercera opción de la lista de marcación rápida, justo por debajo de Chloe y Burgess.

Rosie. Su madre.

Le contestó al tercer tono.

—Hola, Sig.

—Rosie. Hola.

No recordaba la última vez que había llamado a su madre de otra forma que no fuera con su nombre de pila. Una costumbre surgida de la educación que había recibido. «Actúa como un adulto. Sé duro. Plántale cara a todo». Esa había sido la tónica en casa y en la pista de hielo. En casa, había actuado así por necesidad. Su madre no estaba allí para prepararle el almuerzo ni para llevarlo a los entrenamientos, así que se las había arreglado solo. Sin embargo, no estaba resentido con ella por haberlo tratado como a un adulto desde muy pequeño. Ni hablar, gracias a eso era más fuerte y más competente. Cuando llegó a la universidad, despuntó entre todos los demás, que era la primera vez que se veían obligados a cuidar de sí mismos. Tenía que agradecérselo a Rosie, que había trabajado hasta la extenuación para pagarle el *hockey*, la comida y una casa.

Por desgracia, esa formalidad con su madre también significaba que no tenían muchas conversaciones íntimas, ni entonces ni en el presente. Había tenido más conversaciones importantes con Chloe en la primera semana de conocerse que con su madre. O con cualquier otra persona.

Precisamente ese era el escollo que iba a dificultarle la búsqueda de información sobre su padre. Sin embargo, llevaba meses esperando una llamada de Sofia o de Harvey para decirle que habían cancelado la boda. Que el carísimo bufete de abogados de Sofia había descubierto algo turbio en el pasado de Harvey y le habían desaconsejado el matrimonio. Que, en cambio, habían decidido ser amigos. Se había aferrado a esa llamada como a un clavo ardiendo, convencidísimo de que iba a recibirla.

Sin embargo, no había sido así.

Y no podía seguir dejando su futuro con Chloe en manos de otra persona.

Si le hubiera dado la clase de conducción la noche anterior, habría

acabado en la parte trasera de la camioneta, abierta de piernas. Cada día le resultaba más difícil darle las buenas noches y marcharse cuando la dejaba en el piso, era casi imposible. Gravitaban el uno hacia el otro como imanes. Echaba de menos su voz cuando no la oía. Ella hacía que cada día fuera mejor solo por estar viva. Siendo su mejor amiga, además de su…

¡Joder! Seguro que había una solución.

—¿Qué tiempo hace en Boston? —le preguntó Rosie.

Sig meneó la cabeza para desterrar una imagen de sus manos bajándole las bragas a Chloe hasta los tobillos, con las piernas bien abiertas para que lo viera todo.

—Ahora mismo está lloviendo —contestó y tuvo que carraspear para aclararse la voz—. Pero no hace demasiado frío para ser enero.

—Estupendo. Tendré que hacer pronto el viaje anual al este para verte jugar.

—Dime qué partido quieres ver y ya me encargo yo del resto —replicó él de forma automática, consciente de que seguramente su madre esperaría casi al final de temporada, como de costumbre. Una vez le dijo que no le gustaban las multitudes ni los actos públicos y que necesitaba tiempo para hacerse a la idea—. ¿Va todo bien en la casa?

—Va muy bien. Fenomenal. Sabes que agradezco muchísimo lo que has hecho por mí, Sig. No te lo digo lo bastante a menudo.

Ya estaba meneando la cabeza, deseando no haberle preguntado por la casa. Era como si le hubiera pedido una palmadita en la espalda.

—Tranquila, no pasa nada. Pero escucha, te he llamado por otro motivo. —Se frotó con fuerza la nuca—. Quería preguntarte una cosa.

Detectó un leve titubeo en su madre.

—¿Ah, sí?

Ella lo sabía. Se lo había preguntado muchas veces y le había dado largas.

—Sí. —Tomó aire, se puso en pie y empezó a pasearse despacio por delante del banco—. Sé que no te gusta hablar mucho de Harvey. Ni de todo el follón del pasado, pero… sigo teniendo curiosidad por lo que pasó. Siempre la tendré, ¿sabes? No puedo evitarlo, y ahora…

El suspiro de Rosie le pareció un poco tembloroso.

—Sig, me gustaría mucho dejar el pasado en el pasado.

—Ya lo sé. Ya lo sé. Pero ¿podrías responder a algunas preguntas?

—Lo intentaré.

Sig miró al techo, aliviado, y decidió con rapidez qué preguntas priorizar. Quizá era mejor que empezara por lo fácil.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos Harvey y tú cuando te quedaste embarazada de mí?

—¡Ah! Pues… más o menos un año, creo. Lo dejábamos y volvíamos. Era difícil en el mejor de los casos. Pero también lo era cualquier otra relación entre mis amigos. —Soltó una carcajada suave, como si estuviera recordando algo, pero su buen humor no tardó en desvanecerse—. Todavía vivía con mis padres y la vida era sencilla, pero solo mientras saliera con los chicos que ellos aprobaban.

—Y no aprobaban a Harvey.

—No. Ya habían elegido a otra persona para mí. Bobby Prince. Intenté que funcionara, pero Harvey siempre volvía a aparecer. Así es él. Como una apisonadora. Estás tan deslumbrada por su atención que no te das cuenta de que solo ve el dinero.

—Eso es lo que quería preguntarte. —Hizo una pausa, intentando organizar sus pensamientos—. En aquel momento, el dinero que tenías procedía de tus padres. ¿Cómo consiguió Harvey tener

acceso?

—Sig, de verdad que me gustaría pasar página, ¿vale?

¿Por qué siempre se resistía al llegar a ese punto? Los detalles de cómo Harvey se fue con su dinero y la dejó sola y embarazada parecían destinados a permanecer secretos e indescifrables.

Estuvo a punto de decirle el motivo por el que necesitaba tanto esa información. Estuvo a punto de hablarle de Chloe por primera vez. Pero no lo hizo. Primero quería saber si había futuro entre ellos. Hablarle a su madre de su chica… Necesitaba más libertad para hacerlo. Necesitaba tener un futuro claro con ella; de lo contrario, compartirla le parecía prematuro. O como si estuviera gafando las posibilidades de ese hipotético futuro.

Carraspeó.

—¿Se ofrecieron tus padres a mantenerte, a mantenernos, después de que Harvey se marchara?

—Con condiciones. Siempre había condiciones. —Soltó un resoplido impaciente—. Nos las apañamos bien solos, ¿verdad, Sig? No estuvo tan mal.

—Pues no. —Suspiró—. No, Rosie. No estuvo mal. No cambiaría nada.

La frustración le carcomía las costillas. Había llegado a otro callejón sin salida. Eso era evidente. Podía presionarla, pero siempre se mostraba renuente a disgustar a su madre. Era la única familia que tenía y quería mantener las buenas relaciones. De todas formas, no quería terminar la llamada sin conseguir algo. Solo necesitaba una migaja. Algo que le sirviera para investigar él mismo los antecedentes de Harvey. No solo para evitar que dejara sin un centavo a Sofia y, por ende, a Chloe… sino también porque si no hacía todo lo que estuviera en su mano para impedir la boda, se arrepentiría toda la vida.

—¿Por casualidad conoces a alguna de las mujeres con las que salió Harvey después de dejar Minnetonka?

Era una pregunta que nunca le había hecho antes y pareció desconcertarla un instante. Cuando se recuperó, dijo casi con timidez:

—Bueno, admito que, en un momento de debilidad, lo aceché un poco por internet. Harvey y yo mantuvimos ciertos amigos en común, al menos durante un tiempo. Ahora he perdido el contacto. Pero se deleitaron diciéndome que estaba con una guapa heredera de Carolina del Sur, solo unos meses después de que se largara.

¿Habría estafado Harvey también a esa mujer?

—¿Recuerdas su nombre?

—Me avergüenza decir que sí. Pero…, en fin, supongo que me causó impresión. Los celos debieron de grabarme su nombre a fuego en el cerebro. Ulla Franklin.

A partir de ese momento también estaría grabado a fuego en su memoria.

—Gracias, Rosie. Te dejo tranquila ya.

—Vale. Gracias por llamar.

—Que no se te olvide lo de la fecha para venir a verme.

—Lo tendré presente. Adiós.

—Adiós.

Después de cortar la llamada, se quedó inmóvil y en silencio un rato, mientras se preguntaba si de verdad estaba preparado para dar el siguiente paso. Un paso que llevaba un tiempo a punto de dar. Parecía una elección extrema. De hecho, lo era. Pero por Chloe llegaría a todos los extremos posibles. Ella merecía que se esforzara al máximo.

Se desplazó hasta un mensaje de correo electrónico que le había enviado David, su representante, hacía una semana. Era una

respuesta a un mensaje que él le había enviado preguntándole si podía recomendarle un detective privado. Hizo clic en el número de teléfono, que estaba resaltado en azul, y se acercó el teléfono a la oreja.

—¿Diga? —preguntó una voz al otro lado.

—Hola. ¿Eres Niko?

—¿Quién llama, por favor?

—Me llamo Sig Gauthier. Mi representante, David Malone, me ha dado tu número.

—Vale —replicó al tiempo que tecleaba—. ¿Qué tipo de investigación necesitas?

Cinco meses después

Sig entró en el piso de Chloe y se quedó paralizado cuando la vio de pie, a menos de metro y medio… con una tarta en las manos. Llena de velas encendidas.

A su espalda, en la cocina, había un caos de proporciones épicas. Sartenes, masa por todos lados y utensilios sucios en todas las superficies. ¡Joder, la misma Chloe parecía rebozada en harina!

Aquello no podía ser lo que él pensaba.

La simple posibilidad le provocó tal cantidad de emociones que estuvo a punto de darse media vuelta y salir del piso. Fue su sonrisa lo que lo retuvo.

—¿Qué es esto?

—¡Es tu cumpleaños!

Sospecha confirmada. Le había preparado una tarta de cumpleaños.

«¡Mierda!».

Fue como si un montón de avispas le picaran en el centro del

pecho. Su equilibrio era fantástico, pero, en ese momento, sintió que lo abandonaba e intentó parecer relajado mientras cerraba la puerta y se apoyaba en ella… para mantenerse erguido.

—¿La has hecho tú, Chlo?

Pregunta tonta. Acababa de ver la cocina. Pero las palabras le fallaban.

—Sí. —Levantó la tarta un poco más, orgullosa, pero también preocupada, se percató. ¿Le preocupaba que no le fuera a gustar?—. Nadie comenta en ningún sitio lo difícil que es cascar un huevo. ¿Y sacar el trocito de cáscara rota del cuenco? Es como… ¡uf! Es imposible cogerlo, ¿sabes? Justo cuando crees que lo tienes, ¡zas! Se te escapa.

Mientras crecía, su madre había hecho todo lo posible para que el día de su cumpleaños fuera especial pese a sus limitados recursos, y él atesoraba los recuerdos de los bizcochos comprados y del refresco con sabor a uva.

Su madre lo había llamado esa mañana. Pero habían pasado… ¡joder! Casi habían pasado diez años desde la última vez que había celebrado su cumpleaños con otra persona.

¿Que fuera Chloe?

¿Que se hubiera tomado tantas molestias?

Sin embargo, debería habérselo esperado, tratándose de ella. Porque por mucho que intentara hacer cosas por Chloe, ella lo apoyaba, lo atendía, de las formas que sabía. No faltando nunca a sus partidos en casa. Enviándole un audio mientras tocaba el arpa después de una derrota fuera de casa. Sin palabras, solo la música. Solo su presencia, justo lo que él necesitaba.

Defendiendo su camioneta.

Le preparaba bolsas con hielo y lo invitaba a apoyar el pie en sus cojincitos. A veces, ni siquiera necesitaba hielo, pero se frotaba una

parte del cuerpo y hacía una mueca de dolor, esperando que se preocupara por él. Porque nadie se había preocupado por él nunca. Chloe sí.

«Te quiero. Te quiero muchísimo. Hasta el día que me muera».

—Es la tarta más increíble que he visto en la vida, Chloe —dijo, cuando por fin le salió la voz—. No me puedo creer que hayas hecho esto por mí.

—Pues deberías creértelo. —Miró la tarta—. ¿De verdad te parece increíble?

—Sí.

La vio entrecerrar uno de esos ojos azules.

—Es que no conseguí sacar todos los trocitos de cáscara de huevo.

—Le añadirán textura.

Ella se rio, y la alegría tiñó sus mejillas de rosa.

—Apaga las velas. Pide un deseo.

Sig se inclinó, mirándola a los ojos mientras pedía el deseo. Un deseo que no podía garantizar que alguna vez se cumpliera. Un deseo que parecía alejarse de su alcance cuanto más tiempo pasaba.

«Deseo celebrar este día el año que viene igual que ahora mismo, pero que tú lleves una alianza en el dedo».

«Mía».

Chloe se dio media vuelta y echó a andar hacia la cocina, presumiblemente para cortar la tarta.

—No me digas lo que es, o no se hará realidad —canturreó por encima del hombro mientras se alejaba.

«Eso es lo que me temo».

Capítulo seis

En la actualidad

—¡Una cebra de verdad con un silbato haría mejor tu trabajo, árbitro! —gritó Chloe a pleno pulmón, y los diecisiete mil seguidores de los Bearcats de Boston que había en el estadio a su espalda se hicieron eco de sus sentimientos—. ¿Cómo puedes dormir por la noche?

—Si es listo, con un ojo abierto —replicó Tallulah a su lado en primera fila—. Eres por mucho la fan más aterradora que jamás haya llevado una sudadera rosa personalizada con brillibrilli.

—Gracias —susurró Chloe, aunque se le quebró un poco la voz cuando Sig usó la manga de su camiseta para limpiarse la sangre que le salía por la nariz, con un gesto tan despreocupado como quien se rascaba. Golpeó la mampara de protección con una mano para llamar la atención del árbitro—. ¡La última vez que lo miré, golpear con el palo era penalti! ¿Los visitantes te han pagado en efectivo o con Venmo?

—Al menos Sig ha conseguido darle un puñetazo en la cara al otro —comentó Tallulah, aunque su mirada seguía clavada en su prometido, Burgess Abraham, que defendía el área de la portería con su característico ceño fruncido.

—No lo bastante fuerte —masculló Chloe, que se dio cuenta de que estaba retorciéndose con gesto nervioso el bajo de la sudadera rosa con el nombre de Gauthier e intentó parar, pero en los más de doce partidos de los Bearcats a los que había asistido desde que se

mudó a Boston, nunca había visto brotar la sangre de la cara de Sig. ¿No deberían sacarlo de la pista? ¿O hacer que lo viera alguien del equipo médico por lo menos?

Como si percibiera sus nervios a flor de piel, Sig la miró y le guiñó un ojo.

«Estoy bien», articuló él con los labios.

Chloe se dejó caer en su asiento con una exhalación de alivio. Por supuesto que Sig estaba bien. Solo era un poco de sangre y su… confidente/tutor/futuro hermanastro/etc. aguantaba lo que le echasen… y se refería a cualquier cosa. ¿Que ella tenía poca presión de agua en la ducha? Sig lo arreglaba. ¿Que ella no sabía qué combinación de metro y autobús coger para ir al conservatorio? Sig llegaba con café y le enseñaba la ruta perfecta. ¿Que su casero le aporreaba la puerta para exigirle que pagase el alquiler cuando ella ya se había gastado la mitad en colorete en crema? Sig sabía exactamente qué hacer.

Era tan maravilloso que a veces esa idea la hacía llorar en la ducha.

Lo único que Sig no podía hacer era besarla.

Intentaba sonreír pese a la presión que sentía en el pecho cuando un hombre se arrodilló delante de ella, con una sonrisa a modo de disculpa.

—Perdone, es que no quiero bloquearle la visión a nadie del partido —dijo al tiempo que señalaba hacia el furioso encuentro que tenía lugar a su espalda—. Soy Irving Randell, del *Boston Globe.* Todavía no hago el seguimiento informativo oficial de los Bearcats, pero espero hacerlo algún día. Ahora mismo, soy el último mono, diríamos. Sin embargo, sí que modero los foros de mensajes. —La señaló con la barbilla—. Tengo que decirle que ha sido un tema candente de conversación de un tiempo a esta parte, señorita…

Chloe hizo ademán de contestar, pero se detuvo cuando Tallulah se

inclinó hacia ellos con expresión recelosa.

—Tema de conversación, ¿en qué sentido?

—Normalmente, los foros de *hockey* hablan sobre especulaciones de cesiones o de las quejas de los fans por el arbitraje de la noche anterior…

—Como debe ser —se apresuró a decir Chloe.

—Sí. Pero hace poco salió un hilo de mensajes titulado «Sudadera Rosa» y la respuesta ha sido… —dijo e imitó una explosión— alucinante. Es el hilo de mensajes más largo hasta la fecha. Pero es que nunca ha habido nada igual. En toda la historia de la web del *Boston Globe*. —Miró a Chloe con los ojos entrecerrados—. Siempre está en el estadio cuando juegan en Boston, y los fans que ven el partido desde casa se han percatado de su presencia. Principalmente, por su… entusiasmo en la grada. La gente quiere saber quién es.

Chloe se distrajo por el violento encontronazo que estaba teniendo lugar por encima del hombro del periodista. Por suerte, Sig no estaba en ese.

—Ah, soy…

—Espera un momento, Chloe —la interrumpió Tallulah, dándole un apretón en el brazo—. A lo mejor deberías hablar con Sig antes de contestar preguntas.

Irving levantó una ceja.

—Así que conoce de verdad a Sig Gauthier. ¿En persona?

El tono fascinado de voz del hombre por fin captó la atención de Chloe. ¿De verdad había dicho que había un hilo de mensajes en el sitio web del *Boston Globe* sobre su sudadera rosa?

—Si la gente quiere saber de dónde saqué la sudadera, ¡compartiré la tienda de Etsy! —Se alisó las mangas—. En mi opinión, todo el mundo debería llevar una sudadera de Gauthier: es el mejor jugador del equipo. —Hizo una mueca y extendió una mano para tocarle la

rodilla a su amiga—. Sin ánimo de ofender, Tallulah.

—Tranquila —replicó la aludida con una sonrisa burlona.

—Eres la *au pair* convertida en novia de Burgess Abraham —dijo Irving, que le dirigió una miradita a Tallulah—. ¿Verdad? Y estás sentada con «Sudadera Rosa». Razón por la que tanta gente está especulando, teniendo en cuenta que Abraham y Gauthier son tan buenos amigos en la pista, que a lo mejor «Sudadera Rosa» es…

—De la tienda Glinda's Glitz Haus —terminó Chloe, absorta de nuevo en el juego. ¿No se daba cuenta ese hombre de que estaban empatados a falta de cinco minutos de terminar el tercer tiempo? ¡Había llegado la hora de remangarse, cabrones!—. Sí. Lo es —susurró, distraída—. Un envío rapidísimo. Y también empaqueta todo de maravilla. ¿Vas a mencionarla en la página?

Irving abrió la boca y volvió a cerrarla.

—A ver…, claro. Claro. Pero creo que lo que la gente se pregunta de verdad es si eres o no la novia de Gauthier —dijo, tuteándola.

—¡Ah! ¿¡Cómo!? —Al corazón de Chloe le salieron piernas y empezó a darle vueltas por el pecho. «La novia de Gauthier». Esas cuatro palabras juntas le recordaron el chapuzón en el club de campo. Lo que sentía al sumergirse en aquella agua gélida, antes de volver corriendo, con los dientes castañeteándole, al *jacuzzi* para entrar de nuevo en calor. Hielo seguido de calor. Eso era lo que le provocaba la frase «la novia de Gauthier» en el sistema. Se lo congelaba de inmediato. Y luego lo abrasaba.

Algún día, alguna chica diría que era eso.

Aunque no sería ella.

¿En qué se convertiría ella para Sig cuando por fin encontrase a una mujer que le gustase lo suficiente como para salir con ella? Su relación tendría que cambiar de forma drástica, ¿no? Se acabaría lo de dormirse juntos en el sofá delante de la tele. Se acabarían los

abrazos larguísimos que daban paso a miradas todavía más largas, a la ocasional caricia de su nariz o de su pelo. Se acabaría lo de llamarlo solo para oír su voz. Así no se comportaban las hermanastras. Dentro de dos meses, tendrían que dejar oficialmente de bordear la línea de peligro que se extendía en el suelo entre ellos.

Vivir como una pareja, a sabiendas de que esa jamás sería su realidad.

Se obligó a adoptar una expresión guasona, aunque tenía un nudo en la garganta.

—No, no soy su novia. Pues claro que no soy su novia. Mi madre se va a casar con su padre. ¡Y pronto! —«Sonríe. Más. Así no basta. Sigue»—. Dentro de dos meses, en realidad. Acabo de volver de París, donde nos hemos probado los vestidos para la boda con mi madre. Los preparativos para la ceremonia van viento en popa. Va a ser el evento de la temporada, aunque en Connecticut siempre se dice lo mismo de todos los eventos, hasta de las fiestas de Bótox. La verdad es que ya no significa nada.

Irving la miró fijamente.

—Eres la… hermanastra de Gauthier.

—Futura hermanastra. Todavía no estamos emparentados.

—Así que de momento, sois…

Amigos. Amigos del alma.

Ajá.

—Creo que ya tienes suficiente por una noche —terció Tallulah, que parecía preocupadísima—. Si no te importa, nos gustaría ver el resto del partido.

Irving salió de su ensimismamiento.

—Por supuesto. —En cuanto el periodista se puso en pie, alguien gritó: «Disco en juego»—. Uf… —Se agachó con torpeza de nuevo antes de sacarse un rectangulito blanco plastificado del bolsillo, que

le dio a Chloe—. Aquí tienes mi tarjeta por si quieres añadir algo más.

Chloe miró la tarjeta.

—¡Ah! Literalmente dice «último mono glorificado».

El hombre la miró con una sonrisa distraída.

—Ya te lo he dicho.

Chloe meneó la cabeza.

—¿Por qué le importa a la gente mi relación con Sig?

—¿Qué quieres que te diga? A Boston le encantan los rumores. También le encantan los hechos claros. —El periodista bajó la mirada a su sudadera rosa antes de subirla de nuevo—. Cuando se encuentra la manera de proporcionar ambas cosas, la gente lo devora, plato incluido.

—Eso no suena muy bien —dijo Chloe despacio.

—Lo es en cuanto a sentido de la oportunidad. Esta semana se va a publicar una lista con los solteros más codiciados de Boston, y Gauthier está en lo más alto.

Chloe sintió que la garganta le estallaba en llamas. El hombre que le frotaba la espalda hasta que se quedaba dormida algunas noches, el hombre que le estaba enseñando a conducir poco a poco, el hombre que la había llevado a su primera feria de gastronetas y la había guiado en el proceso de freír un huevo…, iban a anunciarlo como soltero codiciado y con ganas de encontrar pareja.

—¡Venga ya! Eso es increíble. —Irving la observaba fijamente, así que se obligó a reír, aunque hizo una mueca cuando la carcajada le salió más plana que una tortita—. Me alegro mucho por él.

—Ajá —murmuró Irving—. En fin, ha sido un placer conoceros a los dos. Recuerda que, si quieres ampliar algo de lo que hayas dicho, tengo el teléfono siempre encendido.

—Estupendo —replicó Chloe, que se guardó la tarjeta en la cartera

de mano—. Gracias.

—No, gracias a ti.

Chloe observó al periodista alejarse con una creciente sensación de malestar.

—Esto no va a ser bueno, ¿verdad?

—Seguramente no —respondió Tallulah enseguida.

Chloe sintió que el pavor que le atenazaba el estómago crecía.

—Sig sabrá qué hacer. Siempre lo sabe.

Tallulah se quedó callada mientras se agotaba el tiempo de partido y los jugadores despejaban el hielo, preparándose para la prórroga. Pero la tercera vez que pasó la Zamboni, rompió su silencio.

—Chloe, hemos llorado juntas con tazas de chocolate caliente. Me quedé en tu habitación de invitados cuando Burgess y yo nos enfrentamos a nuestro propio drama. Nos hemos visto la una a la otra en diversos estados de angustia y por eso nos considero amigas íntimas…

—Lo somos. Eres mi mejor amiga, además de…

—Sig. Lo sé.

Chloe sintió que le ardía la cara. Los amigos no se miraban fijamente a los ojos como si fueran sus últimos momentos en la Tierra, como hacía ella con su futuro hermanastro, pero ¿de qué otra manera podía llamarlo?

—Me huelo un «pero».

—Tienes buen olfato. —Después de echar una miradita por encima del hombro, Tallulah se inclinó hacia ella—. Oye, me he dicho una y otra vez que no es asunto mío. Quizá una parte de mí hasta tenga miedo de preguntar. Pero cuanto más tiempo pasamos juntas, más me doy cuenta de que tu relación con Sig es… poco habitual. Y espero que no te importe que te diga que la inminente boda parece estar estresándote. ¡Muy normal todo! Tu madre se va a casar. Pero

supongo que lo que quiero decir es… ¿estás estresada por otro motivo? —Bajó la voz todavía más—. Para no andarme por las ramas: ¿hay algo romántico entre Sig y tú?

—¡No! —exclamó Chloe, soltando el aire por puro reflejo porque, aunque vivía para los momentos robados con Sig, no podía evitar sentirse avergonzada al mismo tiempo.

Avergonzada de sí misma.

Su madre estaba enamoradísima. Estaba felicísima. Que sí, que la relación entre Sofia y ella tenía su buena carga de tensión, porque su madre le exigía detalles de su vida en Boston antes de depositarle el dinero en su cuenta corriente. Su viaje a París estuvo lleno de pruebas, excursiones de compras y reuniones con «amistades» que Sofia había ido coleccionando en sus vacaciones a lo largo de los años; pero durante los momentos en los que estaban a solas, su madre no había dejado de lanzarle pullitas sutiles sobre su carencia de habilidades para la supervivencia, dejando caer que solo era cuestión de tiempo que volviera a Darien. Animándola a volver a casa.

La verdad, a Chloe la ponía un poco nerviosa que su madre no hubiera hecho nada demasiado drástico para manipularla y que volviera a Darien. A esas alturas, se esperaba fuegos artificiales.

O una bomba.

¿Quizá el amor había suavizado a Sofia? ¿Era demasiado esperar que fuera así? Nunca había visto a su madre tan contenta. Esa misma tarde la había llamado en el séptimo cielo porque Harvey los había apuntado por sorpresa a clases de salsa.

Sin embargo, allí estaba ella en Boston, fantaseando con el hijo de Harvey. Todas las noches.

A veces, a todas horas.

Deseando, rezando y obsesionándose con la posibilidad de que Sig

cediera una de esas noches y volviera a besarla, como aquella tarde en el campo de golf. Que la devorase por completo. La verdad, estaría encantada de abandonar la Tierra en ese momento con tal de volver a sentir su lengua en la boca, sus manos en el pelo. Con tal de que perdiera el control con ella.

Sig tenía un control férreo.

Algo bueno. Algo necesario.

Además de que sus padres estaban enamorados y se iban a casar, ella lo estaba petando en el conservatorio. Ya empezaban a presentársele oportunidades, pero esas puertas se cerrarían de golpe si se corría la voz de que mantenía una relación nebulosa e indefinida con alguien con quien tenía un parentesco político. La profesión de Sig también lo ponía en el punto de mira, como demostraba el hecho de que un periodista del *Boston Globe* se hubiera acercado a ella. ¿Y si ella perjudicaba su posición en el equipo?

Estaba claro que lo que pasó la tarde que se conocieron no podía volver a ocurrir. Eran amigos del alma. Algunos dirían que se mostraban demasiado amistosos. Seguramente necesitaban distanciarse un poco. ¡Y lo harían!

A la larga.

Se había callado lo que sentía, en parte por vergüenza, en parte por negar que estuvieran haciendo algo malo. Todo el mundo tenía una definición distinta de lo que estaba mal. ¿Verdad? Sin embargo, en ese momento, con el afán posesivo haciendo que se quedara pegada al asiento de plástico y las palabras «el soltero más codiciado de Boston» resonándole en los oídos, no podía callarse la verdad. No por completo.

—Vale, la verdad es esta. —Empezó a darse tironcitos en un hilo invisible de sus mallas—. Nos… Ejem. Nos conocimos dos horas antes de saber que íbamos a ser hermanastros. Digamos que fue un

encuentro muy interesante. Un encuentro que cuesta mucho olvidar. —Sintió un nudo en la garganta al recordar cómo corrieron por el campo de golf, riéndose como si tuvieran todo el mundo a su disposición. Como si pudieran ir a cualquier parte sin consecuencias —. Imposible, de hecho.

—Lo… besaste.

—No. Nos besamos el uno al otro.

—Vaaale —dijo Tallulah, alargando la palabra y mirándola fijamente—. ¿Ahí acabó la intimidad? A ver, ¿ha pasado algo desde entonces?

Chloe parpadeó.

—Pues claro que no. Vamos a estar emparentados dentro de dos meses.

—Lo sé. —Su amiga se puso aún más seria—. Técnicamente, no infringiríais la ley. Os habéis conocido siendo adultos y no tenéis parentesco sanguíneo. Si Sig no fuera un deportista profesional con muchos ojos puestos en él…

—Y semejante escándalo no destrozara la posición social de mi madre ni obstaculizara mis perspectivas profesionales…

—Exacto. —Tallulah la miró con una mueca comprensiva—. Es… delicado. En muchos sentidos. Habéis hecho bien en parar en cuanto os enterasteis de que vuestros padres se iban a casar.

En fin. Eso no era del todo cierto, ¿verdad? Aunque Sig y ella no se hubieran acostado, a veces, tenía la sensación de que su relación era más íntima que el sexo.

—¿Alguna vez te has preguntado si…? —empezó Tallulah.

—¿Qué?

Su amiga no parecía saber si continuar o no.

—La conexión entre vosotros es… evidente, a falta de un adjetivo mejor. Es palpable; en plan, a todas horas. Y supongo que me estaba

preguntando si podríais rascaros ahora que podéis. Antes de que técnicamente esté mal que os acostéis. Ya sabes, para evitar pasaros la vida preguntándoos qué tal habría sido. —Se tapó la cara con las manos—. ¿Soy una persona horrible por decir todo esto?

—No. —Chloe clavó la mirada en la pista sin verla—. Madre mía, a lo mejor tienes razón.

—No, no la tengo. No me hagas caso. No tengo razón. —La expresión de Tallulah se volvió más sería si cabía—. Y lo siento, Chloe. Tus sentimientos por él deben de ser muy complicados. Todo esto es complicado.

Chloe asintió con la cabeza, y siguió asintiendo, y asintió un poco más, como si se le hubiera roto un muelle en el cuello.

—No creo que pudiéramos pasar página ni con todo el tiempo del mundo —susurró—. Por eso acordamos ser solo amigos.

—En ese caso, habéis tomado la mejor decisión posible —aseguró Tallulah en voz baja.

—Pues no me lo parece. —Intentó sonreír, pero la expresión le pesaba como un elefante—. ¿Crees que podría sobornar al *Boston Globe* para que cancelase lo de la lista de los solteros más codiciados de Boston? ¿Y crees que aceptarían barras de labios sin abrir como soborno?

Tallulah tragó saliva con mucha dificultad.

—¡Ay, cariño!

Dos cuerpos golpearon la mampara de separación. Cuando Chloe se dio cuenta de que uno de ellos era Sig y de que era víctima de un marcaje con el palo del contrincante y no sonó el silbato, se puso en pie de un salto y golpeó la mampara con gesto frustrado.

—¿¡En serio, árbitro!? —El estadio se volvió loco abucheando y gritando—. Ha llamado tu madre. ¡Hasta ella cree que eres un inútil!

Capítulo siete

Entrar en la sala de espera para amigos y familiares después de un partido siempre era una locura.

Burgess dejó una frase a la mitad mientras hablaba con Sig y se lanzó a por Tallulah y Lissa, estrechándolas entre sus brazos. Algunos de los jugadores más jóvenes se separaron, dirigiéndose a su grupo de amigos. O a sus padres. Pero, sobre todo, sus compañeros se reunieron con sus esposas. Bebés o niños pequeños con equipaciones en miniatura. Todos se separaron en unidades familiares, hablándose en voz baja mientras hacían planes. Diciendo cosas como: «Me muero por ponerme el pijama».

Sig tenía a Chloe.

Ella siempre lo esperaba después de los partidos en casa, un poco apartada con su sudadera rosa, con el bolso debajo del brazo como una chica de la alta sociedad, viendo a sus compañeros reunirse con sus seres queridos. Esforzándose por sonreír, al igual que él. Porque su relación no era fácil de definir. No tenía nada de fácil.

¿Era una amiga? Sí.

¿Era solo una amiga? No.

¿Era de la familia? Más o menos. Todavía no, pero… estaba a punto de serlo.

Sig permaneció en silencio delante de las puertas que conducían del pasillo a la sala de espera, mientras se tranquilizaba. Siempre le resultaba necesario hacerlo. Para tomarse un momento y recordar por qué no podía acercarse a Chloe sin más y comerle la boca, como muchos de sus compañeros hacían con sus esposas. En un universo

paralelo, en el que sus padres no estuvieran comprometidos, en ese preciso instante, estaría llevando a Chloe a su camioneta, maldiciendo el trayecto de quince minutos hasta su casa, porque se moría de ganas de estar dentro de ella. Su chica. Su todo.

Sin embargo, no estaban en un universo paralelo. Esa era la vida real… y solo había una. Así pues, escaló la montaña mental que escalaba después de cada partido. Escaló sus laderas hasta llegar a la meseta, también conocida como su purgatorio personal. El lugar donde no podía tener a Chloe, pero donde tampoco era capaz de alejarse de ella por nada del mundo. Ni un solo día.

Lo que había supuesto que los últimos cuatro días fueran horribles mientras ella estaba en París con su madre. Verla en ese momento era como volver a caminar después de noventa y seis horas de parálisis.

¿Cuál era la forma correcta de saludar a una mujer a la que amabas con toda tu puta alma, pero a la que no podías tener?

Cada vez le costaba más averiguarlo.

Chloe parecía que empezaba a sentirse incómoda allí sola, rodeada de familias, lo que lo impulsó a ponerse en marcha. Se cargó el macuto del equipo con más seguridad al hombro y se abrió paso entre unos cuantos grupos para llegar hasta ella y su expresión se suavizó al verlo. Fue como si soltara el aire con todo el cuerpo y se retorciera un segundo las manos antes de darle un abrazo rápido. Demasiado rápido.

No se abrazaban así cuando estaban solos.

Sin embargo, la gente los observaba. Se preguntaba por su dinámica. Por qué Chloe asistía a cada partido como una novia devota, cuando, en realidad, iba a ser su futura hermanastra. Sí, se preguntaban por su relación con ella por una buena razón.

Él también se lo preguntaba. Día y noche.

Básicamente, se preguntaba cuánto tiempo más podría soportar

esta obsesión por Chloe sin sufrir un ataque de nervios. Niko, el detective privado, todavía estaba en proceso de verificar los datos preliminares y el caso, por no hablar de analizar el montonazo de relaciones pasadas de Harvey, lo que le estaba llevando tiempo. Mucho más tiempo del que tenían Chloe y él.

—Hola —la saludó después de su breve abrazo. Sentía las miradas clavadas en su espalda—. Gracias por venir.

Ella lo miró con expresión remilgada.

—No creo que los árbitros se alegraran mucho de verme.

Soltó una risilla al recordar su puchero indignado al otro lado de la mampara.

Indignado y precioso. ¡Por Dios, preciosísimo!

—Pues no —replicó—. Estoy seguro de que todos los árbitros de la liga tienen tu cara en una diana en la cocina y le lanzan dardos.

El humor empezaba a sustituir poco a poco la tensión que siempre había entre ellos al principio. Los momentos que contenían el espacio vacío donde estaría un beso si pudieran expresarse con libertad.

—¿Con lo cegatos que están? Imposible que hagan diana. —Le examinó la parte inferior de la cara, fijándose en el corte cubierto por una gasa que tenía en la nariz—. ¿Es grave?

—No. Me he hecho cortes peores afeitándome.

Sin apartar la mirada de su mandíbula, Chloe murmuró algo.

Sig se acercó un poco más. Tanto como se atrevía en ese entorno.

—¿Qué?

—Nada —murmuró ella—. Es que nunca te he visto afeitarte.

Juraría que el corazón le latía en el estómago. Como siempre. Chloe conseguía hacerle eso en cuestión de segundos siempre.

—¿Quieres ver cómo me afeito, Chlo? —le preguntó, después de echar una miradita por encima del hombro. Para asegurarse de que

no había nadie lo bastante cerca como para oírlos.

Muy despacio, ella alzó la mirada para encontrarse con la suya.

—Sí.

Le costó la misma vida seguir respirando de forma acompasada. ¿Era absurdo mantener ese tipo de conversación en la zona para los amigos y la familia después de un partido? Desde luego que sí. ¿Era extraño para esa mujer y para él? No, en absoluto. Ella no era normal. Lo que había entre ellos no era normal. Podría haber montones de personas desperdigadas por la estancia, pero cuando estaban tan cerca y nadie los oía, todo valía con Chloe. Y él vivía y respiraba para averiguar qué iba a decir y a hacer ella a continuación.

—Si te afeitas para mí —dijo ella solo para sus oídos, con un deje juguetón—, dejaré que me ayudes a decidir qué ponerme para mi primer día con mi nuevo tutor mañana.

Fragmentó esa información palaba a palabra, examinando cada una de las partes.

—Un momento. ¿Empiezas mañana clases nuevas?

Ella asintió con la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—Mis profesores me han dicho que estaban intentando conseguirme clases privadas con el primer arpista de la OSB. —La Orquesta Sinfónica de Boston—. Recibí el mensaje de correo electrónico mientras estaba en París. Me han aceptado.

Sig intentó no mirar fijamente sus labios. Fracasó.

—¿Cuándo me lo ibas a contar?

—Estás ocupado con la temporada.

—El quinto día de la Semana Infernal, me mandaste un mensaje diciendo que querías tostadas francesas, así que te llevé a comer tostadas francesas, entre entrenamiento y entrenamiento —protestó —. Con la camiseta sudada y pantalones cortos. —Contuvo el

impulso de inclinarse y besarle la frente—. Sabes muy bien que nunca estoy demasiado ocupado para ti, Chloe. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Ella perdió la sonrisa.

—Porque estoy nerviosa y estaba pensando en echarme atrás.

Tuvo que esforzarse de nuevo para no extender los brazos hacia ella.

—Vale, ya hablaremos del tema.

—Muy bien, familias de los Bearcats —dijo Augie, el encargado de mantenimiento del estadio—. Vamos a apagar las luces para irnos a casa, así que si no os importa ir saliendo hacia el aparcamiento…

—Buenas noches, Augie —dijo Burgess con voz estentórea a la derecha de Sig al tiempo que se despedía con la mano—. Gracias.

Todos siguieron el ejemplo del capitán y le dieron las gracias a voz en grito al encargado de mantenimiento, mientras salían en fila hacia el aparcamiento del equipo. Cuando llegaron a la camioneta de Sig, Chloe se abrazó con Tallulah y Lissa. Sig chocó un puño con Burgess. Y, después, subió a Chloe al asiento del acompañante de su camioneta e hizo una mueca, como siempre, cuando el cuero resquebrajado le rozó los muslos.

—Ni se te ocurra empezar a refunfuñar que vas a comprarte una camioneta nueva. Otra vez no —dijo ella, anticipándose, mientras se miraba en el espejo retrovisor y se trazaba una «U» con el meñique por debajo de un ojo—. Esta es perfecta.

Llevarla de un lado para otro en esa tartana vieja y destartalada lo estaba matando. ¡Que antes tenía un sedán asignado con chófer, joder!

—Ha llegado la hora de comprarme una nueva.

Chloe se abrochó el cinturón de seguridad.

—Solo si quieres encontrarme esposada al volante.

Sig miró por encima del hombro hacia el aparcamiento para comprobar si estaban solos. Si había o no alguien mirando. Cuando estuvo seguro de que nadie podía verlos, se metió en la camioneta y acercó la frente a la de Chloe, atento a su respiración acelerada. Memorizando su forma de cerrar los ojos, de modo que las pestañas le dibujaban sombras afiladas en las mejillas.

—¿Estás insinuando que tienes un par de esposas, Chloe?

—Tal vez —contestó ella, soltando el aire…, y deseó sentir ese aliento en todo el cuerpo. Sobre el pecho, por debajo de la cintura. ¡En todas partes!

Le rozó la frente con la suya.

—No estoy de humor para juegos después de cuatro días sin ver tu preciosa cara. Dame una respuesta mejor.

Vio que sus palabras le calaban en la piel. La sintió tomar aire.

—¿Estás insinuando que podría tener esposas con fines recreativos?

—¿Es así?

—¿Cuándo iba a poder usar esposas con un hombre? —Chloe se humedeció los labios, casi rozándole la boca con la lengua. Tan cerca y, a la vez, tan lejos—. No puedo llevarme a ningún tío a casa cuando tú siempre te presentas en el bar para acompañarme en persona.

—Prometí cuidar de ti.

—Es posible que te estés tomando esa responsabilidad demasiado a pecho, ¿no crees?

A Sig se le paró el corazón.

—¿Quieres que deje de hacerlo?

Ella se apresuró a negar con la cabeza.

—No.

El corazón se le puso de nuevo en marcha. ¡Por Dios, quería borrarle el brillo de labios rosa que tenía! Besarla hasta mancharse

toda la boca, la barbilla y la lengua.

—Pues muy bien.

—Pues muy bien —repitió ella con voz trémula—. Para que lo tengamos claro.

«Para. Ahora. Es hora de parar».

Apretó tanto los dientes que estuvo a punto de rompérselos y se apartó de Chloe para salir de la camioneta. Puso los brazos en jarras y trazó un lento círculo en un intento por bajar sus pulsaciones. Solo había conseguido bajarlas un poquito cuando se sentó al volante y arrancó la camioneta.

Estar tan cerca de Chloe casi a todas horas era pura tortura, y se ofrecería como voluntario para sufrirla hasta el día de su muerte.

Nadie iba a tener el honor de ser el compañero de Chloe, solo él.

Aunque ¿cuánto tiempo podrían seguir así sin ceder a la tentación?

No tenía la respuesta, pero sí tenía algo muy claro.

Tenía que encontrar la manera de poder estar juntos.

Porque no había otra opción. ¿Que Chloe acabara con otro?

Ni de coña.

Echó un vistazo para comprobar que ella se había puesto el cinturón de seguridad, aunque había sido testigo de cómo se abrochaba la hebilla, antes de incorporarse al tráfico. Iban en dirección a su piso en el North End.

Al cabo de un rato, por fin se tranquilizó lo suficiente como para hablar.

—Volviendo a lo de las clases particulares. ¿Cuándo decidiste hacerlo?

—A ver… —Se irguió un poco más en el asiento—. Voy a seguir en el conservatorio, como estaba previsto, pero mis profesores… dicen que no pueden enseñarme nada más.

Sintió que el orgullo le henchía el pecho. No solo había dejado

atrás su vida de lujo y se había mudado a una ciudad completamente nueva, sino que se había adaptado deprisa a vivir sola, a desplazarse y a hacer amigos, como Tallulah. Se había puesto a prueba y había prosperado en Berklee, tal como él había sabido que haría.

—¡Joder, Chlo!

—Sí. Pero eso implica que hay algo que este tutor sí que puede enseñarme. ¿Verdad?

—Ajá. Eso tiene sentido. —Desvió la mirada hacia ella y la encontró sumida en sus pensamientos—. ¿No quieres averiguar si hay algo que todavía no sabes?

—Supongo que sí —dijo, sin contestar del todo—. Pero ha pasado mucho tiempo desde que alguien me presionó, Sig. Siempre he sido el ama del arpa de forma natural.

Soltó una risilla al oírla.

—La puta ama.

—¿Y si es como la peli esa de *Whiplash* y me tortura psicológicamente para destruirme y reconstruirme a su imagen y semejanza?

—Esa es fácil. Me lo cargo, joder.

—¡Oooh! ¿Lo prometes?

Sintió que el calor le subía por la nuca al pensar en que alguien la acosara.

—¡Sí!

Se dio cuenta, más que verla, de que sonreía con sorna.

—Se llama Grace Shen y, según tengo entendido, es una profesional de los pies a la cabeza. Ya puedes dejar de planear un asesinato.

Al enterarse de que su nuevo tutor era una mujer, dejó de hervirle la sangre, pero el afán posesivo no desapareció del todo. Siempre

estaba presente. Dispuesto a hervir a la menor oportunidad. Por ejemplo, ¿y si la tal Grace tenía un asistente a quien no le parecía poco profesional pedirle una cita a Chloe? Había demasiadas variables… y mientras ellos solo fueran amigos, tenía una cuchilla al cuello a todas horas.

—¿De verdad te vas a afeitar para mí? —le preguntó Chloe, distrayéndolo.

Hablando de cuchillas al cuello…

—¿Alguna vez te he dicho que no a algo que querías?

—No —contestó ella sin titubear.

—Has dicho que si me afeitaba para ti, me dejarías ayudarte a elegir la ropa para tu primera reunión con tu nueva tutora.

—Sí que lo he dicho. —Estaba seguro de que la pilló estremeciéndose con el rabillo del ojo, y Chloe habló en voz mucho más baja al añadir—: Podría hacerte un desfile con distintas opciones de ropa cuando lleguemos a casa…

Fue incapaz de replicar. Estaba demasiado ocupado intentando no empalmarse. Como siempre. Era una batalla perdida, y sabía que, también como siempre, se iría de su piso empalmadísimo esa noche, como todas las noches. Pero era una farsa que debía mantener. Eran amigos que pronto estarían emparentados, pero todavía no lo estaban, y que iban a recrear un inocente desfile de moda a las once de la noche en su dormitorio.

Lo más normal del mundo.

«Circulen, no hay nada que ver».

Capítulo ocho

Cada vez que Sig honraba el piso con su presencia, Chloe tenía que abstenerse de hacer un bailecito vergonzoso. A veces cedía al impulso y dejaba traslucir su entusiasmo por estar cerca de él. Otras veces, como esa noche, después de haberse extralimitado un poco, se contenía por necesidad.

De todas formas…, que Sig la acompañase era genial. ¡GENIAL!

Se paseaba de un lado para otro como un tigre malhumorado, enderezando cuadros en las paredes y doblando mantas. Fruncía el ceño al ver las bolsas de Sephora arrugadas en la papelera. No paraba de refunfuñar. Abría los armaritos de la cocina para asegurarse de que tenía comida suficiente.

Hizo todo lo posible por no mirarlo fijamente mientras él completaba ese ritual, pero no mirar fijamente a Sig Gauthier era como ir a la playa y pasar por completo de una luminosa puesta de sol rosa y naranja.

Con sus pantalones de chándal, la sudadera con capucha de los Bearcats y el pelo mojado después de la reciente ducha, era el mismísimo sol, en su opinión. Su nombre, Sig, significaba «victoria que trae paz y protección» y esa definición no podía ser más exacta. Era considerado, motivador y, ¡ah, sí!, superprotector. Pero lo más importante era que creía en ella. Como ninguno de sus seres queridos lo había hecho nunca.

Tenía claro que su madre creía en sus habilidades musicales, pero Sofia nunca se había interesado de otra forma que no fuera para presumir de ellas o programarle un recital y poder regodearse con

los elogios posteriores. Al igual que hacía su padre (siempre ausente), Sofia usaba esas actuaciones como herramienta social. Un truco de magia que sacarse de la manga en las fiestas o una forma de conocer a gente interesante en el extranjero. Desde que llegó a Boston, había empezado a plantearse la posibilidad de que su madre nunca la hubiera empujado a arriesgarse más con su música porque quería mantenerla en casa, controlada. Todo lo contrario que Sig, que siempre le preguntaba por lo que quería hacer. Con él, era imposible preocuparse por la posibilidad de que hubiera segundas intenciones. Con él, solo había seguridad.

En el plano emocional, por lo menos.

Porque en el físico no estaba satisfecha ni de coña. Sig había encendido una mecha hacía seis meses en Connecticut y se estaban acercando peligrosamente al final.

Intentando pasar de lo rápido que le latía el corazón, Chloe apoyó una cadera en la mesa de la cocina mientras lo observaba hacer la inspección, a unos metros de ella.

—Creo que ni siquiera te he felicitado por la victoria de esta noche.

—No pasa nada. Sé que te emocionas cuando ganamos. —Sacó una caja vacía de Pop-Tarts del armario y la tiró a la encimera, mirándola con el ceño fruncido de forma elocuente. En vez de seguir buscando como de costumbre, apoyó las manos en la encimera y guardó silencio un instante, antes de volver a mirarla—. Burgess se retira oficialmente después de esta temporada. Me lo ha dicho esta noche antes del partido.

Las noticias le provocaron un escalofrío en los brazos.

Burgess «Sir Salvaje» Abraham era una institución. Una leyenda de los Bearcats de Boston y una de las personas más queridas de la ciudad. El ídolo de Sig convertido en amigo íntimo. El futuro marido de Tallulah. Oír que ya no formaría parte del equipo que había

llegado a amar con todo su corazón durante los últimos seis meses era… algo esperado, sí, porque hacía poco sufrió una lesión de espalda y se acercaba a los cuarenta. Sin embargo, la noticia no dejaba de ser como un puñetazo en el estómago.

—¡Ay, madre! —Se apartó de la mesa para adentrarse en la cocina y acercarse despacio a Sig—. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé. —Apretó los dientes, tensando el mentón—. Sobre todo triste, supongo.

—Por supuesto.

—Estoy nervioso por los cambios que habrá que hacer.

—Como por ejemplo… ¿que asumas el puesto de capitán?

Sig gruñó y titubeó antes de asentir con la cabeza.

Aunque no le gustaba nada verlo tan nervioso, no podía evitar alegrarse al ver que confiaba en ella. Nadie la había elegido nunca para ser la guardiana de sus preocupaciones, inquietudes y miedos. Era una razón más por la que apreciaba a ese hombre más que a cualquier otra persona. ¿Cómo no iba a hacerlo? Se había abierto camino solo hasta el nivel más alto de su profesión. No había llegado al mundo con un gran talento innato, como ella. No, lo había perfeccionado con sangre, sudor y lágrimas, día tras día. Mientras que ella no paraba de decirle a todo aquel que la escuchara que Sig era el mejor jugador sobre el hielo, él nunca lo decía. Se limitaba a… demostrarlo. A dejarse ver.

Sig Gauthier siempre estaba ahí.

Eligió bien las palabras antes de hablar. Pensó en lo que él le había dicho en la camioneta. Quería decir lo mejor que se podía decir en ese momento, como hacía él siempre.

—Burgess está preparado. Y tú estás preparado. Ambos estáis preparados para cosas distintas y lo vais a hacer bien.

La miró de reojo. Tragó saliva.

—No van a quererme como lo quieren a él.

«Yo te querré por toda esta ciudad».

—¡Sí que lo harán! —exclamó, levantando la barbilla—. Adoran a los jugadores que lo sacrifican todo por la V, así que van a adorarte. —Con un doloroso nudo en la garganta, se acercó lo suficiente como para ponerse de puntillas y plantarle los labios en un hombro a través del relleno de la sudadera—. Dales una oportunidad. Date una oportunidad a ti mismo, que es lo más importante.

Lo vio tragar saliva un par de veces y luego soltó una carcajada.

—¿Cuándo has empezado a decir gilipolleces como «sacrifícalo todo por la V»? —Un brillo guasón iluminó sus ojos—. ¿No te conocí en un dichoso club de campo?

Chloe esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡He evolucionado!

Sig se apartó de la encimera, se enderezó y se plantó delante de ella, cogiéndola por las muñecas y haciéndola retroceder por la cocina hasta el comedor.

—Dentro de nada, empezarás a hablar de mis estadísticas de la temporada y a citar a Gretzky.

—Fallas el cien por cien de los tiros que no haces.

—¡Madre mía! —Sig echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Ni siquiera sabía que fue él quien acuñó esa frase. ¿Cómo es que la conoces?

—¡Es de dominio público! —Habían llegado al pasillo…, el que llevaba a su dormitorio, y los latidos de su corazón rebotaban en sus venas como una pelota de goma—. Además, lo pone en la funda térmica para las cervezas del hombre que se sienta detrás de mí en los partidos. —Hizo un gesto solemne con la cabeza—. Tiene abono de temporada, así que veo mucho esa funda térmica.

Sig se detuvo justo en el vano de la puerta de su dormitorio y la

miró a la cara en silencio con una expresión que no acababa de entender. Parecía… ¿perplejo?

—¿Se puede saber qué voy a hacer contigo? ¿Por qué eres tan monísima?

Las palabras que Tallulah había pronunciado esa misma tarde volvieron a ella en una oleada.

«La conexión entre vosotros es… evidente, a falta de un adjetivo mejor. Es palpable; en plan, a todas horas. Y supongo que me estaba preguntando si podríais rascaros ahora que podéis. Antes de que técnicamente esté mal que os acostéis. Ya sabes, para evitar pasaros la vida preguntándoos qué tal habría sido».

¿Pasarse la vida sin saber lo que se sentía al dejar que ese hombre la consumiera?

¿Estaba loca por haber pensado en algún momento que eso era posible?

—Quizá deberías hacerle caso a Gretzky… —Con la conversación con Tallulah resonando en sus oídos, se puso de puntillas y susurró contra la barbilla de Sig—: Y tirar.

La sorpresa tensó las comisuras de los labios de Sig mientras le clavaba los pulgares en la parte interior de sus muñecas.

—¡Chloe!

Le dio varios segundos para que aceptara su invitación, pero eso solo pareció intensificar su renuencia. Ocultando su decepción con una sonrisa alegre, se zafó de sus manos, aunque tardó un poco en convencerlo de que la soltara e, incluso entonces, percibió que luchaba consigo mismo para no volver a cogérselas. Esa lucha le permitió albergar esperanzas.

Claro que ¿esperanzas de qué?

«¿¡Qué estás haciendo!?».

No lo tenía claro. Solo sabía que la frase «rascaros ahora que

podéis» había seguido rondando sus pensamientos hasta desatar una especie de… permiso. Una especie de valentía peligrosa.

—Estoy de bajón… —dijo al tiempo que se daba media vuelta para abrir la puerta de su vestidor.

Los segundos pasaron.

—¿Por qué?

—Porque tengo una blusa de la buena suerte específica que me gusta ponerme, pero se me olvidó meterla en la maleta la última vez que estuve en Connecticut —contestó mientras entraba en el vestidor. Titubeó. Respiró hondo. Y luego se quitó despacio la sudadera rosa de Gauthier, muy despacio, disfrutando de la presencia de Sig, que la estaba mirando desde la entrada del vestidor, seguramente escandalizado, pero incapaz de apartar la vista. Oyó que sus manos golpeaban y se apoyaban en el marco de la puerta. Oyó el crujido de la madera cuando la sudadera rosa cayó al suelo. Oyó su agudo gemido—. Tiene un estampado en blanco y negro, manga larga y cuello alto con volantitos. De seda. —Lo miró por encima del hombro, con las rodillas hechas gelatina al ver su expresión: puro deseo. Anhelo. El mismo que ella sentía, a todas horas—. Siempre he tocado mejor el arpa cuando estoy desnuda. Y con esa blusa es como si no llevara nada.

Vio que el pecho de Sig subía y bajaba. Cuando habló, lo hizo de forma atropellada.

—¿Cuándo y… dónde has tocado el arpa desnuda?

—A todas horas. —Aferrándose a su valor, cogió de la percha una camisa verde bosque, la examinó y volvió a colgarla—. Cuando tenía una en mi dormitorio.

—El arpa está en el salón de tu otra casa —masculló él.

—Tenemos tres arpas.

Sig la miró rechinando los dientes mientras hacía un gran esfuerzo

por mantener el hilo de sus pensamientos.

—¿Echas de menos tener acceso a un arpa en cualquier momento, como cuando vivías con Sofia?

Acababa de sacar unos pantalones pitillo de su percha con dedos inseguros, pero hizo una pausa para inspirar y espirar, mientras consideraba la pregunta.

—Sí, echo de menos tener un arpa conmigo en todo momento. Pero me gusta más la libertad que me ofrece Boston.

Sig siguió frunciendo el ceño.

—Me alegra oírlo.

A veces, se daba cuenta de que Sig estaba guardando y catalogando cosas en su cabeza, pero nunca sabía cuándo, dónde o cómo las desenterraría para usarlas en el futuro. Por ejemplo, hace un mes se tropezó un día en el pasillo de la escalera del edificio y, sin ningún esfuerzo, Sig la sujetó aferrándola por la espalda del jersey, la enderezó y luego se dispuso a entrar la compra en el piso como si tal cosa. Sin embargo, un par de días después, ella se fue a su clase de barra y al volver lo descubrió de rodillas arreglando la tabla del suelo, mientras el portero lo miraba, avergonzado.

En ese momento, consiguió seguir respirando entre la interminable miríada de placenteros escalofríos que le provocaba su mirada en su espalda casi desnuda.

—¿Qué crees que debería ponerme, ya que no tengo mi blusa de la suerte?

—Estás increíble con todo, Chloe.

—Tampoco tienes que irritarte por eso.

Sig soltó una especie de gemido agudo.

—Irritado es poco.

—Explícame lo que quieres decir.

—Que otros hombres puedan verte tan guapa…

Chloe intentó contener la respiración, pero no pudo.

—Continúa.

—Creo que no me cabrearía ni la mitad si fuese yo quien supiera qué aspecto tienes sin ropa —soltó de golpe, a modo de explicación.

Chloe cerró los ojos y dejó que la oleada de júbilo la recorriera desde la coronilla hasta los dedos de los pies. No debería disfrutar de los celos de Sig, ¿verdad? ¿Cuántos artículos e historias con moraleja de Reddit había leído sobre comportamientos masculinos que eran motivo de alarma?

Montones.

Si se paraba a analizar lo implicado que estaba Sig en todos los aspectos de su vida, sabía que los límites eran tan difusos que resultaban inexistentes. Sin embargo, le encantaba que cruzara esos límites. Su afán posesivo la excitaba. De hecho, ansiaba ver esos brevísimos episodios porque nunca se sentía enjaulada ni agobiada por ellos. Sig era el hombre que le había enseñado a desplegar las alas. A moverse por la ciudad, a comprar comida para sí misma, a hacer pagos por internet (cuando se acordaba).

Aunque la protegía como si fuera las joyas de la corona, apoyaba su independencia.

Eso sí, de vez en cuando le apetecía que la inmovilizase y le dijese que era suya.

Vale, sí. No solo le apetecía de vez en cuando, lo quería constantemente.

Y saltaba a la vista que él también, así que ¿por qué no podían ceder al deseo? Solo una vez.

—¿Sigo desnudándome para que me veas?

A esas alturas, a Sig se le había acelerado la respiración.

—Sí. Que el Señor me ayude.

Chloe levantó los pantalones de pitillo, aunque le temblaba el

brazo.

—Seguramente me ponga esto con una camisa blanca sencilla. En plan profesional.

Sig asintió con la cabeza. Cuando se volvió, lo vio hacer una mueca.

—Pruébatelo todo.

Chloe sintió que los pequeños músculos de su sexo se contraían de repente.

—Vale —murmuró, al tiempo que se desabrochaba el cierre delantero del sujetador negro que llevaba. Expuso los pechos al aire fresco del vestidor, y el deseo le endureció los pezones mientras se bajaba los tirantes por los brazos. Y se quitaba la prenda.

No se dio media vuelta. Tenía demasiado miedo de que la intensidad de Sig la hiciera estallar.

Ya estaba a punto de hacerlo solo con sentir su abrasadora mirada en la espalda.

Mientras cogía la camisa blanca que tenía más cerca, supo que Sig le había visto el pecho izquierdo. No le cupo la menor duda después de oír el ronco gemido que se le escapó, el crujido del marco de la puerta al que todavía se aferraba.

—Llevarás sujetador con eso mañana, ¿verdad? —le preguntó él, haciendo un evidente esfuerzo por mantener la voz firme, aunque se detuvo para inspirar y espirar entre la quinta y la sexta palabra.

—Sí —respondió ella, mientras se ponía la camisa sobre la piel hipersensible y se abrochaba los botones con dedos temblorosos—. Es que ahora mismo no tengo ganas de buscar el único que tengo de color beis.

—Vale.

El silencio entre ellos se prolongó, pero dentro de sus cuerpos no había nada silencioso. Ni en sus mentes. Sabía por instinto que les

estaba pasando a los dos. El corazón le latía con fuerza, golpeándole las costillas, y la intuición le decía que Sig se encontraba en el mismo estado. Eran un desastre. Lo que estaban haciendo era un desastre, pero detenerse parecía imposible.

Se mordió el labio inferior hasta que le dolió, porque necesitaba distraerse del deseo que se extendía por sus entrañas. Un deseo que aumentó mientras se inclinaba despacio hacia delante y se bajaba las mallas hasta las rodillas. Y luego, más abajo, hasta los tobillos. Necesitaba que la mirase así, casi desnuda. Necesitaba que viera el minúsculo tanga negro que se había puesto esa mañana después de tocarse fantaseando con él. Sentir la presión de la ajustada prenda entre los muslos había hecho que se pasara el día pensando en él e imaginando que hacían guarradas.

Cada vez que se sentaba o que se ponía en pie.

Sig prácticamente jadeaba a su espalda. No disimulaba el deseo. Por lo menos, no de momento.

Por eso no podía darse media vuelta. Si lo veía y no podía aplacarlo, se moriría.

—¡Por Dios, eres preciosa, joder! —Lo oyó tragar saliva con dificultad—. Tengo tantas ganas de tumbarte en la cama y follarte que estoy temblando. ¿Estás contenta?

Oyó un sonido raro.

Aunque podría haber sido ella. Jadeando. No estaba segura.

—No. Sí.

—Dame algo por lo menos. Coge esa sudadera y acaríciate con ella entre esas piernas tan bonitas que tienes.

Sintió que le flaqueaban las rodillas. Esa erótica orden hizo que toda la sangre del cuerpo se le acumulara entre los muslos. ¿No era ella quien lo había iniciado todo? Sí. Sin embargo, el anhelo que la atenazaba era más intenso de lo que se había imaginado. ¿La mataría

hacerlo solo una vez con él? Seguramente. A lo mejor no había analizado bien la situación antes de poner esa idea en marcha.

—Sig…

—Dime que no quieres más.

—Sí que quiero. Muchísimo más. —Empezó a temblar con los pezones tan duros que parecía que se los estuvieran pellizcando unos dedos poderosos. El deseo se acomodó en ese momento en el asiento del conductor, impulsado por la cruda desesperación de la voz de Sig. Cerró los ojos y se inclinó un centímetro más hacia delante para coger la sudadera y presionar el frío tejido contra la parte interior de los tobillos, desde donde fue subiendo despacio por la curva de las pantorrillas y el interior de las rodillas. Nada más llegar a la parte superior de los muslos, esa zona tan sensible, se le escapó un gemido.

—Así me gusta. Si no puedo estar entre tus piernas, déjame por lo menos que disfrute al ver mi nombre ahí. —Hizo una pausa para recuperar el aliento y luego añadió con voz más ronca—: Presiónala donde los dos deseamos que esté mi polla, Chloe.

Al oírlo, un sollozo brotó de su garganta y se vio obligada a apoyarse con la mano izquierda en la pared, mientras que con la derecha tiraba de la sudadera hacia arriba otros cinco centímetros y presionaba. Con fuerza. Contra su sexo. Lo bastante como para que se le entrecortara la respiración mientras se estremecía.

—¡Joder! —exclamó él—. ¿Te gusta?

Chloe apenas si veía la pared que tenía delante. Su mundo se había convertido en una mancha de formas y colores. El deseo iba en aumento, y sus oleadas eran cada vez más fuertes, más poderosas.

—No tanto como si fueras tú.

—¡Joder!

Soltó la sudadera porque necesitaba apoyarse con las dos manos

en la pared, mientras apretaba los muslos con todas sus fuerzas, aunque eso solo intensificara el doloroso deseo.

—Sig, no puedo seguir contigo sin tenerte. No puedo más.

El silencio se prolongó unos segundos.

—Prefiero torturarme contigo antes que estar con otra —replicó él, tras lo cual soltó un taco, y Chloe sintió más que vio que daba un paso hacia ella y le rozaba la espalda con la yema de los dedos—. Ven aquí.

Suspiró con frustración y alivio a partes iguales cuando él la envolvió entre sus brazos, estrechándola como si soltarla fuera un concepto impensable, y empezó a acariciarle el pelo y la espalda, subiendo y bajando por su columna vertebral.

—Lo dejaremos —le aseguró contra la sien antes de frotársela con la mejilla. La levantó, estrechándola todavía más, hasta que los dedos de sus pies apenas tocaron el suelo—. He permitido que las cosas llegaran demasiado lejos y ahora te estoy haciendo daño. Lo dejaremos.

—Mañana me seguirá haciendo daño.

Y al día siguiente y al otro.

—No digas eso, Chloe. Prefiero morir antes que hacerte daño.

Sus palabras no disminuyeron en nada el sentimiento de desesperanza que crecía en su interior. Durante los últimos seis meses, había tenido la secreta certeza de que Sig encontraría la forma de que pudieran estar juntos. De que las cosas se resolverían por sí solas, como siempre. Sin embargo, junto con su nuevo y creciente descubrimiento de que la vida fuera de Darien no estaba diseñada para su disfrute, se había dado cuenta de que… las cosas no siempre se solucionaban por sí solas en la vida.

Estaba enamorada de Sig.

Y posiblemente no acabarían juntos.

Esa era la realidad.

Todos los días se enamoraba un poco más de él. A lo mejor… A lo mejor necesitaba encontrar una manera de frenar antes de que se cayera por un precipicio.

¿Había llegado el momento de plantearse la idea de salir con otras personas?

¿Por qué la simple idea le reducía el estómago al tamaño de un guisante?

Aferrándose al poco valor que le quedaba, lo acarició en el cuello con la lengua y lamió esa zona de su cuerpo que tantas noches de insomnio le había causado.

—Podríamos ceder solo una vez —susurró—. Nadie lo sabría.

Sig se apartó lo justo para mirarla a los ojos, dejando que viera la agonía, el arrepentimiento, el deseo. Todo.

—Siénteme, chica de mis sueños. —Le levantó la pierna derecha para colocársela alrededor de las caderas y la presionó con la parte inferior del cuerpo, levantándola y obligándola a ponerse de puntillas, de manera que empezó a ver estrellitas—. ¿Crees que podría parar después de hacerlo una vez? Imposible. Te levantaría la falda durante el banquete de la boda de nuestros padres. Ya soy un adicto y ni siquiera te la he metido.

—Métemela. —Un calor húmedo se acumuló entre sus muslos. Su cuerpo se estaba preparando. Todos esos músculos infrautilizados se tensaron, se retorcieron—. De todas formas, la gente recela de lo que hay entre nosotros.

—Sí, pero sé que estoy haciendo lo correcto por ti, Chloe. —Acercó la boca a la suya, y su aliento frustrado le calentó los labios—. No cederé a menos que sea lo correcto. A menos que sepa que no te estoy arrastrando a algo malo. A algo que podría hacerte daño. A algo que podría dañar tu futuro.

—Arrástrame. ¡Por favor!

Sig unió sus bocas y gimió.

Ella sintió que se le desbocaba el corazón. Contuvo la respiración. Había llegado el momento. Por fin. Al cuerno con las consecuencias. Iban a abrasarse el uno al otro y, al día siguiente, ya idearían un plan. Sig sabría qué hacer. Sabría cómo convertir lo que eran en algo aceptable socialmente para no perjudicar su reputación familiar, ni los futuros avances de sus respectivas carreras profesionales. Para que la gente que conocían no los juzgara y tampoco los juzgaran las personas que conocieran en el futuro. ¿Cómo podía ser malo algo que inspiraba tanto amor en su interior?

—Sig, por favor. Llévame a la cama.

—¡Por Dios! ¿Crees que no quiero hacerlo? Es como si me hubiera pasado toda la vida deseando entrar dentro de ti. ¡Ese es mi puto sitio! —Evitando mirarla a los ojos, la dejó en el suelo y retrocedió mientras se pasaba una mano temblorosa por el pelo. Salió del vestidor y se detuvo en el dormitorio—. Tengo que irme antes de que hagamos algo que no podamos deshacer, Chloe. —Le dirigió una última mirada agónica que dejó un rastro abrasador por sus muslos y, después, se dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

Aún atónita, se quedó mirando el espacio que él había ocupado, y el sonido de la puerta del piso al abrirse acabó por obligarla a moverse. ¿Se iba? ¿Se iba después de que ella se hubiera mostrado completamente vulnerable?

—¡Cuando he dicho que no podía seguir así, iba en serio! —gritó, caminando a toda velocidad detrás de él. «Deja de hablar. Estás nerviosa. Vas a decir algo de lo que acabarás arrepintiéndote», se dijo. Sin embargo, la voz de la razón hablaba mucho más bajito que su frustración sexual en ese preciso momento—. Tenerte y no

tenerte… No puedo seguir viviendo así. Es una tortura.

Sig se dio media vuelta ya en el pasillo de la escalera y la miró sorprendido, con recelo. Con cierto pánico.

—Chloe…

—Creo que deberíamos empezar a salir con otras personas —soltó ella y vio que él levantaba la ceja izquierda muy despacio, y de forma muy exagerada—. Vamos, que no es que nosotros estemos saliendo, pero tú ya me entiendes. A lo mejor es más fácil ser amigos del alma si disfrutamos de unas vidas sentimentales saludables y separadas, ¿me entiendes? —Un hierro candente le marcó el interior de la garganta—. No habrá tantas… expectativas de que lo seamos todo el uno para el otro cuando sencillamente no podemos serlo todo el uno para el otro. No podemos seguir fingiendo que lo nuestro es normal.

Sig le devolvió la mirada como si no pudiera entender nada de lo que salía de su boca.

—Que sepas que estás en la lista de los solteros más codiciados de Boston. —Las palabras le rasparon las paredes de la garganta como papel de lija caliente—. Ahora es el momento perfecto.

—Yo… ¿qué? —replicó mientras la confusión de su mirada se acentuaba—. ¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa.

—Pues igual que la ridícula lista esa. —Se pasó los dedos por el pelo con evidente frustración—. Voy a entrar otra vez para que podamos aclarar esto.

Empezó a avanzar, pero ella negó con la cabeza.

—No hay nada que aclarar y…, a ver, solo quiero estar sola. Buenas noches, Sig.

Cerrarle la puerta con la cara de sufrimiento que tenía fue una de las cosas más difíciles que había hecho en la vida. Sin embargo, y

aunque le ardían los ojos por las lágrimas y las hormonas habían hecho estragos en su cuerpo, no pudo evitar sentirse orgullosa de sí misma. Por lo menos, lo había intentado. Por lo menos, había sido valiente al ponerle nombre al problema, al describirlo con todo detalle, aunque el esfuerzo no diera resultado.

Era reconfortante saber que se había hecho más fuerte.

Ojalá pudiera dejar de ser débil por un hombre que estaba claro que no estaba destinado a ser suyo.

Capítulo nueve

Sig estaba corriendo un gran riesgo al ir de Boston a Darien en su camioneta, y el viejo motor se estaba quejando, pero Chloe quería su blusa de la suerte para el día siguiente, así que iba a conseguir la dichosa blusa. Mientras le quedara un soplo de vida en el cuerpo, si ella quería algo, iría a buscárselo.

Sin preguntas ni discusiones.

Aunque esa noche le hubiera pisoteado el puto corazón y lo hubiera dejado morir.

Necesitaba hablar con su padre. De inmediato. Solo quedaban dos meses para la boda… y había perdido a Chloe. La había perdido, aunque nunca la había tenido en realidad, pero la lógica no ayudaba a que la herida abierta que tenía en el pecho fuera más pequeña o menos dolorosa.

Dobló sin ver nada al llegar a la salida hacia Darien, y las ruedas chirriaron al girar a la izquierda por la carretera secundaria que lo llevaría al Canal y a la residencia de los Clifford.

Lo peor de esa noche era que le había hecho daño a Chloe.

¿No se había desnudado ella casi por completo y le había suplicado que la llevara a la cama? Sí, y rememoraría cada segundo de ese jueguecito de destape hasta que fuera viejo y canoso. Que Chloe lo hubiera iniciado daba igual. Era él quien tenía la información privilegiada. Era él quien ocultaba el pasado de su padre, con la esperanza de que hiciera descarrilar la boda. Y, aunque eso ocurriera, seguiría tan preocupado por poder mantener a Chloe que no se daría el puto privilegio de acostarse con ella hasta haber

firmado el nuevo contrato con los Bearcats de Boston. Hasta tener dinero y seguridad que ofrecerle.

Chloe no sabía nada de eso.

Lo único que sabía era que la había rechazado.

Esa verdad le pesaba en el estómago como si se hubiera tragado una losa. Apenas recordaba las tres horas de trayecto, porque seguía repitiendo en su cabeza no solo lo que había pasado esa noche, sino también los seis meses transcurridos desde que Chloe se mudó a Boston. Bien sabía Dios que su relación nunca había sido fácil. ¿Cómo iba a serlo? Había suficiente tensión sexual entre ellos como para llenar todos los estadios de *hockey* de Norteamérica. Sin embargo, al principio, cuando alquilaron el piso y mientras le enseñaba Boston, mantuvo sus sucias manos quietecitas. Casi siempre. Como mínimo, se marchaba de su casa sin verla desnudarse.

No le hablaba como lo había hecho esa noche.

«Presiónala donde los dos deseamos que esté mi polla, Chloe».

Frenó con un chirrido de ruedas para detenerse en un semáforo en rojo y bajó la ventanilla, dejando que entrara el aire frío para no llegar sudando. Quizá no debería haber hecho ese viaje impulsivo para ver a Harvey. ¡Joder, ni siquiera lo había avisado! Pero seguía oyendo a Chloe decir que ya no podía seguir así. Seguía oyendo su sugerencia de que salieran con otras personas. Así que no, no podía aplazar la visita. Se le estaba acabando el tiempo.

Sin embargo, había un desastre que podía evitar en ese momento.

Con el semáforo todavía en rojo, cogió el móvil, busco el contacto que necesitaba y pulsó sobre él. David, su representante, contestó al cuarto tono, con voz aturdida y desorientada por el sueño.

—No, Sig. Los Bearcats todavía no me han hecho ninguna oferta.

Se le encogió el estómago, pero pasó de él.

—No te llamo por eso. Necesito que hagas una cosa por mí, y es urgente.

—¿A la una y media de la madrugada? No me digas. —Un suspiro de sufrimiento—. ¿Qué pasa?

—Necesito que quites mi nombre de la lista de los solteros más codiciados de Boston. A la de ya.

—¿Por qué? Ese tipo de cosas solo sirven para aumentar tu valor.

—En primer lugar, es evidente que no has pasado mucho tiempo en un vestuario con deportistas. Ese tipo de cosas te crucifican. Y, en segundo lugar… —dejó la frase en el aire, porque no podía decirle a David la verdadera razón—. A ver, tendrás que confiar en mí. No puedo estar en esa lista.

Chloe lo odiaría, dijera lo que dijese. De hecho, tenía la corazonada de que la ridícula lista era la verdadera razón por la que esa noche había acabado como lo había hecho. Que lo anunciaran en bandeja como soltero disponible la pondría celosa. La enloquecería. Y no estaba dispuesto a hacerle ese tipo de cosas. Fin de la historia. En su opinión, no era libre para que lo codiciaran.

Llevaba seis meses con el corazón más fortificado que Fort Knox.

—¿Tienes novia o algo así? ¿Qué motivo les doy?

—No lo sé. —El semáforo por fin se puso en verde y pisó el acelerador, atravesando el cruce—. Diles que me opongo moralmente a que me cosifiquen.

—Qué desperdicio con esa planta que tienes.

Sig puso los ojos en blanco.

—Cállate, ¿quieres?

—Haré lo que pueda.

Unos minutos más tarde, Sig se detuvo delante de la mansión del Canal y apagó el motor. La losa que tenía en el estómago se hizo más pesada al contemplar a lo que Chloe había renunciado cuando se

mudó a Boston. Cuando lo dejó todo y se fue con él en un abrir y cerrar de ojos. Cuando confió en él con todo su corazón.

Se había jurado a sí mismo que no dejaría que se arrepintiera.

Esa noche, era la primera vez que se sentía a punto de fallarle.

Estaban enamorados, Chloe y él. Era un amor profundo, retorcido y duradero. No habían dicho las palabras en voz alta, pero sus actos hablaban por sí solos. Ella asistía a todos sus partidos en casa, sonreía de oreja a oreja cada vez que él entraba en la habitación, lo llamaba cuando tenía un mal día. Lloraba con la cara enterrada en su cuello. También lo llamaba para darle buenas noticias. Las celebraba descorchando champán por teléfono y suplicándole que fuera a bailar con ella. Chloe representaba todo lo alegre y sagrado que había en su vida.

Y deseaba casarse con ella más que la vida misma.

Sacó el móvil del portavasos y le envió un mensaje a su padre.

Estoy aquí fuera. Necesito hablar

Unos segundos después se encendió la luz en una ventana de la planta alta y luego vio la silueta de Harvey asomándose para mirar.

La impaciencia le roía las entrañas.

¡Joder! Había estado segurísimo de que la relación entre Harvey y Sofia acabaría antes incluso de que se celebrara la boda. Pero seguían juntos. Y felices, según Chloe. ¿Los abogados de Sofia no habían investigado a fondo el pasado de Harvey? De ser así, ¿no tendría que estar su padre ya de patitas en la calle?

Si los abogados de Sofia no habían encontrado nada, ¿Niko tampoco tendría suerte?

No lo sabía, pero había una vía que aún no había explorado, aunque era una posibilidad remota. Iba a probarla esa noche.

Estaba en juego su futuro con Chloe y empezaba a desesperarse.

En cuanto vio a Harvey salir en bata de la mansión, frotándose las manos por el frío, bajó de la camioneta y caminó hacia él. Se encontraron junto a la fuente, y Harvey lo miró como si se hubiera vuelto loco. A lo mejor era cierto.

—Es de madrugada. ¿Ha pasado algo? ¿Chloe está bien?

¡Por Dios! La simple idea de que le hubiera podido pasar algo a Chloe le encogió el estómago de repente, aplastando la losa con la que llevaba cargando toda la noche.

—Chloe está bien. Seguro que ahora está durmiendo con la tele puesta en el canal Home Shopping Network.

Harvey dejó de soplarse aire caliente en las manos.

—¿Cómo sabes cómo duerme?

—Lo sé porque ella me lo ha dicho —respondió con dureza—. No hagas insinuaciones sobre mi relación con ella. No sabes nada al respecto.

—Sé que estás demasiado unido a la mujer que un día será tu hermanastra. —Harvey hizo una pausa, con expresión recelosa. Analizándolo—. Llama para hablar con su madre y solo habla de ti.

Intentó mantener una expresión neutra, pero apenas fue capaz de tragar saliva después de oír eso.

Aunque ¿por qué estaba ocultando la verdad? ¿No había ido esa noche a suplicar por su vida? Suplicarle cualquier cosa a ese hombre le ponía los pelos como escarpias. Sin embargo, haría lo que fuera necesario para detener esa boda. No solo para poder estar con Chloe, sino para que Harvey no pudiera dejar a otra mujer sin un centavo bajo el pretexto de ser un marido cariñoso.

—Vale. —Se movió de derecha a izquierda, cruzando los brazos por delante del pecho, como si eso pudiera mitigar el impacto físico de lo que estaba a punto de decir—. Hay algo entre Chloe y yo. No voy a fingir que no lo hay.

Harvey cerró los ojos despacio.

—¡Por Dios bendito!

—Nos conocimos en el club de campo cuando la camioneta me dejó tirado aquella tarde. Pasaron muchas cosas antes de que… nos enteráramos de todo. Me sorprendió verla tocando el arpa cuando llegué. Ella tampoco esperaba que yo fuera tu hijo. Es una situación jodida, pero… —Tuvo que detenerse para luchar contra las bombas que estaban estallándole en el pecho. Detonadas porque estaba hablando abiertamente de sus sentimientos por Chloe. En voz alta. ¡Dios, era genial! Pero le daba miedo, teniendo en cuenta que al hombre que tenía delante tal vez no le importara en absoluto—. Pero no hay nada malo ni retorcido entre Chloe y yo, ¿vale?

—¿Ah, no? —le soltó su padre.

—No. —Sig negó con la cabeza—. Es lo más bonito que he sentido en mi vida. Es como si la hubiera amado desde que respiré por primera vez.

—Amor —dijo Harvey sin más—. ¿La amas?

—¡Vivo por ella! —Sintió que se le encogían tanto los pulmones que apenas si lograba entrarle el aire en ellos—. Nunca te he pedido nada, padre. Nunca volveré a pedirte nada. Pero ahora te lo pido. Te pido que no te cases con Sofia. Sé que no admitirás en voz alta que para ti solo es otra presa, pero si es así, te pido por favor que la dejes. Que elijas a otra.

Cuando admitió que vivía por Chloe, habría jurado que los ojos de su padre se habían suavizado. Sin embargo, en ese momento lo miraban con dureza. Brillaban por la irritación a la luz de la luna.

—Sigues creyendo de verdad que estoy con Sofia para estafarla y sacarle dinero. —Harvey dio un paso rígido en su dirección—. Si toda esa mierda de la que me crees capaz fuera cierta, ¿no crees que los carísimos abogados de Sofia lo habrían descubierto? Nada de lo

que hay en mi pasado ha hecho saltar las alarmas. El informe estaba totalmente limpio. Siento decepcionarte.

Esa era la confirmación. Los abogados de Sofia habían concluido su investigación.

El pasado de Harvey estaba limpio como los chorros del oro. ¿Sería producto de su imaginación la depravación de este hombre? No. No, él había vivido la pobreza que le había infligido a su madre. Lo había experimentado en sus propias carnes.

—Sig, estoy enamorado de Sofia tanto como tú pareces estarlo de Chloe.

«Imposible. No puedes sentir ni una fracción de lo que yo siento. De ser así, ni siquiera estarías de pie».

No lo dijo en voz alta. No podía. La esperanza se le escapaba de entre las manos.

—Te lo pido por última vez —le suplicó con voz ronca—. Por favor.

—¿Por favor…, cancela la boda y no te cases con la mujer que amas? —se burló Harvey—. No. No puedes pedirme eso. Y, ahora mismo, la relación de Chloe con Sofia es decente, pese a todo lo que ya has hecho para cargártela, llevándotela a Boston de buenas a primeras. —Bajó la voz todavía más—. A ver, estoy orgulloso de lo que has hecho en el mundo del *hockey*, pero tu contrato finaliza al final de la temporada, hijo. Eso no ofrece mucha seguridad. No como la que Sofia y este mundo pueden ofrecerle a Chloe. Sofia quiere a su hija. Pero te recuerdo que si esto saliera a la luz, sería un escándalo tremendo. Tienes que plantearte cómo van a afectar tus actos al futuro de Chloe. O a su relación con su madre y con Darien, en general.

—¡Me paso el día pensando en cómo puede afectarla cualquier cosa que pasa en el mundo! —exclamó entre dientes.

Harvey pareció sorprenderse por su vehemencia.

—Voy a casarme con Sofia, Sig. ¿Qué vas a hacer una vez que eso ocurra? ¿Casarte con tu hermanastra? ¡Por Dios, Sig! Déjate de gilipol…

—Ten cuidado —lo interrumpió en voz baja, haciendo que su padre cerrara la boca de golpe—. Es posible que esta noche tengas las de ganar, pero no te has ganado el derecho para hablarme así.

Después de un tensa mirada, Harvey claudicó con un suspiro.

—No quiero que esto se interponga entre nosotros. Tampoco quiero que se interponga entre Chloe y su madre.

Sig lo miró fijamente y se hizo la misma pregunta de siempre: ¿ese hombre era sincero o todo era una actuación? ¿Era un estafador sin más? Le fastidiaba no poder descubrirlo cuando, por norma, era un experto a la hora de juzgar el carácter de la gente. ¿Tenía la cabeza demasiado nublada por el pasado y eso le impedía ver a Harvey con claridad? ¿Harvey tenía algo en marcha o era todo fruto de su imaginación? Si su madre no se cerrara en banda cada vez que intentaba preguntarle por el pasado, por las circunstancias que rodearon su relación con Harvey, tal vez tendría respuestas.

—Te advierto que he contratado a un detective privado. Si tienes algo turbio escondido, voy a sacarlo a la luz. —Caminó hacia atrás, hacia la camioneta, sosteniendo la mirada de Harvey en todo momento—. No volverás a oírme decir «por favor».

Su padre se estremeció muy levemente, pero Sig se percató.

—No encontrarás… nada que puedas usar.

—Ya veremos. —Estaba a punto de subirse de nuevo a la camioneta, pero se detuvo mascullando un taco al recordar la otra razón por la que había conducido tres horas—. Oye, necesito que me traigas una blusa del vestidor de Chloe. De seda blanca y negra. De cuello alto con volantitos.

—*¿¡Qué!?* —exclamó Harvey.

—Tú tráela y ya.

Diez minutos más tarde, el motor de la camioneta volvió a rugir y Sig puso rumbo de nuevo a Boston con la blusa colgada sobre el asiento del acompañante y las palabras «no encontrarás nada que puedas usar» resonando con fuerza en sus oídos.

Se negaba a creer que eso fuera cierto.

Porque si lo era, ¿cómo lo afectaba a él?

Lo dejaba sin Chloe. Simple y llanamente.

Algo que no podía ni imaginar.

Capítulo diez

Chloe se asomó al interior del edificio para asegurarse de que no había moros en la costa antes de entrar a hurtadillas en el portal y abrir el buzón sin hacer ruido. Varios sobres y un catálogo de Free People le cayeron en las manos, y los metió a toda prisa en el bolso mientras se recordaba que tenía que enseñárselos a Sig más tarde. Solo para que viese que no había nada importante, como una factura. Él siempre se quejaba de los retrasos en el pago de las facturas, pero, en realidad, nunca pasaba nada cuando se retrasaban, que ella supiera.

Salvo el alquiler.

Porque cuando se retrasaba con eso, bien que se lo hacía saber su casero. De hecho, solo veía la versión enfadada de Raymond en esas ocasiones. El séptimo o el octavo día del mes, cuando todavía no le habían entregado el cheque del alquiler, parecía darse cuenta de cuando ella entraba en el edificio, porque salía de su piso como un muñeco de resorte embrujado, gritando palabras como «intereses de demora» y «periodo de gracia».

Contuvo la respiración y subió los primeros peldaños, pero hizo una mueca cuando un escalón crujió por lo bajo y, como un reloj, Raymond salió disparado por su puerta como un topo del juego ese que se les da con un mazo, pero con cara de desquiciado y con sandalias con calcetines.

—Señorita Clifford…

—Lo sé. Lo sé. Se lo doy mañana.

—Tenía que pagar la semana pasada.

Chloe jadeó.

—¿De verdad?

El sufrido suspiro del hombre sopló con más fuerza que el Viento del Norte.

—¿Por qué no me da el número del señor Gauthier? Ya lo arreglo yo con él.

Chloe negó con la cabeza.

—No, no podemos decírselo al señor Gauthier. El señor Gauthier no tiene por qué enterarse.

Sabía muy bien la mirada que Sig le echaría si se enteraba de que había pasado el plazo para pagar el alquiler. Ya la había visto antes. Tres veces para ser exactos, cosa que no parecía excesiva hasta que tenías en cuenta que solo llevaba seis meses viviendo en Boston. Ladearía la cabeza hacia la derecha mientras entrecerraba el ojo izquierdo, y luego preguntaría con un deje cariñoso y exasperado: «¿Qué voy a hacer contigo, Chlo?».

Sintió un gran peso en el pecho. No sabía nada de él desde el día anterior, cuando casi lo echó del piso, algo muy poco habitual. Normalmente, él le mandaba un mensaje de buenos días, un meme guarrete o se presentaba a desayunar sin más. Sin embargo, mantenía lo que había dicho. El romántico no romanticismo que complicaba su relación empezaba a ser demasiado doloroso. Pero esa verdad no le impedía echarlo de menos a lo bestia, como en ese momento. Y preocuparse por haber actuado de forma demasiado impulsiva y de haber estropeado su conexión.

«Por favor, que no la haya estropeado».

—Creo que el señor Gauthier tiene que saberlo —replicó su casero —. Él es el responsable.

—No vas a chivarte de mí, ¿verdad, Raymond? —Ni siquiera tuvo que fingir el temblor de su voz—. Es que he usado un poquitín del

alquiler para comprarme contornos de ojos…

El hombre levantó las manos.

—¿Contornos de ojos? ¿Más de uno?

—¡Sí! ¡Tienes que probarlos para saber cuál te viene bien! Pero espera a saber cómo voy a solucionarlo. —Bajó un escalón e intentó engatusar a su casero con una sonrisa cómplice, y le dio las gracias a Dios al ver que se ruborizada por lo menos un poco—. Voy a dar clases de arpa por internet. De hecho, he dado una esta misma mañana.

Claro que no lo había consultado con el conservatorio.

¿Había cometido un delito al colocar su portátil en la sala de ensayo antes de que alguien llegara y darle una rápida clase de una hora a Brandy, de Duluth? No.

Aunque… quizá sí.

—Voy a dar otra mañana, y luego tendré suficiente en mi cuenta para pagar el alquiler. —Agitó los callosos dedos en dirección a su casero—. Estoy trabajando en el tema…, lo prometo.

Raymond se removió. Y masculló algo.

«Casi lo tengo. Voy a conseguir un día más».

Lo último que quería era molestar a Sig por el retraso en el pago de su alquiler. Al fin y al cabo, ya estaba metiéndole dinero de sobra en la cuenta todos los meses para cubrirlo. Esperar que aflojase más pasta no estaría bien.

—Tiene hasta mañana. Después, llamaré al señor Gauthier.

—¡No hará falta, lo prometo! ¿Alguna vez he roto una promesa?

—Cuando se firma un contrato, se está prometiendo pagar el alquiler, así que técnicamente…

—¡Ay, Raymond! —Con una carcajada, extendió los brazos para hacerle cosquillas en la barbilla y observó el intenso rubor que le cubrió la coronilla calva—. Qué estricto eres con las reglas. Eso me

encanta de ti.

—¿De verdad?

—Sí. —Se llevó las dos manos al corazón—. Necesitamos más personas como tú en el mundo. Habría menos caos.

—Mientras tanto —masculló él, todavía colorado—, el caos procede de personas como usted.

Teniendo en cuenta que su tono había perdido una parte del deje mordaz, Chloe prefirió tomárselo con buen humor.

—A ver, alguien tiene que hacerlo, ¿no?

El casero sonrió a regañadientes.

—Supongo que sí, señorita Chloe.

Se había evitado una crisis.

—Ahora tengo que irme, Raymond —le dijo al casero mientras subía corriendo la escalera—. Tengo una cita con mi nueva tutora dentro de media hora y voy a llegar tarde.

—¡Estoy seguro de que saldrá del apuro con esa labia que tiene! —le gritó el hombre.

Chloe metió la llave en la cerradura del piso y abrió la puerta con la cadera tras lo cual dejó el bolso en la cocina y corrió al dormitorio. Seguramente debería haberse quedado en el centro y hacer tiempo entre el conservatorio y su primer encuentro con su tutora, pero quería volver a casa, asearse y cambiarse de ropa, de modo que pudiera dar la mejor impresión. Por desgracia, la gestión del tiempo se le daba tan bien como la gestión del dinero. En definitiva: era un desastre con patas.

—Todavía puedes llegar a tiempo. Cámbiate de ropa y sal pitando —murmuró, desnudándose ya de camino al dormitorio. La camisa que se había quitado por encima de la cabeza le impedía ver, pero, en cuanto se la bajó, se detuvo en seco.

Sobre la cama había una blusa.

Aunque no era una blusa cualquiera. Era su blusa de la suerte.

Se llevó, muy despacio, las manos a la boca, mientras el aire de la habitación se cargaba y empezaban a latirle las sienes más deprisa. Con más fuerza. Se le cerraron los músculos de la garganta, de modo que era incapaz de tragar saliva. Solo había una explicación posible para la presencia de la blusa en su dormitorio de Boston, pero aspiró hondo por la nariz para darle más peso a su teoría, dejando que el aroma a pimienta y clavo de Sig le inundara los pulmones al tiempo que una descarga eléctrica le subía por las puntas de los dedos.

Si le vendaban los ojos y la dejaban en una estancia con diez mil personas, sería capaz de encontrarlo sin problemas todas las veces que hiciera falta. Ese era el olor que dejaba para indicar que había estado allí.

Sig fue a Darien la noche anterior en busca de su blusa de la suerte.

Seis, tal vez siete, horas de trayecto en coche. Más si había tráfico. Y eso después de que le dijera que deberían empezar a salir con otras personas. Por no mencionar que acababa de competir en una cosilla de nada como era un partido de *hockey* profesional.

Le latía el corazón tan deprisa, con tanta ferocidad, que le preocupó que el ritmo fuera peligroso.

¿Por qué seguía dándole motivos para estar enamorada de él cuando dolía tanto?

Una blusa de la suerte era una superstición muy tonta, pero Sig se había dado cuenta de que era importante para ella. La tomaba en serio. Le prestaba atención. Siempre cumplía. Siempre, sin excepción. Era una presencia firme, como una roca en su vida, que nunca le fallaba. Jamás. Mientras tanto, ella no dejaba de pedirle consejos, comida y dinero extra para el alquiler.

Se acercó despacio a la blusa y la cogió, momento en el que descubrió el bolsillo delantero un poco abultado. Metió los dedos en

la seda y sacó una notita doblada.

Lo siento, chica de mis sueños.
A por ellos, campeona.

Un gemido de dolor brotó de sus labios, seguido del aliento que se le escapó, y se puso en marcha sin más, desabrochando la blusa blanca y negra, poniéndosela y abrochándosela de nuevo a toda velocidad. O se movía deprisa, o se quedaba paralizada para los restos, desangrándose por dentro por lo que él había hecho. El gesto, la nota, su olor, el hecho de que él hubiera entrado en su dormitorio mientras ella no estaba. El hecho de que la hubiera llamado «chica de mis sueños», un apodo que le puso la noche que se conocieron.

Si no empezaba a moverse, moverse y moverse, y salía del piso, se tumbaría para morir, porque el amor debía ser algo glorioso, pero, a veces, se preguntaba si querer a alguien y no poder reconocerlo ni hacer nada al respecto la asfixiaría hasta matarla.

Estuvo vestida en cuestión de minutos. Sacó las cartas del bolso para dejarlas en la mesa, se colgó el bolso del hombro y bajó la escalera con unos zapatos de tacón bajo mientras llamaba a un Uber. Cualquier otro día, cogería el transporte público, pero a esas alturas ya iba a llegar tarde, y cualquier retraso más haría que perdiese la reunión por completo.

Por suerte, consiguió esquivar la brutal hora punta de Boston y, en menos de diez minutos, estaba delante de un edificio residencial que hacía esquina en Beacon Hill. En el toldo se leía «The Tudor». Mmm, ¿cómo? ¿Estaba en el sitio correcto? Se esperaba un conservatorio o un local de ensayo propiedad de Berklee, pero eso no era ninguna de esas dos cosas.

Comprobó tres veces la dirección que aparecía en el mensaje de correo electrónico de su profesor del conservatorio y se bajó del Uber

después de darle las gracias en voz baja al chófer. Un portero le preguntó el nombre, comprobó que estaba en la lista de visitas, la acompañó al ascensor y pulsó el botón del ático… y, muy bien, incluso con su más que etéreo concepto del dinero, sabía que el ático de ese edificio tenía que ser carísimo. Además de ser la primera arpista de la Orquesta Sinfónica de Boston, ¿quién era su tutora?

Las puertas del ascensor se abrieron para revelarle a una diminuta mujer china que aparentaba tener cuarenta y pocos años, arrodillada delante de un piano de cola. Era delgada y elegante…, y estaba golpeando el reluciente suelo de madera con un zapato de tacón de aguja con tanta fuerza como para invocar a un demonio en el infierno.

—Llegas tarde, Chloe Clifford. —La señaló con el zapato—. Será mejor que tengas talento para compensar la tardanza.

Chloe casi se tragó la barbilla.

—Supongo que tendrá que juzgarlo usted misma.

—Que no te quepa duda. —La mujer se levantó y echó a andar hacia ella con un brazo extendido, pero se dio cuenta de que seguía con el zapato de tacón en la mano (un Louboutin, por cierto) y lo tiró para estrecharle la mano—. A partir de ahora, soy tu juez, tu jurado y tu verdugo.

—¡Madre mía…!

—«Madre mía», ya lo creo. Soy Grace Shen, y ahora eres mía. —Le puso fin al fortísimo apretón de manos, se dio media vuelta y pasó junto al piano de cola—. El arpa está por aquí.

Chloe la siguió a toda prisa.

—¿Qué problema tiene con el Louboutin?

—Era de mi novia. Me ha mandado un mensaje de WhatsApp desde Berlín justo antes de que llegaras. Ha decidido aceptar un puesto en la Filarmónica. —Grace la miró con una sonrisa

demasiado dulce por encima del hombro—. Y otro debajo de una violonchelista. ¡Una violonchelista! —repitió con un gemido—. ¿Cuatro cuerdas? Ni que fuera física cuántica, ¿no?

—Bueno…

—Pero ¿cuarenta y siete cuerdas y siete pedales? —Grace se paró de repente, se dio media vuelta y señaló una de las arpas más bonitas que Chloe había visto en la vida, más majestuosa si cabía al estar delante de una vista panorámica de Boston—. Eso ya es otra cosa, ¿a que sí?

—Sí —susurró Chloe, que dejó caer el bolso, con un hormigueo en los dedos—. ¡Ostras, es antigua! ¿La toca?

—Para eso está hecha. Para tocarla.

—Pero…

—Mírate los dedos. Te tiemblan de anticipación. Si estuviera en el Smithsonian, tampoco podrías pasar por su lado sin tocarla.

—Sí, pero esperaría a que me metieran en la cárcel. —Chloe recorrió la columna dorada del arpa más preciosa del mundo con la punta del índice, maravillándose por los motivos florales, que parecían pintados a mano—. Merecería la pena.

—Curioso. ¿Has estado en la cárcel?

—Todavía no.

A Grace se le escapó una carcajada, seguida de una larga pausa durante la que, sin volverse siquiera, ella sintió que su nueva tutora la observaba con detenimiento.

—Me gustaría oír a Händel. «Passacaglia», por favor.

Solo había otra cosa en el mundo capaz de acelerarle el corazón hasta un ritmo parecido al que se lo aceleraba Sig… y era el instrumento que tenía delante. La pieza barroca se extendió por la mente de Chloe como una alfombra roja que desenrollaran con una sacudida brusca, y sus dedos se movieron por voluntad propia, con

los codos hacia fuera, firmes. La seguridad le enderezó la espalda. Ese era su mundo.

A diferencia de lo que pasaba con su relación con Sig, sabía cómo navegar esas cuerdas, como si hubiera nacido acunada entre ellas. Cuando se sentía sola, ya fuera de niña o de adulta, aislada por la etiqueta de «prodigio», ahí era donde escapaba. A las notas. Siempre estaban ahí para ella, y también lo estuvieron en ese momento, de modo que sus elucubraciones mentales se calmaron mientras sus dedos tocaban con delicadeza los primeros acordes; con el viento hinchándole las velas de su pecho y el sonido atemporal y pleno de lo antiguo la envolvía con melancolía y euforia, todo a la vez.

Perdió la noción del tiempo, se perdió en la pieza romántica mientras intentaba comunicarle su amor al arpa, demostrarle su aprecio por ser tan hermosa. Por permitirle tocar sus cuerdas.

Cuando terminó, tardó unos segundos en abrir los ojos mientras su espalda perdía poco a poco la rigidez y los dedos seguían hormigueándole por la experiencia.

—Vale, te mereces mi tiempo, Clifford. Pero como vuelvas a llegar tarde, te daré una paliza con el tacón de mi exnovia.

—Me parece justo.

Grace suspiró.

Una voluta de humo pasó por encima del hombro de Chloe, así que se volvió y se topó con su nueva tutora vapeando.

—Ahórrate las críticas.

—No seré yo quien la critique. Me he gastado setecientos dólares en contornos de ojos en vez de pagar el alquiler de este mes.

Grace parecía horrorizada.

—¿Estás de alquiler?

—Bueno. —Chloe se medio giró en el banquito—. Vivo allí. El alquiler es de Sig.

—¿Qué es Sig?

Chloe soltó un sonoro suspiro.

—El ser humano más perfecto que hay sobre la faz de la Tierra.

—Claro. —Otra calada al vapeador. Antes de que Grace pudiera añadir algo, un perro empezó a ladrar en algún punto del enorme ático—. ¡Joder!

—Tiene perro —susurró Chloe, que se puso en pie—. ¿De qué raza?

—También es de mi ex. ¿Y te parezco una criadora? No tengo ni idea de qué raza es. Tiene pelo y yo tengo que sacarlo a pasear. A menudo, vamos. —Grace la obligó a sentarse de nuevo en el banco —. Ya podrás acariciar al chucho dentro de un rato, pero antes voy a leerte la cartilla. No sé si te habrás dado cuenta, pero lo de dar consejos inspiracionales en plan gurú no va conmigo. Le estoy haciendo un favor a un amigo al ofrecerte mi tutela. Creen que es un esfuerzo que merece la pena. Con tu talento y tu buena posición social en Connecticut, creen que tienes madera para entrar en la OSB. Pero, Clifford, si voy a dedicarte tiempo, necesito saber que quieres ser la mejor. Porque no aceptaré nada menos que eso.

Nadie le había hablado así en la vida. Su primer impulso fue disculparse con Grace por hacerle perder el tiempo y pedirle con muchísima educación que por favor le dejase acariciar el perro, pero algo se lo impidió. Tal vez fuera la necesidad de tocar de nuevo el instrumento dorado celestial. O tal vez…, tal vez fueran todos esos meses viendo a Sig jugar al *hockey*. Viéndolo sudar, sangrar y sacrificar el cuerpo por un disquito negro. Por sus compañeros de equipo. Por Boston.

¿Qué se sentiría al esforzarse con semejante grado de dedicación y tener éxito?

Llevaba toda la vida aprovechándose del talento que Dios le había

dado, pero veía claramente, lo sentía, que la dinámica mujer que tenía delante sería quien la llevaría al siguiente nivel. Si ella lo deseaba. Si se esforzaba lo suficiente.

—¿Qué significa ser la mejor? ¿Qué pinta tiene?

—Primera silla, guapa. Primera arpa. ¿Qué si no?

—Usted es la primera arpista de la Orquesta Sinfónica de Boston.

—Sí, pero soy inquieta. Soy nómada. No me quedaré aquí para siempre. Por ejemplo, Berlín me tira muy fuerte ahora mismo. No me gusta perder, sobre todo con una violonchelista. —Perdió la sonrisa, adoptando una expresión seria—. Clifford, si quieres tener una oportunidad para conseguir el puesto, tienes que ser irreprochable. Que se te quede grabado a fuego esto. Llega a tiempo, déjate los cuernos trabajando. No cagues donde comes. No des a los poderes fácticos un motivo para dudar de tu carácter. Swift lo dijo mejor: «Mantén limpio tu lado de la calle». Y cuando la situación lo requiera, dórales la píldora a los mecenas. La OSB se enorgullece de tener una imagen virtuosa. ¿Eres así?

—No sé si virtuosa. A ver, que me gusta salir…

—Claro. Como a todos. Solo tienes que ser discreta.

Eso parecía muy trabajoso. Podía dejar las cosas como estaban, ¿no? Terminar sus estudios en el conservatorio, buscar un puesto agradable en la orquesta que no fuera tan predominante. Sin presiones y sin la reputación de nadie sobre sus hombros, seguir aprovechándose de su situación como prodigio. Al fin y al cabo, cuando decidió ir a Boston no tenía como objetivo ser la primera arpista. Eso era apuntar demasiado alto. Era demasiado agotador para alguien que podía llevar una vida regalada, con independencia de su trabajo. ¿O era su madre la que hablaba?

¿Era esa la señal que necesitaba para saber hasta dónde podía llegar?

—¿Me puede dar un día para pensármelo?

—La verdad es que preferiría que te lo tomaras. —Grace se guardó el vapeador—. Eso demuestra que no vas a tomarte a la ligera lo que he dicho. Que trabajaríamos con ahínco.

Chloe empezó a sentir una creciente presión en el pecho, pero se las apañó para sonreír.

—¿Qué tal la pieza?

—Pasable. Pero te iría bien un poco más de técnica. Que me parece bien tu raro estado onírico y excéntrico, pero te has saltado tres notas. No podrás hacer eso con una orquesta detrás. Vamos a necesitar un nivel de concentración más alto.

¡Guau! ¿Tres notas?

«Respira. Respira».

No necesitaba hacer eso. Sus profesores en Berklee casi nunca le señalaban los errores.

—No te gusta oír que has cometido fallos.

—Es que no estoy acostumbrada, nada más.

—¿Puedes acostumbrarte?

—Si no puedo, ¿qué dice eso de mí? —replicó, y su tutora se encogió de hombros, se acercó a la ventana y miró la panorámica de Boston con los brazos cruzados por delante del pecho—. ¿Ha visto *Whiplash*? —le preguntó Chloe.

Grace la miró de reojo con expresión exasperada.

—No irás a decirme que doy tanto miedo como Terence Fletcher, ¿verdad? Porque no lo doy. —La miró pestañeando de forma exagerada—. ¿O sí?

Chloe tragó saliva con fuerza.

—Esto…

El perro ladró… y siguió ladrando.

—Por casualidad, no serás cuidadora de perros en tu tiempo libre,

¿verdad? —preguntó Grace—. Puedo pagarte en contornos de ojos o en efectivo, como prefieras.

Cuidadora de perros. ¿Ella?

En su mente, veía a Sig meneando la cabeza. «No, Chlo. Ni de coña».

¿Era lo bastante responsable como para cuidar de un animal?

«¡Por Dios, no!».

Sin embargo, quizá cuidar de una criatura viva fuese un curso intensivo sobre cómo ser una adulta responsable. Quizá si mantenía feliz al perro, lo paseaba y le daba de comer, se sentiría más capaz de ser la discípula de esa mujer dinámica y motivada. Quizá así podría imaginarse como primera arpista de una de las orquestas más ilustres del país.

Porque, en ese preciso momento, era incapaz de hacerlo.

—Claro. Me llevo al perro. —Chloe se obligó a sonreír—. No puede ser tan difícil cuidar de un perro.

Famosas últimas palabras.

Capítulo once

Sig cortó un trozo de cinta adhesiva con los dientes y lo pegó sobre las solapas de la caja de cartón que contenía una sudadera firmada. Su mesa del comedor estaba llena de discos firmados, banderines de los Bearcats y un palo de *hockey* roto, famoso porque «Sir Salvaje» lo partió en dos sobre una pierna después de perder con los Rangers. Cuando lo vendiera, ese palo le daría un buen pellizco. Tan bueno que a lo mejor tendría que animar al capitán a romper unos cuantos más antes de que se retirase oficialmente.

Menos mal que tenía esa chorrada para mantenerse ocupado, porque no había hablado con Chloe en todo el día y lo acompañaba una sensación constante de que algo se estaba deshaciendo. Como si se hubiera levantado tarde y se hubiera perdido el entrenamiento, pero peor. Mucho peor. ¿A ella… le gustaba el espacio que le estaba dando?

Perturbado por la posibilidad, cogió el teléfono y llamó por segunda vez al detective privado. En su primer intento, había dejado un mensaje de voz, pero habían pasado horas, y se moría por recibir noticias. Demasiado como para esperar horas a que le devolvieran la llamada.

Por suerte, el hombre contestó al segundo tono.

—Señor Gauthier.

—Ya te dije que puedes llamarme Sig.

—Entendido. Sig. —Se oyeron unos dedos golpeando un teclado de fondo—. Estaba a punto de llamarte. Puede que no tengamos la

clase de progreso que querías, pero sí tenemos algunas respuestas. Dame un segundo para recopilar las notas.

Sig intentó tragar saliva para aliviar la repentina sequedad.

—Claro.

Suspiró en silencio mirando el techo. Experimentó, y no por primera vez, un sentimiento de culpa por mandar a alguien a investigar a su propio padre. Y por asociación, a su madre, porque la investigación de Niko sin duda también haría aflorar cosas sobre ella. Recordarse que Harvey había estado ausente durante los primeros dieciocho años de su vida y que su madre le estaba ocultando importantes detalles de su pasado no lograron mitigar ni un poquito esa incomodidad tan indeseada.

Que Sofia fuera una madre controladora y Harvey fuera un trepa social no los convertía en malas personas, ¿verdad? Si descubría la forma de impedir la boda, ¿sería capaz de hacerlo sin más? Harvey y Sofia parecían felices de verdad el uno con el otro. Chloe no dejaba de comentarlo. «Mi madre está en el séptimo cielo». Sin embargo, si encontraba algo que demostrase que Harvey era un timador en serie, el honor exigiría que le llevase las pruebas a Sofia. No solo para protegerla (y por extensión a Chloe) de daños económicos…, sino para impedir que se celebrase la boda.

Su objetivo desde el principio había sido frenar la relación que lo mantenía alejado de Chloe. ¿Eso era egoísta?

No si de verdad creía que su padre suponía una amenaza…, y lo creía. ¿Verdad?

Recordaba perfectamente a su madre entrando por la puerta principal casi sin poder andar después de trabajar en el turno de noche en una gasolinera. Rosie maldecía el nombre de Harvey a diario. Lo culpaba por haberlos dejado con una mano delante y otra detrás. No se estaba imaginando aquellos horribles días. Los había

vivido.

—Muy bien. Allá vamos. —Se preparó mientras Niko tomaba aire y se oía el crujido de su sillón de fondo—. He podido localizar a Ulla Franklin, la segunda esposa de tu padre. Me llevó algún tiempo convencer a su hija de que no soy el hombre del saco, pero finalmente puso a Ulla al teléfono. Por suerte o por desgracia, según se mire, solo tenía cosas buenas que decir de tu padre. ¡Ah! Dijo que era incapaz de dejar de tontear con otras mujeres y que le gustaban las cosas buenas, pero… también dijo que no puso pegas para firmar un acuerdo prematrimonial. Aportó su propio dinero y se fue con él.

—Aportó el dinero de mi madre al matrimonio —lo corrigió Sig.

—Te entiendo. De todos modos, según Ulla, nunca intentó quedarse con el suyo. Se separaron de forma amistosa, aunque perdieron el contacto hace años.

Sentía una mezcla de sorpresa y decepción. Y, quizá, algo más. Cierto alivio. Alivio por la posible prueba de que su padre no fuera, en el fondo, el malo. Alivio que no necesariamente quería experimentar.

—¿Hay alguna manera de hablar con la familia de mi madre…?

—Solo si quieres pasar por seis abogados antes. Mi mensaje de correo electrónico de presentación fue recibido con la amenaza de una demanda. No quieren saber nada de una investigación sobre tu padre.

—¿No te parece un poco extremo?

—Me parece muy extremo —respondió Niko mientras tecleaba de nuevo—. Mira, voy a seguir el rastro de tu padre hacia la siguiente mujer, pero mis primeros pasos en esa dirección no son prometedores. No parece que haya tenido una gran ganancia económica desde que se separó de tu madre. Se relaciona con hombres que tienen yates, pero nunca es el dueño del yate, no sé si

me entiendes.

—Sí. —Sig se frotó los ojos—. Sigue investigando, por favor.

—Estoy en ello.

Una hora después, un Sig distraído volvía a empaquetar recuerdos vendidos, pesando cada paquete e imprimiendo las etiquetas para enviarlos. Pegándolas en los paquetes. Trabajo mecánico que empezaba a tener poquísimo efecto a la hora de no pensar en la infructuosa llamada de Niko… y de impedirle que le mandase un mensaje de texto a Chloe. O, mejor todavía, que fuera a su piso. Había anochecido, lo que quería decir que ya estaría en casa. Seguramente estaría calentándose una sopa. Aplastando galletitas saladas para echárselas por encima. Tendría el canal de televenta Home Shopping en el salón. Se pintaría las uñas de los pies más tarde y les hablaría a los presentadores, como si pudieran escucharla.

¡Joder, era preciosa!

Se dio cuenta de que tenía la vista perdida y soltó la cinta adhesiva para pasarse una mano por la cara. Se alejó de la mesa y clavó la mirada en las llaves de su camioneta, que estaban colgadas junto a la puerta de entrada, justo por encima del macuto de su equipación. A lo mejor podía pasarse y dejarle unas Pop-Tarts de fresa. Se le habían acabado…, lo sabía.

También sabía que Chloe no podría encontrarlas en su barrio.

Técnicamente, no le quedaba más remedio que presentarse en la puerta de su casa. Si no, ¿qué iba a desayunar al día siguiente, eh? ¿Iba a dejar que la pobre se muriese de hambre?

Una vez tomada la decisión, se dirigió a la cocina y abrió el armario que contenía montones de cajas de Pop-Tarts. Por lo menos cien, quizá más. Solo de fresa. Las había comprado todas en el North End, en todas las tiendas y supermercados en un radio de diez manzanas alrededor del piso de Chloe. Ella nunca podría

comprarlas. Las tiendas siempre estaban sin existencias. Y todo porque, a veces, él necesitaba un motivo real para presentarse en su casa que no fuera: «Necesito verte para poder respirar»… y las Pop-Tarts eran su billete de entrada.

Acababa de cerrar una mano alrededor de una de las cajas cuando sonó el timbre de la puerta.

Le dio la espalda al armarito con expresión desconcertada y dejó caer el brazo. ¿Quién cojones era?

Tal vez fuera Mailer para dejarle unas sudaderas firmadas; se le había olvidado llevarlas al entrenamiento esa tarde y juró que se las llevaría lo antes posible.

Aunque era raro que el novato fuera a su casa, pulsó para abrir el portal y le quitó la cadena a su puerta antes de dejarla entreabierta. Después, volvió a la cocina y abrió dos cervezas, preparado para ofrecerle una a Mailer como agradecimiento…

Sin embargo, fue Chloe quien entró en su piso.

Chloe.

En su puto piso.

Llevando a un *bulldog* con una correa, pero, de alguna manera, ese fue el menor de los problemas.

La botella fría de San Adams se quedó suspendida a mitad de camino de su boca mientras la sangre le latía de repente con mucha fuerza en las sienes y las paredes de su piso se contraían como los ventrículos de un corazón. Y, hablando de corazones, el suyo se le cayó al estómago. ¡Pum!

Chloe nunca había estado allí. Por muchos motivos. Por un sinfín de motivos.

—Chlo. —Soltó las cervezas en la encimera, levantó un brazo y cerró con fuerza el armarito donde estaban las cajas de Pop-Tarts. Por suerte, gracias al ángulo en el que ella estaba en el pasillo, no

podía ver el contenido. Por Dios, ¿cómo iba a explicarlo? «Estoy colado por ti. Estoy tan colado por ti que doy pena»—. ¿Qué haces aquí?

Ella lo miró durante varios segundos antes de cambiarse la correa del perro a la otra mano para cerrar la puerta del piso.

—Estaba sentada en mi sofá y no dejaba de esperar que entrases por la puerta. Cuando me di cuenta de que no ibas a ir, pues supongo que… —Dejó la frase en el aire y se humedeció los labios. Echó un vistazo a su alrededor, reparando en el reducido salón y los muebles viejos, aunque fue incapaz de interpretar su reacción. ¿Sería capaz de ocultar su sorpresa con tanta facilidad?—. Empecé a preguntarme por qué se da por hecho que seas tú el que siempre vaya a verme. A ver, que hay la misma distancia de tu casa a la mía que de la mía a la tuya, ¿no?

Sig no contestó. No podía. Estaba demasiado ocupado queriendo taparle los ojos para que no viera nada más. Los cables que colgaban de su tele de pantalla plana. La vieja alfombra debajo de la mesa del sofá. La mesa del comedor llena de objetos firmados. ¡Por Dios!, sobre todo eso.

Estaba tan ocupado catalogando todo lo que no quería que Chloe viera que no la pilló mirando los dos botellines de cerveza. No hasta que ella dijo, en voz muy baja:

—¿Esperas a alguien? —Se quedó un poco más blanca—. ¿Debería irme?

¡Joder!

¿Creía que iba a aparecer una mujer?

—A ver, que no pasa nada. —Se echó el pelo hacia atrás, por encima del hombro, con un gesto nervioso, y Sig por fin se dio cuenta de que llevaba puesta su blusa de la suerte. La que él había ido a buscar a Darien—. Que ya hablamos del tema anoche. Eres

libre de salir…

—No, no hablamos del tema. Tú hablaste… y yo no accedí a nada.

—Creo que eso se dio por hecho.

—Y una mierda, Chloe. —Frustrado, se llevó una cerveza a los labios y se bebió la mitad de golpe antes de soltarla con fuerza. Para inspirar hondo—. Cuando has llamado al portero, creía que eras Mailer, que ha quedado en traerme unas cosas. Por eso he abierto la segunda cerveza. Como sigas hablando de salir con otras personas, voy a necesitar beberme las dos, más otras cinco.

—Eres tú quien está a punto de aparecer en la lista de los solteros más codiciados de Boston. —Lo miró con la sonrisa más falsa que le había dirigido hasta la fecha—. Vas a tener el calendario social lleno dentro de nada.

—¿Calendario social? Ahí está la chica de club de campo que adoro. —Vio que Chloe tenía las mejillas ruborizadas y que parpadeaba con mucha rapidez—. Di la verdad. Lo de la lista esa de los solteros más codiciados es el motivo por el que anoche me soltaste el sermoncito ese de llevar vidas románticas separadas, ¿no? —Salió despacio de la cocina, caminando con paso arrogante hacia Chloe, fijándose más en su expresión reservada para confirmar la teoría que empezaba a tomar forma—. ¿Te enteraste de que iba a salir en una ridícula lista y te entró el pánico?

Chloe soltó una carcajada aguda y se llevó una delicada mano a una mejilla.

—¿Se puede saber qué dices? ¡Estoy emocionada porque vas a salir en esa ridícula lista!

—Pero ¿estás mintiendo?

—¿Que si estoy…? —Puso en blanco esos preciosos ojos—. Pues claro que no estoy mintiendo.

—¿Estás segura? —Se detuvo delante de ella, percatándose del

pulso que le latía acelerado en la base de la garganta—. Porque si a ti te incluyeran en una lista de solteras más codiciadas, arrasaría esta puta ciudad, Chloe Clifford.

Chloe cerró los ojos, como si esas palabras fueran agua tibia que le estuviera bañando la cara. No besarla en ese momento le resultó doloroso. Incluso más doloroso que de costumbre, y eso era mucho decir.

—Sig, vas a ser mi hermanastro —susurró ella.

Sintió un nudo en la garganta al oírla y se le movió la mano por voluntad propia para colocarle unos mechones de pelo suelto detrás de la oreja, tras lo cual trazó la curva perfecta de su mentón con las yemas de los dedos.

—Dejé de estar disponible para otras en cuanto oí tu voz. Era tuyo incluso antes de darme media vuelta, y lo sabes.

—No puedes seguir diciendo…

—Chloe.

—¿Qué?

Ya la había presionado bastante. Era hora de distraerla antes de que ella intentase de nuevo crear distancia entre los dos.

—¿No crees que ha llegado el momento de que hablemos del perro?

Chloe tardó varios segundos en entender a qué se refería, porque tenía los ojos clavados en su boca.

—¡Ah! Pues… me sorprende que hayas tardado tanto en preguntarme por mi perrito. Es casi como si te hubieras acostumbrado a mis travesuras. —Al final, consiguió apartar la mirada de su boca y bajarla hasta el perro—. Se llama Pierre. Un nombre muy chic y parisino para un *bulldog* inglés con un aliento que podría matar a un caballo. —Se agachó para acariciarle la barbilla al *bulldog*, con una sonrisa de oreja a oreja—. Pierre me ha

babeado mis pantalones preferidos. Aunque no pasa nada. Puedo vivir con las babas. Pero cuando lo llevé a dar un paseo, no hacía más que cavar y cavar allí donde ponía esas patitas como salchichas. Y después saltó sobre mí. Menos mal que no me ensució la blusa. ¡Ah! ¡La blusa! —Se enderezó de un salto, soltó la correa y le rodeó el cuello con ambos brazos. Lo abrazó mientras él se moría y subía al cielo—. Sig, ¿de verdad hiciste todo el trayecto en coche hasta Darien por una blusa?

El bálsamo calmante que era Chloe se extendió por sus destrozados nervios.

—La querías, así que fui a por ella.

Chloe murmuró algo contra su cuello, y la vibración hizo que reparase en su cuerpo, que se ceñía a la perfección al suyo. Tetas, abdomen, muslos. ¡Joder! Si la amenaza de su futura relación no pendiera sobre sus cabezas, le metería las manos por debajo de las bragas y le agarraría el culo. La lanzaría hacia arriba para que pudiera rodearle las caderas con esos preciosos muslos. Se bajaría la cinturilla del pantalón de deporte y se la follaría con esos botines todavía puestos. La haría subir y bajar sobre su polla, la haría jugar con su clítoris hasta que el placer la dejara sin fuerzas. Después, la miraría a los ojos, la penetraría hasta el fondo y se correría, tan adentro de ella como fuera posible, mandándole el mensaje que llevaba grabado en los huesos desde la noche en la que se conocieron.

«Eres mía».

Chloe cambió de postura contra él, hizo ademán de alejarse…, pero titubeó mientras se mordía el labio y, ¡por Dios!, regresó para darle otro abrazo largo e íntimo, como si no pudiera contenerse y tuviera que tocarlo. Y esa prueba de que era tan adicta como él hizo que perdiera el control. De nuevo. A pesar de haber pasado las

últimas veinticuatro horas presa del pánico por la idea de haberla perdido después de haberla presionado demasiado, las palabras le salieron solas, porque esa mujer lo volvía totalmente loco.

—Podrías rodearme las caderas con las piernas un ratito si quieres —le susurró contra una sien al tiempo que le recorría la columna con una mano y la pegaba contra él, dejándole sentir lo que ella le hacía a su polla—. Solo voy a abrazarte así. No pasará nada más.

Chloe le acarició la parte inferior de la barbilla con la boca abierta y dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Eso es lo que me temo.

El deseo y la frustración le corroían las entrañas.

—Chloe…

El perro ladró.

Se había olvidado del perro.

A continuación, se oyeron los arañazos de las uñas en el suelo y unos cuantos resoplidos, y cuando quiso darse cuenta, el *bulldog* le estaba dando cabezazos en la espinilla. Bajó la mirada y se encontró con dos grandes ojos marrones que lo observaban fijamente. El perro tenía a la vista todos los dientes inferiores, con los dos colmillos más largos, y volvió a darle un cabezazo.

—¡Ay, Sig! —Chloe le apartó los brazos del cuello—. Creo que intenta defender mi honor. —Se arrodilló y le tomó la cara al *bulldog* entre las manos—. ¿A que sí, bonito? ¿A que sí, chiquitín? ¡Que sí! ¡Claro que sí!

Pierre lo miró parpadeando. Una vez, dos. Como diciendo: «Se te ha acabado el tiempo, idiota. Hay otro macho en la ciudad».

—Vale, vamos a centrarnos. —Se pasó una mano por el pelo. ¿Estaba celoso de un perro? Sí. Sí, lo estaba—. ¿Se puede saber de dónde has sacado a Pierre, Chlo?

—Es de la exnovia de mi tutora. Se ha mudado a Berlín para tocar

con la Filarmónica. Y la ha dejado por una violonchelista.

—Pero ¿por qué lo tienes tú?

—Grace… Mi tutora, a la que adoro. ¡Ay, Sig, es que es alucinante! No hay nadie igual. Y tiene un arpa del siglo XVIII fabricada en Francia que hace que parezca que estoy tocando seda. Pero no quiere al perro. Creo que le resulta doloroso porque echa de menos a su ex, ¿sabes? Aunque no lo admitiría nunca. En fin, que me he ofrecido a cuidar de Pierre una temporada.

Había mucha tela que cortar en lo que acababa de decirle.

Siempre la había cuando Chloe daba una explicación sobre cualquier cosa.

Eso le encantaba de ella. Las vueltas que daba hasta explicar lo que quería decir, dejando caer pequeñas pistas sobre su día, sobre cómo se sentía con respecto a las cosas; saltando de un tema a otro y olvidando dónde había empezado. Le encantaban sus bolas curvas, como que apareciera con un *bulldog* de repente. La clásica bola curva de Chloe. Le encantaba lanzarlas.

A veces, se pasaba de parada en el tren y se perdía en Boston; no era coña, incluso una vez lo llamó desde el Aeropuerto Internacional de Logan sin saber cómo había llegado hasta allí. O salía a bailar un sábado por la noche y perdía la noción del tiempo, olvidándose de mandarle un mensaje de texto con su ubicación, de modo que le provocaba los primeros síntomas de un ictus. Otra vez el detector de incendios se quedó sin pila, lo que provocó un pitido intenso que la hizo pensar que el edificio estaba ardiendo. Aquella llamada aterrada estuvo a punto de dejarlo canoso y lo obligó a añadir el teléfono de su casero a la marcación rápida.

¿Qué le lanzaría a continuación? No lo sabía. Solo sabía que atraparía sus bolas curvas tan a menudo como ella quisiera lanzarlas.

—En primer lugar, genial. Me encanta que te guste tu tutora. En segundo lugar…, ¿el arpa esa era algo que querías? —Ya estaba haciendo cálculos mentales. ¿Cuánto podría costar?—. ¿Quieres el arpa, Chloe?

Ella jadeó.

—No está a la venta, Sig.

Ya lo verían en cuanto le ofrecieran un nuevo contrato. La oferta iba a llegar. Seguro que iba a llegar. Aunque esa mañana el vestuario había sido un hervidero de continuos rumores por el supuesto cambio en la dirección. Estaba todo demasiado en el aire, era todo muy incierto, y no le gustaba ni un pelo. Quería estabilidad. Un plan.

—Si tú lo dices…

—Pues sí.

—Ajá.

—Sig… —Chloe parecía estar dándole vueltas a algo—. ¿Crees que soy lo bastante responsable como para cuidar del perro?

—Ya es un poco tarde para preguntártelo, ¿no crees? —bromeó al tiempo que tiraba de ella y le daba un toquecito en la barbilla. Sin embargo, al ver que estaba preocupada de verdad, adoptó también una expresión seria—. ¿Quieres que me ocupe yo del perro?

—¿Qué? ¡No! Voy a quedármelo. Supongo que… si demuestro ser una buena cuidadora de perros, a lo mejor puedo asumir más responsabilidades en otras facetas de la vida. No sé si me explico.

En la cabeza de Chloe estaba teniendo lugar algo importante y complicado, pero él sabía por experiencia que necesitaba explicarse a su ritmo. No podía meterle prisa.

—Vamos a ir pasito a pasito. ¿Ha comido Pierre?

—Sí. Se ha comido un bol de tofu teriyaki del sitio ese que hay más abajo. Se lo ha tragado del tirón.

—Vale, por esta noche no pasa nada —replicó él, conteniendo una

sonrisa—. Pero mañana mejor le compras pienso.

—Pienso. —Asintió con un gesto vigoroso de la cabeza—. Voy a tener que apuntarlo.

—Ya sabes buscar sitios con el móvil. —Le pasó la mano por la parte posterior de la cabeza y procedió a trazarle círculos en la espalda—. Busca la tienda de animales más cercana. Cuando llegues, dile a uno de los trabajadores qué clase de perro es y te recomendará una marca.

La mente de Chloe estaba trabajando.

—También le compraré una cama. La cama más grande y más hortera que tengan. Rosa y morada. Con «Princesa» escrito en cursiva en la parte posterior.

—Fíjate. Llevas en la sangre lo de cuidar perros.

—Quizá. Sí. —Su confianza aumentó—. Parece que le caigo bien.

Resopló al oírla.

—Pues claro que sí.

Chloe le miró la clavícula durante unos largos y titubeantes segundos antes de suspirar y apoyar la mejilla en ese punto, mientras le acariciaba el tríceps con las yemas de los dedos de la mano derecha, arriba y abajo, arriba y abajo. Sig sintió que se le tensaban las pelotas con cada caricia, pero que ella lo tocara de esa forma tan natural, que se sintiera tan atraída, bien valía el dolor.

—Háblame de tu tutora —le pidió con brusquedad—. Grace, ¿no?

—Sí, Grace. —Se quedó callada un momento, como si estuviera recordando los acontecimientos del día—. Es muy estricta, muy brusca, pero… Tengo la sensación de que no aceptaría volver a verme si no viera en mí potencial para ser algo más. De hecho, sé que no lo haría.

Lo dijo como si estuviera hablando en sueños. El sonido de su voz lo reconfortaba y lo excitaba tanto que ya casi no le preocupaba que

le echase un vistazo a su casa, a sus cosas, y se diera cuenta de que no tenía dinero suficiente para mantenerla, para hacerla feliz. No indefinidamente. No sin un nuevo contrato.

—He estado aprovechándome de mi talento innato. Ella no me lo va a permitir. Quiere presionarme y, sí, eso me da miedo. Hasta ahora, nadie me ha presionado de verdad, solo me han hecho cumplidos. Se han maravillado del prodigio. Pero hoy, nada más verla, he sentido que estaba delante de alguien… mejor. No sé si estoy hecha de la pasta necesaria para que me desafíen. Para que me desafíen de verdad. Para que me desafíen en plan *Whiplash*, menos la parte del maltrato.

—Gracias por añadir eso último.

—De nada. —La oyó tragar saliva—. Cree que puedo llegar… lejos, Sig. Si soy capaz de trabajármelo. Si aguanto su tutelaje. Si toco el arpa sin esperar que me diga todo el tiempo que soy maravillosa.

Sig le levantó la barbilla para poder mirarla a la cara.

—¿Hasta dónde cree que puedes llegar, Chlo?

—A primera arpista —contestó ella en voz baja—. De la Orquesta Sinfónica de Boston. Si aprendo lo suficiente. Si me esfuerzo. Mucho, muchísimo.

El orgullo lo abrumó.

—¡Hostia puta!

—No me veo capaz —susurró ella, que lo miraba fijamente en busca de una reacción.

Vio el brillo esperanzado en esos ojos azules, el entusiasmo reticente. Así que no dudó cuando dijo:

—Claro que lo eres.

Chloe agachó la mirada y luego la desvió hacia un lado.

—Es que no estoy segura… —Dejó la frase en el aire con el ceño fruncido—. ¿Qué es todo esto? —Enderezó la espalda un poquito

más—. ¿Son sudaderas firmadas?

La temperatura de su sangre empezó a bajar cuando ella volvió a mirarlo.

—¿Adónde las vas a mandar?

Capítulo doce

Chloe sintió un gorgoteo extraño en el estómago.

Desde que entró en el piso de Sig, había algo que no encajaba. No se parecía en nada a lo que esperaba. Era mucho más pequeño que el lujoso hogar al que lo había imaginado regresando todas las noches. Al igual que la camioneta, los muebles parecían bien cuidados, pero antiguos. Había rastros de él por todas partes, desde el montón de autobiografías de deportistas profesionales hasta la aspiradora de mano que se estaba cargando en la encimera.

Pese a la agilidad y velocidad que demostraba sobre el hielo, Sig tenía alma de viejo. Le gustaba conocer los hechos, ansiaba el orden. Hasta sus palos de *hockey* estaban apoyados contra la pared, conformando un ángulo perfecto de noventa grados.

¿Qué canal tenía en la tele? El Home Shopping Network.

Eso le resultaba muy curioso, y quería preguntarle por qué estaba viendo a Laurie Woodruff vender relojes de estilo victoriano, cuando siempre se reía y ponía los ojos en blanco porque ella se pasaba las veinticuatro horas del día viendo la teletienda. Sin embargo, en ese momento se dio cuenta de lo que tenía en la mesa de la cocina, y la imagen hizo que olvidara todo lo demás. El pavor le recorrió la nuca como un dedo invisible mientras analizaba lo que veía.

Un portátil abierto con una hoja de cálculo en la pantalla.

Cajas, cinta adhesiva, tijeras. Una báscula.

Por lo menos ocho cajas embaladas, listas para enviar en un rincón.

Discos firmados, sudaderas, carteles enrollados, cascos. Un palo

roto.

—¿Adónde vas a enviar todo eso? —le preguntó de nuevo, mirándolo, con los nervios a flor de piel porque no entendía nada—. Parece que lo estás vendiendo.

La cara de Sig era una máscara pétrea.

—Eso parece, ¿verdad?

Pasaron varios segundos en silencio.

—¿Lo estás vendiendo?

Sig apuró despacio la cerveza.

—Siento que quiero mentirte, Chloe, y no me gusta mentir. Así que voy a pedirte que dejes el tema.

—La única razón por la que la gente vende cosas es para ganar dinero. Pero tú… —Lo miró fijamente. El mentón tenso. La repentina palidez—. Tienes dinero, ¿verdad? Pagas mi alquiler, me llevas comida. —Empezaba a sentir un agujero en el estómago—. Te quejas del vicio que tengo por comprar en Sephora, pero me lo permites y hasta me envías enlaces cuando hay ofertas. A ver que… eres jugador profesional de *hockey*. No lo entiendo.

Sig apretó los dientes.

—No vas a dejar el tema, ¿verdad?

—No.

Parecía tan agotado que empezaba a asustarla.

—Ven aquí. —La cogió de la muñeca y la llevó hasta el salón, donde la sentó en el sofá. Sus piernas entumecidas cedieron justo a tiempo para que cayese de culo en los cojines. Sig se sentó delante de ella, en el borde de la mesita, con las manos juntas entre las rodillas. Inclinó la cabeza—. Chloe, esto es difícil para mí.

Eso la despertó de golpe. Sí, a veces Sig sufría altibajos profesionales, alguna que otra crisis de confianza derivada de su condición de deportista, pero no era un hombre inseguro. Era

decidido. Siempre tenía una respuesta para las crisis. En ese momento, carecía de su fuerza habitual, y eso significaba que la necesitaba. Antes se congelaría el infierno que defraudarlo después de todo lo que había hecho por ella.

—¿Necesitas ayuda para enterrar un cadáver? Porque seguramente podamos pedirle prestada una pala a mi casero. Lo malo es que es un soplón, pero encontraremos la forma de mantenerlo callado. Ten claro que puedes contar conmigo, ¿vale? Sea lo que sea, cuenta conmigo.

Sig soltó un resoplido incrédulo, pero el afecto de sus ojos la dejó sin respiración un momento.

—Enhorabuena, Chlo. Ya eres oficialmente una bostoniana.

El comentario le arrancó una sonrisa.

—Explícame lo que te está pasando y verás que lo digo en serio.

—Sí, vale. —Se pasó una mano por la cara, como si se estuviera borrando la sonrisa. Hizo una pausa—. El equipo me eligió en la tercera ronda de selección. Me lesioné la rodilla en mi último año en la AHL y…, de repente, fue como si no importara nada de lo que había hecho antes, ¿sabes? Los campeonatos ganados, los premios…, como si no existieran. Solo era un lastre. En aquel momento, tuve suerte de que me reclutara alguien, ¡joder! Aunque el contrato que me ofrecieron los Bearcats fue modesto… —no la miró—, era más dinero del que había tenido en la vida. Suficiente como para comprarle una casa a mi madre, y se lo merecía después de todos los sacrificios que hizo por mí. También compré este piso y he vivido cómodamente en él. Ahora que se acerca la fecha de vencimiento del contrato…

—Has vivido cómodamente… hasta que aparecí yo —dijo Chloe, con un estremecimiento que le llegó hasta los dedos de los pies—. Yo soy la razón por la que estás vendiendo todos esos objetos firmados.

—Llevaba toda la vida metida en una burbuja. Una realidad que nunca había sido tan evidente como en ese instante…, cuando la burbuja estalló.

—No necesito dinero, Chloe, es que… —Lo vio tragar saliva—. El pasado me ha enseñado a ahorrar para los días malos. El equipo todavía no me ha ofrecido un nuevo contrato, y no soporto la idea de que te falte algo, ¡joder! ¡No la soporto! Te dije que siempre podrías contar con mi apoyo, y eso es lo que voy a hacer.

Ella meneó la cabeza con vehemencia.

—No. Mi piso es más bonito que el tuyo.

—Yo no necesito cosas bonitas. Necesito que las tengas tú.

—Sig… —Le latían con fuerza las sienes—. ¡Ay, por Dios! No…, no tienes tiempo para sacar dinero extra. ¿Hace mucho que te dedicas a esto? ¿A vender discos firmados para mantener a tres personas, mientras yo me gasto el dinero del alquiler en contorno de ojos? —Se llevó las manos al estómago—. Voy a vomitar.

El pecho de Sig empezaba a agitarse.

—Es un privilegio hacer esto por ti, Chloe. No me lo quites.

—En realidad, no soy independiente en absoluto, ¿verdad? He estado ciega al creer que lo era. Esto… —Señaló la mesa de la cocina con una mano—. Esto es lo que hay que hacer para conseguir el dinero que me das, y yo no he movido un dedo para contribuir. —Se levantó y sintió las piernas como si fueran gelatina.

Sig no tardó en hacer lo mismo y la sujetó por los codos.

—Con el tiempo lo harás. Ahora mismo, estás concentrada en practicar. Ese era el trato. Y no desprecies todo el progreso que has hecho para aprender a valerte por ti misma. Ni se te ocurra.

Chloe reaccionó con un seco movimiento de cabeza, pero no fue capaz de aceptar sus palabras. No cuando su realidad estaba cambiando. No cuando empezaba a ver cada momento de los

últimos meses a través de una nueva lente.

—Y luego voy y tengo el cuajo de decirle a Grace que voy a pensarme si la acepto como tutora, con las miras puestas a ocupar su lugar en la Filarmónica. El sueldo sería… alto, seguramente. Tanto como para poder mantenerme y quitarte presión de encima. Y voy yo y le digo que tengo que pensármelo. ¡Dios mío, soy una inconsciente!

—No seas tan dura contigo misma. Nunca has tenido que pensar en el dinero.

—Bueno, pues ahora estoy pensando en él. No voy a permitir que sigas haciendo esto.

—¿Que no vas a permitírmelo? —Tiró de ella con brusquedad para acercarla a él, y sus labios quedaron tan cerca que captó el olor a cerveza de su aliento—. Chloe, vendería mi puta alma por ti y firmaría con una sonrisa en los labios en la línea de puntos.

—Pero no tienes por qué hacerlo —susurró ella, enterrándole los dedos en el pelo y pasándole las uñas por el cuero cabelludo—. Puedes conservar tu alma y tenerme a mí también. —La determinación se extendió por su interior, calentándole la sangre, reafirmándole los huesos. Nunca había sentido nada parecido y, ¡ostras!, era estupendo. Se sentía de maravilla. Genial—. Voy a dejarme los cuernos y me convertiré en la primera arpista. Me ganaré el puesto. Lo haré.

Un orgullo inconfundible apareció en la cara de Sig.

—Puedes hacer cualquier cosa. Sobre todo eso. —Le acarició un pómulo con el pulgar—. Pero vas a hacerlo por ti. No por mí. No porque yo tenga que vender algunas porquerías para que podamos vivir con comodidad hasta mi nuevo contrato. Hazlo porque deseas hacerlo.

Consciente de que él tenía razón, de que conseguir un puesto en la

Orquesta Sinfónica de Boston debía ser por ella y por nadie más, se tomó un momento para pensar, para analizar sus intenciones y descubrió que sí, que convertirse en una arpista mejor satisfaría el antiguo resquemor de que se había dejado llevar por su talento natural y, lo que era peor, de haber desperdiciado un don que le proporcionaba tanta alegría. Había llegado el momento de actuar con seguridad. De descubrir hasta dónde podían llevarla sus capacidades.

—Lo haré por mí —dijo, mirándolo a los ojos.

—Bien.

—Y tú conseguirás que te renueven el contrato. Y será increíble. Si no lo hacen, la directiva de los Bearcats no tiene ni idea de lo afortunados que son. *¿En la tercera ronda?* —La ira le subió desde el estómago hasta la garganta con tanto ímpetu que lo agarró por el cuello de la camiseta—. ¿Cómo se atreven a tardar tanto en compensar ese descuido? Ahora mismo tiraba la puerta de director general de una patada y le metía el pie por el culo. Tres veces. Una por cada ronda que pasaron por alto tu talento. ¡Eres el mejor jugador de la liga, así de claro! Dime otro jugador que…

—Lo has dicho en serio, ¿verdad? —La expresión era una extraña mezcla de dulzura y adoración—. Puedo contar contigo. Para cualquier cosa.

Lo miró con el ceño fruncido.

—Ya te lo he dicho. Voy a por la pala.

Sig la miró fijamente.

—No sé lo que crees que he hecho por ti al traerte a Boston, pero quiero que sepas que tú has hecho lo mismo por mí. Nunca he sido el mejor, siempre he sido el chico de los pases. Tengo la velocidad necesaria para crear huecos en la defensa del adversario, pero creo que soy el mejor cuando tú lo dices. Lo creo cuando te miro.

—Bien. —Le echó los brazos al cuello y soltó una carcajada llorosa en su hombro—. Porque es verdad.

Sig la levantó hasta dejarla de puntillas y la estrechó contra su cuerpo.

—Pensaba que si lo descubrías, las cosas cambiarían.

—No.

—Así que esa gilipollez de salir con otras personas…

Ella se apartó, se secó las lágrimas y esbozó una sonrisa dulce como la miel.

—No, eso sigue en pie. Lo dije en serio.

Sig la miró con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—*¿¡Qué!?*

En todo caso, estaba más decidida que nunca a imponer límites claros en su vida. ¡Solo había que ver lo que había pasado entre bastidores sin que ella lo supiera! A partir de ese momento, tendría los ojos bien abiertos. Alcanzaría sus objetivos, tanto profesionales como personales, y por mucho que le doliera, no podía seguir retozando en ese limbo romántico con Sig. Solo les causaba dolor y confusión…, y acabaría con el corazón destrozado al cabo de dos meses. Ese era el día de dar grandes pasos. De tomar decisiones importantes y necesarias. Aunque en realidad deseaba que ese hombre al que quería más que a la vida misma, que al arpa y que a todos los colores del arcoíris la besara, la acariciara y siguiera diciéndole cosas maravillosas.

—Tengo que irme, Sig —se obligó a decir—. Tengo que comprarle pienso a Pierre antes de que cierren. —Se le estaban ocurriendo muchas cosas a la vez—. Y me muero por llamar a Grace y decirle que estoy lista para el desafío. Es una locura. Ahora que he tomado la decisión de llegar a lo más alto, estoy emocionada. Pero ni mucho menos tan nerviosa como pensaba que lo estaría.

—Genial. Pero Chloe. No vas a salir con nadie. Punto.

—Tienes razón, seguramente no tendré mucho tiempo ahora que voy a practicar tanto. Pero nunca se sabe, Sig. Nunca se sabe.

Él soltó una carcajada carente de humor.

—Veo que quieres que muera algún pobre imbécil, ¿verdad?

Lo miró con el ceño fruncido.

—No te pongas violento delante de Pierre.

Sig miró con cara de sorpresa al perro, que en ese momento estaba echando una siestecita delante de la puerta, dejando claro que se había olvidado de su presencia.

—Ya que estamos, ¿a qué hora piensas pasear a Pierre por la mañana? Cuando amanezca, ¿verdad?

—Grace me ha dicho que tendré que sacarlo sobre las cinco y media de la mañana.

—¡Ah, vale! —Se pellizcó el puente de la nariz—. Pues claro.

Ella imitó su lenguaje corporal despreocupado.

—¿Qué significa eso?

—Significa que te veré a las cinco y media de la mañana —masculló—. ¿Crees que voy a dejar que te pasees sola cuando todavía está oscuro?

—¿Sig?

—Sí.

—Pareces irritado.

Se recompuso al instante.

—No estoy irritado contigo. Estoy irritada con todos los hombres de Boston por existir.

—Bueno —replicó ella en un intento por mostrarse indiferente, aunque por dentro fue como si le pulverizara el pecho—, si no hubiéramos acordado salir con otras personas…

—No lo hemos acordado.

—Si no hubiéramos tomado esa decisión madura y necesaria, seguramente no me sentiría tan bien al saber que todas las mujeres heterosexuales de Boston descubrirán tu nombre en la lista de los solteros más codiciados de la ciudad en cuanto abran el periódico.

—No me van a descubrir en ninguna lista. Ya he zanjado el tema.

Tuvo que apretar los labios para no sonreír al oírlo.

—¿En serio?

—Sí.

Fue como si un bálsamo se extendiera sobre una herida, así que lo miró con su sonrisa más complacida.

—Gracias.

Su suspiro fue largo y tierno, aunque renuente.

—No sé si te das cuenta de que tu actitud es incoherente, chica de mis sueños.

Ella cogió la correa de Pierre y retrocedió hacia la puerta.

—Tendré que esforzarme más.

—No te atrevas a cambiar nada de ti.

Se sonrieron de extremo a extremo del piso durante tanto rato que sintió el corazón pesado y ligero y agobiado y afortunado a la vez. Colmado de amor y confusión. A lo mejor su corazón tenía más de cuatro cavidades, porque ¿de qué otra forma podría caber todo eso?

—Buenas noches, Sig —murmuró, al tiempo que aferraba el pomo de la puerta para no correr hacia él. Para no saltar sin mirar. Para no suplicarle otra vez que cediera.

Y que le regalara por lo menos una noche.

—Buenas noches, Chloe —replicó él, que levantó una mano y se la llevó a la coronilla, donde se agarró el pelo con fuerza en un intento por no abalanzarse también a por ella. Por no ceder. Por no claudicar en busca de la satisfacción que ambos necesitaban con una urgencia abrasadora—. Hasta mañana.

Cuando salió de casa de Sig esa noche, estaba decidida a intentar pasar página.

Él tenía otros planes.

Capítulo trece

Sig se sentó enfrente de Burgess en la tienda de batidos.

—¿Me has llamado? —masculló.

Burgess soltó un gruñido al mirarlo. Se echó hacia atrás y arrojó una servilleta arrugada a la mesa.

—¿Por qué pareces una mierda derretida?

—Es que he madrugado —contestó él sin pestañear.

—¿Por qué?

—Por un tío que se llama Pierre.

—¿En serio? —El capitán de los Bearcats se rascó la barbuda barbilla—. ¿Cuándo vas a presentárselo al equipo?

—Cuando empiecen a permitir perros en los partidos, supongo.

—¡Aaah, vale! Pierre es un perro. ¿Te diviertes?

—Estoy en una tienda de batidos muy iluminada, llena de corredores, todavía no he dormido y no sirven café —contestó en plan borde—. ¿Tú qué crees?

Burgess no se molestó en responder.

—¿El perro tiene algo que ver con Chloe?

—Claro que sí. —La imagen de Chloe sonriendo debajo de las farolas y apoyándole la cara en el hombro hizo que se removiera en la silla en un intento por estabilizar el enorme peso que sentía en el pecho.

A las cinco de la mañana, ya la estaba esperando en la puerta de su edificio, por si ella decidía sorprenderlo de nuevo saliendo más temprano. Pero no, había sido puntual. Salió bostezando y envuelta en una manta, y nada más verlo esbozó una sonrisa somnolienta.

Caminaron en silencio, el uno al lado del otro, riéndose en voz baja por el repertorio de sonidos que emitía Pierre, sin sacar a colación la conversación tan emocional que mantuvieron la noche anterior.

A lo mejor todavía lo estaba asimilando todo, como él.

Su secreto había salido a la luz y en vez de enfadarse, ella lo había animado.

Iba a apoyarlo.

Aunque no lo suficiente como para abstenerse de salir con otros hombres.

Apretó los dientes hasta que le rechinaron y el dolor le llegó hasta la parte posterior de un ojo.

—No quería que paseara sola al perro antes del amanecer. Así que eso a lo mejor me obliga a madrugar durante un tiempo. No sé si solo va a cuidarlo una temporada o si se quedará con él de forma permanente, pero con ella intento no entrar en detalles. —Esbozó una sonrisa cariñosa que fue incapaz de contener—. Peca de impulsiva.

—Ajá —murmuró Burgess, que lo miró con el ceño fruncido—. Más o menos por eso te he llamado, tío. Los detalles están a punto de cobrar mucha importancia y muy deprisa. Esta noche hay una reunión del equipo a la que va a ir todo el mundo. La directiva y el equipo técnico. El propietario.

Sig se detuvo cuando estaba a punto de frotarse los ojos, que sentía como si tuviera arenilla.

—No me han avisado de que hay una reunión del equipo.

—Ya lo harán. A mí me han avisado antes porque el tema que se abordará será mi retiro y la reorganización el equipo. Me han dado la opción de no ir si no quiero.

—¿Y vas a faltar?

—¡Joder, no! Es un insulto que me lo hayan sugerido siquiera. —

Indignado, Burgess bebió un sorbo de batido, que era verde y seguramente contenía tantos suplementos que no tendría ni sabor a comida—. Lo que quiero decir es que los detalles van a ser importantes porque te van a nombrar capitán.

Sig apretó los dientes, y la mezcla de anticipación y nervios le agarrotó las articulaciones.

—¿Ni siquiera he renovado el contrato y ya me nombran capitán?

—A lo mejor quieren comprobar antes tu nivel de entrega. Ver cuál es tu visión para el equipo. —Sig asintió con vehemencia—. Si es así, no tienes motivos para preocuparte. Eres entregado. Ingenioso. Un líder nato. Si me dieran la oportunidad de formar un equipo eligiendo entre todos los jugadores de la liga, te elegiría a ti para sustituirme como capitán.

—¡Por Dios, podrías haberme avisado de que esto iba a ser emotivo! —exclamó Sig, que cruzó los brazos por delante de un pecho que sentía demasiado vulnerable esa mañana—. Habría traído una caja de Kleenex.

—Cállate. —Burgess resopló y se removió en su silla—. No quiero preguntarte sobre este tema, pero ya no puedo seguir aplazándolo. Necesito saber si va a convertirse en un problema. Llevo catorce años en la liga, y las cosas han cambiado. Hay un interés por nuestra vida personal que antes no existía. O por lo menos antes el público no tenía tanto acceso a ella. Ahora sí. ¿Me sigues? —Levantó el batido y volvió a soltarlo—. ¿Qué hay entre Chloe y tú? Explícamelo para ver cómo evitamos que te perjudique.

El calor que se extendió por su piel le resultó odioso.

La vergüenza no tenía cabida en su relación con Chloe. Ella no había hecho nada de lo que debiera avergonzarse.

Lo que tenían le parecía un milagro. Sin embargo, nadie más lo vería así. Tal vez ni siquiera Burgess, y aunque su capitán ya

sospechaba que la relación que había entre Chloe y él era de índole sentimental, le costaba entrar en detalles con él. Burgess jamás sacaba los pies del tiesto y era noble hasta la exageración. Todo lo contrario que él, el posible nuevo capitán de los Bearcats de Boston, que no dejaba de torturarse visitando constantemente a su futura hermanastra. Tocándola, sintiéndola, abrazándola como podía.

—¿Lo que hay entre Chloe y yo? —Carraspeó y apenas si fue capaz de mirar a Burgess a los ojos—. Nuestros padres se casan dentro de dos meses. En realidad, no puede haber nada, ¿verdad?

—Sig. Tengo ojos. Como todos los demás. Hay algo entre vosotros.

—Entre nosotros no… —Soltó el aire con fuerza—. No hay nada sexual. Es que nos gusta estar… cerca el uno del otro. Mucho. ¡Dios, no me puedo creer que estemos hablando de esto!

—Mantener ahora una conversación difícil a lo mejor te salva de otra en el futuro con otra persona.

Sig clavó un dedo índice en la mesa.

—Lo único que va a salvarme es que nuestros padres cancelen la puta boda, ¿vale?

Burgess ni se inmutó.

—¿Y si no lo hacen?

—No lo sé —contestó.

Antes de que el capitán del equipo pudiera hablar, se oyó la campanilla de la puerta y entraron Corrigan y Mailer.

—¡Madre mía, los novatos no! —murmuró Burgess.

Sig los observó entrar con una sonrisa aliviada. Corrigan y Mailer eran sus compañeros de equipo, así que los quería tal como se quiere a los primos raritos, un poco a la fuerza, aunque seguía considerándolos un incordio. En ese momento, sin embargo, acogió su oportuna llegada con los brazos abiertos. Burgess no husmearía en su vida personal delante de ellos, lo que le pondría fin a ese

interrogatorio para el que no tenía respuestas. ¡Aleluya!

—¡Anda, pero si son los «Donantes de Orgasmos»! —los saludó con una sonrisa satisfecha.

—¡Anda, pero si son nuestro padre y nuestro padrastro echando el rato! —replicó Mailer, que cogió una silla de una mesa cercana y le dio la vuelta para sentarse a horcajadas—. Supongo que nuestra invitación ha ido directa a la bandeja de correo basura.

Corrigan también cogió una silla.

—O se han equivocado al escribir nuestras direcciones de correo electrónico. Él es Pedomortal1 para futuras referencias. Yo soy MojaBragas000.

—Supongo que los ceros están ahí porque no mojas ni una… —le soltó Sig.

—Error. Es porque no dejo ninguna para los demás.

Los «Donantes de Orgasmos» chocaron los cinco por encima de la mesa.

Burgess parecía estar masticando un puñado de tornillos.

—¿Cómo os habéis enterado de que estábamos aquí?

—Por el hilo de los Bearcats de Reddit. Todo el mundo sabe que vienes aquí a la misma hora todas las mañanas, en cuanto tu hija se va a clase. —Corrigan le puso una mano en el brazo a Burgess—. Lo siento, déjame ir más despacio. Reddit es un sitio web de internet donde hay foros. ¿Sabes lo que es un sitio web?

—¿Sabes lo que es un cartílago roto?

El «Donante» se rio, pero retiró la mano tan rápido como pudo.

—¡Bueno, amiguitos! ¿De qué estamos hablando?

—De nada —contestó Burgess.

—Según parece —dijo Sig, que no pensaba desaprovechar la interrupción de Corrigan y Mailer—, esta noche hay una reunión del equipo. Muy importante.

La emoción de los novatos fue palpable.

Igual que la irritación de Burgess.

—¿Estás contento?

Cogió el batido de Burgess a modo de respuesta y bebió un buen sorbo. Puso cara de asco por el sabor a hierba y lo soltó.

Corrigan apoyó los codos en la mesa y se inclinó para mirarlos, primero a Burgess y luego a él.

—¿Para qué es la reunión?

Sig no perdió comba.

—¿Quieres decírselo tú o lo hago yo, «Sir Salvaje»?

Burgess no parpadeó siquiera.

—Díselo tú.

—Vale. Voy a daros malas noticias. —Soltó el aire despacio—. Los mandamases han decidido que seáis las nuevas mascotas del equipo. Ahora mismo os están confeccionando los disfraces, que son enormes y de pelo.

—Uno de vosotros iba a ser la cabeza y el otro la cola —añadió Burgess.

—Pero los dos sois gilipollas, así que la nueva mascota tiene dos colas. No tiene cabeza. La primera de la historia.

—No podía ser más apropiada, ¿verdad? Entre los dos no dais ni para un cerebro.

Burgess y Sig hicieron ese gesto tan maduro de golpearse los puños.

Mailer y Corrigan se miraron.

—No me explico cómo lo hacen —dijo Mailer, asombrado—. Es que ni siquiera necesitan tiempo para idear la manera de destrozarnos.

—Les sale tan natural —replicó Corrigan, meneando la cabeza—, que supongo que es el tipo de sabiduría que dan los años.

Sig taladró al «Donante» con la mirada.

—Tengo veintinueve, cabrón.

Mailer acercó su silla a la mesa.

—En serio, ¿de qué va la reunión? —Abrió la boca y la cerró, como si no estuviera seguro de si debía decir lo que estaba pensando—. Hablando de Reddit, a lo mejor anoche estuve leyendo un hilo un poco más de la cuenta, pero… estaban comentando algo sobre el director general. Supuestamente un miembro de su familia va a hacerse cargo del equipo o algo así. ¿Habéis oído algo al respecto?

Sig miró al capitán para ver si sabía algo, pero parecía tan desconcertado como seguramente lo estaba él.

—¿Alguien conoce a sus hijos?

Un coro de noes.

Burgess se encogió de hombros.

—Seguro que solo es un rumor.

Mailer le dio una palmada en el hombro a Burgess.

—El capitán ha hablado. Es un rumor, ha afirmado.

—Y con esas palabras nos ha tranquilizado —añadió Corrigan.

—¡Joder, lo hemos clavado! —Chocaron los cinco unas noventa y cinco veces por encima de la mesa mientras Burgess y Sig se miraban, mentalmente agotados—. Nos estamos convirtiendo en vosotros dos delante de vuestros propios ojos. ¿Qué se siente?

—Un cansancio muy grande —susurró Burgess.

—Chicos… —dijo Sig, pero dejó la frase en el aire al sentir la vibración del teléfono en el bolsillo. Solo había una persona que lo llamaba en vez de mandarle mensajes de texto, y era Chloe. Efectivamente, su nombre aparecía en la pantalla pero era una videollamada.

Corrigan se inclinó hacia él.

—¿Quién es?

—¿Es Chloe? —le preguntó Mailer—. Contesta y habla bien de mí, tío.

—Claro, ahora mismo…, lo llevas crudo.

De ninguna manera iba a mantener una conversación con Chloe delante de ese trío. Sin embargo, la decisión se le fue de las manos cuando los dedos de Corrigan salieron disparados rápida e inesperadamente, y pulsó el botón para responder a la llamada.

—¡Chloe! —gritó, hablando hacia el móvil—. Vámonos juntos a Madagascar.

Mailer no pensaba quedarse al margen.

—¡Vámonos los tres! Piensa en las posibilidades.

Burgess silbó por lo bajo mientras lo miraba a la cara.

Seguramente porque tenía una vena del tamaño de una manguera latiéndole en mitad de la frente. Por lo menos, eso es lo que sentía.

—Lo siento, Chlo —se disculpó con la garganta seca, mirando por fin la cara sonriente de la que pronto sería su hermanastra—. Estoy en un desayuno de trabajo. ¿Va todo bien?

—Mejor que bien. Han cancelado la clase de esta mañana porque el profesor está enfermo, así que he traído a Pierre a un parque canino. Mira. —Cambió a la cámara trasera, y lo único que vio fue la cara sonriente de un chico—. ¡Huy, ese es Elton!

El único sorbo de batido que había bebido empezó a agriársele en el estómago.

—¿Se puede saber quién es Elton?

—Está en el parque canino con su bichón frisé. —La barbilla de Elton ya no aparecía en el plano. Chloe empezó a pasearse para enseñarle la pista de obstáculos para perros, pero en su cabeza… él solo veía al tal Elton—. Está al final de mi calle. A Pierre le encanta.

Según veía, Pierre estaba tumbado tan quieto como una estatua junto a una fuente, sin intención de moverse más mientras viviera.

—Sig —siguió Chloe—, ¿con qué rapidez puede alguien desarrollar ansiedad por separación?

—Corrigan sufre ansiedad por separación de Burgess —contestó Mailer.

—Cierra el pico —replicó Corrigan—. Eres tú quien tiene su tarjeta de novato enmarcada en la chimenea.

—Es una pieza de coleccionista, imbécil.

Elton había vuelto al plano y estaba mirando a Chloe.

—No me gusta ese tío —dijo Sig, sin pensar—. ¿Te está molestando?

—¿Quién?

—¡Elton, Chloe!

—¡Ah! No, no me está molestando. Me ha pedido el número de teléfono, pero… —hizo una pausa y siguió en voz más baja—, no es mi tipo, así que le dije que no me interesaba salir con él. Pero me dijo que no había problema. Que era para que nuestros perros quedaran.

Un demonio con zapatos de tacón de aguja estaba utilizando su cerebro como trampolín.

—¡Ah! Que acabas de darle el número de teléfono para que vuestros perros queden. Eso te ha dicho, ¿no?

—¡Sí! Debería haber conseguido un perro antes. Es una forma estupenda de hacer amigos.

Burgess se inclinó hacia él.

—Silencia el micrófono un momento.

Sig lo obedeció.

—¿Qué?

—Un bichón frisé es un perro de chicas —dijo Burgess, dándose golpecitos en la sien con el dedo índice—. Seguro que Elton tiene novia o esposa.

—Es un genio. —Corrigan se secó una lágrima imaginaria—. ¡Es

un puto genio!

Sig tragó saliva con tanta fuerza que la nuez casi se le salió por la garganta mientras rebuscaba las llaves en el bolsillo.

—¿Quieres compañía, Chlo?

—No, no hace falta. No quería interrumpir tu reunión. —Se agachó junto a Pierre, le apretó la cara con la mano izquierda y luego movió la cámara para que ambos salieran en el plano—. Pierre os saluda a todos. Está impaciente por conocer al equipo. Mira qué emoción.

El perro parpadeó.

Se oyó la risa de Chloe.

Los «Donantes de Orgasmos» sonrieron, claro estaba, porque el sonido era perfecto y contagioso.

—Creo que voy a ir ahora mismo para allá —le dijo Sig a Chloe mientras se obligaba a componer una sonrisa relajada—. El entrenamiento empieza tarde hoy y quiero ver el parque canino con mis propios ojos. Parece increíble.

—Lo es. Está justo al lado de un campo de béisbol. —Se distrajo mirando el paisaje y movió el teléfono, de manera que vio un trozo de su cuello y unos mechones de pelo rubio al viento—. Creo que Elton acaba de terminar un partido de la liga recreativa o algo así…

—¡No me jodas! ¿¡Un jugador de béisbol!? —soltó Corrigan.

Mailer se levantó.

—¡Y una mierda! Vamos para allá. La hermana de un jugador de *hockey* no puede salir con un jugador de béisbol.

Sig hizo un gesto con el índice.

—Por última vez, que no es mi hermana.

—Sea lo que sea, no va a cambiar de deporte. —Corrigan y Mailer ya se alejaban hacia la puerta de la tienda de batidos—. ¡Vamos, joder!

Sig los siguió, estuviera molesto o no lo estuviera por su presunta

intervención.

—Puedo encargarme de esto yo solo —masculló, una vez que estuvieron en la acera.

—Somos un equipo. —Mailer se crujió los nudillos—. Nadie se enfrenta solo a los problemas.

—Soy demasiado viejo para estas gilipolleces —afirmó Burgess mientras salía de la tienda—. Pero no pienso perdérmelo. Ese dichoso jugador de béisbol se va a llevar tal susto que se le van a caer los pantalones.

Mailer frunció el ceño.

—¿No se trata de que no se los baje?

—Tú ya me entiendes. —Burgess suspiró y le enseñó las llaves que llevaba en la mano—. Vamos en mi coche.

Capítulo catorce

Hecho: Chloe tenía el perro más mono de todo el parque. No había discusión.

Cierto que llevaba sentado media hora en el mismo sitio, pero ¡solo estaba preparándose para actuar! Eso decía mucho de su personalidad. Echar un vistazo a lo que se estaba cociendo, decidir a qué perros era mejor evitar y luego reunirse con el grupo haciendo una gran entrada tardía. El nuevo molón. Sí, ella tenía claro lo que estaba haciendo.

—Buen chico, Pierre —le dijo al tiempo que le lanzaba un beso al perro.

Pierre casi se fundió de costado con la hierba, sin dejar de bostezar en ningún momento.

—Ha desayunado mucho —le explicó al grupo de otros dueños de perros, que consistía en Omar, un hombre ya entrado en años que había aparecido con su perro en el parque hacía diez minutos y que, de inmediato, se ocultó detrás de la sección de deportes del periódico; y Elton, un guapo jugador de béisbol con un bichón frisé que estaba impecable.

Quizá darle su número de teléfono a Elton hubiera sido un pelín prematuro, pero era agradable hacer amigos por algo más que su apellido. Mientras crecía en Connecticut, su apellido era siempre lo que los demás le preguntaban. «Chloe…». Siempre dejaban su nombre de pila en suspenso, como un anzuelo. A la espera de que ella completase el nombre que determinaría su importancia. En cuanto ella decía «Clifford», la tensión del ambiente desaparecía.

«Ah, no pasa nada, es de los nuestros».

Chloe se avergonzaba al admitir que eso la reconfortó durante una época.

Aceptación gracias a una riqueza que no había hecho nada por ganarse ni se merecía.

Tenía muchos amigos en Connecticut, pero nunca tuvo a nadie a quien contarle sus secretos más oscuros y profundos. Eran amigos con los que se iba de fiesta o con los que se reunía en el club de campo para cotillear los unos de los otros. Que soltaban detallitos picantes de su vida sexual para darse aires. Que se quejaban de sus ganas de salir de Darien, pero no de irse de verdad, sino de irse durante sus próximas vacaciones.

Había encajado lo mejor que podía, sobre todo para complacer a su madre. Sin embargo, aprendió bien pronto que ceder a sus impulsos traviesos la hacía ganar puntos con el grupo. En eso se había convertido. En Chloe, la ladrona. En Chloe, la timadora encantadora, capaz de salir airosa de los problemas mientras todos se reían a su alrededor. Una vez, sus amigos fueron en coche al campo de golf y aparcaron formando una especie de círculo, con los coches mirándose los unos a los otros y las luces encendidas, con la música a todo trapo en una especie de *flash mob*.

Cuando llegó la policía, la empujaron a ella hacia los agentes como su portavoz, y les explicó entre lágrimas que se habían perdido. Y que menos mal que habían llegado ellos para conducirlos a la carretera. Funcionó. Pero no había funcionado en realidad, ¿a que no? La verdad era que nunca había corrido peligro de meterse en problemas. Su burbujita no estaba diseñada para nada más que para una existencia impune.

Aunque eso se había acabado. Sobre todo después de la noche anterior.

Le habían arrancado las anteojeras.

—¿Cuánto tiempo llevas en Boston? —preguntó Elton, distrayéndola.

—Seis meses —contestó mientras saludaba a Pierre con el meñique. ¿Estaba dormido o muerto?—. Soy de Connecticut, pero agradezco mucho poder llamar a Boston mi hogar ahora.

Elton miró a su alrededor con los ojos entrecerrados.

—Así que te gusta mucho Boston, ¿no?

—Sí. No quiero irme nunca. Podría explorar una calle cada día durante el resto de mi vida y aun así nunca lo vería todo. —Pensó en el estadio, en el ático de Grace, en el descubrimiento del parque canino justo al final de la calle de su casa. Debía de haber pasado antes por delante y no se había dado cuenta hasta ese día—. Es una ciudad que se hace familiar rápidamente, pero que también sigue siendo una especie de misterio.

Él esbozó una sonrisa.

—Pues… supongo que nunca lo había considerado de esa manera.

Chloe sonrió.

—Bueno, ahora ya podemos hacerlo los dos.

Elton era monísimo. Alto y delgado. De metro ochenta y cinco, o así. Pelo castaño claro. Con patas de gallo que sobresalían por debajo de las gafas de sol envolventes que llevaba. Pero lo había dicho en serio: Elton no era su tipo. Aunque ¿cuál era su tipo?

Se imaginó una fila de hombres, cada uno de un arquetipo distinto. Un vaquero. Un universitario. Incluso un motero. Pero todos eran Sig vestidos de otra manera.

¡Ay, madre!

¿Quién además de Sig podría hacer que tuviera ganas de llorar, de vitorear y de reír solo con su existencia?

¿Habría alguien capaz de hacer que sintiera las rodillas como si

fueran de gelatina o que se le formara un nudo en la garganta por el esfuerzo de contener las dos palabras que tenía encerradas en su interior? Hacer que se acalorara, se incomodara y se mojara con una sola sonrisa torcida. Quizá no hubiera nadie en el mundo capaz de lograrlo, solo Sig Gauthier. Pero necesitaba intentarlo. Necesitaba separar su vida romántica del que sería su hermanastro.

—Bueno, ¿llevas toda la vida jugando al béisbol? —preguntó ella, con la esperanza de distraerse de que tenía el estómago atrapado en una caída libre.

—Desde que tenía diez años —contestó Elton—. Mi padre entrenaba a mi equipo de la liga infantil.

—Una historia fascinante, tío —dijo una voz detrás de Elton. Una que ella reconoció, pero que no terminaba de identificar…

Por lo menos, no hasta que se dio la vuelta y se encontró con cuatro temibles Bearcats que entraban en el parque canino de la misma forma que patinaban sobre el hielo. Como si les perteneciera.

Sig lideraba la manada, pero no era él quien había hablado. No, había sido uno de los «Donantes de Orgasmos», como a Sig le gustaba llamarlos.

Sig.

La felicidad estalló como una bomba de confeti en su interior. Era inútil fingir lo contrario. Sig estaba allí. Con ella. Eso la haría feliz por siempre jamás.

¿Demasiado feliz?

Desde semejante altura, solo podía caer en picado. Y siempre lo hacía.

—Hola, Chloe —la saludó él.

—Hola —susurró ella, incapaz de modular la voz ni el corazón. Solo podía mirarlo a él—. ¿Qué haces aquí?

—Solo he venido a dar un paseo.

—¡Ah! —exclamó al verlo mover el hombro de forma extraña—. ¿Estás seguro?

Sig se acercó y le pasó el brazo derecho por la espalda, tirando de ella para que se pusiera de puntillas y abrazarla, haciendo que se arqueara, que se sintiera ingrávida.

—Vale, muy bien —le dijo con brusquedad al oído—. Quería verte.

—Me has visto esta mañana.

Él le dio un apretón brevísimo.

—Nunca es suficiente.

—¿Y quiénes sois vosotros? —preguntó Elton.

¡Ah, sí! Elton.

Se obligó a zafarse de los perfectos brazos de Sig y a observar la escena que tenía delante, sacada directamente de una película de terror de *hockey*. «Sir Salvaje» estaba apoyado contra un árbol (al que casi igualaba en tamaño) con expresión aburrida, pero atento. Mailer y Corrigan tenían expresiones gemelas, como de costumbre, que irradiaban una irreverencia absoluta, sin más. Estaban mirando a Elton, que parecía anonadado por la repentina llegada de cuatro fornidos deportistas profesionales, todos con pinta de necesitar una ducha y dormir, la verdad.

—¿Que quiénes somos? —Mailer intercambió una sonora carcajada con Corrigan—. ¿Es que no ves *hockey*, colega?

—Ese es «Sir Salvaje», amigo mío —soltó Corrigan, con voz ufana, mientras señalaba al legendario central que tenía a su espalda—. A ver si demuestras un poquito de respeto, joder.

Elton se encogió de un hombro.

—Me suena el nombre sí, de pasada.

—De pasa… —A Mailer le estaba dando algo—. Vale, vale. Supongo que tienes una excusa porque los partidos de béisbol duran como catorce horas. No tienes tiempo de nada más.

—Es el deporte nacional —replicó Elton.

—Como mucho —dijo Mailer— es ruido de fondo mientras te echas una siesta.

—¡Guau! —Todavía escocido por el insulto, Elton se concentró en Sig, que se había puesto delante de ella, ocultándole por completo lo que pasaba. Aunque no le veía la cara, Chloe supo que tenía la misma expresión que ponía durante los partidos. Intimidante. Asesina. Totalmente fuera de lugar en un pacífico parque canino—. ¿Y tú quién eres?

—Es su… —Corrigan dejó la frase en el aire mientras se rascaba una ceja pelirroja—. Es complicado.

—Eso —convino Mailer—, es complicado. Mucho más complicado que el béisbol, eso tenlo por seguro, joder.

—A lo que vamos es que es una chica de *hockey*. Es nuestra chica de *hockey*.

—No te pases, Corrigan —terció Sig.

Chloe le clavó un dedo en un hombro.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

Sig se dio media vuelta y le guiñó un ojo.

—¿Te has peinado de otra manera hoy? ¡Por Dios, estás guapísima!

Experimentó una vertiginosa oleada de placer que le llegó hasta los dedos de los pies.

—He usado un producto para ondas surferas… —«Te está engatusando»—. Oye, estás intentando distraerme de que le habéis tendido una emboscada a este pobre chico.

—¿Pobre chico, Chloe? —Sig resopló—. Que tiene un bichón frisé.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —protestó Elton casi a voz en grito—. Da igual. Si creéis que el béisbol es tan fácil, ¿por qué no echamos un partidillo? —Elton se plantó delante de Corrigan—. Tu equipo contra el mío.

Mailer y Corrigan chocaron los puños.

—Hecho, tío. Di el sitio y la hora.

—¡Madre del amor hermoso! —soltó Chloe al tiempo que levantaba las manos—. Esto es igualito a lo de *The Sandlot*, pero vosotros sois adultos hechos y derechos, así que no es un rito de iniciación, sino un comportamiento tóxico sin más. —Miró al hombre que tenía delante, meneando la cabeza—. Y encima delante de Pierre, Sig. Estás dándole un mal ejemplo.

Elton estiró el cuello para mirarla con una sonrisa.

—¿Te gusta *The Sandlot*?

—Se acabó lo de hablar con ella —masculló Sig, que se interpuso de nuevo entre ellos para que Elton no pudiera verla—. Tienes suerte de que te haya permitido hacerlo una vez.

—¿Cómo «que me has permitido»? —protestó Chloe.

—Sí —terció Corrigan—. A nosotros no nos ha dejado ni una sola vez.

—Vale, creo que ya he tenido bastante. ¡Pierre! —Chloe se llevó dos dedos a la boca y silbó, pero el perro se limitó a hundirse más en la hierba, por lo que se vio obligada a acercarse al césped que había junto a la fuente y engancharle la correa en el collar—. ¿En serio, Pierre? ¿Vomitaste esta mañana cuando una paloma se posó en la salida de incendios, pero consigues mantener el desayuno dentro con tanto macho sacando pecho? Eso se llama «vómito selectivo».

El clic del mosquetón consiguió que algo cobrase vida en el interior del *bulldog*, porque se puso en pie y empezó a tragar aire, al parecer tan dispuesto a irse a casa como ella. Miró al grupo de hombres decepcionada por última vez y después se marchó por la puerta trasera para no tener que abrirse camino entre sus egos hacia la puerta principal.

Solo había recorrido una manzana cuando notó que Sig la seguía.

—Chloe.

Se aseguró de que él la oyera jadear.

—No pronuncies mi nombre.

—¡Venga ya! Es mi palabra preferida. —Se hizo el silencio mientras ella apretaba el paso, sorprendida cuando Pierre adoptó el mismo ritmo—. Detesto cuando te enfadas conmigo.

—Bien.

—Chloe…

—No.

—¿A qué le estás diciendo que no?

—A tu supuesta propiedad sobre mí. Si quiero darle mi número a un hombre, puedo hacerlo. Hemos acordado ver a otras personas…

—No, no hemos acordado nada.

—… porque nuestra relación es complicada y no podrá pasar nunca de ahí. —Su edificio estaba solo a una manzana de distancia, y se moría por entrar, cerrar la puerta con fuerza y gritarle al techo. En nombre de su confuso corazón, de sus maltrechas hormonas y de la mitad femenina de la humanidad por tener que existir en el mismo universo que los jugadores de *hockey*. A quienes quería de verdad, pero ¡por Dios! ¿Quién les había dado derecho a acorralarla de esa manera y a tratarla como si fuera de su propiedad?—. ¡No quiero hablar más contigo, Sig! —gritó por encima del hombro.

Pierre ladró, y ella lo miró, agradecida, por haber sido el mejor chico/mejor animador que se podía esperar.

—¿¡Cómo!? ¿No quieres volver a hablar conmigo en la vida? —gritó Sig a su vez—. Te acabo de salvar de un jugador de béisbol.

—No necesito que me salven. Y no he dicho que no quiera volver a hablar contigo nunca más. Solo, no sé…, hasta la semana que viene como poco.

Él la alcanzó en la puerta del bloque, puso una mano en el cristal y

le acarició el cuello con los labios.

—No. Una semana sin ti será como una eternidad, Chlo.

El deseo le corrió por la barriga como si fuera aceite caliente.

—¿Qué estamos haciendo, Sig? ¿¡Qué estamos haciendo!?

Pasaron varios segundos cargadísimos de tensión mientras él asimilaba lo que le estaba preguntando. Estaban atrapados en ese desquiciado ciclo de no estar juntos y, al mismo tiempo, de estar totalmente comprometidos… Pero no tenerlo en todas las facetas posibles no era una posición que se pudiera sostener en el tiempo.

¿No se daba cuenta él?

En vez de contestar a su pregunta («¿Qué estamos haciendo?»), Sig se sacó las llaves de los pantalones de deporte y abrió la puerta principal para entrar en el portal. Parecía estar mordiendo un trozo de cuero mientras la acompañaba escaleras arriba, con Pierre por delante, con sus uñas resonando en los escalones, seguramente con la esperanza de que le dieran comida una vez dentro del piso.

Sin embargo, de alguna manera ella sabía que iba a pasar otra cosa.

A lo mejor era por lo mucho que Sig apretaba los dientes.

O por el sonido irregular de su respiración.

Sin importar lo que la alertó, ni así se esperaba que la pegase a la puerta en cuanto entraron y la acorralara con ese enorme cuerpo. Fue incapaz de explicar lo que le pasó por dentro al sentir la repentina presión de esos tensos y fuertes músculos junto con la determinación del hombre que a menudo se contenía con tanta obstinación. Pero su sistema nervioso empezó a gritar, se le disparó el pulso a mil por hora y se le escapó por la boca el gemido más elocuente del mundo. Le temblaron los dedos en busca de algo a lo que anclarse, y encontraron los muslos de sus pantalones de chándal, cuya tela aferró para acercarlo más.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó él con voz entrecortada.

—Sí.

—Bien. Toma lo que se supone que no debo darte. —Sig vibraba con una especie de agresividad enjaulada, controlando el deseo, aunque le estaba ofreciendo un poco, y su creciente erección contra el abdomen era como un festín después de llevar meses sin comer. Le acarició la cara con los labios y la besó en el pelo, y casi se cayó al suelo de lo bien que se sentía—. Pero no te enfades conmigo —siguió él con voz ronca—. No lo soporto.

Un momento. ¿Estaba enfadada con él?

¡Ah, sí!

Claro que estaba enfadada con él.

—Tú no estás a cargo de mi vida amorosa.

—Es que yo soy tu vida amorosa, Chloe.

Aunque lo empujó con ambas manos, no se movió ni un milímetro.

—De eso nada —protestó, con un evidente deje frustrado en la voz —. Quiero que lo seas, pero no lo eres. No puedes serlo. —Decir eso en voz alta hizo que le ardiera la garganta, pero había que decirlo en voz alta en algún momento, ¿no?—. Al final, tendremos que admitir que esta relación no es sana y…, y dejar que cambie sin más.

Sig había estado meneando la cabeza todo el tiempo.

—No.

—Sí.

—¿Crees que podríamos sentir esto con cualquier otra persona?

—No —susurró ella, sin dejar de tirar de él, sin la fuerza habitual en el cuello, y todo porque esa parte de él, tan pesada y gruesa, se interponía entre los dos—. Pero quiero cosas que tú no me vas a dar.

Sig levantó la cabeza y clavó la mirada en sus ojos. ¡Por Dios, nunca lo había visto así! No, él nunca le había permitido verlo así. Tan intenso que le estaba costando mantener el hilo de los pensamientos.

—¿Como qué?

Detallar hasta qué punto anhelaba el contacto físico le parecía mal, porque había deseado sentirlo de esa forma desde la tarde en la que se conocieron. Sin embargo, decirlo en voz alta no iba a ayudarla, ¿verdad? Solo iba a perjudicar su argumento de que esa relación obsesiva no les funcionaba a ninguno de los dos.

—Quiero que me lleven a cenar y me besen en la puerta cuando volvamos a casa —soltó—. Quiero que me digan que soy guapa y sentir tu… sentir el peso de un hombre sobre mí.

Sig frunció el ceño despacio, como si ella hubiera hablado en un idioma totalmente distinto.

—¿Quieres que te digan que eres guapa? —Volvió a acorralarla con tanta fuerza contra la puerta que las bisagras chirriaron, y ella soltó un gemido sin pretender siquiera que quería liberarse, porque no quería hacerlo. El cuerpo de Sig contra el suyo era como estar en casa por primera vez en seis meses—. Chloe, un hombre que te llame guapa es un idiota integral. ¡No eres guapa, eres preciosa, joder! Brillas por la vida que tienes dentro. Estás loca. Tienes un corazón de oro. Rebosas amor. Eres brillante y creativa. Tan hermosa que he perdido miles de horas de sueño. —Pegó los labios a los suyos con torpeza—. Tienes un cuerpo que exige que alguien lo mime a menudo y que se lo folle más a menudo todavía. ¿Guapa? —Meneó la cabeza—. Le escupiría a cualquier hombre que te lo dijera. Eres extraordinaria. La primera y la última de tu especie.

—Sig. —Sintió la garganta a punto de caérsele en el estómago por el tremendo peso que tenía. «¡Madre mía! ¡Madre mía!». ¿Dónde se ocultaban esas palabras? A lo mejor su poder residía en lo que ella sentía en los huesos cada vez que la miraba—. ¿Cómo…? No sé…

—¿Cuántos números tienes en el móvil? De hombres.

—No me gusta el cariz que está tomando esto.

—Qué pena. ¿Cuántos?

—Voy a darte una patada en…

Sig inclinó la cabeza y le chupó el lateral de la garganta, un lametón largo e insistente, mientras ella jadeaba, y le subió las manos por la cara exterior de los muslos hasta llegar hasta la caja torácica, y luego más arriba, hasta el pelo, donde le enterró los dedos y le sujetó la cabeza mientras ella intentaba tomar aire.

—¿Ta-también amigos?

—No. —Sig le miró la boca con detenimiento—. Hombres lo bastante listos como para tener un interés romántico por ti. Pasados y presentes. Hombres que podrían aparecer para revivir cosas. Hombres que podrían mentir sobre una quedada de perros para bajarte las bragas. ¿Cuántos tienes de esos?

—No sé. ¿Siete?

—¿¡Siete!? Me cago en la puta…

—¿Cuántas mujeres tienes de esas? —preguntó ella casi a voz en grito.

—Una. Tú. —Sig le dejó la mano izquierda enterrada en el pelo y bajó la derecha para sacar su móvil del bolso y levantarlo—. Te besaré una vez por cada uno de esos siete contactos que borres, empezando por el jugador de béisbol.

—Tiene nombre.

—Para ti no.

—Te estás pasando, Sig. Te estás pasando tres pueblos.

—Lo sé. Puedes cabrearte todo lo que quieras…, pero bésame mientras te cabreas.

Se le fundieron varios fusibles en el cerebro. Pum. Pum.

Porque, ¡madre del amor hermoso!, era incluso más hipnótico de cerca, con cada centímetro de su cuerpo pegado al suyo y ese poder que llevaba dentro a punto de entrar en erupción. El deseo y el

afecto se empezaban a unir en las profundidades de esos ojos para dejarla sin aliento y, ¡ay!, ¡ay!, movió su erección un par de centímetros a la izquierda, frotándose contra su abdomen, y los dos se estremecieron.

—Solo quieres besarme cuando estás celoso. ¿Verdad?

—Quiero besarte incluso cuando estás dormida, Chlo. —Sig posó los labios abiertos sobre los suyos, y ella sintió que empezaban a derretírsele los muslos mientras los músculos de su sexo se tensaban hasta tal punto que casi no pudo contener un gemido—. Estoy así día y noche.

—No siempre me lo demuestras.

Él ladeó la cabeza hacia la derecha y le separó los labios con un lametón.

—Te lo voy a demostrar ahora.

¿A quién pretendía engañar intentando resistirse?

El palpitante deseo que sentía entre los muslos latía tan deprisa como su corazón. Siempre estaba excitada por ese hombre, pero en ese preciso momento se arrastraría por el desierto con tal de que siguiera frotándose contra ella un minuto más, acorralada contra la puerta por su enorme cuerpo de jugador de *hockey*. Con tal de seguir sintiendo su aliento en la cara, sus dedos en el pelo. Y él debió de leer esa verdad en sus ojos, porque agitó un poco el teléfono.

—Primero el jugador de béisbol.

—¿Lo bo-borro ya?

—No, ya lo harás después. —Sig devolvió el móvil a su bolso, que le quitó para dejarlo caer al suelo—. No podrás concentrarte en nada más en cuanto empiece.

—Tú tampoco.

—Lo tengo claro.

Se miraron a los ojos durante varios segundos, y fue como subir al

último piso de un rascacielos en un ascensor de cristal a cien kilómetros por hora. Se le quedó el estómago en el suelo, se precipitó al pozo sin fondo de sentimientos que él llevaba dentro y voló, voló hasta la cima, mientras se devoraban los labios y se abrazaban con un gemido que sonó a la par. Ese primer beso fue el precursor de la locura…, porque eso fue lo que sucedió a continuación.

Su primer beso desde la tarde que se conocieron fue una implosión.

Un gemido. Un gruñido gutural. Una caricia húmeda de los labios. Dos cuerpos temblorosos.

Aliento que se negaban a tomar. La negativa a dejar ese divino beso. Textura. Fricción.

—¿Me has echado de menos, chica de mis sueños? —susurró él.

—Sí —contestó también sin aliento antes de que la arrastrara al segundo asalto. Esa forma de abrir la boca más de lo que la mayoría de la gente consideraría apropiado, metiéndole la lengua en un lametón íntimo que le convirtió las uñas en garras para clavárselas en el culo… y, la verdad, no sabía cuándo le cogió el culo, solo que era firme y masculino, y que él le estaba follando la boca a esas alturas. No llevaban la cuenta de los besos, aunque de vez en cuando se separaban en busca de aire y jadeaban antes de volver a unir las bocas, lamiéndose y chupándose, más cachonda cada vez que sentía la aspereza de su barba en la delicada barbilla.

—Vas a sentirme encima de ti, Chloe. —Deslizó los labios hasta su garganta y le dio un chupetón, que procedió a lamerle con ternura—. Sentirás mi peso detrás de ti. Debajo de ti. Vas a sentir mi peso, nuestro peso, por todas partes.

—Ya lo hago.

—Lo sé, nena. ¡Dios, lo sé! —Otro beso embriagador, más frenético en esa ocasión, mientras él metía las manos entre la puerta y su culo

para cogérselo por encima de las mallas. Se estremeció cuando ella se frotó contra esas enormes manos, disfrutando de sus caricias—. Tendrás que confiar en que voy a encontrar la manera de que estemos juntos, aunque cada vez sea más difícil. Borra todos los números, pero no borres el mío. Nunca.

—No lo borraré —gimió ella, retorciéndose entre la puerta y el cuerpo de Sig—. No lo borraré.

—Muy bien. Esa es mi chica, joder.

—Sí.

—Cuando me vaya —le dijo con voz ronca contra los labios, totalmente empalmado ya y tan cerca que parecía formar parte de ella—, esos contactos son historia. Ya no los conoces.

Ella asintió con la cabeza al tiempo que le rodeaba la cintura con la pierna derecha y alzaba las caderas, suplicándole en silencio otro beso, que él le concedió porque no podía evitarlo, ninguno de los dos podía evitarlo, algo de lo que se daba perfecta cuenta. Lo sentía. Esa atracción desenfrenada que se ancló aquella primera tarde en el club de campo y que no hacía más que aumentar de tamaño, incapaz de volver a subir al barco.

—Si haces eso por mí, si accedes a olvidarte de la gilipollez esa de salir con otras personas… —de repente, la empotró contra la puerta con las caderas, frotándose con fuerza y abriendo la boca para soltar un gruñido ronco—, volveré esta noche después del entrenamiento y te follaré hasta que se te derritan las piernas. ¿Qué te parece?

Mmm. ¿¡Qué!?

La sangre se le convirtió en metal fundido.

Fue incapaz de responder. Era incapaz de hablar o de razonar. Estaba demasiado ocupada asimilándolo. Intentando convencerse de que lo había oído mal. ¿Verdad? ¿O de verdad, por fin, iba a ceder?

—¿De verdad? —susurró, conteniendo la respiración.

—Se acabó lo de ser noble. No voy a perderte por otro hombre. Antes me muero. ¿Me entiendes? —La inmovilizó con fuerza contra la puerta y meneó las caderas—. Va a ser la leche, joder. Seguro que muerdes.

—Sig, por favor…

—No estarás debajo de otro, eres mía —gruñó él, con los labios pegados a su oreja antes de empezar a besarla arriba y abajo por el cuello—. No perderé el tiempo con nadie más. Y tú tampoco vas a hacerlo. Y, Chloe, escúchame bien. —Bajó las manos y le levantó las rodillas hasta la altura de sus caderas, haciendo que subiera despacio, despacísimo, por la puerta, como si la estuviera embistiendo con todo el tiempo del mundo, mientras la observaba con los párpados entornados y sudor en el labio superior—. Mi polla bien merece la espera. Lo sientes, ¿verdad? Sabes que no estoy mintiendo.

«¡Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios!».

—No estás mintiendo.

Sig pegó sus torsos y movió las caderas trazando un lento círculo sin dejar de mirarla a los ojos.

—Quería esperar hasta estar seguro de que podía convertirte en mi esposa, y ese sigue siendo mi plan. Ese será siempre el plan. Si existe la más remota posibilidad de que te pueda poner una alianza en el dedo, la encontraré. Porque me doy cuenta de que te estoy perdiendo. Me doy cuenta de que me necesitas dentro de ti, y eso es lo que vas a tener. La chica de mis sueños siempre va a conseguir de mí lo que quiera.

«Esposa».

¿Había dicho la palabra… «esposa»?

¿Por qué se estaba iluminando hasta el último recoveco de su corazón como si fuera el Cuatro de Julio?

¿Eso era lo que había querido ella desde el principio? ¿Era inevitable?

No. No era inevitable.

Eso era lo que él intentaba decirle, ¿verdad? Si existía la más remota posibilidad…

—Borra los contactos en cuanto me vaya. —La besó con fuerza. Una vez, dos, tres. Sin querer apartarse de ella mientras le dejaba bajar las piernas al suelo despacio, hasta que lo tocó con los pies—. Y no le des tu número a más jugadores de béisbol a menos que quieras verme en la cárcel. ¿De acuerdo, Chloe?

Quizá amenazar con cometer un asesinato no era romántico, pero su corazón no parecía entenderlo, de ahí que lo tuviera clavado en la yugular.

—No debería estar de acuerdo.

—Di que sí, nena. Volveré después y te recompensaré follándote una y otra vez.

—De acuerdo —gimió ella—. Soy tuya. Sabes que lo soy.

A Sig se le escapó un gruñido cargado de emoción.

—Me voy ahora que todavía puedo hacerlo —dijo, arrastrando las palabras, deslizándole los labios por una mejilla, por la sien.

Y se fue después de eso, después de un fuerte beso en la frente y de susurrar «gracias».

Capítulo quince

Los Bearcats disponían de una sala de visionado tipo pabellón que parecía una pequeña sala de cine, que era el lugar donde se celebraba la reunión de esa noche. Los jugadores llegaron con ropa informal, tal como les habían dicho en el mensaje de correo electrónico que les mandaron a última hora de la tarde. Algunos, al parecer, interpretaron ese protocolo como una mera sugerencia, mientras que otros se tomaron la molestia de, por lo menos, ponerse su mejor pantalón de deporte. El equipo técnico ocupaba la parte delantera y saludaba a sus jugadores mientras iban pasando… y, ¡joder, vaya caretos!

Sig se debatía entre querer saber el motivo de la reunión, ya que afectaba a su futuro como miembro de los Bearcats, y la acuciante necesidad de volver con Chloe.

«Me la voy a follar esta noche».

«Voy a follarme a Chloe».

Por fin. Por fin.

Habían forzado la cerradura de la puerta de su jaula y estaba fuera. Y no sabía si ella sería capaz de volver a meterse en la jaula una vez ya libre. Eso era lo que lo asustaba. Por eso se había abstenido de llevarla a la cama durante seis largos, dolorosos y frustrantes meses. Porque una vez que se permitiera saborear el cielo, el purgatorio iba a ser muchísimo más duro. Y, la verdad, no se le podía poner más dura de lo que ya la tenía en ese momento. El simple hecho de saber que iba a estar dentro de esa mujer en cuestión de horas hacía que le palpitara en los calzoncillos.

Besarla ese día había sido…

¡Dios!

Era incapaz de describir como se merecía la sensación de conectar de esa forma con ella. La primera vez que la besó en el club de campo, se encontraba en un estado de euforia suspendida. Casi como si estuviera teniendo el mejor sueño de su vida. Pero nada, absolutamente nada, se comparaba con besar a Chloe después de llevar seis meses aprendiéndola. Estudiándola, confiando en ella, consolándola. Obteniendo todas esas cosas a cambio. Enamorándose cada vez más profundamente de ella.

Sin embargo, estaban en una cuenta atrás… y las apuestas serían más altas después de esa noche. «¿Se puede saber qué voy a hacer?».

—Pareces preocupado —le dijo Burgess, que estaba sentado a su lado con unos chinos planchados y una camisa negra—. Pon cara de estar vivo. Esto es importante.

Sig se pasó el índice por el interior del cuello de la camisa.

—El entrenador McCarren parece que está a punto de leer un panegírico —replicó con sorna—. Esperemos que no sea el mío.

—Estarían locos si te traspasaran a otro equipo.

—No estés tan seguro. Me consiguieron muy barato, pero ahora podría ser demasiado caro.

—¿Te ves dejando Boston?

—¿Si eso significa que me pagan lo que me merezco? —Suspiró pese a la sensación vulnerable que lo embargaba por la posibilidad de estar en otro equipo, en otra ciudad. De empezar de cero—. Si eso significara más seguridad para Chloe, sí. Me la llevaría a… —Esas palabras brotaron de sus labios antes de que su cerebro las reconociese.

Al darse cuenta de la mirada elocuente y preocupada de Burgess, repasó lo que acababa de decir, eliminando las partes que no tenían

sentido. ¿Qué motivo tendría Chloe para irse con él si lo traspasaban? ¿Cómo se vería eso desde fuera? Además, ella estaba practicando para ser primera arpista en la Orquesta Sinfónica de Boston. Quizá…

Quizá Chloe no quisiera irse con él.

Empezaron a sudarle las palmas de repente, porque la reunión cobraba importancia por otro motivo.

—Muy bien —dijo McCarren al tiempo que se ponía en pie para dirigirse a la sala—. Gracias por venir. Algunos hasta estáis medio decentes… —Su entrenador dejó la frase a la mitad cuando Mailer y Corrigan entraron a lo grande con camisetas y pajaritas, chocando los puños con sus compañeros de equipo conforme iban pasando a su lado—. He hablado demasiado pronto. Enhorabuena, vaya pintas tenéis los dos —dijo con sorna—. Ahora, sentaos de una puñetera vez. Esto es importante.

Demasiado tarde, Sig se dio cuenta de que Corrigan y Mailer se dirigían a los dos asientos vacíos de la primera fila que él tenía a la derecha, pero ya no podía hacer nada al respecto. Se ajustaron las pajaritas con una floritura y se sentaron mientras Corrigan le hacía un rápido saludo a Burgess.

El capitán suspiró.

—Como iba diciendo —siguió el entrenador con voz estentórea—, gracias por venir en vuestra noche libre. Primero, vamos a hablar un poco de *hockey* antes de entrar en detalles. —Procedió a hablar de la estrategia para los siguientes dos partidos, que serían fuera de casa. Chicago y Detroit—. Cambiando de tema, sé que todos lo habéis visto venir, ya que se ha mostrado abierto con el personal, por no hablar de la prensa, sobre que este iba a ser su último año con los Bearcats, pero vamos a despedirnos oficialmente de Abraham al final de la temporada. —El equipo técnico y demás personal del equipo

empezaron a aplaudir, seguidos por los jugadores, y los aplausos duraron sus buenos treinta segundos—. Deja a su paso un enorme legado… —el entrenador miró directamente a Sig un segundo, pero no alcanzó a interpretar su expresión— y unos patines que va a costar llenar.

Empezaron a oírse murmullos por la sala.

Sig sentía las miradas clavadas en su nuca.

Si McCarren iba a nombrarlo nuevo capitán, ese sería el momento. Pero no lo hizo. Evidentemente. Todavía no le habían ofrecido un nuevo contrato.

Sintió que una gota de sudor le bajaba por la columna.

—Ahora… —El entrenador colocó los nudillos en la mesa y se inclinó hacia delante—. Tenemos otro anuncio. Y una presentación. Para ello, voy a cederle la palabra a nuestro director general, Pete Bauer.

Todos se sentaron más erguidos y empezaron a mirarse los unos a los otros.

¿El director general estaba allí?

Al no ver al famoso y acaudalado bostoniano en la parte delantera de la sala, se volvió y lo vio avanzando por el pasillo. Se hizo un silencio expectante cuando Bauer estrechó la mano de McCarren y ocupó su lugar, en el sitio predominante de la sala, antes de exigir que se le prestase atención con un cortante gesto de la cabeza.

—Caballeros. Gracias por venir. Me complace poder compartir algunas noticias con vosotros esta noche. Estoy tan emocionado que no puedo esperar, así que vamos al grano. —Juntó las manos con una palmada—. Como ya habréis visto, publicado con tan poca elegancia por la prensa, me casé hace poco. Por cuarta vez, pero ¿quién lleva la cuenta?

A algunos de los miembros del equipo técnico se les escapó una

carcajada entrecortada, como si supieran muy bien de lo que hablaba.

Y sí, él había visto esos titulares sobre Bauer y su flamante esposa, muchísimo más joven que él. Sin embargo, nada de eso tenía que ver con el *hockey*, así que había pasado de las historias. En ese preciso momento, desearía haber hecho algo más que leerlas por encima.

—Mi mujer está esperando gemelos, ¿quién lo iba a decir? Hace tiempo que no tengo a chiquitines correteando cerca, pero la noticia ha hecho que me dé cuenta de lo agotadora que puede ser la vida de un director general. Mi salud es ahora más importante que nunca y tengo que centrarme en eso para poder acompañar a mis gemelos. —Y añadió con sorna—: Beber para librarme del estrés mientras analizo la posición en la tabla y las predicciones de los *playoffs* no va a ayudarme a estar presente en el momento. Para ellos. De hecho, mi cardiólogo me sugirió hace años que dejara el puesto. Es hora de hacerle caso. Por lo tanto, y sin más dilación, me gustaría anunciar que mi hija, Reese Bauer, ocupará el puesto de directora general de los Bearcats.

Se habría podido oír un alfiler caer al suelo.

Su equipo de *hockey* lo iba a dirigir una mujer.

Una de la que no sabían nada.

Muy bien. Dejando de lado que no había ni una sola mujer directora general en la liga, solo asistentes del director general, su nombre le resultaba totalmente desconocido. ¿Estaba cualificada? Si sabía arrimar el hombro y tomar decisiones difíciles, le daría la bienvenida como a cualquier hombre, pero, en ese momento, solo tenía una cosa en mente.

¿Cómo iba a afectar eso a su contrato? ¿A sus posibilidades de ser capitán?

Bauer siguió, sin inmutarse, con los ademanes de un hombre a

quien no le importaba cómo recibieran sus noticias, después de haber tomado una decisión que los demás tenían que aceptar y que seguramente llegaba tarde a una reserva para cenar.

—Reese se graduó en Princeton. Acabó entre los primeros puestos de su promoción. Llevo los últimos meses guiándola en silencio y estoy convencido de que es justo lo que este equipo necesita para seguir siendo uno de los aspirantes a ganar la liga mientras yo me centro en mi salud. En mi familia. —Carraspeó y señaló hacia el fondo de la sala con una mano—. Reese.

Sig se volvió y observó a una mujer vestida con un traje pantalón rojo que recorría el pasillo, con un reloj de oro en la muñeca que lanzaba destellos y la barbilla en alto. Supuso que Reese era hija del primer matrimonio de Bauer, ya que su primera esposa era negra y Reese parecía mulata. Y si él no se hubiera pasado seis meses analizando a Chloe en busca de cualquier señal, por pequeña que fuese, que pudiera indicar lo que estaba pensando, seguramente no se habría dado cuenta de que esa mujer estaba nerviosa, porque había algo en su forma de clavar las yemas de los dedos en la carpeta que llevaba a un lado que le decía que no estaba tan segura de sí misma como aparentaba.

Su voz, sin embargo, proyectaba otra cosa.

Era clara y firme.

—Hola. Gracias por el cordial recibimiento. Ya podéis cerrar la boca antes de que os entre una mosca.

—Estoy enamorado —susurró Mailer, acercándose para agarrarle el antebrazo a Sig—. ¡Su puta madre!

—En casa la he dejado —replicó Reese, sin inmutarse…, y fue en ese instante cuando Sig decidió que le caía bien. Algo que podría cambiar, dependiendo de su posición en el equipo una vez que se hiciera la restructuración, pero, de momento, parecía una tía legal—.

Sé que es una noticia difícil de asimilar, así que esta noche no entraré en detalles. —Abrió la carpeta, ojeó algo y la cerró de nuevo—. Baste con decir que estoy empeñada en hacer todo lo que esté en mi mano para acabar con una Stanley Cup en la sala de trofeos de los Bearcats. Lo que podría significar cierta reestructuración. Cambios en el presupuesto. Un análisis profundo para ver quién sirve mejor a los intereses del equipo.

Por segunda vez esa noche, le echaron una miradita rápida, en esa ocasión Reese.

¿Se podía saber qué significaba eso?

¿No pensaban que estaba sirviendo a los intereses del equipo o qué?

La sonrisa de Chloe apareció en su mente, y le costó no removerse, ansioso, en el asiento. Si su etapa con los Bearcats estaba llegando a su fin, tampoco podría servir a los intereses de Chloe. En el fondo, de ahí procedía el enorme peso que cargaba sobre los hombros.

—Llevo viendo *hockey* desde que llegué al mundo. Sé cuándo un equipo está a punto de alcanzar la gloria, de nuevo, y este lo está. De un tiempo a esta parte, siempre nos quedamos con la miel en los labios. Segundos. ¿Qué nos frena? —Asintió con la cabeza un momento—. Mi trabajo consiste en averiguarlo. Vuestro trabajo consiste en confiar en mí. ¿Podéis pasar por alto el evidente hecho de que soy mujer y confiar en mí?

—Sí —dijo Mailer con voz ronca—. Sin reservas.

Sig volvió la cabeza despacio para mirar al novato.

—¿Estás bien, colega?

El novato ni lo oyó.

—Yo puedo ser lo que necesitas —le dijo Mailer a Reese antes de darse cuenta—. Digo…, que estoy aquí por los resultados. Y para ti. Y para enseñarte el estadio. ¿Necesitas que alguien te enseñe el

estadio?

—No necesito nada, Pajarita —respondió Reese sin inmutarse.

El comentario hizo que la audiencia soltase unas risillas.

Mailer levantó una mano y se arrancó la pajarita, y el sonido que hizo dejó claro que iba con velcro.

—Os dejo para que disfrutéis de lo que queda de noche. Buena suerte cuando juguéis esta semana fuera de casa. Tal vez no me veáis, pero estaré allí para animaros desde el palco —dijo Reese antes de señalarse la cara serena—. Esta es mi cara de ánimo. No os lo toméis como algo personal. —Otra carcajada, más cálida, procedente del equipo—. Buenas noches.

Todos se pusieron en pie a la vez.

Sin embargo, el equipo se quedó de piedra cuando Reese se acercó a él.

—Señor Gauthier. —Ladeó la cabeza en dirección a la salida…, la que llevaba a los despachos de los directivos—. ¿Podemos hablar un momento?

Sig se sentó delante de la mesa blanca de diseño, entumecido hasta la punta de los dedos.

Meses preguntándose a qué atenerse con el equipo, rezando para que le ofrecieran un contacto que mereciera la pena, habían acabado en ese momento. Lo presentía. Esa mujer no le pedía a la gente que fuera a su despacho a menos que tuviera algo importante que decir.

Su destino pendía de un hilo. Como miembro de los Bearcats de Boston. Tal vez como jugador de *hockey*. Como el hombre que soñaba con mantener a Chloe durante el resto de su vida natural. Incluso más allá.

Reese se sentó con un ventanal a la espalda y la ciudad iluminada

tras ella.

Cruzó las manos sobre el escritorio.

—Vayamos al grano, señor Gauthier.

—Sig.

Ella asintió con un gesto titubeante de la cabeza, como si no estuviera segura de querer llegar a ese grado de informalidad.

—Sig. —Se dio unos golpecitos en un nudillo con un dedo—. No me voy a andar por las ramas. Eres el mejor lateral de la liga. Nadie es más rápido que tú. Tu habilidad para crear oportunidades de gol para el resto del equipo puede pasar desapercibida muchas veces, pero a mí no se me escapa.

Sin aliento de repente, Sig tosió contra un puño.

—Creía que no iba a andarse por las ramas.

Una expresión risueña asomó a la cara de Reese un segundo.

—«Gracias» es la respuesta que estás buscando.

—Todavía no voy a darle las gracias. —Sig la miró a los ojos—. ¿Va a traspasarme o a mejorarme el contrato?

El hecho de que ella pareciera no saber muy bien qué hacer no ayudó a que se le asentara el estómago.

—Estoy segura de que entiendes mi situación. Soy nueva. Voy a estar bajo el microscopio. Y, seamos sinceros, todos van a querer que fracase, lo digan en voz alta o no. Por ese motivo, tengo que ser una directora general excepcional. O soy la mejor, o me considerarán la peor.

—La entiendo. Lo que no sé es qué tiene que ver eso conmigo.

—Mi intención era ascenderte a capitán y pagarte el sueldo de ocho cifras que te mereces. Eso es lo que quiero hacer, porque es lo mejor para el equipo. Y aunque estoy bajo el microscopio… —hizo una pausa—, no estoy segura de que tú también quieras estarlo.

Sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Empezó a recordar retazos de su conversación con Burgess en la tienda de batidos ese mismo día: «¿Qué hay entre Chloe y tú? Explícamelo para ver cómo evitamos que te perjudique».

No le había hecho ni caso a la preocupación de su amigo. ¿Demostraban esas palabras que era válida? ¿Tan pronto?

—Lo siento —consiguió decir—. No sé muy bien a qué te refieres.

Reese levantó una ceja. No le hizo gracia que se hiciera el tonto, pero no sabía qué otra cosa hacer. No hasta que se hubiera enterado del alcance del problema.

—Se ha hablado mucho en los foros de los Bearcats sobre la chica de la sudadera rosa con el nombre de Gauthier. Está en primera fila en todos los partidos, se sienta con la novia de Burgess Abraham; así que, naturalmente, los fans suponen que la de la sudadera rosa es tu chica, porque tiene tu nombre en la espalda. —Se mantuvo inexpresivo, pero el pulso le latía a mil por hora. ¿Foros? ¿¡Qué cojones!?—. Es evidente que teníamos que investigar el tema. Fue fácil averiguar su nombre, porque las entradas se dejan en taquilla a nombre de Chloe Clifford todas las semanas desde el inicio de la temporada. Es tu hermanastra.

—Todavía no —dijo como pudo—. No hasta dentro de dos meses.

—Me vas a perdonar, Sig, pero no creo que la gente vaya a hacer esa distinción. Es más, no quieren hacerla. —Captó la lástima en su cara, pero no le gustó. No quería verla ni reconocerla. No hacía falta que lo compadecieran. No había perdido a Chloe. No la había arruinado. Todavía no—. Y después del artículo que ha salido en la edición de hoy del *Boston Globe*, solo me cabe esperar que los rumores corran como la pólvora. Porque no parece que sea un rumor. ¿Verdad?

Sig apenas podía oír a Reese por encima del martilleo en su cráneo.

—¿Qué artículo?

Reese no se movió de inmediato, pero, cuando lo hizo, abrió el portátil que tenía delante, pulsó unas teclas y le dio la vuelta.

Las imágenes fueron lo primero que le llamó la atención. Chloe y él paseando a Pierre esa misma mañana, antes del amanecer. Hombro con hombro, sonriéndose el uno al otro, como si fueran las dos únicas personas del mundo, con su mano apoyada en la base de la espalda de ella. Junto a esa instantánea, había otra de Chloe en un partido reciente, con las palmas de las manos pegadas a la mampara mientras él pasaba patinando.

El titular fue como un puñetazo: «¿La hermanastra se pasa de la raya?» y…, por Dios, no podía seguir leyendo. No sin que se le revolviera el estómago.

—Ahora mismo, solo es una nota corta en la sección de entretenimiento, pero no creo que la historia vaya a seguir en un segundo plano mucho tiempo. No después de que tu representante pidiera que sacaran tu nombre de la lista de los solteros más codiciados de Boston… justo ahora. Esta relación secreta parece ser el motivo. Los rumores van a empeorar si te nombramos capitán.

Estaban hablando de su futuro. Un sueldo de ocho cifras. Ser capitán de una franquicia de la NHL.

Todo lo que había soñado.

Sin embargo, solo pensaba en llegar junto a Chloe. Deprisa. ¿Sabía ella lo del artículo? Peor todavía, ¿se habría enterado su madre? ¿Se lo habrían dicho sus abogados? ¿Estaba perdiendo los ingresos que necesitaba para mantener a Chloe y le estaba cortando a ella el grifo del dinero, todo a la vez? ¡Por Dios, tenía que ir al piso de Chloe! Ya. O…

Joder. ¿Eso empeoraría las cosas?

—No puedo permitir que el público cuestione si nuestro capitán tiene una relación sentimental con su hermanastra. Y viendo estas

fotos, no creo que vayan a tener dudas siquiera.

Sig abrió la boca para negar que Chloe y él fueran… algo más.

Aunque no pudo.

No cuando estaba dispuesto a vender su alma para casarse con ella.

No cuando le había comido la boca a besos esa tarde.

—No es una… aventura a escondidas. No es eso. Es mi mejor amiga. Es…

—Eso les dará igual, Sig.

Le aterrorizaba hacer su siguiente pregunta, pero necesitaba irse. A la de ya. Necesitaba llegar junto a Chloe, pero antes quería tener la imagen completa para saber a qué se enfrentaban.

—Pon las cartas sobre la mesa, por favor —le pidió, tuteándola.

—No puedo obligarte a hacer lo correcto, sobre todo en lo referente a tu vida personal.

—¿Lo correcto?

—Ajá. —Levantó un poco la voz—. Te han pillado en una relación inapropiada. La prensa podría soltar esta bomba en cualquier momento. Y esta organización quiere cubrirte las espaldas. Lo negaremos, nos inventaremos algo, nos reiremos del tema. Lo que haga falta. Pero solo si somos sinceros.

—En resumidas cuentas…

—Aléjate. Establece límites en vuestra relación. Nada de «Sudadera Rosa», se acabó su presencia en los partidos. Vive como si te estuvieran vigilando, porque salta a la vista que es así…, y el escrutinio va a aumentar de ahora en adelante. ¿Quieres ser capitán y tener un sueldo desorbitado? Tu reputación tiene que ser intachable.

«Establece límites».

«Nada de Sudadera Rosa».

El mundo se derrumbaba a su alrededor, lo que más quería se le escapaba de las manos. Chloe. Era imposible alejarse de lo que tenían. Eso lo mataría.

—Contamos con dos semanas para ofrecerte un contrato formal, antes de que quedes libre. —Señaló el portátil con la cabeza—. Necesito saber qué vas a hacer con esto antes de mover ficha. Tenemos que acabar con la historia. No sé cómo hacerlo si sigues viéndola. Si mantienes las cosas tal como están. —Reese frunció de nuevo el ceño, y él captó un deje compasivo en su voz—. Lo siento, pero vas a tener que tomar una decisión: o el *hockey*, o ella.

Capítulo dieciséis

Chloe estaba en el suelo de su dormitorio acariciándole la barriga a Pierre y diciéndole que era muy bueno cuando la llamaron por teléfono. Al ver que se trataba de Grace, se levantó de un salto y carraspeó, ya que quería estar alerta y demostrar una actitud profesional durante la conversación.

Aprovecharía la oportunidad para comunicarle a su tutora que iba a darlo todo por el arpa.

Se acabó lo de seguir aprovechándose del talento natural. Estaba preparada para trabajar duro, que era lo que tendría que hacer para conseguir el puesto de primera arpista cuando Grace lo dejara vacante. La verdad, había esperado sentirse aterrorizada por el trabajo agotador que le esperaba, pero una vez tomada la decisión de ir a por todas, algo en su interior se había asentado. Se había centrado. Esa determinación, arraigada en sus huesos y que le llegaba a la punta de sus dedos, la llevó a preguntarse si había estado posponiendo durante mucho tiempo algo que deseaba en secreto.

Alcanzar la fama por méritos propios. No ser solo un objeto de exhibición o un objeto del que regodearse…, sino un miembro de una orquesta. Era su oportunidad de descubrir lo que podía conseguir por sí misma.

Muy bien. Casi por sí misma. Su tutora desempeñaría un papel muy importante.

—Hola, Grace —dijo cuando aceptó la llamada, de pie en el salón —. Me alegro mucho de que hayas llamado. He tomado una

decisión…

—¿Te has liado con tu hermanastro? Sí o no.

Todo empezó a darle vueltas y la oscuridad amenazó con invadir su visión periférica.

Sentía una opresión en el centro del pecho, cada vez más intensa, de manera que le costaba trabajo respirar.

—¿Qué?

—Sí o no.

—No.

—No te creo.

Se dejó caer al suelo, donde acabó sentada con las piernas cruzadas y una mano sobre el abdomen en un intento por contener las náuseas.

—Yo… Lo siento, no entiendo a qué viene esto.

—Alguien me ha enviado un artículo del *Boston Globe* titulado «¿La hermanastra se pasa de la raya?».

Sintió un repentino zumbido en los oídos y recordó el último partido que los Bearcats jugaron en casa. El periodista. Las preguntas que le hizo sobre su relación con Sig. ¿Cómo había podido olvidarse de él?

—Por cierto —siguió Grace—, hay mucho sarcasmo en ese signo de interrogación. Es una insinuación a gritos, vamos. ¿Y las dos fotos en las que sales mirándolo embobada? ¡Joder, Chloe! Mi nombre no puede acabar relacionado con este tipo de cosas.

El suelo había desaparecido debajo de sus pies. Y estaba cayendo al vacío.

—No es lo que parece. No estamos… —¿Qué? ¿Enamorados? ¿Planeando pasar la noche en la cama, cediendo por fin a la tortura del deseo constante? ¿Cómo podía negar algo que era tan cierto? Tan evidente tanto por dentro como por fuera. Clavó los ojos en la

puerta, suplicándole a Sig que la abriera de repente. «¡Socorro!»—. Nuestros padres se casan dentro de dos meses. Tenemos muy claro lo que eso significa… para nosotros.

—¿Y hasta entonces? —farfulló Grace.

—Es mi mejor amigo. Es… —Se llevó la mano al pecho—. No tengo palabras para describirlo.

—¿Qué te parece «el ser humano más perfecto que hay sobre la faz de la Tierra»? Así me lo describiste el día que nos conocimos. —Grace soltó el aire despacio—. ¿Estás enamorada de él?

Entró una llamada por la otra línea.

Sig.

¡Ay, por Dios, seguro que había visto el artículo!

¿Qué pensaría Sig? ¿Habrían citado sus palabras exactas? ¿Qué fotos habían incluido? ¿Cortaba la llamada con Grace y respondía para acordar con él qué explicación daban? ¿Necesitaban acordar una explicación cuando, técnicamente, no habían hecho nada malo?

—Eso responde mi pregunta —dijo Grace con sequedad.

Sintió unas ardientes punzadas en la parte posterior de los párpados.

—Todavía no he visto el artículo. Necesito un poco de tiempo para leer lo que dice…

—¿Para ingeniar una mentira con la que calmarme? Chloe, lo siento. Tienes mucho talento y me caes bien, pese a ese halo de chica mágica y perfecta que te rodea. Pero está en juego mi carrera. Tengo que apartarme antes de que esto empeore.

—Vas a darme la espalda —susurró Chloe.

Grace cortó la llamada, esa fue su confirmación.

Se tapó la boca con la mano. El silencio en el piso era ensordecedor en cierto modo. Seguía mirando fijamente a la puerta, esperando a Sig, pero en ese momento veía el marco borroso y el corazón le

martilleaba con fuerza en el pecho.

Todavía tenía el móvil en la mano cuando volvió a sonar.

Aceptó la llamada.

—Sig.

—Chloe —dijo él con voz ronca.

Nada más. Eso bastó para comunicarle que ambos estaban al tanto de la existencia del artículo.

Ambos estaban al tanto de que los habían pillado en su mutuo enamoramiento.

—¿Vas a venir? —le preguntó.

—No creo que sea prudente.

Todo su cuerpo se estremeció al escuchar la noticia de que no lo vería de forma inminente. Grace la había abandonado. Y Sig también iba a abandonarla.

—Creo que deberíamos vernos en otro sitio —añadió, y ella oyó de fondo que cerraba la puerta de su camioneta.

El alivio floreció en su pecho como una flor silvestre y apretó el móvil con más fuerza contra su cara, como si fuera la mano de Sig. ¿Cómo había podido dudar de él aunque fuera un segundo?

—¡Oh! Creía que ibas a decir que no podíamos seguir viéndonos.

—Eso no tiene gracia, Chloe.

—No era una broma.

—Antes muerto y enterrado que alejarme de ti.

—Lo mismo digo —susurró—. Por eso estamos en este marrón.

Un suspiro.

—Sí.

Que Sig no la tranquilizara de inmediato asegurándole que podrían arreglar ese desastre le revolvió el estómago. La cosa pintaba mal. Muy mal. Fatal.

—Voy a enviarte una dirección. Pide un Uber. Es un trayecto de

veinte minutos. Creo que… No sé. Mejor nos alejamos un poco de tu casa. Si crees que alguien te está siguiendo, dile al conductor que dé media vuelta y regresa.

—Vale. —Se puso en pie y echó a andar hacia su dormitorio, alarmada por la falta de sensibilidad en las piernas. Por la repentina sensación de que su piso era tierra extraña—. ¿De dónde es la dirección?

—De un hotel. —Esas tres palabras pronunciadas con voz ronca le acariciaron el oído—. Es bastante probable que vaya a empeorar la situación, pero esta mañana tomé la decisión de que iba a follarte esta noche, Chloe. No hay vuelta atrás. Necesito tanto tenerte debajo de mí que ahora mismo tengo un nudo en el estómago. Y ahora que lo nuestro está amenazado, te necesito mucho más, ¿vale? Si entras en esa habitación de hotel, hazlo sabiendo que vas a acabar la noche gimiendo mi puto nombre.

Chloe se detuvo por necesidad en el vano de la puerta de su dormitorio, con todo el cuerpo estremecido por un ardiente escalofrío.

—Eso es lo que deseo. Lo deseo desde hace seis meses.

—Ven, entonces. Ven conmigo. —De fondo se oía el ruido del tráfico y el motor de la camioneta—. Primero voy a asegurarme de que estás bien, cariño. Pero no puedo seguir así. No puedo más. Te deseo tanto que me duele todo.

¿Lo había oído alguna vez hablar de esa forma tan cruda y sincera?

¿Eso era lo que llevaba conteniendo todo el tiempo?

Sig siempre había sido tan intenso que parecía un poco salvaje, pero *¿esa* faceta suya?

El conductor del Uber iba a preguntarse por qué sudaba tanto.

—Saldré por la puerta dentro de cinco minutos. —En ese momento oyó un gruñido que la sobresaltó. Pierre entró en su dormitorio con

expresión aburrida y dejó caer el trasero en el suelo de golpe—. ¡Ah! Tendré que llevarme a Pierre.

—¡Por Dios!

—Sig, así harás que se sienta mal. ¿El hotel admite perros?

—Esta noche admitirá uno, les guste o no. No pienso aceptar un retraso.

—¿Has visto? Fíjate. Serás un estupendo capitán de los Bearcats.

El silencio se alargó tanto que empezó a preocuparse, pero antes de que pudiera preguntarle por qué se había callado, Sig dijo:

—Te enviaré el número de la habitación en un mensaje.

—Vale. —Sacó una maleta de mano del armario y la dejó sobre la cama—. Hasta ahora.

Pasaron unos segundos.

—¡Joder! No quiero cortar la llamada —dijo Sig.

—Yo tampoco. Pero iré más rápido si no me distraes con esa voz tan sexi que tienes.

—¿Crees que mi voz es sexi?

—¡Sí! ¿No te lo he dicho nunca?

—No. —Hizo una pausa—. ¿Qué tiene de sexi?

—Todo. Es tan ronca y grave. Haces que cada palabra suene como si fuera chocolate fundido. —Sostuvo el teléfono entre la oreja y el hombro mientras sacaba de la cómoda su ropa interior más atrevida, además de una camiseta de dormir y una muda de ropa, y lo arrojó todo sin más a la maleta—. ¿Tú crees que mi voz es sexi?

—La que más. Sobre todo cuando les gritas burradas a los árbitros. —Soltó un gruñido—. Pero voy a hacer que suene todavía mejor.

Una ardiente oleada de deseo se extendió despacio desde sus pezones hasta su sexo, tensando todos los músculos por el camino.

—¿Cómo vas a conseguirlo?

—Haciéndote gritar hasta dejarte afónica.

—Por cierto… —susurró, temblando de arriba abajo y con la piel acalorada—. A lo mejor tengo que pasar un rato con mi vibrador antes de llamar a ese Uber.

—¡Ni se te ocurra, Chloe! Sigue aguantando conmigo.

Se mordió el labio hasta que le dolió.

—No sé si me queda aguante.

—Sigue haciendo la maleta. Como oiga algún zumbido, no sabes la que te espera. ¿Estás mojada? Bien. Sigue así hasta que pueda acariciártelo y estés abierta de piernas en la cama conmigo. —Oyó el golpe de su puño contra el volante—. ¡Joder, Chloe! No sabes cómo me pones. No sé si seré capaz de registrarme en el hotel con la polla tan dura. —Soltó un suspiro entrecortado—. Ven a aliviarme, chica de mis sueños. Ven a que te alivie.

—Voy corriendo.

—Ni se te ocurra correrte antes. Lo digo en serio.

Se rio, pero la carcajada le salió un poco rara. Una especie de gemido desesperado y anhelante. Dio un golpecito en la pantalla para activar el altavoz, lanzó el móvil a la cama y empezó a correr de un lado para otro, añadiendo artículos de aseo y cosas para Pierre a la maleta, tras lo cual cerró la cremallera y pidió un Uber mientras escuchaba la respiración acompasada de Sig al otro lado de la línea.

—Voy para la puerta —anunció, con la correa en una mano y el asa de la maleta en la otra.

—Vale. —Sig suspiró—. Supongo que será mejor que cuelgue. No quiero que hagas algo inapropiado en la parte trasera del Uber.

—Pues tampoco sería tan raro, te lo aseguro. —Salió del edificio y vio el sedán negro doblando la esquina de la calle—. Ya está aquí el Uber.

—Comprueba la matrícula.

—Ya lo he hecho. —Tragó saliva con dificultad—. Hasta dentro de

nada.

—Gracias a Dios.

Colgaron y, tras una breve discusión con el conductor sobre Pierre, se pusieron en marcha. A los diez minutos de trayecto, recibió un mensaje de texto de Sig.

Habitación 1125

De algún modo, supo que recordaría ese número durante el resto de su vida.

El tráfico de Boston debía de saber lo mucho que necesitaba llegar junto a Sig, porque por una vez cooperó, y pudieron circular con rapidez hacia el norte, en dirección a Medford, mientras Pierre se echaba una siestecita a su lado en el asiento trasero, felizmente ajeno a que su nueva dueña estaba a punto de hacer realidad un sueño que llevaba seis meses gestándose, aunque una de sus aspiraciones más recientes acabara de quedar fuera de su alcance. En ese momento, no quería pensar en eso. Solo quería llegar hasta Sig, dejarse llevar, que la absorbiera. Absorberlo ella a su vez. Por fin. Por fin. Por fin iban a romper las reglas, y su cuerpo lo sabía, se sentía excitada, con los pezones duros y la cara interna de los muslos en tensión. Preparada.

En cuanto llegó al hotel, supo que no era de los que admitían perros.

Era demasiado bonito.

Tendría que ser creativa.

—¿Por casualidad no tendrás un carrito para el equipaje? —le preguntó al botones mientras el conductor del Uber sacaba su maleta del maletero.

—Sí, señorita. —Cuando volvió con el carrito y vio su única y diminuta maleta, levantó una ceja.

—¡Uf, qué sed tengo! —Se frotó la garganta y tosió de forma

exagerada—. Creo que… sí, me voy a ahogar.

—En el vestíbulo tenemos botellas de agua. Le traeré una.

—Gracias —dijo con voz débil.

Cuando el botones desapareció por las puertas automáticas del vestíbulo, sacó a la fuerza del coche a Pierre, que gimió mientras lo subía al carrito del equipaje, y se apresuró a taparlo con su chaqueta mientras el conductor meneaba la cabeza en señal de desaprobación.

—Te doy una propina del treinta por ciento si no dices nada.

—No soy un soplón —dijo el hombre mientras volvía a sentarse al volante.

—Siéntate, Pierre. Quieto. —El *bulldog* permaneció inmóvil—. ¡Muy bien! ¡Así me gusta!

Las puertas automáticas se abrieron y el botones salió a la carrera, ofreciéndole una botella de agua. Ella la cogió y bebió un sorbo mientras le apretaba el antebrazo, agradecida.

—Gracias. Madre mía, ahora estoy mucho mejor.

El muchacho asintió con la cabeza.

—¿Quiere que le lleve el carrito a su habitación?

—¡Ah, no! Siempre me hago cargo de mi equipaje. —Sacó un billete de veinte dólares de la cartera y se lo puso en las manos—. Es una costumbre. Yo lo llevo.

—Vale… —dijo el botones, desconcertado—. Los ascensores están a la derecha de la recepción.

—Gracias.

Chloe atravesó el vestíbulo con el carrito del equipaje (donde solo llevaba una pequeña maleta y un misterioso bulto), sonriendo a todo aquel con el que se cruzaba con la esperanza de distraerlos del perro que se retorcía debajo de su chaqueta… o de convencerlos de que mantuvieran la boca cerrada. Por suerte, entró en un ascensor vacío y pulsó el botón de la planta once sin incidentes. En cuanto la puerta

se cerró, se dejó caer contra la pared.

Dos minutos más tarde, estaba delante de la habitación 1125.

Llamó a la puerta y se le disparó la adrenalina cuando oyó los pasos que se acercaban. El corazón le dio tal vuelco que fue como si hubiera recibido un cañonazo en el pecho. Le sudaban las palmas de las manos. Y, entonces, la puerta se abrió y allí estaba. Sig.

Guapísimo y estresado. Y con ropa de vestir, algo muy raro y maravilloso.

Tenía el pelo alborotado por haberse pasado los dedos por él y aferraba el marco de la puerta como si fuera a arrancarlo en cualquier momento mientras se la comía con los ojos, mirándola de arriba abajo.

Hasta detenerse en el bulto del carrito del equipaje.

—Eso es el perro, ¿no?

—He improvisado.

Esbozó una pícara sonrisa torcida y apartó la mano del marco de la puerta, aunque siguió mirándola mientras metía el carrito en la habitación y destapaba al perro con una floritura, meneando la cabeza al darse cuenta de que estaba dormido como un tronco.

—Muy apropiado, ¿verdad? —le dijo al tiempo que se acercaba despacio, la cogía por la muñeca y tiraba para que entrase en la habitación, que ella descubrió que era una *suite* espaciosa casi a oscuras. Acto seguido, la empujó contra la pared y la inmovilizó. Con fuerza. Le cogió la cara entre las manos y se la levantó para que lo mirase—. La tarde que nos conocimos, me ayudaste a colarme en el club de campo. —Posó los labios sobre los suyos, tomó una honda bocanada de aire y luego ambos exhalaron a la vez. Saboreándose el uno al otro. Disfrutando del hecho de estar juntos. Solos. Sin reglas. Sus problemas seguían ahí, pero al mismo tiempo estaban lejos, y acordaron tácitamente pasar de ellos. Pasar de todo menos de lo que

sucedía entre los dos. Solo de momento, mientras estuviera oscuro y nadie supiera dónde estaban—. Y ahora vienes y cuelas al perro en el hotel la noche que voy a hacerte mía. Detecto un patrón.

Chloe hizo un leve movimiento de cabeza.

—Soy tuya desde hace mucho tiempo.

—Nunca será suficiente. —Le restregó los labios de un lado a otro contra los suyos—. Diez mil años no serían suficientes. —La miró a los ojos—. ¿Estás bien?

Con las prisas por reunirse con él, había conseguido olvidarse un poco del artículo, pero la expresión preocupada de Sig hizo que todo volviera, recordándole que estaban bajo escrutinio.

—Sí. —Se humedeció los labios—. ¿Cómo te enteraste de lo del artículo?

—En la reunión del equipo. Tenemos una nueva directora general. Y me ha…

—¿Una directora? —preguntó, torciendo el gesto—. ¡Qué bien!

—Sí.

Al ver que no decía nada más, alargó la mano para acariciarle un lateral de la cara, y casi le estalló el pecho cuando él se volvió hacia su palma y frotó la mejilla contra ella.

—¿Qué ha pasado?

Sig cerró los ojos. Meneó la cabeza. Se pegó más a ella, como si inmovilizándola pudiera impedir que desapareciera. Detener lo que les estaba pasando.

—Sig —insistió, con un doloroso pinchazo en un costado por culpa del miedo.

—No van a ofrecerme un nuevo contrato por esto. Por nosotros. Por la mala impresión que causaría. Por la mala imagen que le daría al equipo. Quieren que me aleje de ti, pero no puedo hacerlo, ¡joder! No lo haré. —Abrió la boca contra su cuello, besándola justo allí

donde le latía el pulso y luego subió los labios hasta la oreja—. Suecia me tienta muchísimo ahora mismo.

La desolación repicó como una campana en su interior. Acompañada de la negación.

—Sig. Yo… lo siento mucho. No puedo creer que esté pasando esto. —Reunió todas sus fuerzas y se apretó contra su pecho—. Ese contrato, ese puesto de capitán, es lo que más quieres.

—¡Te equivocas! Tú eres lo que más quiero.

—Si para conseguirlo tienes que alejarte de mí, eso es lo que debes hacer.

—Ni hablar —masculló él.

—Sig.

—¿No dijiste algo de que querías sentir el peso de un hombre sobre ti? —Capturó sus labios y la besó. Fue un beso ardiente y apasionado durante el cual su lengua lamió y mató cualquier protesta antes incluso de que pudiera verbalizarla. A esas alturas, le había puesto las manos en las piernas y le estaba subiendo la falda mientras la distraía con la boca. Esas manos grandes y ásperas se deslizaron por la parte posterior de sus muslos hasta aferrarle el trasero con brusquedad para acariciárselo y levantarla del suelo, gimiendo contra u boca—. Rodéame con estos muslos tan bonitos. Estás a punto de sentir mi peso.

Las piernas de Chloe lo obedecieron al instante y le rodearon las caderas, jadeando al sentir su erección entre los muslos.

—Hablaremos de… todo esto… luego —consiguió decir.

—No hasta que me haya corrido dentro de ti —replicó él con voz ronca, mientras se adentraba con ella en la *suite*. Atravesaron una oscura sala de estar y llegaron a un dormitorio iluminado por una lámpara, a través de cuya ventana se veía el centro de Boston como una imagen azul blanca—. No hasta que sepa cómo gritas cuando te

corres. Cuando tenga la polla tan grande que no podamos movernos más. —Sig la arrojó a la cama y se tumbó sobre ella, aplastándola sin miramientos contra el colchón… y el estremecimiento que eso le provocó estuvo a punto de arrancarle un grito de placer—. ¡Joder, no sabes cuánto deseaba esto!

—Yo también —susurró mientras él movía las caderas y se oía el frufrú de su ropa en la silenciosa habitación—. Todo tu peso. Todo.

—¿Quieres más? Toma. Te dije que no iba a parar hasta que se te derritan las piernas. —Le empujó las rodillas hacia los hombros, y Chloe se estremeció mientras sus bocas se fundían y sus cuerpos se frotaban el uno contra el otro—. ¿Puedo prescindir de la ternura esta noche? —le preguntó él entre jadeos, sorbiendo sus labios—. Lo que siento por ti no es muy tierno que digamos.

Chloe sintió un hormigueo en la coronilla.

—¿Cómo te sientes?

—Como si no pudiera respirar. Ahogado por el afán posesivo. Como si me ardiera la puta sangre. —Le agarró el pelo con una mano y le tiró de la cabeza hacia atrás, gimiendo contra su cuello y pasándole los dientes sobre esa piel tan sensible—. Necesito follarme a mi chica. Ahora mismo.

Chloe abandonó cualquier pensamiento, temor o preocupación que le quedara, y se centró en sus impulsos más inmediatos. En sus necesidades. Y Sig era la única que tenía. Le lamió el mentón y le clavó los dientes en la oreja, satisfecha al percatarse de que contenía el aliento y se le ponía todavía más dura contra su sexo.

—Pues arráncame las bragas y fóllame de una vez.

Capítulo diecisiete

Había soñado que Chloe Clifford le decía guarradas.

Lo había soñado muchísimas veces. Había oído su dulce y refinado acento de Connecticut diciéndole guarradas muchas veces, pero pese a todo, no estaba preparado para oír a Chloe diciéndole «fóllame». Ni su cuerpo, ni su mente, ni su polla estaban preparados. La anticipación era tan brutal, lo inundaba de tal manera, que no sabía en qué punto se había desbordado. Solo tenía claro que le llegaba a la garganta, al pecho, a la punta de los dedos, y que era casi incapaz de formar un plan coherente para llevarla al orgasmo. Que era lo primero en su lista de necesidades, por encima de oírla decir guarradas.

Se besaron con frenesí tumbados en la enorme cama, mientras ella le retorcía la ropa entre los dedos y tiraba de él para acercarlo a su cuerpo, lo que le provocaba una sensación alucinante. Una sensación que había subestimado. Que esa mujer, su chica, lo abrazara como si también temiera que se iba a acabar el mundo si se separaban. Evidentemente, ansiaba enterrarse entre sus muslos, pero no podía dejar de besarla. Le resultaba imposible. Todavía no se habían besado lo suficiente. Nunca llegarían a un punto en el que se hubieran besado lo suficiente. ¡Por Dios! A Chloe no le importaba echar un polvo guarro, y eso le encantaba. No le importaba que se la follara como si acabara de salir de la cárcel. No le importaba que le lamiera el mentón, el cuello, que le metiera la lengua tan dentro de la boca que sentía la vibración de sus gemidos en la barriga.

Sí, seguramente habría sido incapaz de romper esa cadena de

besos que los estaba dejando sin aliento y habría seguido allí hasta la mañana siguiente sintiendo las caricias de sus labios y comprobando cómo se empalmaba cada vez más, pero Chloe empezó a levantar las caderas y a frotarse contra su bragueta con las pupilas dilatadas por completo, y supo que necesitaba correrse. Ya.

—Vas a correrte, Chlo. Ese es mi puto trabajo.

—Pues ponte a ello —replicó con voz temblorosa—. Por favor. Por favor.

Se le escapó un gemido que más bien parecía un trueno y se obligó a incorporarse un poco para sentarse a horcajadas sobre su cuerpo y empezar a desnudarla con manos frenéticas, jadeando y rasgándole la ropa, sin que sus miradas se apartasen, acalorándose cada vez más. Más, más. Chloe se quitó la camisa con ese contoneo característico que lo dejó sin aliento mientras le subía la falda y le bajaba unas diminutas bragas negras hasta los tobillos. Nada más ver por primera vez ese triángulo de vello rubio acabó de empalmarse del todo. Nada más ver el lugar donde se unían sus muslos, encerrando entre ellos ese coño tan mojado, tan preparado y tan perfecto.

—Me parece imposible no haberte visto antes así, ¿sabes? —dijo con la voz tan espesa como el barro—. ¿Cómo es posible que te conozca como a la palma de mi mano sin haber visto lo que hay debajo de tu ropa? —Se quedó de golpe sin palabras cuando le quitó el sujetador y la dejó desnuda, salvo por la falda, que tenía arrugada en la cintura—. Dios, Chloe. Eres… ¡increíble! —Su contención desapareció al mismo tiempo que el brazo con el que se apoyaba cedía, y cayó hacia delante, sobre la chica de sus sueños, que absorbió su peso con un jadeo feliz mientras le enterraba los dedos en el pelo y él le lamía encantado los pezones y las tetas, que tenían el tamaño justo para las palmas de sus manos.

—Sí, Sig. Sí. ¡Dios!

No pudo evitar poner los ojos en blanco de puro placer. Por los tirones que Chloe le daba en el pelo, al ver que sus pezones iban aumentando de tamaño a medida que los lamía y se los chupaba mientras le acariciaba el torso con una mano que fue bajando hasta acariciarla entre los muslos, en ese lugar tan resbaladizo que empezó a tocar como si fuera un instrumento que nunca había visto, aunque había nacido con la pericia necesaria para hacerlo vibrar.

Como un prodigio.

«Se lo diré luego. Que los dos somos prodigios. Seguro que se ríe».

Que ya estuviera deseando hablar con ella (cuando tenía la polla más dura que una piedra) lo decía todo. «Quiero a esta mujer. La quiero mucho». Tanto que se movió por instinto para complacerla. Apartó la boca de ese rígido pezón y fue descendiendo por su cuerpo más y más para succionarle los labios mayores al tiempo que introducía el dedo corazón entre ellos y la penetraba con suavidad. Los gemidos que se le escapaban sacaron a la superficie todos sus instintos animales.

—Sig, quiero sentirte dentro. Ya. ¡Por favor!

—Paciencia, chica de mis sueños.

—¡No!

Soltó una risilla, pero tuvo que dejar de reírse para tragar saliva con fuerza cuando le separó los labios del todo, momento en el que por fin pudo lamerla donde más lo deseaba, y se lanzó de cabeza. Le acarició el clítoris con la punta de la lengua, trazando suaves círculos a su alrededor antes de darle un lametón desde arriba, muy despacio, mientras le acariciaba las cara interna de las rodillas con los pulgares… y, ¡joder!, sintió que se mojaba todavía más. Que gemía más fuerte.

Nunca necesitaría otro trofeo mientras viviera.

Sentir que Chloe se iba excitando más y más mientras le comía el coño era la victoria definitiva.

—Sig. Te necesito.

—Ni la mitad de lo que te necesito yo —replicó con voz ronca, con la palma de la mano derecha recorriendo el interior de un muslo, mientras el dedo corazón y el índice de la otra le separaban los pliegues, preparándose para introducirse en ese cuerpo tan ardiente y asegurarse de que estaba lista. Sin embargo, quería mirarla a los ojos la primera vez que la penetrara, así que le acarició el clítoris con la lengua un par de veces más hasta que sintió que se le estremecían los muslos y después fue ascendiendo por su cuerpo dejando un húmedo rastro con la lengua, y se detuvo cuando sus frentes estuvieron pegadas. Para mirarla con todos esos sentimientos tan salvajes y poderosos que llevaba en el pecho.

Acto seguido, le metió dos dedos en ese coñito tan apretado, sin dejar de gemir.

Y soltó unos cuantos tacos al sentir que se tensaba en torno a sus dedos y que esos ojos azules se ponían vidriosos.

—Te juro por Dios que me he pasado toda la vida deseando entrar dentro de ti.

—¿Y?

Empezó a sacarle y a meterle los dedos, mojándola todavía más, preparándola al máximo.

—A partir de ahora, voy a pasarme el resto de la vida asegurándome de que puedo quedarme aquí.

¡Por Dios, era una obra maestra, así de sonrojada y con la piel brillándole por el sudor! Con las marcas de sus chupetones. Tan hinchada. Tan perfecta.

—Eres el único que debe estar dentro de mí —susurró ella al tiempo que le desabrochaba los pantalones y le bajaba con cuidado

la cremallera. Lo acarició a través de la rígida tela almidonada mientras él ahogaba un gemido en su cuello, sin apartar la mirada, sin ocultar nada—. No seas tierno conmigo. Fóllame como quieras.

¡Hostia puta!

No esperó ni un segundo más. No podía. Ninguno de los dos podía.

Se metió la mano en la bragueta abierta, se bajó el elástico de los calzoncillos para sacársela y, nada más colocarse entre sus muslos, se la metió de golpe hasta el fondo mientras jadeaba su nombre.

Ciego. Sentir su cuerpo cerrándose a su alrededor, presionándolo con fuerza, lo dejó ciego.

Sentir la contracción de sus músculos.

—Joder. Eres… —Se la sacó un poco y volvió a metérsela, gruñendo al oír los gemidos de Chloe, que lo aprisionó en su interior mientras levantaba las rodillas—. Mierda, Chloe. Dios. ¡Dios!

—No pares —dijo ella, clavándole las uñas en las caderas—. Me gusta mucho.

—Dime otra vez que soy el único. Pero sin cortarte.

Ella aceptó otra de sus embestidas con un grito.

—¿Tú vas a hacer lo mismo?

—Yo no pienso cortarme de ninguna manera, Chlo. —Movió las caderas en círculos y la oyó respirar de forma entrecortada—. Pero si me dices que mi polla es lo que le da sentido a tu vida, me sentiré mucho mejor mientras te follo. Llevo seis putos meses obsesionado contigo.

Su sinceridad la afectó claramente porque, al cabo de un momento, lo señaló con un dedo para indicarle que se acercara, y él la obedeció, cerrando los ojos mientras ella le susurraba al oído:

—¿Y si te digo que tu polla es tan grande y gruesa que noto cómo me roza el punto G? —Cuando Chloe le chupó el lóbulo de la oreja,

se le tensaron tanto los huevos que tuvo que respirar hondo para no correrse—. Y sé exactamente dónde está porque pienso en ti cada vez que me lo toco.

—Vale —susurró al tiempo que empezaba a moverse de nuevo. Con fuerza. Más fuerte. Más fuerte. Más fuerte—. ¡Joder!

—Fóllame —dijo Chloe, acariciándole el culo con las uñas—. Fóllame bien, cariño. Por favor.

¿¡Cariño!?

A esas alturas, el cabecero de la cama chocaba con la pared, y el estrecho y húmedo cuerpo de Chloe lo aceptaba de tal manera que lo obsesionaría toda la vida.

—Ya puedes parar —gruñó él.

Chloe arqueó la espalda al tiempo que gemía.

—Quiero que me folles así con la equipación puesta.

Sintió que el fuego lo consumía.

—¡Chloe! —Con las pelotas a punto de estallar, empezó a mover las caderas más deprisa, aceptando el paraíso que ella le ofrecía—. Te lo advierto.

—¿Qué vas a hacer? ¿Darme más fuerte? —le preguntó ella, con la respiración entrecortada y jadeante—. Vale.

Sig sintió que su dedo corazón le recorría la raja del culo hasta acabar penetrándole el ano. Acto seguido, su vagina se tensó en torno a él y fue como si su cuerpo, su mente y su alma se derritieran por completo. Peligro inminente. Ni siquiera tenía un nombre para lo que sentía. Era una especie de felicidad descontrolada por debajo de la cintura y una pérdida de coherencia en todo lo demás.

Los muelles de la cama protestaban debajo de ellos.

En algún momento, le había pasado los brazos a Chloe por debajo de las rodillas y le había subido las piernas para poder penetrarla desde arriba y, joder, joder, joder, a esas alturas ella lo había

penetrado con medio dedo y lo estaba masajeando en lugares que ni siquiera sabía que necesitaban un masaje, haciéndolo jadear como un perro mientras el sudor le pegaba la camisa medio desabrochada a la espalda… Estaba perdiendo el control. Por completo. Chloe lo estaba haciendo desertar cuando se suponía que debía estar concentrado en provocarle un orgasmo. Sin embargo, controlar su rudeza era más fácil de decir que de hacer, al menos, cuando ella estaba gimiendo y tenía los ojos en blanco.

—¿Te falta mucho, cariño? —¿De quién era esa voz? Parecía el lobo feroz—. Con este ritmo y tú haciendo eso…, voy a correrme ya.

—Estoy cerca.

—¿Muy cerca? ¿Ya?

—No lo sé. —Le metió el dedo todavía más—. Solo sé que me encanta tu polla y que la quiero dentro de mí para siempre. ¡Me encanta, me encanta, me encanta!

—Chloe. ¡Por favor!

—Me encanta que me trates como a una princesa en todas partes menos en la cama. —Le lamió el mentón. La melena rubia era como una nube alrededor de su cabeza—. Aquí, me tratas como a una…

—No lo digas —la interrumpió entre jadeos, con la polla palpitándole de forma muy peligrosa.

—¿El qué? —susurró ella con voz sensual, mientras sus caderas subían, subían y subían para encontrarse con sus embestidas.

—Lo que sea. Lo que vayas a decir. Te lo suplico.

No tuvo que decirlo. Algo en el mohín pícaro de sus labios completó la frase, y Sig soltó una burrada contra el cabecero de la cama que seguía golpeando la pared, obligado a retirarse para no acabar antes que ella.

—¡No! —gritó Chloe, como si no fuera la culpable.

—Tranquila —masculló al tiempo que se quitaba la camisa de un

tirón, de tal modo que los botones salieron volando en todas direcciones, y luego se dejó caer sobre el torso desnudo y le pasó la lengua por la cara interna del muslo izquierdo—. Mantén las piernas abiertas, joder.

La vio aspirar una entrecortada bocanada de aire en cuanto le lamió el coño, ahuecando el abdomen y estremeciéndose al tiempo que se aferraba a las sábanas.

—Sig.

—No te preocupes, preciosa, ya no te queda nada —le dijo, frotándola con los labios—. Te chorrea por los cachetes.

—Por favor.

—Quería estar dentro cuando te corrieras, pero eres así de mala, ¿verdad? —La penetró con dos dedos y los giró para encontrar ese punto áspero, tras lo cual empezó a acariciarlo con firmeza y rapidez —. No pienso quejarme por tener que comértelo dos veces. —Esperó a que ella se retorciera y gritara su nombre antes de pegarle la boca al coño y acariciarle el clítoris con suavidad de lado a lado, tras lo cual se lo chupó cada vez más fuerte y sintió que el orgullo le llenaba el pecho al ver que empezaban a temblarle los muslos de forma incontrolada y al oírla gritar de tal manera que el sonido reverberó en las paredes de la *suite* y en las de su corazón.

En cuanto llegó a la cima del orgasmo, la inmovilizó y se la metió hasta el fondo, como si no hubiera un mañana, como si ya no fuera a salir el sol y la mujer que tenía debajo fuese su única razón para vivir. Una de esas cosas, por lo menos, era cierta. En ese momento, solo existía Chloe y la roca palpitante dentro de su pecho que solo vivía para ella. Su cuerpo perdió el control de la misma manera que había perdido el control sobre lo mucho que la amaba hacía tiempo.

Pronunció su nombre con voz estrangulada y sucumbió a la pasión, alimentándola con sus desenfrenados envites. Chloe era la

única que podía provocarle ese deseo rayano en el dolor. El amor de su vida. Su Chloe.

—Mi Chloe. Siempre serás mía. ¡Siempre!

—Sí, lo sé. Lo sé.

—Superaremos todo esto —le dijo con la boca abierta y jadeando contra su cuello, mientras seguía embistiendo con las caderas y el sudor sellaba sus cuerpos. Los muslos de Chloe yacían lacios en el colchón, pero sus brazos lo rodeaban como si fuera un puerto en mitad de una tormenta.

Y, en cierto sentido, lo era.

Solo que no sabía de qué dirección procedían los vientos huracanados más fuertes.

Todavía no.

Capítulo dieciocho

Sig estaba recorriendo con el dedo índice la curva de la columna de Chloe, que estaba dormida, maravillándose de su forma y de su suavidad, cuando llegó el servicio de habitaciones. Pierre ladró y, a juzgar por el ruido que hacía, se había bajado del carrito de las maletas totalmente alerta, ladrándole al recién llegado.

—¡Mierda! —masculló mientras cogía una almohada de la cama para taparse con ella la polla al abrir. De camino a la puerta, sacó un par de billetes de veinte de la cartera e intentó silenciar al perro, pero sin logarlo—. Tío, que vas a conseguir que nos echen —masculló—. Tranquilízate un poco.

Abrió la puerta, tapándose con la almohada, y vio la expresión tensa del empleado del hotel.

—Disculpe, señor. No se permiten perros en este establecimiento…

Le metió el dinero en el bolsillo de la chaqueta.

—Vamos a dejarlo entre nosotros.

—¿Perro? ¿Qué perro? —preguntó el empleado sin perder comba antes de señalar con la cabeza hacia el interior de la habitación—. ¿Quiere que entre y prepare la mesa?

¿Con Chloe desnuda en la cama?

—No, gracias. Ya me encargo yo.

—Le daría la bandeja, pero no tendría cómo sujetarse la almohada.

—Claro —replicó con sorna—. Deja la bandeja en el suelo, ya la meto yo.

—Entendido.

Unos minutos más tarde, le había servido a Pierre una hamburguesa con queso del menú infantil y había preparado la mesa, platos y cubiertos incluidos, una cerveza para él y vino para Chloe. Dejó a un lado la bolsita de papel marrón que contenía lo que había pedido y sonrió a la espera de la reacción de Chloe por lo que contenía.

Cuando por fin se aventuró a entrar en el oscuro dormitorio de la *suite* en busca de los pantalones para ponérselos, sin abrocharse el botón, Chloe se puso boca arriba y bostezó, estirando los brazos por encima de la cabeza y estirando también los pies en una combinación de movimientos que él ya había visto unas cuantas veces, pero que nunca dejaban de excitarlo. Aunque, a esas alturas, su cuerpo reaccionaba con mucha menos contención que de costumbre, y ya estaba empalmado contra la cremallera, excitadísimo por la visión de su chica desnuda, cálida y tentadora. Porque quería que se la sacara. Quería metérsela.

El sexo con Chloe… ¡Por Dios! Le faltaban palabras para describir lo bueno que había sido, ¡joder! Ya sabía que serían compatibles, sí. Pero ella había hecho que le estallara la puta cabeza. Había arrasado con sus expectativas… y lo había arruinado para siempre. No todos los orgasmos eran iguales… y ya podía dar fe. El que tuvo dentro de Chloe fue tan intenso y doloroso que todavía le ardían los abdominales y la base de la espalda.

—¿He oído ladrar a Pierre? —susurró ella, por suerte sin saber que estaba obsesionado con la forma en la que su húmedo y suave coño lo atrapó en su interior.

—Ah, pues sí. —Carraspeó para que le saliera bien la voz—. Al del servicio de habitaciones.

—¿Hay comida? —Chloe se incorporó, y se le movieron las tetas de una manera maravillosa.

A lo mejor no tenían que salir de esa habitación de hotel. A lo mejor podrían vivir allí para siempre y fingir que todo lo que había fuera de esa habitación no existía.

En vez de hacer una sugerencia tan descabellada, dijo:

—También hay una sorpresa.

Chloe se detuvo mientras se arrastraba hacia el borde de la cama.

—¿Mejor que la comida?

—Supongo que todo es cuestión de cómo lo mires. —Buscó su camisa por el suelo, se agachó para recogerla y se acercó a Chloe, conteniendo a duras penas el impulso de tumbarla de nuevo sobre el colchón y besar esa preciosa boca, de besarla entre las piernas—. Toma, ponte esto. —No dejaron de mirarse a los ojos mientras ella metía las manos en las mangas, tras lo cual él empezó a abrocharle los botones despacio, deteniéndose de vez en cuando para acariciarle una mejilla con los nudillos—. Bueno, que sepas que eres un animal en la cama, Chlo.

Ella se quedó boquiabierta y soltó una carcajada sorprendida.

—¿Es una queja?

—¿Una queja? Me corrí tan fuerte que me he quedado temporalmente ciego del ojo izquierdo.

—Ya vale —jadeó—. Espera, ¿en serio?

Extendió un brazo y tanteó sus facciones con las yemas de los dedos.

—Chloe, ¿eres tú?

Temblando de risa, Chloe se pegó a él, se puso de puntillas y le acarició el cuello, que tenía que ser la mejor sensación del mundo.

—Estuviste perfecto —le susurró por debajo de la oreja—. Que vayas a lo bruto sin dejar de preocuparte por mí… es algo muy tuyo. No esperaba menos. —Le acarició los pectorales con las puntas de los dedos—. Y que conste que nunca había sido así. Confío en ti. Esa

es la diferencia. —Le besó el hombro—. Eres mi Sig.

—Necesito hacerlo otra vez —dijo con voz ronca mientras intentaba hacerla retroceder hacia la cama, odiándose ya por haberle abotonado la camisa. ¿Se podía saber en qué estaba pensando?—. Te necesito otra vez.

—Yo también te necesito otra vez. —Aunque tenía las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas, Chloe se zafó de sus manos y le lanzó una mirada juguetona por encima del hombro mientras se dirigía a la sala de estar—. Pero después de comer y de mi sorpresa.

Se comieron a toda prisa las hamburguesas y compartieron una ración de patatas fritas. Lo bajaron con las bebidas mientras se reían al ver a Pierre explorar la *suite*. El dichoso perro se puso a olfatear cada centímetro de la moqueta y restregó el trasero por varios puntos para dejar su huella. Desde luego que el hotel iba a cobrarle esa trasgresión, pero decidió que no le importaba en lo más mínimo. No con Chloe sentada en su regazo, dándole de comer patatas fritas con la cantidad perfecta de kétchup, como si hubiera estudiado sus hábitos.

Sobre sus cabezas pendía una nube siniestra, pero pasaban de ella. Sonreían pese a la preocupación. Fingían que faltaba un año para el día siguiente en vez de unas pocas horas. Por su parte, él sabía muy bien lo que tenía que hacer. Chloe merecía los sacrificios que estaba dispuesto a hacer, así que los haría con una sonrisa en la cara.

—¿Esa es mi sorpresa? —le preguntó ella, señalando la bolsa de papel marrón.

—Sí. Ábrela.

Gimió en cuanto se inclinó hacia delante en su regazo para coger la bolsa, con ese trasero presionando el punto justo. ¡Joder! Clavó los dedos en los brazos del sillón y la observó abrir la bolsa para echar un vistazo, tras lo cual sonrió cuando ella se echó a reír.

—¡Un kit de afeitado! —Chloe se dio media vuelta, sin prestarle atención al síndrome del empalmado que le estaba provocando—. Te has acordado.

—Pues claro que sí.

—¿Vas a afeitarte para mí? ¿Ahora?

La emoción que ella demostraba hizo que se sintiera más ligero que el aire.

—Ese era el trato, ¿no?

—¡Sí! —Chloe se levantó de un salto de su regazo y corrió al cuarto de baño—. Menos mal que no me has dejado abrir la bolsa antes de comer, porque se nos habría enfriado la comida.

Sig se levantó del sillón y se la colocó bien haciendo una mueca de dolor antes de seguirla.

—¿Qué te excita tanto de este ritual cotidiano?

—No lo sé. —Cuando entró en el cuarto de baño, descubrió la espuma de afeitar y la cuchilla colocadas en la encimera del lavabo, con Chloe sentada al otro lado, balanceando esas elegantes piernas desnudas. ¡Por Dios! Con el pelo alborotado, el maquillaje corrido y su camisa puesta…, lo dejaba sin aliento, ¡joder!—. Siempre me he preguntado por qué te afeitas cuando tantos jugadores del equipo se dejan barba. Pero tiene mucho sentido para ti. Te gusta el orden. Tienes tradiciones personales y no te desvías de ellas. Cuando tomas una decisión sobre algo, nunca la cambias. —Había algo oscuro en la profundidad de sus ojos que él no supo interpretar, pero Chloe se apresuró a parpadear para desterrarlo—. No eres de los que se levantan por la mañana y decide dejarse crecer la barba. Y supongo que…, no sé. Supongo que quiero ver cómo te afeitas porque es parte de tu rutina diaria. La constancia es uno de tus rasgos que más me gustan, y quiero verte… ser tú. También en los momentos tranquilos.

—De la misma manera que yo quería ver cómo elegías la ropa.

—Sí.

—¿Qué otra rutina mía te interesa?

Un brillo travieso asomó a sus ojos, resaltando el azul de sus iris.

—No me importaría ver cómo te pones las protecciones de *hockey*. ¿Crees que podrías colarme en los vestuarios?

Sig se echó la espuma de afeitar en los dedos y empezó a extendérsela por la parte inferior de la cara, dejando una capa uniforme, consciente de que Chloe lo observaba con seria fascinación.

—¿Qué es esta aparente obsesión con las protecciones de *hockey* y por qué he pasado seis meses sin enterarme de ella?

—Me encantan las protecciones de *hockey* —susurró ella.

Le dolía la garganta de tanto reprimir la carcajada.

—¿Porque me hacen parecer más grande?

La sugerencia pareció pillarla por sorpresa.

—No, porque te mantienen a salvo.

En ese momento, la garganta le dolió por un motivo muy distinto.

—¡Ah! Pues sí, sí que me protegen. Aunque Burgess me comentó hace poco que antes era mucho más imprudente. No me di cuenta hasta que jugué unos cuantos partidos y caí en lo que quería decir. Ahora mantengo la guardia siempre, me anticipo mejor. Me mantengo… a salvo, Chloe. Por ti. Tú has hecho eso.

Chloe soltó un largo suspiro y se acercó más a él.

Durante unos instantes, ella lo observó afeitarse en silencio, el quedo sonido de la cuchilla al pasarle por la piel llenaba el espacio que los separaba.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dime —respondió él.

—¿Qué me viste… aquella primera noche? ¿Qué viste en mí?

Dejó caer la mano sobre la encimera como si fuera de piedra,

porque la importancia de la pregunta era evidente. Era tan importante para ella que sentía su peso en todas partes.

—Lo primero, fue tu voz. Parecías… esencial. Hiciste que todo cobrase vida y también que el presente fuera el foco. Hiciste que fuera más grande. Más hermoso. Y eso antes de que te dieras media vuelta siquiera. —Soltó la cuchilla y le tomó la cara con una mano, mientras el corazón le daba un vuelco al ver el brillo de las lágrimas en los ojos—. ¿Hablas de confiar en mí, Chlo? Pues aquella noche, yo vi a una persona que me hizo desear confiar en la bondad de los demás. En la vida. Porque tú eras la prueba viviente, allí de pie delante de mí. Eres una estrella que cayó del cielo, ¡joder!, y yo tuve la suerte de estar en el sitio adecuado.

—Sig. —Ella tomó una honda y trémula bocanada de aire—. Eso es mucho más de lo que me esperaba.

«Te quiero».

«Te querré hasta que el sol se apague».

No estaba seguro de qué lo había llevado a guardarse esas palabras para otro momento, tal vez fuera ese temor esquivo que veía aparecer y desaparecer de los ojos de Chloe, de forma tan fugaz cada vez que se preguntaba si lo había visto siquiera. Y solo podía pensar en hacerla sonreír. En eliminar todo, salvo la felicidad que podían compartir esa noche. Todas las noches. Juntos.

—¿Quieres saber hasta qué punto confío en ti? —Cogió la cuchilla y se la ofreció—. Da una pasada.

—No lo dices en serio.

—Lo digo tan en serio como si estuviera en un funeral.

—Ahí vas a acabar.

Sig soltó una risilla.

—¡Qué va! Puedes hacerlo. —Le guio la mano hasta la cara llena de espuma—. Tranquila, tranquila. Lo estás haciendo bien.

Ella abrió la boca para soltar un grito silencioso cuando la cuchilla se deslizó hacia arriba, pero soltó un trémulo suspiro cuando solo quedó un rastro limpio tras ella.

—¿No te he cortado?

—Oye, que te estoy mirando a los ojos, Chlo. Moriría feliz.

—Qué cosa más bonita —replicó ella con una carcajada temblorosa al tiempo que soltaba la cuchilla en el lavabo—. Pero no pienso volver a hacerlo en la vida.

—¿Qué? Ahora me vas a afeitar la espalda.

—¿No te he dicho que tengo una cita médica esta noche? —Hizo ademán de bajarse de la encimera—. Debería ponerme en marcha.

Sig la atrapó contra aquella superficie antes de que pudiera tocar el suelo con los pies.

—No te vas a ir a ninguna parte —gruñó contra su boca.

—Lo sé —susurró ella, que se estremeció por el contacto.

—Por cierto. —Se apoderó de su boca, entrelazando sus lenguas en un beso que solo podría describirse como carnal. El anticipo del pecado—. Ya que te tengo aquí, bien puedo darte malas noticias.

—Malas —repitió ella, que le miraba la boca como hipnotizada—. ¿Qué podría ser malo?

—Me temo que el sexo con las protecciones de *hockey* no va a estar a la altura de la fantasía.

Chloe por fin captó su tono juguetón y sonrió mientras se besaban de nuevo.

—¿Ah, no?

—No. En primer lugar, porque no podré sentir tu piel contra la mía, y eso es un delito. En segundo, porque no podría moverme con facilidad. Te gusta cuando me muevo, ¿no?

—«Gustar» se queda muy corto. ¿Encantar?

—Nos quedamos con encantar. En tercero, porque me voy a

calentar mucho y muy deprisa follándote con todo eso encima. —Chloe empezaba a respirar más rápido. Al igual que él—. Y por último, el cuarto motivo… y seguramente el más importante, voy a tener la polla enterrada debajo de las protecciones, la coquilla y unas cintas en el culo muy molestas. No habrá un acceso fácil.

—Le he estado dando vueltas a eso. Muchas vueltas. Le he estado dando muchas vueltas a eso.

—¿En serio? —La animó a que le rodease las caderas con los muslos, le deslizó un brazo por debajo del trasero y se dio media vuelta para sacarla del cuarto de baño—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Te suelto las cintas, te quito la coquilla del bolsillo que tienes delante de los pantalones cortos, aparto el elástico, me la meto, me agarro a esas enormes almohadillas de los hombros y me pongo encima. —Lo soltó todo sin tomar aliento—. Seré rápida, lo prometo. —Le lamió la parte baja del mentón—. No tendrás tiempo de recalentarte.

Se le puso tan dura que le dolió y empezó a palpitarle de forma muy insistente contra el sexo desnudo de Chloe a través de la cremallera de los pantalones, porque estar dentro de ella se había convertido en una urgencia.

—¿Cómo sabes lo del bolsillo para la coquilla?

—Hay gente que ve porno en internet. Yo veo páginas webs de material deportivo.

Soltaron carcajadas jadeantes contra la boca del otro durante varios segundos robados, sumidos en la penumbra de la habitación del hotel, mientras Chloe ponía los pies en el suelo. De pie frente a él, con la cara levantada y los ojos cerrados, como si estuviera tan perdida en la dicha como él, le bajó la cremallera de los pantalones y lo empujó hacia atrás en el sofá antes de sentarse a horcajadas sobre él y envolvérsela con esos apretados músculos, gimiendo con cada

centímetro que bajaba. A toda prisa, antes de que su cerebro perdiera la capacidad de mandar órdenes, le desabrochó los botones de la camisa prestada, se la bajó de un tirón por los brazos y la tiró al suelo antes de acariciarle las tetas y gemir mientras Chloe, totalmente desnuda e increíble, se lo follaba como si fuera la dueña de su polla.

—Muy bien, así, así. Métetela. Sácatela. Ahora dentro. Dentro, dentro, dentro.

—¡Dios! —gimió ella entre dientes, mientras le enterraba las manos en el pelo, rotando las caderas, con los muslos bien abiertos, botando sobre él—. ¡Me encanta!

—Me pondré las protecciones. Haré lo que tú quieras, pero sigue así. ¡Uf! ¡JODER!

Chloe pegó sus frentes.

—¿Te gustó lo que te hice la última vez?

Sig sintió que sus pensamientos se fragmentaban, porque su coño, su olor, el contacto pleno con su piel, todo era demasiado. Perfecto hasta un punto abrumador. Íntimo. Real. Nada volvería a ser tan perfecto.

—Me encanta todo lo que me haces, nena. Especifica.

—Te metí el dedo por detrás —susurró ella al tiempo que le lamía la lengua, como si su cerebro no estuviera ya a punto de implosionar. Y ella lo miraba a los ojos mientras insinuaba que le gustaría que le metiera un dedo en el culo. Una parte de él se preguntó en ese momento si lo quería o si quería matarlo, pero le daba igual que fuera una cosa o la otra. Sobre todo cuando le dio el gusto y ella gimió, moviendo ese coño húmedo arriba y abajo—. Me gusta.

—¿Te lo meto un poco más?

—Sí.

—¡Por Dios! Esto es más estrecho todavía.

—Sig. Para. Sigue. ¡Sig!

Se besaron entre jadeos, y la parte inferior del cuerpo de Chloe se propuso poner a prueba su resistencia, porque se la metió hasta el fondo y echó las caderas hacia atrás para liberarla un poco antes de bajar de nuevo. Arriba y abajo, mientras se comían la boca a besos, robándose el aliento y devolviéndoselo, mordisqueando los tendones del cuello, haciendo que sus gemidos resonaran en las paredes de la sala de estar, y los muelles del sofá protestaran cada vez más según aumentaba la intensidad del momento. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no correrse hasta que ella por fin chilló contra su sudoroso cuello y se dejó ir, permitiéndole que la tumbase en el sofá para metérsela por última vez de forma arrolladora.

Y, después, se abrazaron el uno al otro y fue tan poderoso como el acto en sí, porque la respiración entrecortada de Chloe le bautizó la piel y sus corazones pronunciaron los votos que sus labios eran incapaces de decir. Quizá el suyo fuera la clase de amor que no había que decir en voz alta. Aunque, más tarde…, deseó haberlo hecho. Tal vez eso habría cambiado las cosas.

Capítulo diecinueve

Chloe tenía la mirada clavada en el techo, atrapada entre el mayor subidón que había experimentado nunca… y un pavor que se multiplicaba por segundos. Escalaba las paredes de su interior como el moho negro, que no podía eliminarse sin demolerlo todo. Todavía no sabía explicar esa sensación de ruina inminente, solo que se acercaba un punto de inflexión…, y ya no había nadie para indicarle el camino que debía seguir.

Por una vez, el hombre del que dependía para que le diera indicaciones estaba perdido.

Más perdido que ella.

Al mirar por encima de la almohada hacia su sonriente cara, nadie lo diría. Sig le acariciaba la cara como un artista que enmarcara un paisaje que le resultaba embriagador y que consideraba digno de observar durante décadas. Era la viva imagen de la belleza masculina, cómodo en su desnudez. Sin prisa por ir a otro sitio. Contento de abrazarla después de los polvos más increíbles que podría haberse imaginado. La química que tenían juntos era la prueba final de que estaban hechos el uno para el otro, al menos en su opinión. Nunca se había sentido libre para mostrarse tan desinhibida. Tan convencida de que solo podría hacer las cosas bien en brazos de otra persona.

Ese hombre era su alma gemela, su media naranja. Pero el pavor corría desatado a esas alturas, se le extendía hacia las extremidades, le arañaba las paredes del corazón.

«Ese contrato, ese puesto de capitán, es lo que más quieres».

«¡Te equivocas! Tú eres lo que más quiero».

«Si para conseguirlo tienes que alejarte de mí, eso es lo que debes hacer».

«Ni hablar».

Sintió una punzada en la garganta que le fue subiendo hasta que empezaron a escocerle los ojos.

—Sig…

—Oye, perdona. Antes estaba distraído… por ti. —Esa sonrisa traviesa se ensanchó más. ¿Cómo era posible que tuviera una expresión tan alegre cuando tenían delante una decisión tan trascendental que tomar? ¿No se daba cuenta de lo que se avecinaba?—. Siempre estoy distraído por ti, Chlo.

Ella enterró los dedos en la almohada.

—Lo mismo digo —susurró.

El afecto asomó a la cara de Sig.

—Pero debería haberte preguntado… —Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, perdiendo poco a poco la expresión guasona —. ¿Cómo te enteraste del artículo? ¿Te lo mandó alguien?

Mantuvo una expresión neutra. ¿Por qué había elegido justo ese momento para empezar a mentirle a su mejor amigo? No sabría decirlo. Solo sabía que tenía un instinto en su interior (que no tenía antes de mudarse a Boston y vivir sola) que le decía que Sig no reaccionaría nada bien al enterarse de que su relación había hecho que Grace renunciara a ser su tutora. Montaría un escándalo. Y decidiría que le correspondía a él arreglar el asunto…

Sin embargo, tenía que arreglar ella sola el problema.

Grace la había dejado por las decisiones que ella había tomado. Había permitido que su relación con Sig se convirtiera en algo indefinible, vago y cuestionable, al menos para el mundo exterior. Por no mencionar que se había ido de la lengua con el periodista. Así

que, en ese momento, se negaba a dejar la situación en manos de otra persona. Sig tenía sus propios problemas…, de modo que ella se encargaría de su parte como una adulta.

—Me lo mandó Tallulah —contestó, desentendiéndose del recuerdo de la conversación que había mantenido con Grace. Se negaba a que se le notase la verdad en la cara—. Creo que tiene una alerta de Google para cualquier cosa relacionada con los Bearcats. Ni siquiera sé cómo se hace.

—Yo tampoco —susurró él, que adoptó una expresión seria—. Tengo que decirte algo, Chlo. —Abrió la boca y la cerró de golpe—. ¡Joder! Sé que debe parecer que te he estado ocultando muchas cosas importantes, pero te juro… Pensaba contártelo cuando llegara el momento. O si conseguía encontrar una solución.

—¿Una solución para qué? —consiguió decir, con un nudo en la garganta. ¿Qué iba a decirle?

—Para nosotros. Para encontrar una forma de que haya un… nosotros.

Temerosa de oír la explicación, pero también temerosa de no hacerlo, se humedeció los labios.

—Cuéntamelo.

Sig le rodeó la cintura con un brazo y la pegó a él, y los dos suspiraron por el suave choque entre músculos desnudos y carne, por la nueva ausencia de barreras entre ellos.

—Es maravilloso abrazarte.

—No me puedo creer que hayamos aguantado tanto sin esto —replicó ella con sinceridad al tiempo que le acariciaba el mentón con la nariz.

Él la besó en la frente con fuerza. Y le dejó los labios sobre la piel un rato.

—No te he hablado mucho de mi infancia. No he hablado del tema

con nadie. Pero, en fin… —Se removió contra ella—. Como ya te he dicho, Harvey nos abandonó cuando yo era pequeño. Después de eso, mi madre… no quiso saber nada de su familia. Según me ha explicado, no aprobaban a Harvey. Creían que iba detrás de la fortuna de mi madre. Decían que era un estafador… y tenían razón. Joder, hizo justo lo que su familia dijo que haría. Se largó con el dinero de mi madre y nunca echó la vista atrás. Después de aquello, el orgullo de mi madre no le permitió aceptar un solo centavo más de sus padres, y acabamos pasándolo mal. Las pasamos canutas. Durante toda mi infancia.

Eso, lo que sentía, tenía que ser amor verdadero.

Sentir un dolor candente en el pecho por todo lo que Sig había experimentado en el pasado.

Dolor, frustración, compasión e impotencia.

Un feroz deseo de viajar en el tiempo y ocupar su lugar.

—Pero ha cambiado desde entonces, ¿no? —le preguntó—. ¿Por eso te pusiste en contacto con él?

—Esa es la cosa, Chloe, que no sé si ha cambiado. Se casó con dos mujeres más después de mi madre y escaló socialmente con cada relación. Eso es lo que parece desde fuera, es que nunca he podido ser… objetivo. No sé si estoy viendo al Harvey real o si miro a través del cristal que mi madre creó. ¿Tiene sentido?

—Sí. —La alarma hizo que le hormigueara el cráneo, las puntas de los dedos—. ¿Debería preocuparme por mi madre?

Sig le levantó la barbilla para que lo mirase a los ojos.

—Tu madre sabe que sospecho de Harvey, Chlo. También sabe cuáles son esas sospechas. Nunca la habría dejado volar a ciegas.

Asimiló sus palabras, dejó que se asentaran en su cabeza.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

Vio que Sig tragaba saliva con dificultad.

—Estaba avergonzado. Y es una sensación nueva para mí. Aprendí a superar la vergüenza hace mucho por necesidad, pero, de repente…, ahí estabas tú y… —Le recorrió la barbilla con el pulgar —. De repente, era mucho más consciente de que carecía de la clase de familia necesaria para casarme contigo. O de la clase de dinero. Supongo que no quería llamar la atención sobre esos dos detalles.

—Así que… ¿es por el mismo motivo por el que no me contaste que estabas vendiendo objetos de coleccionista?

—Sí. —Asintió con la cabeza un momento antes de hacerla rodar hasta ponerla de espaldas y enterrarle la cara en el cuello. Se frotó contra su piel de un modo tan descarnado y tierno que solo atinó a aferrarse a su pelo con los dedos y sobrevivir al asalto—. Solo quería ser bueno para ti. Solo quería dártelo todo.

«A costa de todo lo que desea conseguir».

No.

¡No!

Lo quería demasiado como para permitirlo.

—¿Le hablaste a mi madre del pasado de Harvey con la esperanza de que cancelara la boda?

—Me oyó hacer varias acusaciones. No fueron suficientes. —Sig se había colocado sobre ella, de modo que le estaba rodeando las caderas con los muslos, mientras sus cuerpos se movían y se amoldaban el uno al otro, dos seres disfrutando de las diferentes maneras en las que podían encajar. Regodeándose con lo que llevaban tanto tiempo negándose—. Contraté a un detective privado —le dijo al oído, dejándola sin aliento—. Todavía no ha tenido suerte. Pero si mi padre hizo algo que justifique la cancelación de esta boda, lo encontraré, ¿vale?

Pasó un segundo.

Dos.

Sig parecía estar a la espera, preparándose para su reacción ante la noticia.

Sin embargo, de algún modo, la revelación de que había contratado a alguien para investigar el pasado de Harvey no le resultó algo chocante. ¿La sorprendió? Sí. Claro que sí. Pero, en el fondo, sabía que él estaba buscando una solución al problema. Intentaba encontrar la forma de estar juntos. Era algo que sabía en lo más profundo. Aun así, pese a su tensa y complicada relación con Sofia…, ¿de verdad quería arruinar la felicidad de su madre? ¿Quería hacerle Sig eso a su padre?

No.

Sig sería incapaz de seguir adelante y hacerles daño a Harvey y a Sofia. Así no se comportaba el hombre del que se había enamorado perdidamente. Y ella tampoco sería capaz de hacerlo. Lo que solo les dejaba una opción: que él abandonase su meteórica carrera. Que ella abandonase sus propias aspiraciones. En resumidas cuentas, que no saldría nada bueno si seguían juntos. ¿No se daba cuenta Sig de eso? Sin importar lo que hicieran, alguien salía perdiendo.

—¿Y si el detective privado… no encuentra nada?

—No lo sé. —Despacio, le inmovilizó las muñecas por encima de la cabeza al tiempo que empezaba a acelerársele la respiración, al igual que a ella, y se le ponía dura contra la cara interna de su muslo —. Pero sí sé que no hay nada que pueda mantenerme alejado de ti.

El creciente deseo que sentía por él se debatió contra ese pavor persistente, que ya no era tanto una sensación amorfa como algo muy concreto. Una imagen clara que ella veía, interpretaba y predecía. Al contrario que Sig, que no pensaba con claridad. Se lo había dejado claro desde que llegó al hotel. Como de costumbre, la estaba poniendo a ella en primer lugar. Estaba poniendo la relación entre ellos en primer lugar. Había insinuado que dejaría de jugar al

hockey con los Bearcats por ella. Por su relación.

Nunca.

Nunca le permitiría renunciar a su sueño.

Nunca le permitiría hacer algo tan destructivo.

Con un nudo del tamaño de una nuez detrás de la tráquea, levantó las caderas para él, y los gemidos de ambos resonaron en la habitación cuando la penetró y empezó a moverse.

—Cuéntame otra vez lo de Suecia —susurró, parpadeando para contener las lágrimas que se le acumulaban en los ojos. Unas lágrimas que se convirtieron en un cálido velo cuando el cabecero empezó a golpear la pared de nuevo—. ¿Estás sin camiseta y cortando leña en nuestro jardín?

La risilla de Sig acabó convertida en un gemido.

—¿Quién soy yo para negarte esa imagen? —Se inclinó hacia delante y le lamió los pezones, primero uno y luego el otro, con los ojos oscurecidos por el deseo mientras se los chupaba. Observándola —. Hay un lago helado en la parte trasera. Donde estoy enseñando a nuestros hijos a patinar. —Volvió a recorrerle el cuerpo y los labios con la boca, seduciéndola hasta que lo olvidó todo, salvo lo que tenía que ver con él y con el mundo de fantasía que estaba evocando con sus palabras.

—Hijos —dijo entre jadeos—. Quieres tener hijos.

Sig ladeó la cabeza, observándola con un amor abrumador. Con adoración.

—Quiero verte ser madre.

Su cuerpo la presionó con más fuerza, con más insistencia, y algo brutal y perverso asomó a su expresión un segundo antes de que la obligara a ponerse boca abajo y la penetrase por detrás, dejándola gritar contra la almohada mientras clavaba las uñas en las sábanas.

—También quiero hacerte uno —le dijo con voz ronca al oído al

tiempo que le clavaba los ásperos dedos en las caderas—. Deja este culo arriba como una chica buena y déjame practicar.



A la mañana siguiente, Chloe lloró todo el camino hasta el ático de Grace.

Pierre intuyó que algo iba mal y mantuvo la cabeza somnolienta sobre su regazo mientras iban en la parte trasera del Uber. Sin mediar palabra, el conductor le pasó una caja de pañuelos por encima del hombro, lo que hizo que llorase con más ganas. Muy bien, lo haría hasta el final del trayecto. Luego llegaría el momento de controlarse y de comportarse como una adulta.

Nada podía evitar que las imágenes de la noche anterior y de esa mañana le bombardearan el cerebro, pero sí podía controlar cómo reaccionaba ante ellas. Al menos, de cara a la galería. Cuando pensara en Sig dejando a Pierre en los pies de la cama y tapándolo con una manta extra antes de poner el canal Home Shopping Network para que ella pudiera dormirse con su banda sonora preferida, no sollozaría ni se desmayaría en plena calle.

Seguiría moviéndose.

Cuando pensara en los besos apasionados de Sig antes de irse al aeropuerto, prometiéndole que la llamaría en cuanto aterrizase, no soltaría un grito desolado por la punzada de culpabilidad que sentía en el estómago. Seguiría respirando. Seguiría viviendo, aunque su corazón estuviera roto en pedazos, desperdigado por el suelo.

—¿Estás bien ahí detrás? —le preguntó el conductor con cierto titubeo, aunque estaba claro que esperaba que no le contestase. O que dijera que estaba bien y lo dejara estar.

Pues qué pena.

Estaba cortando con el amor de su vida para evitar que ambos lo

perdieran todo.

—No, no estoy bien. —Las lágrimas le resbalaron por las mejillas y se las limpió con un Kleenex—. Es la primera vez que soy la fuerte.

—¡Aaah! Entiendo.

—De momento, no le he encontrado el puntillo. No sé si se me va a dar bien, la verdad.

El conductor parecía a punto de contestar, pero justo en ese instante la llamaron por teléfono. Creyendo que era Sig, el corazón dejó de palpitar durante al menos ocho latidos. ¿Iba a ser la primera vez que no le contestaba? Pero no. No era Sig.

Era Sofia quien la llamaba.

—Hola, madre —contestó, aferrando a Pierre con fuerza.

—Chloe. No pareces estar bien. ¿Boston te ha superado por fin?

Chloe dejó caer la cabeza contra el respaldo del asiento. Quería decir que no. Quería mentir y decir que las cosas iban mejor que nunca, pero no tenía energía para mentir.

—Puede que sí.

—¡Ay, pobrecita mía! Detesto oírlo.

—Mentira —replicó. Y fue fantástico. Porque, a diferencia de la noche que se enfrentó a su madre durante la cena, no titubeó. Tampoco se sintió culpable por señalar su comportamiento pasivo-agresivo. De hecho, se sintió capaz de soltar esa palabra entre ellas sin matizarla ni echarse atrás—. No detestas oír que lo estoy pasando mal. Has querido que fracasara en Boston desde el principio.

—¡Ay, Chloe! —resopló su madre—. Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Reconócelo. ¡Reconócelo! Deja de fingir que apoyas mi independencia. Quieres que dependa de ti. Así ha sido siempre.

Oyó que unos cubitos de hielo tintineaban en un vaso.

—Antes no eras tan negativa. Es el efecto que ese hombre tiene

sobre ti, Chloe.

Le costó la misma vida mantener la voz calmada.

—No hables de Sig de esa manera. —Lo recordó empaquetando los objetos firmados que había vendido y se le formó un nudo en la garganta—. No tienes ni idea de lo que ha hecho, de lo que ha sacrificado para que yo aprenda a valerme por mí misma.

Pasaron varios segundos.

—Ten cuidado, Chloe. Estás dejando que aflore lo que sientes por él.

Sintió que la piel se le helaba por completo. Sofia lo sabía. Su madre sabía que estaba enamorada de Sig. ¿Desde cuándo? ¿Cómo podía saberlo y no decir nada?

—Vuelve a casa, Chloe, y olvidaremos todo lo que ha pasado. A ser posible, antes de que aparezcan más artículos en internet.

Una parte de ella se moría por correr a casa en ese momento. Pese a la toxicidad de su madre. Pese a lo que había decidido esa mañana. Quería volver a Darien, quería volver a ponerse las anteojeras y fingir que llevaba seis meses estudiando en Francia, en vez de haber estado viviendo a tres horas al sur. Pero su flamante determinación no se lo permitiría, ni tampoco el corazón que había crecido diez tallas gracias al amor con el que Sig lo había llenado.

—Nunca volveré a casa, madre. Ni ahora, ni nunca. Prefiero apañármelas como pueda con mis propias decisiones antes que otro las tome por mí. Adiós.



Unos minutos más tarde, estaba delante de un portero muy sorprendido, que parecía más dispuesto a llamar a la policía que a pulsar el interfono de Grace. Y con razón, porque a saber las pintas que ella tenía. Con la cara llena de lágrimas, agotada y con el

corazón destrozado. Una loca con un *bulldog*.

—¿La señora Shen la está esperando?

—No exactamente, pero si pudieras llamarla y darle mi nombre…

El portero la interrumpió negando con la cabeza.

—Me ha pedido que no la moleste con ningún invitado porque está ensayando.

—Lo respeto. De verdad.

—¿Ha probado a llamarla? —El portero gesticuló con las manos para imitar una llamada telefónica.

Lo había pensado. Sin embargo, la última vez que habló con Grace, su tutora le había colgado el teléfono, así que pensó que lo mejor era hablar en persona.

—Necesito hablar con ella cara a cara. —Empezaba a quebrársele la voz; la sensación de los brazos de Sig y el sonido de su respiración calmada, con el anuncio de fondo de unas bolsas de seda para maquillaje, se repetía en bucle en su cabeza, ahogándola—. Es complicado.

La compasión asomó a la cara del portero.

—¿Necesita… un poco de agua?

—¿Tan mal estoy?

—Sí.

La culminación de la emoción que le habían provocado las últimas horas hizo que agarrase del brazo al pobre hombre. ¿Qué tenía que perder?

—Por favor, acabo de despedirme del amor de mi vida en el aeropuerto sin que supiera que estaba cortando con él. Por su bien o por el mío, pero ahora mismo me siento como si fuera un fantasma, la verdad. —Cuando tomó aire después de esas palabras, fue como una tortura—. Y solo necesito un respiro. Un respiro de nada. Por favor.

El portero se apartó.

Estaba clarísimo que iba a decirle que no con mucha delicadeza.

Por suerte, las puertas del ascensor se abrieron en ese momento y Grace apareció con un conjunto de yoga, una botella enorme de agua con pajita y unas gafas de sol que parecían más unas gafas de protección.

Se paró en seco al verla.

—¡Joder! ¿En serio? Qué mal sentido de la oportunidad tengo. —Echó la cabeza hacia atrás—. Será mejor que no hayas venido a devolverme el perro.

—¿Qué? No. Lo quiero.

—A ver, tu gusto en hombres deja mucho que desear. Eso ya lo tenemos claro.

Un grito a la defensiva intentó brotarle del pecho, pero lo contuvo, porque perder los nervios no iba a servir de nada. Ni a ella ni a Sig.

—¿Podemos hablar en privado?

—¿Por qué? No voy a cambiar de idea.

No estaba segura de cuántas malas noticias más podía aguantar en un solo día.

—Eso que leíste… —Miró de reojo al portero mientras tragaba saliva, agradeciendo que él captara la indirecta y saliera a la acera—. No voy a mentirte, había algo, pero se ha acabado. Se ha acabado. ¿Vale? —¡Por Dios! Pronunciar esas palabras en voz alta casi hizo que le flaqueasen las piernas—. Nuestros padres se van a casar dentro de dos meses. Técnicamente, no hemos hecho nada malo, pero como ya he dicho… se ha acabado. Y ¿sabes una cosa? Lo quiero. Lo quiero y estoy renunciando a él para que pueda jugar al *hockey*. Para yo poder tocar el arpa. Y si crees que antes era buena, espérate a oírme con el corazón destrozado, ¿vale? Porque voy a ser lo más de lo más y tú no te vas a llevar ni una mínima parte del

mérito cuando me pasee triunfal para quedarme con tu puesto. Eso es lo que voy a hacer. Porque la gente siempre va a pagar dinero para ver a un prodigio. Eso no va a cambiar nunca. Pero yo quiero ser extraordinaria. Quiero ser extraordinaria, ¡joder!, si voy a renunciar a él por esto. ¿Vas a ayudarme a conseguirlo o no? Porque tocaré hasta que me sangren los dedos. Tocaré hasta que no me los sienta. No me des la espalda, Grace. He venido a trabajar.

Una pétrea, aunque quizá también impresionada a regañadientes, Grace la miró unos segundos.

—¿Lo que tenías con él se ha acabado de verdad?

«No dudes. Suéltalo sin más».

—Sí.

Fingió no darse cuenta de la expresión que asomó a la cara de Grace, porque no soportaría la lástima en ese momento; de lo contrario, se revolcaría para siempre en la autocompasión.

—Vale. De todas formas, quería una excusa para saltarme el yoga. —Sorbió por la nariz y miró a Chloe de arriba abajo—. Supongo que torturarte podría considerarse hacer cardio.

La esperanza cobró vida en su pecho.

—Desde luego —replicó ella.

—Vamos. Supongo que ese chucho también puede venir —dijo Grace, que regresó al ascensor y puso una mano en el lateral para evitar que las puertas se cerrasen mientras ella corría con lágrimas agradecidas en los ojos—. No esperes que te consuele.

—No lo haré.

—Está cañón, lo entiendo. Pero… —agitó una mano con decisión— ya habrá otros.

No los habría. No habría nadie como Sig. No en un billón, en un trillón de años.

Sin embargo, se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza,

empezando así la vida en la que se lo guardaba todo.

Con la esperanza de que no la matase.

Capítulo veinte

Algo iba mal.

El avión había aterrizado hacía cinco horas. Los habían trasladado al hotel, habían almorzado todos juntos y se habían cambiado de ropa para llegar arreglados al partido.

Durante ese tiempo, había llamado a Chloe unas quince veces.

Sin respuesta.

En ese momento, estaba sentado en la octava fila del autocar viendo pasar Detroit a la luz menguante del sol y tirándose nervioso del nudo de la corbata, de manera que acabó torcida hacia la izquierda. El órgano de su pecho latía de un modo que odiaba. No como la noche anterior, en plan «el amor me tiene loco». Eso era ansiedad. Si Chloe no contestaba a sus llamadas, era porque pasaba algo. Ella siempre contestaba y lo ponía rápidamente al día de todo lo que había pasado en su vida desde la última vez que hablaron, ya fuera la comida que había pedido o un picor que no podía aliviar.

Esos detalles le daban la vida.

¿Habría perdido el móvil? ¿Estaría herida? ¿Secuestrada?

—¡Qué hijo de puta! Esto es increíble —gritó Corrigan, que se levantó de su asiento unas filas por delante de Sig, con el teléfono en la mano—. ¡Le ha puesto hora y lugar al partido!

—¿Quién? ¿Qué partido? —masculló Burgess—. El único partido que debería preocuparte es el que jugamos hoy.

—Oído cocina, capitán —replicó Mailer, que se levantó en su asiento, enfrente del de Corrigan—. Eso es lo que haría normalmente. Pero nos está desafiando un jugador de béisbol.

Llamado Elton. Es un asunto importante que no podemos pasar por alto.

—¿Elton, el del parque canino? —preguntó Sig, metido de lleno en el tema—. Pero ¿no espantamos al tío ese? ¿Por qué sigue dando la tabarra?

—Le tiró los tejos a tu hermana —le recordó Corrigan.

—No es mi hermana. Y, por cierto, tú también se los has tirado.

Corrigan resopló y miró a su alrededor en busca de apoyo.

—Sí, pero yo juego al *hockey*.

Sig volvió a mirar su teléfono, deseando que apareciera un mensaje de Chloe.

—No le veo la lógica a tu comentario.

—La cuestión es que ha puesto día y hora para el partido de béisbol —terció Mailer—. Nosotros contra ellos. Tenemos que aparecer.

—¿Habéis jugado alguna vez al béisbol? —les preguntó Burgess a los novatos.

—¿Tan difícil es? —Corrigan se encogió de hombros—. Ni siquiera llevan protectores bucales.

Mailer asintió con la cabeza, apoyando a su amigo.

—Llevan gorra en vez de casco.

—Y no llevan protectores. Solo una coquilla en el paquete. —Corrigan se puso una mano en la polla para demostrarlo, como si fuera necesario—. Ni siquiera es un deporte.

—Que os lo paséis bien haciendo el ridículo —replicó Sig—. A mí no me vais a pillar para aprender un deporte nuevo a la carrera. Necesito mayor probabilidad para ganar.

—Si vemos que vamos perdiendo, montamos bronca y ya —sugirió Mailer, como si eso debiera ser obvio.

—Me da en la nariz que a la nueva directora general no va a

gustarle que montemos un pollo en público —comentó alguien desde la parte trasera del autocar.

Eso hizo que Mailer reflexionara.

—Entonces, ¿crees que es mejor que no la invite?

—Esta conversación ha llegado a su fin —sentenció Sig—. Siéntate y cállate.

—El próximo sábado —dijo Corrigan mientras se dejaba caer en su asiento—. A las nueve de la mañana. En el campo de béisbol que hay al lado del parque canino.

—Ni de coña —masculló Sig, nervioso. Ningún mensaje de Chloe. Ni una llamada. ¿Qué estaba pasando?

—Oye —le dijo Burgess, que estaba sentado detrás de él—, ¿qué te pasa?

Meneó la cabeza. No pensaba contestar, pero las palabras se le escaparon, porque no podía cargar solo con la preocupación que le estaba poniendo los nervios de punta, mucho menos antes de un partido. Si salía así a la pista de hielo, sería un suicidio.

—Chloe no contesta al teléfono. Ha pasado demasiado tiempo y empiezo a preocuparme —contestó, girándose un poco en el asiento —. No me gusta tener que pedirte esto, pero ¿crees que Tallulah podría ir a verla?

—¿Tiene alguna actuación esta noche? —le preguntó Burgess mientras se sacaba el móvil del bolsillo de la chaqueta del traje—. ¿Algo que pueda impedirle contestar?

—No. Debería estar en casa.

El capitán marcó mientras gruñía.

—Hola, preciosa. ¿Has hablado hoy con Chloe? —Guardó silencio un segundo para escuchar la respuesta—. No habla con ella desde la semana pasada —le dijo a Sig. Luego a Tallulah—: ¿Puedes llamarla? ¿O ir a comprobar si está bien si no contesta? Sig no consigue hablar

con ella por teléfono…

Sig ya se había vuelto del todo en el asiento y a esas alturas sentía una especie de vibración continua en el pecho.

—¿No habló con ella ayer? —Bajó la voz—. Chloe me dijo que Tallulah fue quien le envió el artículo.

Burgess levantó una ceja, le repitió la pregunta a su novia y negó con la cabeza.

—Tallulah no le envió nada.

La alarma hizo que se le encogiera el estómago. ¿Qué cojones estaba pasando? Se sentó bien en el asiento y volvió a marcar. ¿Por qué iba a mentir Chloe sobre quién le había enviado el artículo? No tenía ningún sentido. De todas formas…, algo no encajaba. Necesitaba hablar con ella y aclararlo todo. Seguro que había una explicación.

—Hola. Residencia Clifford.

Sig miró el teléfono para asegurarse de que había marcado el número correcto. El nombre de Chloe aparecía en la pantalla, pero la voz de mujer al otro lado pertenecía a otra persona.

—¿Quién es?

—No necesito presentación, pero da igual. Soy Grace.

¿Grace? Grace. Sig rebuscó el nombre en el torbellino de sus pensamientos, sin entender por qué le resultaba conocido. Cuando por fin recordó quién era, su nerviosismo aumentó. La tutora de Chloe.

—¿Dónde está Chloe? ¿Por qué tienes su teléfono? —Empezaron a pasarle por la cabeza imágenes de máquinas pitando y batas de hospital.

—Porque está en mi casa. Bueno, físicamente está aquí. Mentalmente, no sé yo. —Se oyeron unos pasos, seguidos del flujo etéreo de unas notas que reconoció al instante como música de arpa.

No cualquier música de arpa, sino la que procedía de Chloe. Su corazón reconocía cualquier cosa que emanara de ella—. Esta tarde, apareció y me dijo que tocaría hasta que le sangraran los dedos, y creo que lo decía en serio. No consigo que pare.

Fue como si su pecho quedara atrapado entre dos rocas. En cierto sentido, se sintió aliviado.

En otro, estaba más alarmado que hacía diez minutos.

¿Hasta que le sangraran los dedos? Chloe no decía esas cosas.

—No lo entiendo. —Empezó a sentir un dolor palpitante en la cabeza—. ¿Está bien?

—Increíble, la verdad. Creo que hemos dado un gran paso adelante hace unas dos horas. Renunciar a darle clase podría haber sido la mejor decisión por mi parte.

—¿¡Renunciar a darle clase!? —repitió, con la garganta seca.

—Ya te digo, tío, sobre todo después del artículo que ha salido en la sección de cotilleos. —La mujer suspiró—. Pero apareció y me soltó un discurso que me puso los pelos como escarpias, y eso es raro que me pase. Estoy segura de que la última vez fue en el espectáculo *Magic Mike* en Las Vegas. Pero me voy del tema. El caso es que me suplicó que no la dejara, me aseguró que se dejaría los cuernos… y aquí estamos.

Las piezas del rompecabezas encajaron en su sitio. Tallulah no le había enviado el artículo a Chloe.

Fue Grace.

Renunció a ser su tutora.

¿Por qué no se lo había contado Chloe, joder?

Burgess lo golpeó en el hombro.

—¿Qué pasa? ¿La has encontrado?

—Sí. —El sudor hacía que se le pegara la camisa al cuerpo y le resultaba imposible tragar saliva—. Sí, la he encontrado. Dile a

Tallulah que no se preocupe.

—¿Quién es Tallulah? —preguntó Grace y al instante se oyó el sonido de una coctelera de martini—. A ver, Sig. Me parece evidente que Chloe y tú estáis enamorados hasta las trancas. El primer día que hablamos, dijo que eras «el ser humano más perfecto que hay sobre la faz de la Tierra». En serio, me dan arcadas. —Se sirvió líquido en un vaso, pero Sig apenas podía oír nada por encima de las olas que rompían en su cabeza—. Por desgracia, hay un periodista del *Boston Globe* que también tiene claro que estáis colados el uno por el otro. Y seguro que aparecerán más. Tenía que tomar una decisión.

—Ponla al teléfono —dijo con voz ronca, superando el pánico y llegando a un estado que no había experimentado nunca. Se le había entumecido todo el cuerpo. ¿Estaba en estado de *shock*?

—¿Oyes la magia que está creando? No pienso interrumpirla.

En cuanto hablara con ella, todo cobraría sentido.

—Por favor.

Grace soltó un largo suspiro.

—Espera.

El autocar se detuvo al llegar a la entrada del estadio designada para los equipos. Los jugadores empezaron a bajar, empujándose y gritando al pasar junto a su asiento. De algún modo, supo que Burgess no se había movido. Que seguía sentado detrás de él. Pero no podía moverse, no podía darse media vuelta. No podía respirar. La música se detuvo por fin, y tensó la mano alrededor del móvil a la espera de oír su voz. Sus pasos. Cualquier cosa.

—Hola, Sig —la oyó decir por fin.

No necesitó nada más. Dos palabras y lo tuvo claro. Iba a cortar con él.

El deje pesaroso de su voz lo decía todo.

—Chloe —dijo con voz ronca, inclinándose hacia delante en su

asiento. Meciéndose sutilmente de lado a lado. Nervioso. Impotente. ¡Dios! ¿Qué cojones estaba pasando?—, deberías haberme contado lo de Grace. Siento lo que pasó, es… todo culpa mía.

—No, es culpa mía. Hablé con ese periodista durante el último partido en casa y…, no sé, a lo mejor nada de lo que dijera en ese momento habría cambiado las cosas. Ni siquiera un desmentido. La gente ve lo que hay entre nosotros, ¿sabes? No lo ocultamos muy bien.

Le ardían el pecho, la cabeza y la sangre.

—Lo resolveremos. No hagas lo que estás a punto de hacer. No lo digas, Chloe. No hagas esto.

—Eres el mejor jugador de la liga, Sig —siguió ella, aunque percibía el esfuerzo que le estaba costando hablar—. Llevo mucho tiempo diciéndotelo. Te has esforzado mucho para ganarte el puesto de capitán, y no voy a permitir que renuncies a él. Yo tampoco voy a renunciar a la posibilidad de convertirme en primera arpista. Me he pasado toda la vida a la deriva, pero… tú haces que quiera tener un propósito. —Titubeó un instante—. Los dos necesitamos tener un propósito, porque no podemos centrarnos en estar juntos. Mucho menos a costa de hacerles daño a nuestros padres.

—¡Chloe! No digas nada más. Volveré a casa ahora mismo. Ahora mismo.

—No.

—Por favor, te quiero, ¡joder! Te quiero mucho. No me jodas de esta manera. —La oía al otro lado de la línea, intentando recuperar el aliento y sin conseguirlo. Nunca superaría el dolor y la frustración de no estar allí para abrazarla, besarla y convencerla de que no le rompiera el corazón.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Haré cualquier cosa por ti mientras viva.

—Sal y juega el partido de tu vida. Hazlo por mí. Demuéstrales que no son nada sin ti. No permitas que esto sea en vano, ¿vale? Por favor.

—Chloe… —masculló.

Sin embargo, ella ya había colgado.

Siguió sentado en el autocar con un cráter humeante en el pecho, mirando al vacío durante no supo cuánto tiempo, suplicando poder despertar de la pesadilla de perderla, pero la luz del día no llegó. La oscuridad siguió extendiéndose, absorbiéndolo cada vez más. Al final, fue Burgess quien lo ayudó a bajar hecho polvo del autocar, sosteniéndolo como a un soldado en un campo de batalla. Lo único que lo mantenía cuerdo hasta cierto punto era que tenía una misión que cumplir. Para ella.

«Sal y juega el partido de tu vida».

Y aunque hacer lo que ella le pedía solo serviría para separarlos todavía más, su corazón no le dio más alternativa que cumplir sus deseos. Para eso lo habían creado.

Y los cumplió.

Capítulo veintiuno

Chloe parpadeó mientras miraba la pantalla de su móvil con los ojos irritados como si tuviera arenilla.

¿Cita perruna?

Era un número desconocido…, pero se imaginaba quién lo había enviado. Elton. El jugador de béisbol con el que intercambió números en el parque canino. Después lo borró, aunque parecía que él había conservado el suyo. Sin embargo, no estaba de humor para eso. Ni de lejos.

Le dolía todo el cuerpo. La parte baja de la espalda le dolía por pasarse horas y horas sentada en un taburete de madera con la postura perfecta. Le dolían los brazos por tenerlos levantados tanto rato. Tenía los dedos agarrotados. De todas formas, ese día volvería a casa de Grace y repetiría todo el proceso. ¿Qué alternativa tenía? ¿Quedarse allí y pensar? No. ¡No, por Dios! No podía hacerlo.

Había pasado una semana desde que habló con Sig.

A esa hora, era cuando más deseaba llamarlo. A él tampoco le gustaban las mañanas, y juntos refunfuñaban por teléfono. Se convencían el uno al otro para moverse y levantarse de la cama. Por las mañanas, Sig tenía la voz más ronca y carecía de su chispa habitual, como si todavía estuviera despertándose. Se quedaba al teléfono con ella hasta que se preparaba la Pop-Tart del desayuno y luego le prometía que la vería más tarde.

Soltó un gemido gutural y dejó el móvil con la pantalla hacia abajo sobre el colchón.

Era inhumano que echara tanto de menos a Sig. Estaba destrozada.

Era un fantasma que se limitaba a seguir con las rutinas de su vida.

Claro que había aspectos positivos, y trató de centrarse en ellos. Por un lado, había trascendido las habilidades que Dios le había dado para tocar el arpa. Los consejos de Grace empezaban a dar sus frutos. Había empezado a anticiparse a ella y a ponerlos en práctica sin que tuviera que hablar. La música que tocaba a esas alturas era, de algún modo, más satisfactoria. Más suave. Como si su don hubiera estado languideciendo durante años, a la espera de que ella llegara y le hiciera justicia. Era mejor de lo que pensaba, y eso le provocaba un gran orgullo. Se enorgullecía de sí misma. Cuando se detenía y se permitía sentirlo. Algo que no sucedía a menudo, porque cuando se paraba a pensar, la melancolía y la angustia la inundaban y la arrastraban en una marea que no podía controlar. Pero podía controlar el arpa. Las yemas de sus dedos. Así que ese día volvería a sentarse en el taburete y lo enterraría todo bajo las notas.

Por otro lado, se había alegrado mucho al pasar por delante de los quioscos mientras llevaba a Pierre a dar su paseo vespertino y ver a Sig en la portada de la sección de deportes. «Triplete de Gauthier». Lo había conseguido. Salió y jugó no solo el partido de su vida fuera de casa, sino todos los partidos que siguieron. El orgullo la desbordaba, le costaba respirar. Había hecho lo correcto. Por él. Por ellos. Por ella.

¿Por qué tenía que dolerle tanto?

Un resoplido canino la obligó a abrir los ojos y vio a Pierre de pie al lado de la cama. Ya lo había sacado a dar el paseo de las 5:30, acompañada de su casero, como hacía todas las mañanas desde hacía una semana. «El señor Gauthier me ha pedido que la acompañe durante los paseos de madrugada», le había dicho Raymond, a modo de explicación.

Pues claro que sí.

Pues claro.

Pierre se sentó con otro soplido y la miró, expectante. Esa semana, se había ocupado de él lo mínimo, ¿verdad? Lo había sacado a pasear, le había dado de comer y lo había acariciado cuando tenía fuerzas. El pobre perro se merecía algo mejor.

—¿Qué clase de madre perruna soy? —murmuró, con la voz amortiguada por la almohada—. Te mereces ir a una cita perruna, ¿verdad, amigo mío? ¿Quieres ir a ver a tus amigos al parque canino?

Pierre sacó la lengua y su trasero avanzó unos centímetros sobre la alfombra.

—Eso parece un sí. Vale. —Le dio la vuelta al teléfono de nuevo y le envió un mensaje a Elton—. Me sorprende un poco que se haya puesto en contacto, ¿verdad, Pierre? Teniendo en cuenta que le tiré cuatro jugadores de *hockey* a la cabeza la primera vez que nos vimos.

La tarde que Sig la besó contra la puerta.

Sus caricias, su voz y su olor permanecían frescos en su cabeza, como si acabara de estar allí.

«Sentirás mi peso detrás de ti. Debajo de ti. Vas a sentir mi peso, nuestro peso, por todas partes».

«Tendrás que confiar en que voy a encontrar la manera de que estemos juntos, aunque cada vez sea más difícil. Borra todos los números, pero no borres el mío. Nunca».

Chloe se levantó de la cama y echó a andar con rapidez hacia el cuarto de baño, como si esos recuerdos le pisaran los talones. La encontraron y la atormentaron mientras se cepillaba los dientes; mientras se pasaba el cepillo por el pelo, suspirando cuando se negaba a cooperar, y se hacía un moño despeinado. Se lavó la cara e intentó disimular la falta de sueño con una capa de maquillaje

rápido y natural, pero tenía un aspecto horrible.

—¡En fin, Pierre! —exclamó unos minutos después mientras se ponía unas mallas y una sudadera de los Bearcats—. Es un parque canino, no un desfile de moda, ¿verdad? Y, de todas formas, tú estás lo bastante guapo por los dos, ¿a que sí? —Se agachó para engancharle la correa al collar y le rascó la cabeza—. Sí, señor. Muy bien.

Solo había cinco minutos andando hasta el parque, aunque tardó diez porque Pierre no paraba de detenerse para olfatear el aire. Se dejó llevar por la mañana del sábado en el North End, mientras intentaba encontrar el consuelo que podía en la familiaridad de los lugareños reunidos para desayunar, en los turistas con los que se cruzaba mientras recorrían Freedom Trail, en el aroma del café y del beicon que flotaba por las calles adoquinadas. El cielo estaba nublado, y menos mal que se había puesto una sudadera, pero la primavera empezaba a hacer acto de presencia y la promesa de los días más cálidos elevaba un poquito la temperatura.

Cuando llegó al parque canino al cabo de unos minutos después y lo encontró vacío, frunció el ceño.

Elton le había dado un «me gusta» a su respuesta. ¿Había cambiado de opinión? ¿Le había dado plantón? A lo mejor solo llegaba tarde. Acababa de sacarse el móvil del bolsillo delantero de la sudadera cuando oyó el jaleo. Voces masculinas. Muchas. ¡Fuertes!

Procedentes del campo de béisbol de al lado.

¿Reconocía alguna de esas voces?

Abrió la verja de la zona canina y estaba cerrándola cuando levantó la barbilla de golpe al oír que alguien decía:

—¡Cómeme los huevos!

Ese alguien era Corrigan. No le cabía la menor duda. Y donde iba Corrigan, también iba Mailer. ¿Qué hacían los «Donantes de

Orgasmos» en el campo de béisbol a las nueve y media de la mañana del sábado?

Se quedó con la boca abierta.

No habrían llevado a cabo aquel ridículo desafío, ¿verdad?

Imposible.

Sin embargo, se descubrió saliendo del parque canino y subiendo la cuestecilla de todas formas para asegurarse. En cuanto vio el campo de béisbol y a los jugadores reunidos, decidió no volver a subestimar la naturaleza competitiva de los deportistas profesionales. Claro que esa mañana estaban siendo muy poco profesionales, si el comentario de «cómeme los huevos» servía de muestra.

Corrigan y Mailer estaban hombro con hombro, enfrentándose a Elton, que tenía a todo un equipo de béisbol formado por hombres y una chica joven de pie detrás de él, intentando intimidarlos apretando los puños contra sus guantes de cuero. Burgess estaba apoyado contra la valla de alambre, con los brazos cruzados por delante del pecho, como si acabara de llegar por si acaso se necesitaba la intervención de un adulto. También estaban presentes otros miembros del equipo de los Bearcats, y no pudo evitarlo, sus ojos recorrieron con frenesí todas las caras, intentando localizar a Sig, pero no estaba allí.

La sensación que se extendió por su pecho distaba mucho de ser alivio. Era una agonía aplastante. Una momentánea chispa de esperanza la había elevado y en ese momento caía en picado hacia el suelo, con las piernas lo bastante pesadas como para hundirse en la tierra si no se movía. «¡Muévete!».

Aunque…, un momento.

¿Por qué le había enviado Elton un mensaje de texto para quedar con ella en el parque canino si habían decidido seguir adelante con

ese ridículo partido?

A lo mejor se le estaba pegando el carácter agresivo de Grace. O a lo mejor tenía el corazón demasiado hecho polvo como para ser amable, o estaba demasiado agotada para empezar a dudar. Fuera cual fuese el motivo, se dirigió con paso firme hacia el campo, mientras Pierre corría a su lado por la hierba, sin detenerse ni una sola vez. ¿Era consciente de la gravedad de la situación?

—Si ganamos, os presentáis en nuestro próximo partido en casa con sudaderas de los Bearcats —decía Mailer.

—¿Y cuando perdáis? —se burló Elton, enfatizando ese «cuando».

—¿Qué os parece esto? Vuestro premio es que no os pateamos el culo —masculló Corrigan, antes de titubear e inclinarse para mirar a los que estaban detrás de Elton, suavizando la voz al decir—: Obviamente, lo de la patada en el culo no incluye a la señorita, de ninguna de las maneras.

La aludida se pasó una mano por la coleta morena, que le caía en cascada por la abertura trasera de la gorra.

—¡Vaya, qué detalle! —Hizo un mohín—. Pero creo que me quedaré por aquí y te daré el puñetazo en el paquete que está claro que te mereces.

Corrigan levantó las cejas al instante.

—Me parece justo.

La morena le devolvió la sonrisa con dulzura… mientras apretaba el puño contra su guante.

Chloe pensó que le gustaba esa chica. Mucho.

El resto de lo que estaba sucediendo esa mañana no le gustaba ni un pelo.

—¡Hola, Elton! —exclamó al tiempo que aminoraba el paso hasta detenerse junto al espigado jugador de béisbol, con la correa de cuero del perro clavada en la palma de la mano.

—¡Chloe! —gritaron con alegría casi todos los Bearcats a la vez, y muchos de ellos se acercaron a ella con los brazos abiertos para abrazarla, aunque levantó una mano para detenerlos.

—¡Oh, oh! —murmuró Mailer, dando un paso atrás. Analizando la situación. Frunciendo el ceño—. Un momento, ¿qué hace Chloe aquí?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo ella mirando a Elton, que llevaba los ojos ocultos detrás de unas Ray-Ban envolventes.

—La he invitado yo —respondió Elton, que miró a Mailer con una sonrisa—. Ha venido para animar a los verdaderos jugadores de béisbol.

—¿Cómo dices? —le soltó Chloe.

—¿Qué has dicho? —soltó Corrigan, que se echó hacia atrás por semejante afrenta.

Chloe vibraba porque la frustración de una semana se le había subido hasta la cabeza desde la planta de los pies y le había formado un nudo lleno de púas en la garganta.

—¿Me has invitado a venir con el pretexto de una cita perruna solo para cabrear a mis amigos?

—No lo sé —respondió Elton mientras miraba a los Bearcats y les guiñaba el ojo—. ¿Ha funcionado?

La erupción del siglo.

Los jugadores de *hockey* se enfrentaron a los de béisbol, discutiendo a pleno pulmón. Los guantes acabaron en el suelo. A la derecha, se oyó un fuerte suspiro y el crujido metálico de la alambrada. Acto seguido, Burgess se metió en medio de la refriega con cara de estar exasperado y suplicando paciencia.

—Solo un recordatorio de que todos somos adultos —dijo «Sir Salvaje»—. Vamos a tomarnos un segundo para encontrar nuestra madurez.

—De entrada, algunos de los presentes no saben lo que es eso —replicó Elton, acercándose un paso a Chloe—. Es evidente que ella se ha dado cuenta y ha elegido mejor.

—Como te acerques más a ella, usaré tus rótulas para practicar con el bate.

El mundo de Chloe se congeló al oír la voz de Sig detrás de ella.

Su magullado corazón trepó por su dolorida garganta hasta subírsele a la boca, se clavó las uñas en las palmas de las manos y seguramente hasta se hizo sangre. ¿Cómo podía estar todo bien y todo mal al mismo tiempo? Sig estaba allí, el calor de su pecho le calentaba la espalda. Veía su sombra en el suelo; esos hombros anchos, la silueta de su querida cabeza con una gorra de béisbol, su pelo oscuro que se abultaba por detrás y por los lados. En ese momento, solo deseaba darse media vuelta y saltar a sus brazos.

Aunque no podía.

Había cortado con él, para empezar.

Le había puesto fin a lo que más alegría les daba en la vida.

Y… no sabía si alguno de los presentes había visto el artículo. Casi con toda seguridad, los compañeros de Sig estaban al tanto de la insinuación hecha por el periodista del *Boston Globe.* Claro que ¿seguro que no se habían dado cuenta antes de la extraña relación entre Sig y ella?

¿No se había dado cuenta todo el mundo?

¿Lo sabrían los jugadores de béisbol? ¿Lo sabría Elton?

Su cerebro le dijo que no se diera media vuelta, porque sería incapaz de aminorar y de disimular la felicidad que sentía solo por estar cerca de él, pero su corazón lo anuló y se volvió de todos modos, dejando que su imagen suavizara las asperezas que había creado en su interior esa semana separados.

Sig, en cambio, seguía mirando a Elton con los ojos desorbitados.

Tenía las pupilas totalmente dilatadas, ese ancho pecho subía y bajaba, y su cuerpo de jugador de *hockey* estaba listo para tirarse al suelo en décimas de segundo.

—¿Me has oído o no, joder? —insistió, apretando los dientes—. ¡Aléjate de ella!

—Sig… —terció Burgess, dejando clarísimo lo que quería decir solo con su tono de voz.

—Ya lo has oído —replicó Mailer—. Es nuestra.

—No he dicho que sea nuestra —corrigió Sig a Mailer sin dejar de mirar a Elton.

Mailer tosió.

—Lo estabas pensando.

—No, no lo he pensado. —Por fin, ¡por fin!, la miró y parpadeó varias veces, mientras su pecho subía y bajaba a toda velocidad, tras lo cual miró de nuevo a Elton con expresión desafiante—. La has traído solo para hacer el gilipollas. Vas a borrar su número, porque no mereces tenerla.

—Lo que tú digas. —Elton se encogió de hombros, acortó la poca distancia que lo separaba de Sig y bajó la voz para que solo Sig y ella pudieran oírlo mientras decía—: De todas formas, he oído que está pillada.

Los ojos de Sig se clavaron en ella al instante.

Había demasiadas emociones en esa mirada como para nombrarlas todas. Deseo, preocupación, arrepentimiento, tristeza.

—No iba a jugar —dijo Sig, que se encogió de hombros—. Pero la posibilidad de batear y darte con la pelota entre las cejas me tienta demasiado.

Elton sonrió, satisfecho.

—Mi hermana, Skyler, va a lanzar, y la han seleccionado para jugar en el equipo *amateur* de los mejores del país. Puedes intentarlo.

Sig estaba a punto de replicar, pero la susodicha apareció de la nada para darle a su (al parecer) hermano un golpe en el pecho con su guante. Con fuerza.

—¡Gilipollas! No me puedo creer que hayas hecho esto. —Volvió a pegarle y, después, echó a andar hacia el montículo de lanzamiento y le gritó por encima del hombro—: ¡Se lo diré a mamá!

Con el ceño fruncido, Elton la siguió a grandes zancadas.

—¡Más te vale que no lo hagas!

Todos se dispersaron alrededor de Sig y Chloe, pero ellos no se movieron.

—¡Ejem! —carraspeó Sig, cuya nuez subió y bajó mientras tragaba saliva. Se quitó la gorra y volvió a ponérsela. Luego dio un paso gigantesco para alejarse de ella, haciendo que se le cayera el estómago entre los pies, porque esa distancia entre ellos (y verlo distanciarse de esa forma) le resultaba casi insoportable.

«Lo correcto».

Había hecho lo correcto.

Saltaba a la vista que él también se había dado cuenta.

Aunque ¿por qué dolía tantísimo?

—Siento que te haya pasado esto. Que se sienta con la libertad de quedar contigo para hacerte perder el tiempo de esta manera. —Se masajeó el centro de la frente—. Seguro que estás deseando irte de aquí. Alejarte de toda esta testosterona.

—¿Y no ver a Elton llevarse lo que se merece? Ni hablar. —Bajó la voz y le susurró—: Si empiezan a ganar, monta un pollo.

La cara de Sig se sonrojó por el afecto.

—Una chica de *hockey* siempre será una chica de *hockey*, ¿verdad?

Chloe tragó saliva para librarse del doloroso nudo que tenía en la garganta.

—Sí.

—Sí —repitió Sig, que parecía sin aliento—. Quédate donde pueda verte.

—Vale. —«Abrázame. No puedo soportarlo. Mañana volveremos a intentar alejarnos el uno del otro. Por favor, me duele todo. Te necesito»—. Sig…

Se oyó un silbido estridente desde el montículo del lanzador.

—¿Vamos a jugar al béisbol o qué, chicos?

Sig la miró durante un buen rato por última vez con un puño apretado al lado del cuerpo y se alejó después de asentir en silencio una vez con la cabeza. Chloe lo siguió, arrastrando tras ella su corazón roto, como una ristra de ruidosas latas de conserva que solo ella podía oír.

Capítulo veintidós

Sig había aprendido a bloquear el miedo hacía mucho tiempo. Miedo de que su madre no pudiera llegar a fin de mes y no tuvieran nada en la mesa para la cena. Miedo de que ningún equipo lo eligiera y no pudiera mantenerla. Miedo de tener una lesión grave jugando al *hockey*. El miedo había dejado de formar parte de su vocabulario emocional… hasta Chloe.

Desde que la conoció, había aprendido lo que significaba tener miedo. De que le ocurriera algo. De perderla. Pero, en ese momento, mientras ella estaba de pie al final del banquillo, jugando nerviosamente con el extremo de la correa de Pierre, reconocía que estaba cagado de miedo. Porque se había pasado una semana entera vagando sin pulso, y su corazón solo había empezado a latir de nuevo cuando la vio leyéndole la cartilla a Elton. «¡Gracias, Dios mío! Ahí está mi chica».

Aunque ya no era su chica, y le daba demasiado miedo afrontar el resto de su sombría existencia en esa nueva realidad.

Pierre se dejó caer al suelo y rodó sobre los pies de Chloe, enseñándole la barriga, con la lengua colgándole de un lado de la boca y jadeando…, y ella soltó un «¡aaah!» monísimo antes de mirarlo a él con expresión guasona. Y, al mismo tiempo, una ráfaga de aire le llevó su olor a la cara, y juraría que sus pulmones empezaron a llorar. A cerrarse por el instinto de supervivencia.

¿Era posible que un amor fuera tan intenso como para provocar un fallo orgánico?

—Muy bien —dijo con voz ronca—. ¿Cuál es la alineación?

Todos miraron a Burgess.

—¿De verdad estáis tan chalados como para creer que me arriesgaría a sufrir otra lesión de espalda jugando al béisbol? —masculló Burgess—. He venido para interrumpir la inevitable pelea. Preguntadle a Sig la alineación, él es vuestro nuevo capitán.

—Todavía no —replicó de forma automática, sintiendo la mirada de Chloe clavada en él. No había tenido comunicación con la dirección desde que se reunió aquella primera vez con Reese, pero David lo había llamado esa mañana para informarle de que los Bearcats querían otra reunión. Su representante incluso había aventurado que había una oferta en el horizonte. Desde luego que debería sentirse mucho más emocionado por la idea, ¿no?—. Pero, de todas formas, voy a tomar las riendas. Dado que estoy aquí y tal.

—¡Capitán, capitán, capi…!

Fulminó a Mailer con la mirada hasta que dejó de corear. Después observó al resto de sus compañeros.

—¿Alguien ha jugado a este dichoso deporte alguna vez?

Se levantaron dos manos casi al final del grupo.

—Vale, pues uno de vosotros va primero. El otro segundo. Llegad a alguna base, que ya bateo yo para que hagáis la carrera.

—Gauthier soltando jerga de béisbol —dijo alguien—. Creo que se me ha puesto dura.

—¿En serio? —Mailer se llevó la mano al paquete—. Porque a mí se me ha bajado, joder.

Corrigan le dio un puñetazo en un hombro.

—Que hay una señorita presente, capullo.

—Lo siento, Chloe —se disculpó Mailer automáticamente.

—¿Qué? No, Chloe ya está acostumbrada a nuestras burradas. —Corrigan se frotó la nuca, con la vista clavada en el campo—. Me refería a la lanzadora. —Sorbió por la nariz y movió un hombro—.

Me está echando un repaso.

—De eso nada —protestó Skylar mientras lanzaba la pelota de béisbol al aire y la atrapaba sin mirar.

—¡Pues lo harás! —gritó Corrigan en respuesta, sonriendo.

—Solo si tengo que buscarte el pulso después del partido. Porque vamos a daros una paliza.

—Créeme, tengo pulso, guapa. Y me lo estás disparando.

¿La lanzadora se había puesto colorada? Increíble, pero cierto. Parecía ser de ascendencia mexicana, con la piel de un tono bronceado natural, pero el intenso rubor hizo que se bajase la gorra para taparse la cara. Al parecer, había bajado mucho el listón en cuanto a frases para ligar de un tiempo a esa parte.

—¿Estás intentando distraerme? —preguntó la lanzadora, que seguía coloradísima—. Lo estás intentando, ¿a que sí?

—¡Me cago en la puta! —masculló Corrigan con el ceño fruncido —. Es como si… no supiera que es guapísima.

Sig le puso una mano en el hombro.

—Será mejor que te cases con ella antes de que descubra que puede encontrar algo mejor.

Corrigan asintió al instante con la cabeza.

—Ya te digo… —Después, le dijo a la lanzadora—: Me muero por contarles a nuestros nietos cómo nos conocimos, Skylar.

—¡Oye! —protestó Elton, que se alejaba hacia la primera base—, deja de hablarle a mi hermana.

Corrigan miró al cielo y soltó un gemido.

—¿Por qué todas las mujeres guapas son las hermanas de alguien?

Sig y Chloe se miraron de reojo.

—Vale, vamos a acabar de una vez con esto. —Señaló el puesto del bateador con el pulgar—. Jorgenson, tú vas primero.

—Y otra vez empalmado.

—Cierra la boca.

Jorgenson se acercó a la zona de bateo con paso ufano… sin bate.

—¡Mierda! —Miró por encima del hombro—. Creo que se nos ha olvidado algo. ¿Pueden ser… los bates?

Sig se frotó el puente de la nariz.

—Pídele uno prestado al otro equipo. ¡Madre del amor hermoso!

—La cosa empieza bien, sí —terció Burgess, desde donde estaba apoyado en la pared del banquillo.

Mailer se acercó a Sig.

—Hablando de cosas que se nos ha olvidado traer, se me ha olvidado la coquilla. No tendrás una para dejarme, ¿no?

—Si la tuviera, ¿crees que la compartiría contigo?

—Si me aplastan las pelotas, podría pasarme semanas fuera de juego. Detestaría tener esa conversación con la nueva directora general. —Carraspeó—. No porque mis testículos rotos me llevarían a la lista de lesionados, sino porque me gustaría que supiera que funcionan perfectamente.

—Por favor, dime que no te pone la nueva directora general.

—Pues no te lo digo. Porque sería redundante. —Mailer suspiró antes de darle un codacito a Sig en un costado—. Míralo de esta manera: por lo menos, ya no le tiraré los tejos a Chloe.

Sig sintió que la nuca le ardía.

Llevaba cinco minutos luchando contra el impulso de volverse y mirar a Chloe, y, en ese momento, por fin cedió, y descubrió que ella también lo estaba mirando, con expresión abierta, vulnerable y… echándolo de menos. Sí, lo echaba de menos. Quizá incluso la mitad de lo que él la echaba de menos a ella. Y eso iba a hacer que mantenerse alejado fuera infinitamente más difícil. ¡Por Dios! Aunque lo matara, tenía que respetar la decisión que Chloe había tomado. La difícil decisión que él fue incapaz de tomar.

«¿Estás bien, Chloe?», le preguntó, articulando las palabras con los labios.

Se produjo una larga pausa, titubeante, seguida de varios asentimientos rápidos con la cabeza.

«No está bien. Ninguno de los dos está bien».

—¡Vamos a jugar! —gritó alguien desde el banquillo contrario, haciéndolo mirar de nuevo hacia el campo, aunque su cabeza nunca se apartó de ella. Ni un solo segundo. Ni siquiera cuando el primer lanzamiento surcó la zona de *strike* a lo que deberían ser como ciento treinta kilómetros por hora.

—¡Me cago en la puta! —masculló Corrigan, que parecía aturdido —. ¿Acabo de conocer a mi futura mujer?

—¡No! —gritaron todos, Skylar y Elton incluidos.

Corrigan se limitó a sonreír.

—Me muero por demostrar que todos os equivocáis.

No fue una sorpresa que eliminasen a Jorgenson.

El segundo bateador consiguió llegar a la primera base, pero solo porque él le aconsejó batear despacio… y no fue bonito de ver. De hecho, no admitiría delante de nadie que no quería ponerse a prueba delante de Skylar, porque, a ver, la chica tenía un brazo que parecía un cañón y ni siquiera se había despeinado lanzando. Sin embargo, mantuvo cara de póquer y se acercó a la zona de bateo mientras agitaba el bate un par de veces a modo de práctica. Y recurrió de nuevo a las falsas apuestas mentales que se hacía de niño para motivarse. Como: «Si hoy marcas, conocerás a Sidney Crosby» o «Si entrenas una hora más, te elegirán en la primera ronda».

Joder, con veintinueve años había otras cosas en juego.

«Si le das a la pelota, podrás casarte con Chloe».

Era una apuesta ridícula que hacerse a sí mismo, dado que era un imposible, pero se concentró en la pelota mientras Skylar armaba el

brazo y… lanzaba un poco raro, y no bateó. Guiado por puro instinto.

—¡Bola! —anunció el jugador que hacía las veces de árbitro.

Skylar puso los ojos en blanco mientras aceptaba la pelota que le devolvía su compañero.

Acto seguido, Skylar rotó un hombro y limpió la tierra de la marca.

Se inclinó hacia delante.

Mucho después, Sig admitiría que tuvo suerte. O quizá fingir que el sueño imposible de casarse con el amor de su vida podía hacerse realidad lo llevó a golpear la pelota y a lanzarla al exterior del campo, sobre las cabezas de los jugadores que, evidentemente, no esperaban que batease. Aturdido, se quedó observando la pelota, que se perdió entre los árboles, pero «Sir Salvaje» le gritó que corriese, y sus piernas se hicieron con el control, siguiendo por instinto la orden del hombre que había sido su capitán desde que empezó de novato. Pero solo pasó de la primera base antes de que se hiciera el caos más absoluto.

Porque, por supuesto, Pierre eligió ese preciso momento para revivir.

Para descubrir un pozo de energía en su interior que tal vez no sabía ni que existía.

Sí.

El *bulldog* salió corriendo por el campo detrás de la pelota, como si su vida dependiera de recuperarla. Lo que, cómo no, significaba que Chloe corría tras él visiblemente angustiada, con el moño rubio medio suelto mientras sus gritos llamando al perro resonaban por todo el parque.

No dudó ni un segundo: echó a correr detrás de Chloe imaginándose un sinfín de escenarios, como que se rompía el tobillo o que había violentos asesinos acechando en el bosque, a la espera de

que una chica guapa cayera en su trampa. No. No mientras él estuviera allí.

—¡Chloe!

—¡Pierre! ¡Para! —Cuando el perro se perdió entre los árboles, con la correa ondeando tras él, Chloe soltó un gemido desesperado y apretó el paso—. ¡Sig!

Sí, mentiría si dijera que el hecho de que Chloe lo llamase pidiendo ayuda de forma instintiva no era el bálsamo que necesitaba para sus ardientes heridas, pero ya se regodearía después. Pasó junto a ella en su carrera por alcanzar a Pierre antes de que se perdiera, se adentró en los árboles, sin aliento…

Y se encontró al *bulldog* retozando en un charco de barro. No, en un lodazal.

Con la pelota de béisbol en la boca.

No había visto a un perro más contento en la vida.

—¡Ay, no, Pierre! —exclamó una jadeante Chloe, que se detuvo a su lado llevándose las manos a la cabeza—. ¡Mírate! Estás todo sucio. ¿Qué voy a hacer contigo?

El problema que tenía entre manos pasó a un segundo plano cuando miró a Chloe, que tenía el rostro marcado entre el sol y la sombra, el pelo revuelto por el viento y las mejillas sonrosadas. La imagen más maravillosa que había visto en la vida…, por lo menos, desde la última vez que la vio. Además del brillo que tenía esa mañana, llevaba la sudadera de los Bearcats que él le había dado.

«Ya no puedes tenerla».

«Es que no deberías haberla tenido para empezar».

Chloe lo miró y dejó caer un poco los hombros.

—Ni siquiera has disfrutado del *home run*, ¿verdad?

«Si le das a la pelota, podrás casarte con Chloe».

Ojalá.

—No, seguro que cuenta —dijo, con la garganta dolorida—. Me aseguraré de que cuente.

Al cabo de un momento, ella asintió con la cabeza.

—¿Cómo voy a llevármelo a casa así?

—¿En la parte trasera de mi camioneta? —sugirió.

Sus miradas se encontraron. Se caldearon. Intentaron separarse, pero acabaron de nuevo fijas la una en la otra. Refulgieron todavía más. Llevar a Chloe a casa era una Muy Mala Idea, Los dos lo sabían.

—Lo meteré y me voy —siguió él, antes de añadir—: Han pasado casi dos semanas desde que hicieron esas fotos. Dudo mucho que te hayan seguido vigilando tanto tiempo.

Chloe tragó saliva.

—Vale.

El corazón casi se le salió del pecho al saber que iba a estar un rato con ella, por más corto que fuese.

—¿Sí?

—Sí. No se me ocurre otra manera de llevarlo a casa sin ponerlo todo perdido de barro ni manchar a todas las personas con las que se cruce. —Chloe se humedeció los labios—. ¿Y a ti?

—Tampoco —contestó, demasiado deprisa—. Vámonos. —«Antes de que cambies de idea».

Salieron de los árboles al campo y se quedaron de piedra al ver la pelea que estaba teniendo lugar en el diamante de béisbol. Todos estaban enzarzados en la refriega, lanzando puñetazos, menos Burgess, que apartaba a los hombres con paciencia y los tiraba al suelo como si fueran basura.

Y Corrigan, que se alejaba del tumulto con Skylar al hombro, mientras la chica se resistía.

—¡Deja que te salve! —le mascullaba el novato a Skylar mientras ella le golpeaba la espalda con los puños.

—Vamos a fingir que no hemos visto nada de esto —susurró Chloe.

Sig ya la estaba llevando hacia el aparcamiento.

—Buena idea.

Capítulo veintitrés

Chloe se estaba riendo con tantas ganas que tropezó con sus propios pies al entrar en el piso y casi se cayó de bruces sobre el suelo de madera. De alguna manera, consiguió mantener el equilibrio sin tocar ningún mueble con las manos sucias y se volvió justo a tiempo para ver a Sig entrar en el piso con el *bulldog* cubierto de barro pegado al pecho.

Sig tenía los ojos brillantes, pero no sonreía.

Seguramente no podía hacerlo, porque tenía barro seco y endurecido en la cara por el forcejeo que mantuvo con Pierre cuando intentó dejarlo en el cajón de su camioneta. Era un milagro que no se hubiera hecho pis encima de camino a casa, porque, aunque habían atado la correa de Pierre a la camioneta y Sig había conducido a diez kilómetros por hora por las concurridas calles de Boston mientras le pitaban sin parar los demás coches, el perro se las apañó para perder el equilibrio, caerse y rodar varias veces, haciéndola chillar por la preocupación y reírse a carcajadas al mismo tiempo.

—Venga, vamos a meterlo en la bañera —consiguió decir sin aliento, avanzando a trompicones por el pasillo antes de caer de rodillas delante de la bañera y abrir el grifo del agua caliente—. No quiero ni pensar que lo va a poner todo perdido. Es un problema para después.

—Yo te ayudo. —Sig cogió la alcachofa de la ducha y empezó a quitarle el barro al *bulldog* de inmediato—. Vamos a limpiar a esta bestia parda.

Las palabras «bestia parda», pronunciadas entre dientes, hicieron

que Chloe se estremeciera por la risa.

—Si lo piensas bien, nos ha ahorrado la pelea —dijo por encima del ruido del agua—. Creo que sabía muy bien lo que estaba haciendo. ¿A que sí, chiquitín, que eres muy listo?

Pierre la fulminó con la mirada, con un colmillo sobresaliéndole por encima del labio inferior.

—Siento ser quien te lo diga, Chlo, pero este perro solo tiene serrín en la cabeza. —Sig se agachó junto a ella para poder lavarle la barriga al perro—. Solo come, caga y causa problemas.

Chloe le dio un golpecito en el hombro con el suyo.

—¿Ese es el tipo de padre que vas a ser? ¿El que se queja por tener que lavar a manguerazos el barro y los cereales de un niño?

—¡Qué va! —Parecía distraído por su cara, clavándole la mirada en la boca—. Si hiciéramos un bebé, viviría a tope cada segundo.

Chloe sintió que el corazón se le caía a los pies.

—Has estado hablando de hacer bebés muy a menudo de un tiempo a esta parte.

¿Eran imaginaciones suyas o Sig se había inclinado un poco más hacia ella? ¿Eso que sentía en los labios era su aliento?

—He estado pensando en el tema mucho más tiempo del que llevo hablando de eso.

—Sig.

—Tú eres la que ha sacado el tema.

—Cierto. Lo siento.

Sig soltó una especie de gemido y apartó la mirada de ella.

—¿Cómo van las clases con tu tutora?

—Bien —contestó, aturdida después de haber recibido tanta intensidad solo para que se la arrebatasen… y lidiando con la necesidad de recuperarla. Con la idea de distraerse, se miró los dedos y se pasó la yema del pulgar por la ampolla que se le había

formado el día anterior en el dedo corazón—. Estoy dándolo todo. Agradezco el trabajo, aunque sea duro. Aunque cuanto más duro, mejor. Cuando entro en modo concentración…

—No tienes que pensar.

—Sí.

Sig tragó saliva.

—Lo sé, nena. Yo hago lo mismo.

Chloe se clavó las uñas en las palmas de las manos para no subirse a su regazo y aferrarse a él, absorbiendo su calor.

—¿Te han ofrecido ya un contrato?

—Tengo una reunión con Reese mañana. Podría ser por eso.

Nada más oírlo, sonrió de oreja a oreja.

—Ojalá.

—¿Sí? Porque yo ya no siento nada, joder.

Sintió que el pulso se le disparaba en el cuello, en las muñecas y en el pecho al oírlo.

—Sig…

—Lo siento —dijo él con voz ronca al tiempo que apretaba tanto la alcachofa de la ducha que se le ponían los nudillos blancos—. Estar tan cerca de ti me resulta doloroso.

Chloe no sabía qué decir. Ni qué hacer. En el fondo, había albergado la esperanza de que pudieran seguir siendo amigos. Amigos de verdad. Pero saltaba a la vista que no iba a ser el caso. Porque ella tampoco podía fingir que no ansiaba que la abrazase, que le acariciase la piel con las manos mientras le lamía los labios y los pechos con la boca. Tendría que dejarlo marchar por completo, ¿no? No tendrían otra opción que…

Estar separados.

—Voy a ver si encuentro una camiseta grande para que te la pongas —dijo al tiempo que se ponía de pie, aunque las piernas le

temblaban como un flan. También intentó desentenderse, sin éxito, del modo en el que los ojos de Sig las miraron de abajo arriba y se oscurecieron al llegar a su entrepierna, apretando los dientes—. La tuya está llena de barro.

—No pasa nada.

—No. Te busco algo —susurró, casi tropezando al salir del cuarto de baño por las ganas de huir de la tensa situación. Sus opciones eran salir de allí o lanzarse de cabeza. Una vez en su dormitorio, se quitó la sudadera, que estaba manchada de algo marrón y seguramente necesitara una limpieza en profundidad, y se puso a buscar a toda prisa en los cajones una camiseta para ella y otra para Sig. El corazón le atronaba los oídos y tenía las manos torpes. Pues claro que sí. Una pared la separaba del hombre que dominaba sus sentidos.

La rebelión que estaba teniendo lugar en todo su cuerpo y el esfuerzo denodado para controlarla eran una distracción. Y quizá por eso solo captó de pasada que ya no se oía el agua correr en la bañera. Pero cuando se le erizó el vello de los brazos y de la nuca, supo que Sig estaba allí. De pie en el vano de la puerta de su dormitorio, con un hombro apoyado en el marco y mirándola con cara de deseo.

—Perdona, sigo buscándote una camiseta.

—Seguramente sea buena idea que antes busques una para ti.

Sintió que le ardía la piel.

—Vale. Es que… —Todas las camisetas le parecían iguales. Nada tenía sentido. No recordaba el aspecto de ninguna ni haberlas visto en la vida. No había nada más que el magnetismo y la frustración que irradiaba el hombre que estaba en su puerta—. Mmm. Un momento.

Sig se apartó del marco de la puerta y salió al pasillo, donde se

puso a andar de un lado para otro con los brazos cruzados por delante del pecho. Y Chloe se odió a sí misma al sentir que la inundaba la decepción. Porque Sig no había entrado en tromba en su dormitorio, para levantarla en volandas y tirarla a la cama. Porque no iba a echarle un polvo salvaje. Su cuerpo ansiaba el trato rudo. Ansiaba el éxtasis. Para los dos. ¡Por Dios, deseaba el de Sig casi tanto como necesitaba el suyo propio!

Al final, dio con una camiseta de tirantes negra para ella y se la puso.

Casi al fondo del montón de ropa doblada, había una camiseta de los Bearcats que compró para el primer partido al que fue. Antes de que pidiera su sudadera rosa personalizada. La única talla que quedaba de su diseño preferido era la XXL de hombre, así que decidió dormir con ella.

—Toma —susurró mientras le ofrecía la camiseta de camino al pasillo en penumbra. Sí, en penumbra. Como estaba nublado, entraba poca luz en el piso, y no se habían molestado en encender ninguna luz, salvo la del cuarto de baño.

Sin embargo, había de sobra para ver todos y cada uno de los músculos de Sig tensarse y moverse cuando se quitó la camiseta sucia y la dejó caer al suelo, mirándola en todo momento con los párpados entornados. Cuando parecía a punto de abalanzarse sobre ella, se limitó a tenderle una mano para que le diera la camiseta.

Se la dio, estremeciéndose con el roce de sus dedos.

Sig titubeó a la hora de ponerse la camiseta, respirando con un ritmo entrecortado que hacía que le subiera y le bajara el pecho.

—Intento respetar tu decisión, Chlo —le dijo con voz entrecortada, mientras daba unos pasos para acercarse sin querer. Más cerca. Más, hasta que sintió su aliento en la sien—. Deja de mirarme así.

Otro paso adelante de Sig. Un paso atrás suyo.

Uno a uno, los músculos de su espalda se fundieron con la pared y tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder acariciar con la mirada la perfección de su mandíbula, de su garganta y de su boca esculpida.

—Así ¿cómo?

Ese aliento, y solo la puntita de su lengua, le rozó la oreja.

—Como si recordaras lo bien que follamos. Como si quisieras repetirlo. —Sig puso la mano izquierda en la pared, por encima de su cabeza, y se bajó la derecha al paquete para agarrárselo por encima del pantalón de chándal mientras gruñía—. Mira lo que me haces, Chloe.

—Lo mismo que tú a mí —susurró ella, con la cabeza dándole vueltas—. En versión femenina.

Vio que a Sig le temblaban los labios por la risa, pero pareció hacerle daño.

—¡Dios, cuánto te echo de menos!

—Yo también te echo de menos. Muchísimo —añadió entre jadeos, porque Sig le enterró los dedos en el pelo, la obligó a echar la cabeza más hacia atrás y le lamió la curva de la garganta.

—¿Quieres un poco? —Le mordisqueó el mentón—. Dame luz verde.

«No lo hagas». Solo conseguiría recaer. Sin embargo, era imposible frenar un tren a punto de descarrilar. Era imposible hacerse entrar en razón cuando quería a ese hombre de un modo que desafiaba la lógica.

—Una vez más —susurró mientras asentía con la cabeza y le rodeaba el cuello con los brazos.

—Solo los sabremos nosotros, nadie más —masculló él, que la pegó más a la pared y le comió la cara a besos. Le dejó un reguero de besos frenéticos, y tiernos a la vez, en las mejillas, en la nariz, en la

frente, en la barbilla, en el pelo y en las orejas antes de buscarle la boca y gruñir contra sus labios para darle un beso que dejó claro todo lo que llevaban dentro. Todo lo que sabían que era verdad, tanto que lo sentirían durante el resto de sus vidas—. Joder. ¡Joder!

—No pienses —susurró al tiempo que bajaba la mano derecha para acariciarle la erección por encima de la suave tela de los pantalones —. Limítate a disfrutar de mí.

Él soltó un gemido entrecortado al tiempo que le hundía la cara en la curva del cuello.

—Eso hago. Disfruto más contigo que con ninguna otra cosa en esta vida.

—Sig, me vas a destrozar si sigues diciendo cosas así.

Sintió que le clavaba los dientes por debajo de la oreja.

—Te entiendo, Chlo. Hablaré solo de follar. Porque eso es lo que tenemos que hacer para sobrevivir a esto, ¿no?

—Sí.

—Vale. —Movió las caderas para acercarse a su mano—. Tócame.

—Prefiero saborearte, cariño.

El enorme cuerpo de Sig se estremeció.

—No tienes que chupármela, Chloe. Pero si lo haces, te recompensaré muy bien.

Sintió que las piernas se le aflojaban, que tocaba el suelo con las rodillas y que sus manos tiraban, ansiosas, de la cinturilla de sus pantalones de deporte. Quiso hacerle una mamada la semana anterior en la habitación del hotel, pero cada vez que lo había intentado, Sig meneaba la cabeza, la tumbaba de espaldas y se lo comía a ella. Una semana sin él había aumentado su deseo, y si esa iba a ser la última vez, pensaba darse un festín. Se la agarró con los dedos y se inclinó para darle un lametón en la punta reluciente y juguetear con la hendidura salada. Luego se la metió todo lo que

pudo en la boca, atragantándose, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas por la presión, pero le daba igual. Solo quería más de su sabor, la satisfacción de los gruñidos de Sig.

—La chica de mis sueños tiene una boca de ensueño, ¿verdad? ¡Por Dios! —exclamó él, que se agarró la base con la mano derecha al tiempo que le enterraba los dedos de la izquierda en el pelo y la hacía inclinarse hacia delante. Moviendo las caderas para entrar en la calidez que ella le ofrecía con tantas ganas—. Gime mientras me la chupas. Déjame claro lo mucho que te gusta tenerme en esa boca húmeda, ¡joder! Muy bien, así. Sí. Hasta el fondo. Eso es lo que necesito.

El evidente placer de Sig, que parecía aumentar a cada segundo, actuaba como una droga en su torrente sanguíneo. No sentía el duro suelo bajo sus rodillas ni hasta qué punto se le estiraban los labios. No sentía las lágrimas que le resbalaban de los ojos ni la humedad que le cubría la barbilla, solo sabía que quería seguir y seguir, averiguar hasta dónde podía llevarlo. Tal como él le había hecho a ella. Tal como él le haría en cuanto tuviera la oportunidad.

—Se me está poniendo demasiado dura. Ya está bien. Tengo que aguantar. —Le empujó la cabeza hacia delante más deprisa, como si no pudiera evitarlo. Como si no pudiera parar—. Quiero correrme dentro de ti.

Chloe mantuvo el contacto visual mientras le arañaba el torso desnudo con las manos, rozándole los pezones con las uñas, y lo sintió sacudirse dentro de su boca mientras un regusto salado le bajaba por la garganta.

—Mmm.

—Ya vale. Me gusta demasiado. ¡Ya! —Jadeando, se la sacó de la boca con un taco antes de tirar de ella para ponerla en pie y hacerla entrar andando de espaldas en el dormitorio, apoderándose de su

boca con los labios mientras sus manos se chocaban en su intento de bajarle las mallas, una hazaña que ella acabó meneando las caderas y usando los dedos de los pies y tirando de la prenda para sacársela, y darle una patada, de modo que se quedó con la camiseta de tirantes y las bragas. Tenía tanta piel de Sig en contacto con la suya, que separó los labios para respirar entre jadeos entrecortados mientras extendía las manos y lo acariciaba.

Justo antes de llegar a la puerta, Sig le puso una mano en la nuca…, y cuando se dio cuenta de que la estaba protegiendo para que no se golpease la cabeza con el marco, el corazón le dio un vuelco. Todo su mundo se puso patas arriba. Junto con cualquier filtro que le quedase.

—Yo también te quiero. Yo también te quiero —dijo, enterrándole los dedos en el pelo mientras tiraba de él para pegar sus frentes, y mientras a él se le entrecortaba el aliento contra su boca—. A lo mejor no debería decírtelo, a lo mejor es el peor momento, pero no puedo vivir sin hacerlo.

Sig parecía incapaz de hablar, pero le miró la cara, de izquierda a derecha, de arriba abajo, y dejó escapar las palabras con brusquedad.

—Sé que me quieres, Chloe —dijo—. Te has asegurado de que lo sienta durante todos los días. —Cerró los ojos con fuerza—. ¿Tú has sentido lo que significas para mí?

—Sí.

Un alivio tangible hizo que Sig se estremeciera y, acto seguido, volvió a apoderarse de sus labios, acariciándole el interior de la boca con la lengua, hasta lo más hondo, adorándola, mientras le enterraba los dedos en el pelo. Y el efecto en él fue tan potente que ella se tambaleó un poco y se golpeó la cadera con la cómoda. Con el ceño fruncido por la preocupación, Sig le puso fin al beso y le frotó el punto que se había golpeado con el mueble. Al ver su enorme mano

masajeándole la cadera, con la erección libre del pantalón de deporte, ya no pudo esperar más. Y él tampoco, se lo dijeron sus ojos vidriosos y su cara enrojecida.

Se movieron a la vez y acabó sentada en la cómoda.

—Esto está bien. Esto está… bien. Me da miedo llevarte a la cama —dijo él entre jadeos, tragando saliva con dificultad—. Creo que no seré capaz de dejarla.

—Ojalá no tuvieras que hacerlo —susurró ella.

Sig golpeó con el puño la parte superior de la cómoda, como si esa afirmación le hubiera dolido.

—Quítate las putas bragas —gruñó al tiempo que la levantaba y acaba de desnudarla por completo a tirones—. Tengo tu recompensa aquí mismo.

Acto seguido, lo vio ponerse de rodillas como un hombre que estuviera dando gracias para separarle los pliegues con la lengua. Sin dejar de observarla. Acariciándole un poco el clítoris, torturándola antes de lamerlo con la lengua plana y moverlo de un lado a otro, de un lado a otro, dejándola sin capacidad para pensar o respirar.

Con su primer estremecimiento, Sig le colocó las manos en las corvas y le dejó el culo más al borde antes de cogérselo con ambas manos, aferrándolo, tirando, frotándose la cara contra ella y metiéndole la lengua más adentro, y más, y más, hasta que gritó y su cuerpo se retorció de forma instintiva, con la garganta ya dolorida de tanto gemir.

—¡Sig! ¡Dios! ¡Por Dios! ¡Sigue! ¡Sigue!

El orgasmo fue como meterse en una bañera de agua caliente hasta la coronilla. Su cuerpo se derritió, como si su forma humana fuera de cera, mientras sus músculos internos se cerraban y se tensaban alrededor de su lengua, que seguía penetrándola, mientras la

sujetaba con fuerza por el trasero, animándola a acercarse todo lo posible a su boca, a su boca, a esa boca tan perfecta y querida.

Todavía jadeaba por la intensidad del orgasmo cuando Sig se puso en pie y pegó su cuerpo al suyo de un tirón mientras la miraba con una expresión ardiente en esos ojos marrones. Un contacto visual abrumador y descarnado que no interrumpió al penetrarla. Con fuerza. Una embestida dura y profunda que llegó hasta el fondo. Sig se tragó su grito con la boca abierta y empezó a mover las caderas. La penetró sin control alguno, porque a ninguno de los dos le importó que los cajones de la cómoda se sacudieran, que los frascos de perfume se cayeran al suelo o que el mueble golpease la pared.

—Vas a sentirme de formas que no olvidarás, Chloe —le prometió él con voz ronca.

—Sí, ¡sí! Ya lo hago.

Siguió penetrándola, moviendo las caderas como los pistones de un motor, metiéndosela como si encontrase su hogar dentro de ella una y otra y otra vez, mientras las rodillas de Chloe le golpeaban los costados y seguía gritando.

—No pasará ni un solo minuto del resto de mi vida sin que estés en mis pensamientos, y no quiero que sea de otra manera. Me da igual si duele, vas a quedarte ahí —siguió, ronco, antes de besarla de un modo que era rudo y dulce a la vez—. Siempre serás la chica de mis sueños. Siempre mía.

—Siempre, Sig.

La levantó y la apartó de la cómoda, haciéndola rebotar sobre su erección una vez, dos, antes de gritar su nombre como una exhalación, marcándole la piel allí donde sus dedos la apretaban, la apretaban sin compasión, la pegaban contra su sexo, que empezaba a eyacular, y luego los dos gritaron cuando él se inclinó hacia delante, y le dio dos maravillosas y violentas embestidas contra la cómoda,

que ella alentó gimiendo su nombre y arañándole esa amplia espalda con las uñas.

Después, como dos seres que hubieran perdido la animación, se dejaron caer al suelo, y Sig la abrazó sobre su regazo y le dejó un furioso reguero de besos en el nacimiento del pelo mientras intentaba recuperar el aliento.

—Chloe, por favor…

No se enteró de lo que iba a decir, porque sus móviles empezaron a sonar al mismo tiempo.

Capítulo veinticuatro

El instinto le decía a Sig que inmovilizara a Chloe contra el suelo para impedir que contestara al teléfono. Que la llevara a rastras a la cama, la tapara con la colcha y no la dejara salir nunca de ese dormitorio. No saldría nada bueno de esas llamadas. No sabía por qué estaba tan seguro. A lo mejor el recelo se había convertido en su estado habitual porque el mundo intentaba arrebatarle a esa mujer. O a lo mejor solo quería seguir inmerso en ese momento con Chloe para siempre, ambos sudorosos y oliendo el uno al otro.

—Los teléfonos… —dijo ella mientras intentaba levantar la cabeza, aunque se quedó sin fuerza en el cuello y se dejó caer de golpe contra él, apoyando una mejilla entre sus pectorales.

—Pasa de ellos. ¿Tienes que ir a algún sitio hoy? —le preguntó al tiempo que le acariciaba el pelo.

—Tengo clase con Grace dentro de un par de horas. —Bostezó contra su pecho y él vio pasar la vida que deseaba delante de sus ojos. Despertarse con ella todos los días. Para siempre. Verla espabilarse poco a poco—. Pero no será muy larga. Esta noche tiene una actuación.

—Y yo tengo la reunión. —La abrazó con fuerza, levantando la voz para ahogar las incesantes llamadas—. Pero nos quedan un par de horas.

Los teléfonos dejaron de sonar.

Sin embargo, empezaron de nuevo casi de inmediato.

—Sigue pasando del mundo conmigo un poco más, Chlo —le

suplicó.

—Pero ¿quién va a llamarnos a los dos a la vez? Y encima, insistiendo —replicó ella, y Sig supo que se estaba distrayendo, que la estaba perdiendo—. A lo mejor ha pasado algo —añadió.

—Por favor. Me importa una mierda.

Lo miró con una sonrisa que no tardó en desaparecer.

—¿Y si… han publicado otro artículo?

—¿Y qué va a decir? Hace una semana que no nos vemos.

—No lo sé. —Con un visible esfuerzo, se despegó de su pecho, aunque lo miró con pesar, como si quisiera quedarse allí mucho más tiempo—. Voy a contestar.

—No.

—Sig…

Chloe hizo ademán de levantarse, pero tiró de ella y la rodeó con fuerza, como si fuera un salvavidas en una tormenta. Ella no forcejeó, dejó que la estrechara, acariciándole los antebrazos y con la cabeza inclinada hacia atrás para que él pudiera besarla en las mejillas, en los párpados y en la frente.

—Dime otra vez que me quieres.

—Te quiero. —Sin vacilar—. Siempre te querré.

Los brazos dejaron de funcionarle después de eso, así que no pudo evitar que se separara de él y se pusiera en pie. Vio con pesar cómo recogía las bragas del suelo y se las ponía a toda prisa para salir del dormitorio en ropa interior. Los móviles seguían sonando en el cuarto de baño y él no quería saber por qué. Sin embargo, lo descubrió un segundo después. En cuanto Chloe contestó, su voz le llegó clara como el tañido de una campana desde la otra habitación.

—Hola, mamá. ¿Qué tal? —Una pausa—. Yo también siento que hayamos discutido, pero… —Otra pausa—. ¿Tienes novedades? Vale. ¿Qué pasa? ¿Han llegado los vestidos de París? —Debió de

activar el altavoz, porque una voz metálica y apagada resonó en el cuarto de baño, uniéndose a la suya. Al menos, de momento. Ambas voces se acercaron cuando Chloe apareció y apoyó una cadera en el marco de la puerta del cuarto de baño, mirándolo fijamente con el teléfono en alto. Tenía el ceño fruncido. Como si acabara de presentir, al igual que él, la inminente fatalidad. Como si hubiera deseado meterse con él en la cama y olvidarse juntos del mundo.

Demasiado tarde.

Algo le decía que ya era demasiado tarde.

—Bueno, Harvey y yo… —Sofia soltó una carcajada, y de fondo se oyó una risilla masculina muy ronca. La risa de su padre—. De un tiempo a esta parte, nos comportamos como dos chiquillos impulsivos. Y la planificación de la boda se estaba volviendo muy tediosa, cariño. Yo estaba estresada ¡y Harvey odia verme estresada! Así que decidimos cortar por lo sano… y tomar nuestras propias decisiones. Tal como tú dijiste.

Chloe empezaba a respirar más deprisa.

—Esto…, no te entiendo.

—¿Estás sentada? —Sofia no se molestó en esperar una respuesta —. Nos casamos anoche. ¡En Las Vegas! No es mi estilo, pero creo que por eso fue tan… ¡maravilloso!

Sofia siguió parloteando sin detenerse a respirar, pero Sig no podía oír nada más por encima del sonido de sus huesos fracturándose. Oía un fuerte zumbido en la cabeza que podía ser su pulso o el ruido del fin del mundo. La realidad se estaba distorsionando y la percibía como difuminada, con el estómago tan revuelto que mucho se temía que iba a vomitar en el suelo.

Sus padres se habían casado.

Se habían casado.

No había conseguido impedir la boda.

Estaba hecho. Eran marido y mujer.

Lo que quería decir que… Chloe era su hermanastra. Que era su hermanastra desde la noche anterior.

La vio sostener el móvil con los nudillos blancos y una expresión ausente. Aturdida.

Necesitaba levantarse y consolarla, pero no le respondía el cuerpo.

—¿Os habéis casado en Las Vegas? —susurró Chloe—. Estás… casada. Con Harvey.

—¡Sí! Y, ¡ay, cariño!, de verdad que queríamos incluiros a Sig y a ti, pero a veces hay que dejarse llevar por el viento. Después de tu impulsivo traslado a Boston, sabía que lo entenderías. —Una pausa prolongada—. ¿Estás disgustada?

Los ojos de Chloe se volvieron vidriosos al instante.

—No, es que no me esperaba algo así —murmuró, enjugándose las lágrimas. Sin embargo, no le estaba dando a su madre la satisfacción de oírla llorar, ni siquiera después de la pulla sobre su impulsividad…, y él se enorgulleció al verla, por más entumecido que estuviera. Él habría sido capaz de disimular en su actual estado, pero ¿Chloe? Cuadró los hombros y forzó una expresión valiente, aunque estaba claro que no le resultaba fácil fingir una actitud positiva—. Tendremos que organizar un fiestón por todo lo alto para ponernos esos vestidos una vez por lo menos.

—¡Así me gusta! ¡Podríamos celebrar una segunda boda! Aunque esta vez la planificación será mucho menos angustiosa, porque ya estoy casada con el amor de mi vida.

Se oyó un sonoro beso al otro lado de la línea, y la bomba que le cayó en el estómago impulsó a Sig a levantarse. Se vistió sin ser consciente de lo que hacía, aunque solo se molestó en ponerse los calzoncillos y los pantalones de chándal. ¡A la mierda la camiseta!

—¡Desde luego esperamos poder celebrarlo con vosotros pronto!

¿Cuándo tendréis tiempo para ir a Darien? Nosotros vamos a quedarnos una temporada en Las Vegas, pero ¿la semana que viene podría ser?

—No lo sé —respondió Chloe, que empezaba a perder el control de su voz y le temblaba un poco—. He avanzado mucho con las clases y no quiero perder el ritmo.

—¡Ah! —En ese momento, era Sofia la que intentaba disimular sus emociones—. En fin, ya se nos ocurrirá algo. Harvey está intentando localizar a Sig. Por casualidad no sabrás dónde está un sábado por la mañana, ¿verdad?

Chloe cerró los ojos en vez de devolverle la mirada. ¿Estaba evitando el contacto visual? ¿Por vergüenza? La simple posibilidad fue como si le clavaran un punzón en la yugular.

—No. Ha estado de viaje. No lo he visto.

—¡Ah, vale! A lo mejor está durmiendo con el móvil en silencio. —Luego, añadió bajando la voz—: No te preocupes, cariño, nos pondremos en contacto con él antes de que acabe el día.

Chloe se movió de derecha a izquierda, todavía con los ojos cerrados.

—Tengo que colgar. Pero… ¡enhorabuena! Disfrutad de Las Vegas y ya hablaremos cuando vuelvas.

—¡Gracias, cariño! ¡Besos! Adiós.

Cuando se cortó la llamada, el silencio que siguió fue más denso que cualquier cosa que hubiera oído jamás. No había ningún sonido. Ni bocinas, ni puertas que se abrían y cerraban en el pasillo, ni los crujidos de los tablones del suelo. Nada. A lo mejor sus sentidos estaban tan conmocionados que no daban para más.

«He fracasado».

«Se acabó».

Había perdido a Chloe. Para siempre.

¿Había hecho todo lo que estaba en su mano para influir en el resultado sin cometer un delito grave? Sí, ¿verdad? Quizá el final había sido inevitable desde el primer momento. Aunque también comprendió en ese mismo instante lo profundos que eran sus sentimientos por Chloe, porque seguía deseando llevársela a rastras a la cama y hacerle una peineta al universo.

Claro que la quería demasiado como para destrozarle la vida.

Como para impedir que consiguiera el puesto de primera arpista en la Orquesta Sinfónica de Boston.

Como para arrastrarla a un escándalo sensacionalista peor del que ya sufría.

Además, ya no podía seguir encargándose de cubrir sus necesidades, de manera que necesitaría el apoyo de su madre. Necesitaría la red de seguridad de Darien más que nunca.

Por eso, cuando la oyó soltar un gemido ahogado mientras entraba de nuevo en el cuarto de baño y cerraba la puerta con pestillo, él salió a ciegas del piso, bajó la escalera y salió a la calle, mientras su corazón se iba apagando con cada paso que daba.

Chloe existía en un inquietante estado de calma.

Si se movía demasiado deprisa o permitía que su cabeza empezara a formular los «¿Y si…?», se desmoronaría. Así que no lo hizo. No anduvo ni demasiado deprisa ni demasiado despacio, se mantuvo a un ritmo medio, limitándose a poner un pie delante del otro. Asintió con la cabeza cuando fue necesario. Respondió adecuadamente a la camarera de la cafetería, saludó a Raymond al salir del edificio y se dirigió a casa de Grace.

Estar rodeada por una multitud de gente parecía el peor escenario posible cuando se sentía tan frágil como una figurita de cristal, pero,

de todas formas, cogió el tren. Quizá esperaba distraerse o que la absorbiera una cacofonía de movimiento. Fuera cual fuese el motivo, lo hizo. ¡Y mantuvo la compostura, joder! Incluso consiguió mantener la calma después de que un turista le pidiera indicaciones para llegar a un sitio y se dio cuenta de que era oficialmente bostoniana, por lo que sacó el móvil para comentárselo a Sig con un mensaje gracioso.

Se acabaron las lágrimas.

No resolverían nada.

Claro que era imposible pasar por alto el hecho de que algo dentro de ella se había roto de forma irremediable. Una luz se había apagado en su interior, y sus huesos le decían que habían cortado los cables eléctricos. En otras palabras, que esa luz nunca volvería a brillar. No esa en concreto.

La que había iluminado el rincón del mundo que solo compartía con Sig.

«De esto debería salir algo bueno. Seguro que ha pasado por un motivo».

Si una tragedia engendraba otra, abandonaría la calma y empezaría a quemar ciudades, una a una. Seguro que todo aquello tenía un motivo. Debía de haber una razón por la que había conocido a su alma gemela solo para perderla. Las cosas pasaban por algo, ¿no?

Levantó la mano para llamar a la puerta de Grace sin ser consciente de cómo había llegado hasta allí. Tampoco recordaba haber hablado con el portero abajo. ¿Habría llamado a Grace para avisarla de que iba a subir?

Sí.

«Por eso la puerta ya está abierta».

Mientras se ordenaba recuperar la compostura, entró en el ático,

mirando a su alrededor en busca de su tutora mientras colgaba el abrigo, un movimiento que la agotó, por raro que pareciera. Le tensó los brazos, el cuello, las entrañas. «Tú sigue moviéndote. Despacio y con firmeza».

Oyó unos pasos que se acercaban por el pasillo, acompañados por el sonido de unas ruedas. Un segundo después, divisó la fuente. Grace apareció en escena con una maleta de Louis Vuitton, de cuya asa colgaba una almohada cervical dorada.

Grace levantó una ceja.

—¿Por qué no estás practicando? El tiempo es oro.

—¿Y esa maleta? ¿Adónde vas?

—¿Ahora mismo? A ningún sitio. —Bajó el asa de la maleta y se sacudió las manos—. Aunque esta noche a lo mejor me voy a Ámsterdam.

—*¿¡Cómo!?*

—Después de mi última actuación.

—*¿¡Última!?*

Grace soltó un largo suspiro.

—Hoy estás más rubia de la cuenta, Chloe.

—¡Vaya, perdona que me haya pillado desprevenida! —Señaló la maleta—. ¿Esta es tu forma de decirme que te rindes conmigo? Porque me niego. ¡Me niego a aceptarlo! He estado tocando todos los días a tope. He mejorado. Soy… ¡formidable! ¿Ayer ni siquiera me diste indicaciones y ahora me dices que te vas? ¿Para irte a vivir tu fantasía del triángulo amoroso europeo? No. ¡No pienso irme!

—Fantasía del triángulo amoroso europeo. Eso suena bien. —Un raro destello de buen humor iluminó los ojos de Grace—. Pero, por desgracia, pienso meterle el arco a la violonchelista por el culo y recuperar a mi novia. Lo que significa que tú cubrirás mi turno. Por así decirlo.

La sangre de Chloe dejó de fluir.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir… —repitió Grace mientras ponía los ojos en blanco — que por algo no te di indicaciones ayer. Chloe, eres… formidable de verdad. Y tienes más temple del que te atribuí en un principio. Por eso, anoche me reuní con los asesores y con el director de la orquesta. Ya les había informado de mi inminente marcha y les envié un montón de vídeos de nuestras sesiones que he grabado durante las dos últimas semanas. Decir que están ansiosos por incorporar a alguien con tu talento a la orquesta es quedarse corta. —Tomó aire, complacida—. A partir del lunes, ocuparás el puesto de primera arpista de la Orquesta Sinfónica de Boston. No la cagues. Y, ¡por el amor de Dios!, tampoco te folles a tu hermanastro. O volveré y te meteré el arpa por el culo. No creas que es imposible.

Chloe estuvo a punto de desplomarse en el suelo, pero no podía ponerle nombre a la emoción que le provocaba semejante debilidad en todas partes a la vez. Alivio por haber encontrado lo bueno que surgía de su descalabro sentimental y que tanto había necesitado descubrir. Tristeza porque ni siquiera eso bastaba para hacerla feliz. Orgullo de sí misma, sí. Determinación de hacerle justicia al puesto de primera arpista. Sí.

Sin embargo, la felicidad seguía siendo esquiva. Quizá siempre lo sería.

—Gracias.

—De nada. —Grace frunció un poco el ceño mientras la miraba fijamente—. ¿Estás bien?

No había una respuesta sencilla, así que optó por una que esperaba con todas sus fuerzas que tuviera algo de verdad.

—No. Pero lo estaré.

Capítulo veinticinco

Sig bajó la mirada hacia el contrato que tenía delante y sintió el extraño impulso de echarse a reír. En plan carcajada exagerada e histérica que incomodaría a todos los que lo rodeaban. Una carcajada que no podría parar una vez que empezara. David, su representante, estaba sentado a su derecha y miraba el contrato con el símbolo del dólar en los ojos. Reese, que acababa de deslizar los documentos hacia él, estaba tan erguida como de costumbre mientras lo miraba con expresión satisfecha. Sin duda creía que acababa de darle todo lo que siempre había deseado.

Un contrato de ocho cifras. Cinco años más en el equipo que se había convertido en su familia.

Una forma de mantenerse. De garantizar que su madre siguiera viviendo con comodidad.

Sin embargo, bien podría ser un plato de gusanos.

La ironía de todo aquello era como unos nudillos de metal que se le clavaran en la yugular. Lo que lo impulsaba a volver a firmar un abultado contrato con los Bearcats de Boston… estaba fuera de su alcance. Chloe.

¡Chloe!

¡Joder!

Cualquier impulso que hubiera tenido de reír, ya fuera con buen humor o no, se hundió en su garganta como un ancla oxidada.

Oficialmente ya era su hermanastra. Se acabó lo de jugar a las casitas con ella; se acabó la esperanza. Se acabó… estar con ella.

La última vez que sintió un mínimo de coherencia fue durante la

llamada de sus padres desde Las Vegas. Desde entonces, había estado sentado en el salón de su casa, con la vista clavada en la tele, aunque ni siquiera la había encendido. Bebiendo más de lo que debería y renegando de la reunión con Reese.

Burgess se pasó por allí para hablar con él, pero no recordaba si llegó a responder las preguntas de su amigo. Todo estaba borroso en su mente.

Al contrario de lo que sucedía con el momento presente, que no podía ser más cristalino.

Como un diamante con aristas lo bastante afiladas como para cortarle la piel.

—Hasta que no firme esto, sigo siendo libre —se oyó decir y, ¡por Dios!, su voz no podía ser más amenazante—. ¿Verdad?

David se acomodó en su silla y carraspeó mientras unía las yemas de los dedos índices. Como si estuviera intentando interpretar su energía, su deseo de negociar. Claro que iba a interpretar una mierda como un piano. No se hacía una idea del infierno que tenía en la cabeza. Nadie lo sabía. Nadie sabía que estaba a punto de autodestruirse. Era una bomba de relojería andante.

«Chloe».

—Sí, efectivamente —añadió su representante—. Tenemos propuestas de distintos equipos.

Reese lo miró con los ojos entrecerrados.

—Hace tiempo le dijiste a mi padre que no querías jugar en ningún sitio que no fuera Boston. Que querías empezar y terminar tu carrera en los Bearcats.

—Ya no siento lo mismo.

«Solo siento dolor».

—¿Qué ha cambiado? —le preguntó Reese, aunque era evidente que ya lo sabía. O, al menos, que sabía quién había provocado su

cambio de actitud—. Sabía que hablarte de… la situación con la señorita Clifford iba a ser delicado, pero espero que comprendas que no tenía elección. Y el asunto se ha resuelto, en la medida de lo posible. La prensa parece haber retirado la noticia y hemos bloqueado cualquier mención en los foros de internet…

—¿De qué estamos hablando exactamente? —preguntó su representante—. ¿Hay algo que deba saber?

Reese y Sig pasaron de él.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que se ha resuelto en cuestión de dos semanas? —le preguntó Sig. Reese no tenía respuesta para eso—. Lo más probable es que haya estado jugando tan bien que no tengas más remedio que asegurarte de que me quedo en el equipo, escándalo incluido.

—El riesgo todavía está ahí —dijo Reese con voz cortante.

—Ya no. —Sus cuerdas vocales estaban carbonizadas—. Ya no. —Reese sabía que su padre se había casado con la madre de Chloe. Lo percibió en la inclinación de su cabeza, en su forma de retorcerse las manos. Lo había estado vigilando y, la verdad, no podía culparla. Se jugaba mucho en su nuevo puesto y no quería empezar con mal pie al hacer una pésima inversión. Pero ¿era él una buena inversión? Un jugador de *hockey* necesitaba corazón para estar en lo más alto, y el suyo estaba destrozado.

David se alisó la corbata y se rio, un poco incómodo.

—¿Puede alguien explicarme qué está pasando aquí?

—Quiero jugar en otro sitio. —Soltó las palabras como una bomba, pero estaba demasiado entumecido como para sentir la explosión—. En cualquier sitio menos en Boston. Necesito irme de aquí.

—Sig —dijo Reese, mientras el pánico empezaba a asomar por los bordes de su fría apariencia—, no hemos subestimado lo importante que eres para el equipo y eso se refleja en lo que te ofrecemos…

—¿Ah, sí? Pues llega dos semanas tarde.

Su representante se puso de pie para salir de la estancia a toda prisa.

—Voy a hacer unas llamadas.

—Sácame también de la liga. No quiero volver aquí. No quiero ningún puto recuerdo de… este lugar.

—No tires por la borda lo que has construido en Boston —dijo Reese en voz baja, cerrando los ojos, como si supiera que ya había perdido, pero fuera incapaz de renunciar sin más—. Te ofrecemos una equipación con la insignia de capitán en el hombro. Si te marchas a un equipo nuevo, no te la van a dar de forma automática.

—Seguramente ahora mismo no debería ser capitán de nada.

Reese dejó que parte de la incredulidad que sentía se reflejara en su expresión.

—¿No crees que el tiempo te ayudará un poco? A estar sin… ella.

—¡Y una puta mierda! —Reese no podía comprender la desolación de su interior—. Ojalá nunca tengas que pasar por esto.

—No lo haré. —Abrió la boca, la cerró y añadió como si estuviera indignada—: No me lo permitiría.

En ese momento sí que soltó la carcajada. Y era tan desagradable como había imaginado.

—Suerte con eso, Reese. —No había nada más que decir, así que se puso en pie con las piernas doloridas. Más que de costumbre, porque se había estado esforzando en los entrenamientos casi como si esperase sufrir una lesión. Algún dolor que lo distrajera de la agonía. Sin embargo, a esas alturas, agradecía no haber sufrido ninguna. Ese iba a ser su billete para salir de allí. Para alejarse de Boston.

Para alejarse de la única mujer a la que amaría en la vida.

—Supongo que mi representante se pondrá en contacto contigo.

—No hagas esto, Sig. Con la retirada de Burgess… —Levantó las

manos, con las palmas hacia fuera, en un gesto suplicante—. No destroces el equipo.

Sus palabras le entraron por un oído y le salieron por el otro mientras atravesaba la puerta para irse.



Chloe apartó los dedos del arpa, aceptando los murmullos de bienvenida y las felicitaciones de los músicos que salían del escenario a su alrededor. Acababan de terminar su primer ensayo, pero habría tres más en el transcurso de dos días a fin de prepararse para su primera actuación con la orquesta. Sí, dentro de dos días debutaría como primera arpista, allí mismo, en el escenario de la sala de conciertos Symphony Hall.

Su madre estaría allí. Con su nuevo marido.

En primera fila, por supuesto.

A decir verdad, no estaba segura de querer ver a Sofia y a Harvey, pero por el momento no tenía energía para detenerlos. Ni para establecer con su madre los límites que tanto tiempo habían tardado en llegar. Aunque pronto los erigiría. Sí, por fin había llegado el momento. Lo supo en cuanto se dio cuenta de que se había casado en Las Vegas para alejarla de Sig. Porque, aunque detestaba la idea de hacerle daño, Sofia no había tenido la misma consideración con ella, ¿verdad? No.

Así que sí. En cuanto pudiera pensar con claridad, colocaría unos muros resistentes y los mantendría bien firmes.

Grace se había ido a Ámsterdam y le había dejado las llaves de su ático para que pudiera seguir practicando con el Arpa del Destino, que había llegado a considerar suya. Claro que no se lo había dicho a su tutora, que le había enviado en plena madrugada la foto de un estuche de violonchelo apoyado contra la pared de su dormitorio,

con un sujetador colgando. ¿Se había reconciliado con su novia? Eso parecía. Se alegró por ella, tanto que fue como si la alegría le desbordara el pecho.

Era la última que quedaba en el escenario, y el silencio se apoderó de las filas de asientos de cuero negro. Su mirada se dirigió hacia las rutilantes arañas que colgaban del techo, hacia las estatuas de ángeles y de santos que lo adornaban. Era un lugar precioso. La sala donde siempre había querido actuar y a la que había llegado por pura fuerza de voluntad. Había dejado de darles la espalda a las posibilidades que tenía delante y las había alcanzado. Las había superado.

Sin embargo, le resultaba imposible imaginarse su primera actuación sin Sig mirándola desde el público. En realidad, no podía imaginarse ninguna actuación sin él presente, ni la primera, ni la décima, ni la quingentésima. Por más que hubiera perfeccionado su arte desde que empezó con Grace, no podía negar que le faltaba algo.

Tocaba perfectamente. No fallaba ni una nota.

Sin embargo, lo hacía sin alma.

Se la habían succionado del cuerpo.

Vivir sin ella, sin Sig, era cada vez más difícil. Y estaba a punto de ceder a la tentación. De coger el tren hasta su barrio y presentarse en su puerta. «Una vez más. Te necesito una vez más». O… de preguntarle a la cara si lo de Suecia iba en serio. Aunque ¿no los seguirían hasta allí sus reputaciones, sus identidades? ¿No era Suecia más bien un símbolo de la idea de huir juntos?

—No puedo pedirle que haga eso —susurró.

Y no podía. Como tampoco podía decepcionar a Grace o a la orquesta que la había acogido con los brazos abiertos. O a ella misma. Se lo había ganado, ¿verdad?

Se levantó del taburete y deambuló entre bastidores, sin ser consciente de los pasos que daba. Encontró su bolso en la zona que le habían asignado y le sonrió a un grupo de músicos de cuerda que estaban allí cerca. Uno de ellos le hizo señas para que se acercara y ella levantó un dedo, indicando que esperasen un poco, momento que aprovechó para desplazarse por las fotos de su móvil y buscar su preferida de Sig y ella juntos. La hizo el día que él le enseñó a coger el tren. Estaba agarrado a una barra, con los brazos cruzados, enseñándole a hacer transbordos y la parada que la llevaría al conservatorio. Parecía muy serio, muy preocupado, pero también… seguro de ella. Decidido a ayudarla.

Ese amor iba a destrozarla.

Quizá ya lo había hecho. Y necesitaba con desesperación volver a sentirse completa.

Así que cedió a la tentación.

Le envió un mensaje de texto con el corazón a dos mil y conteniendo el aliento, incapaz de cortar con él por lo sano.

¿Se acabaría el mundo si lo veía en persona desde una distancia segura?

> Mi primera actuación es el sábado por la noche. No habría llegado hasta aquí sin ti. No quiero estar aquí sin ti. Vas a venir?

Envió el mensaje y casi se le doblaron las rodillas.

El simple hecho de tenderle la mano fue como revivir.

¿Respondería? ¿Iría al concierto?

Cuando vio que pasaban dos minutos y no llegaba ninguna respuesta, se apresuró a guardar el móvil en el bolso, respiró hondo y se acercó al grupo.

Sig no podía respirar.

Sostenía el móvil entre las manos como si fuera un zapato de cristal, leyendo y releyendo el mensaje de Chloe. ¡Por Dios! Ella había sido la primera en cortar, por lo menos en lo referente a seguir en contacto. Había pasado con la camioneta por delante de su piso un montón de veces desde el día que Sofia les soltó el bombazo. Por no mencionar que había llamado al casero todas las mañanas para asegurarse de que volvía a casa sana y salva después del paseo con Pierre. Había conseguido a duras penas no llamarla, ni enviarle mensajes, ni presentarse en su puerta, y esa era la prueba de que debía marcharse de Boston lo antes posible.

Su instinto lo animaba a responder el mensaje de inmediato.

A decirle: «Ahí estaré. Por supuesto que voy».

Sin embargo, el sábado tenía una reunión en Los Ángeles. Con un posible nuevo equipo.

Soltó el móvil en la mesa del sofá y empezó a pasearse de un lado para otro.

Se clavó los nudillos en las cuencas de los ojos tan hondo como pudo sin quedarse ciego.

«¿Qué cojones hago?».

Ir a Los Ángeles. Salvarse a sí mismo. Salvarla a ella. Chloe había sido lo bastante fuerte como para iniciar el proceso de separarlos y, en ese momento, necesitaba que él tomara el testigo. Que hiciese lo que había que hacer. No podía vivir tan cerca de ella sin estar con ella. Su corazón sufría una constante erupción de dolor a medida que pasaba el tiempo. Estar en la misma ciudad que ella solo servía para dificultar las cosas.

Cogió el móvil y tecleó su respuesta:

> El sábado estaré en Los Ángeles reunido con un nuevo equipo. Lo

Mandó el mensaje, sintió que se le desgarraba el pecho y, de inmediato, intentó anularlo sin saber por qué ni lo que conseguiría al hacerlo. Lo único que tenía claro era que moriría si no le daba a Chloe lo que necesitaba. Saber que la noticia la destrozaría, tanto como a él, fue como un golpe recurrente en el plexo solar. Pero ya estaba hecho. No podía deshacer el envío.

Se dejó caer en el sofá, con la cabeza entre las manos y mesándose el pelo.

«Vete». Tenía que irse ya, antes de claudicar e ir ver a Chloe.

Irse a Los Ángeles. Firmar un puto contrato. Jugar al *hockey* hasta que su cuerpo cediera.

Eso era lo único que podía hacer.

Le llegó una notificación alertándolo de que tenía un nuevo mensaje de correo electrónico del detective privado, pero la borró sin mirar siquiera, tras decidir que la ironía de la situación ya lo había superado por completo.

Capítulo veintiséis

Sig estaba al pie de la estrecha escalerilla metálica, mirando hacia el interior del avión privado. No sentía ni el macuto de lona que se había echado al hombro ni la brisa nocturna que le despeinaba el pelo. Su reflejo en la barandilla era la única pista de que había llegado al aeródromo al que el equipo de Los Ángeles había enviado el avión para vips. Había ido perdiendo la sensibilidad en todas partes poco a poco. Pero tenía que subir la escalerilla, entrar en el avión, para que despegara y lo llevase al otro extremo del país. Eso era lo que estaba pasando. No había vuelta atrás. «Vete».

Apretó los dientes y se obligó a subir, peldaño a peldaño, pasando del móvil, que no dejaba de vibrarle en el bolsillo delantero de los vaqueros. Burgess llevaba todo el día llamándolo, sin duda porque quería convencerlo de que no hiciera lo que había decidido hacer. Reese también había llamado, pidiéndole una vez más que lo reconsiderara. ¡Joder! Ni Mailer y Corrigan lo dejaban tranquilo, pero no entendían lo que era amar tanto que dolía y tener que renunciar a ese amor. Si Dios quería, nunca lo entenderían.

Se dejó caer en el primer asiento, con la mirada perdida.

El móvil siguió vibrando varios minutos, hasta que suspiró, se echó hacia atrás y se lo sacó del bolsillo. Sin embargo, en vez de una llamada de Burgess, de Reese o de alguno de los novatos, era el detective privado.

—¡Dios! Pero ¿qué…? —Meneó la cabeza. ¿Por qué seguía llamándolo? Ya le había mandado el pago final. ¿Qué más quería ese

tío de él? A esas alturas, le parecía una ridiculez haber contratado a un detective privado. Nunca había tenido posibilidades de éxito, ¿verdad?

Quizá le debía una despedida verbal. Como mínimo.

Le dolía pensar, hablar, así que había evitado hablar con prácticamente todo el mundo durante los últimos días, pero soltó un taco y contestó en ese momento, con la esperanza de terminar la conversación en menos de un minuto.

—Hola, Niko. Siento haber estado desaparecido en combate, pero estoy a punto de volar a…

—¡Joder, tío! Me tenías preocupado.

Sig frunció el ceño. Eso era un poco extremo, ¿no?

Quizá no. Quizá todas las personas que lo conocían deberían preocuparse por él, teniendo en cuenta que sentía como si le faltara un trozo sangrante en el pecho.

—Estoy bien —mintió—. Gracias por…

—No debería haberte enviado ese informe sin prepararte antes. Algunas personas no se toman muy bien ese tipo de noticias. Entiendo que sea perturbador.

¿Se podía saber de qué estaba hablando?

—La verdad, no me he molestado en leer el informe. Mi padre acabó casándose con Sofia Clifford en Las Vegas la semana pasada, así que… ya no tiene mucho sentido intentar luchar.

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿No has leído el informe?

Por debajo de él, el motor del avión se puso en marcha con un breve gruñido que acabó convertido en un ronroneo.

—No, no lo he leído. A ver, no es que no agradezca todo lo que te has esforzado, porque te lo agradezco…

—Creo que deberías leerlo.

Sig sintió que la irritación le tensaba la nuca. ¿Por qué no captaba la indirecta? La esperanza se encogió y murió en el piso de Chloe, y reavivar esa llama era muy cruel, ¡joder!

—No hay nada en ese informe que vaya a cambiar las cosas.

—No estés tan seguro —replicó Niko con una carcajada carente de humor—. Oye, que no voy a obligarte a hacer nada que no quieras. Si después de esto, no volvemos a hablar, pues estupendo. Te agradezco que pagaras a tiempo. Buena suerte.

—Gracias —masculló Sig, que vio la pantalla ponerse en negro.

—Recorreremos la pista para ponernos en posición dentro de cinco minutos —anunció el piloto desde la parte delantera del avión.

Distraído, Sig asintió con la cabeza… y miró de nuevo el teléfono, mientras la curiosidad aumentaba a cada segundo. ¿Qué importante revelación contendría el informe ese?

Tras unos segundos de titubeo, pulsó el icono del correo electrónico y bajó por la lista, casi al final, dejando atrás mensajes con el equipo de Los Ángeles, anuncios y alertas para renovar suscripciones, hasta dar con el mensaje de Niko. Lo abrió, buscó el PDF adjunto y empezó a leer.

Al intentar acceder a los archivos del registro del condado de Hennepin, hemos descubierto una prueba de paternidad. A petición de la familia Gauthier, se le pidió a Harvey Lerner, a través del juzgado, que se hiciera la prueba que, al final, resultó negativa.

Se demostró que Harvey Lerner no es el padre biológico de Sig Gauthier.

Las palabras se fusionaron. El corazón le atronó los oídos.

Tenía que ser un error. Tenía que…

Sin embargo, tenía muchísimo sentido. El resentimiento de su

madre, que hubiera cortado todos los lazos con su familia, que Harvey los abandonara tan de repente. «Por Dios. ¡Por Dios!».

Si no era hijo de Harvey, si no era ni siquiera su pariente sanguíneo…

El hombre que se había casado con la madre de Chloe no era su verdadero padre.

Ni siquiera era su padrastro. No era nada.

No había ninguna relación entre ellos.

Lo que quería decir…

Que Chloe no era su hermanastra.

No estaban emparentados de ninguna manera. Ni por el matrimonio de sus padres. Ni por ninguna otra cosa.

Sin embargo, la revelación era demasiado buena como para ser verdad. Necesitaba más de una fuente para confirmarlo antes de actuar en consecuencia. De lo contrario, los expondría a Chloe y a él a otra decepción. Una decepción que bien podría matarlos.

Con manos temblorosas, llamó a su madre y casi no le salió la voz cuando ella contestó.

—¿Rosie? Mamá. —Hasta que ella no soltó un gemido al oírlo pronunciar la palabra «mamá», hasta ese preciso momento, no cayó en las implicaciones de esa noticia en lo referente a su madre. En ese instante, se sacudió casi con violencia en el asiento mientras su cabeza negaba por voluntad propia. Ella lo sabía. Ella había tenido en la mano la llave de su cárcel todo ese tiempo y no se la había ofrecido—. Rosie.

—Dime, Sig. —Se hizo el silencio—. ¿Pasa algo?

—No es mi padre —consiguió decir, con la boca seca—. Harvey. No es mi padre. ¿Es verdad? Sí o no.

Contuvo la respiración.

—Sig, esto… —Se oyó de fondo el ruido de algo que se caía—.

¿Por qué pre-preguntas…?

La rabia y algo más, posiblemente el sentimiento de traición, sí, le formaron un nudo en la garganta, haciendo que el aliento que había estado conteniendo se le escapara de golpe.

—No me mientas, por favor. Contéstame sin rodeos por una vez. Esto… ¡Por Dios! Si esto es verdad, si Harvey no es mi padre, no saber la verdad me habría impedido estar con ella. Podría haberla abandonado sin motivo, ¿es que no lo ves?

La confusión de su madre era palpable incluso a través del teléfono.

—¿Quién, Sig? ¿De quién estás hablando?

—¡De Chloe! —Que sí, que nunca le había hablado a su madre de Chloe. Había encerrado su magia todo lo posible, se había negado a compartirla hasta saber que su relación sería para siempre. Pero desear saber la verdad sobre su origen debería haber bastado. Pues claro que debería—. ¿Quién es mi padre, Rosie? Quiero que me digas la verdad ahora mismo. Ahora mismo, ¿vale? Se acabaron los juegos.

Pasaron varios segundos, ninguno nítido.

—Bobby Prince. —El suspiro de su madre era una mezcla de alivio mezclado con una buena dosis de vergüenza—. El chico con quien estaba saliendo antes de que apareciera Harvey… Mmm… ¡Ay, de verdad, lo siento muchísimo, Sig! Debería habértelo dicho. Cuesta deshacerse de las viejas costumbres, y me educaron para guardar secretos, para evitar cualquier cosa que pudiera mancillar el apellido familiar. Y había… más. Hay más. —Continuó en un susurro—: Solo quería demostrar que no los necesitábamos, a ninguno. No los necesitábamos.

Le costó mucho dar con su compasión… y, de milagro, lo hizo, aunque estaba enterrada debajo de un montón de rabia, de alivio y de urgencia. Quizá porque las ganas de su madre de abrirse camino

sola le recordaban al viaje de Chloe. O quizá porque era imposible seguir cabreado cuando la vida acababa de convertirse en algo que merecía la pena de nuevo.

Chloe y él podían estar juntos. Ya no había nada que se lo impidiera.

Nada, salvo ese vuelo a Los Ángeles. Firmar con otro equipo.

Tragó saliva y tomó una entrecortada bocanada de aire, llenándose los pulmones por completo por primera vez en un minuto entero. Tal vez en un día.

—Gracias por contarme por fin la verdad, Rosie. Pero, ahora mismo, tengo que irme. Ya te llamo en otro momento. —Tragó saliva con fuerza—. Y te lo cuento todo de ella.

—Me muero de ganas —replicó su madre con voz llorosa.

Colgó y se puso en pie con las piernas temblorosas, tambaleándose hacia delante para agarrarse a la mampara de separación. El alivio tan salvaje y potente que lo golpeaba en oleadas sorprendentes lo hacía quedarse sin aire una y otra y otra vez.

—Para. —Levantó un brazo, que le pesaba una tonelada, y lo agitó para llamar la atención de la chica que estaba a punto de cerrar la pesada puerta del avión—. Para, voy a bajarme. Tengo que irme. Ya.

—Eeeh… ¿Cómo? —balbuceó ella—. ¿Pasa algo malo?

No. Por fin algo iba bien.

¡Por Dios! El primer concierto de Chloe era esa noche, y no estaba allí. Pero iría. Joder, iría tal como ella le había pedido. Y, después, la abrazaría y le diría que nunca la dejaría marchar. Jamás. La desdicha y la locura se habían acabado.

Tuvo la sensación de que la escalerilla tardaba un millón de años en desplegarse de nuevo, pero, en cuanto tocó la pista, la bajó corriendo en dirección a la terminal, con el móvil en una mano y el macuto en la otra. No se molestó en pedir un Uber, no estaba seguro

de poder pensar con la suficiente claridad para hacerlo, porque la alegría era una explosión en su interior que hacía que sus músculos flaqueasen para, acto seguido, fortalecerse de nuevo. Y no podía pensar, se limitó a correr y a meterse a toda prisa en la parte posterior de un taxi cuando salió de la terminal.

—A la Symphony Hall, por favor —dijo con voz entrecortada.

Satisfecho al ver que el taxista captaba la urgencia que destilaba su voz, por lo menos, a juzgar por cómo pisó el acelerador, Sig volvió a bajar la vista hacia su teléfono y marcó, sin molestarse siquiera en recuperar el aliento.

—¿Reese? —Se dejó caer contra el respaldo de cuero, sin avergonzarse de la humedad que le nublaba la vista—. Reese, soy Sig. Voy a reenviarte un mensaje de correo electrónico. Es de un detective privado. Lee el archivo adjunto. —Casi no atinaba a manejar el teléfono de lo mucho que le temblaban las manos, así que soltó un fuerte suspiro hacia el techo y lo intentó de nuevo hasta conseguirlo—. Si te basta con eso, si el equipo acepta esa información y la usa para cubrirme las espaldas si alguien viene a por mí o a por Chloe, me quedaré en Boston.

Sig no perdió el tiempo suspirando aliviado al ver las columnas blancas de la Symphony Hall. El taxi ni se había parado del todo antes de que bajara a la acera para subir los escalones de dos en dos. Hubiera planeado o no asistir esa noche, Chloe le habría dejado una entrada en la taquilla. Ni siquiera lo dudó (la lealtad que tenían el uno para el otro era un hecho incuestionable), y a la ventanita de la taquilla fue adonde se dirigió en cuanto traspasó la entrada…

Sin embargo, se detuvo en seco antes de llegar.

Harvey y Sofia se interponían entre él y la taquilla.

Se encontraban con un grupito de personas, y Sofia estaba extendiendo la mano en la que llevaba el anillo de diamantes para que todos lo admirasen. Una hora antes, esa imagen lo habría destrozado. En ese momento… En ese momento, solo podía pensar una cosa: «Voy a comprarle un anillo el doble de grande a mi chica».

Como si hubiera hecho la declaración en voz alta, Harvey se giró un poco y clavó la mirada en la suya por encima de las cabezas de la multitud. No pareció sorprendido de verlo, pero lo que captara en su expresión lo hizo entrecerrar los ojos. Después de darle una palmadita en un hombro a su flamante esposa, empezó a abrirse paso hacia él.

Sig lo esperó, porque no estaba dispuesto a dar un solo paso para encontrarse con él a medio camino.

Ni en ese momento. Ni posiblemente en ningún otro.

En ese instante, no sentía las ganas de perdonar, pero algo en el fondo de su mente le dijo que estaba a punto de alcanzar tal felicidad que guardar rencor no estaba en su futuro.

—Hijo —dijo Harvey a modo de saludo al tiempo que reparaba en su ropa—. ¿Acabas de salir del entrenamiento…?

—¿Hijo? —Sentía el pulso latirle desbocado en el cuello—. ¿Te importaría corregir eso?

Harvey se balanceó sobre los talones. Bebió un buen sorbo de la copa de champán que tenía en la mano.

—Tu madre por fin te ha contado la verdad.

Los dos lo sabían. ¡Joder! Le costó la misma vida contener la oleada de rabia.

—Antes he tenido que averiguarlo por mi cuenta —soltó.

—¿El detective privado? —Harvey murmuró algo—. Tiene que ser bueno.

—Contesta mis preguntas, por favor. No lo alargues más de lo que

ya lo has hecho. —Chloe estaba en el edificio. Solo necesitaba llegar hasta ella. El retraso le dolía—. ¿Descubriste que no eras mi verdadero padre? ¿Por eso te fuiste?

—Fue una época complicada…

—Respuestas. Ya.

—¡Por Dios, vale! —Harvey se encorvó un poco y también perdió parte de la expresión ufana, y durante unos pocos segundos, Sig casi pudo imaginárselo treinta años antes—. Iba a quedarme, Sig. Iba a ser tu padre. En serio, créeme. Estuve en el paritorio. Y sus padres no me querían allí, te lo aseguro. No era de su clase, ¿entiendes? Pero estaba decidido a criarte. —Hizo una pausa para apurar el champán —. No pudieron alegrarse más cuando la prueba de paternidad demostró que eras del novio intermitente de tu madre, Bobby Prince, el chico rico que habían elegido para ella.

Sig se obligó a mantener el rostro impasible mientras pronunciaban el nombre de su verdadero padre por segunda vez en una hora. Algún día, con Chloe a su lado, buscaría a Bobby Prince. No albergaría esperanzas de una reunión emotiva o una relación estrecha. Como mucho, esperaría algo de claridad, poder zanjar el tema. Una oportunidad de dejar las cosas claras. Pero le quedaba mucho camino por recorrer antes de llegar a esa situación. Saber que llegaría allí con Chloe como su esposa hacía que todo fuera menos abrumador.

—En cuanto llegaron los resultados de la prueba —siguió Harvey —, supusieron que tu madre me abandonaría y volvería con Bobby para que te pudiera criar tu verdadero padre, pero… —Una sonrisa afectuosa, aunque renuente, asomó a su cara—. Tu madre era demasiado cabezota para eso. La perdoné y estábamos decididos a salir adelante por nuestra cuenta. Los tres.

Sig lo sentía. Estaba a punto de encontrar la pieza que faltaba y

que llevaba buscando desde que tuvo edad suficiente para preguntarse por qué no tenía padre.

—¿Qué pasó?

El cuello de la camisa de Harvey se movió cuando tragó saliva con muchísima fuerza.

—Sus padres me ofrecieron dinero. Mucho, Sig. Lo suficiente como para vivir el resto de mi vida. —Lo miró a los ojos—. Solo tenía que irme.

A Sig se le hinchó el pecho al tomar aire.

—Te sobornaron.

—Y acepté. Lo siento, pero acepté. Y me fui.

—Así que no robaste nada. Te lo dieron.

Harvey asintió con la cabeza.

—Una vez más, supusieron erróneamente que tu madre volvería a casa como una hija obediente, se casaría con el hombre adecuado y llevaría la vida que le habían preparado. Pero… no lo hizo. Descubrí después a través de unos amigos en común que había mandado a paseo a sus padres y que se fue para criarte como madre soltera. Me enorgullecí de ella. Y me avergoncé por hacer sido el débil. Me arrepiento todos los días.

Sig se quedó inmóvil mientras asimilaba los acontecimientos que habían dado forma a sus primeros años de vida. Quería enfadarse con esos dos adultos por egoístas y temerarios. Pero, una vez más, no pudo sino admirar a su madre por haberse abierto camino ella sola. Por no darle a nadie poder sobre ella. Por aferrarse a su libre albedrío con uñas y dientes, aunque fuera duro.

—Rosie…, esa mujer es orgullosa. Tú lo has heredado de ella. —Empezaban a atenuarse las luces del vestíbulo, indicando que la actuación estaba a punto de comenzar. Harvey bajó la mirada a la moqueta un segundo antes de mirarlo de nuevo a los ojos—. Cuando

te pusiste en contacto conmigo hace once años, quise contártelo todo. La verdad. Te lo merecías. Firmé un acuerdo de confidencialidad para poder recibir el dinero, pero… si te soy totalmente sincero, me seguía carcomiendo la culpa. Creía que podría compensarte por haberme ido. Siento haber permitido que la mentira continuara, Sig.

Como no sabía qué responderle, no dijo nada.

Necesitaba tiempo para asimilar la noticia, la verdad.

Y quería hacer todo eso con Chloe.

—¿Sabe Sofia que no eres mi padre?

Harvey agachó la cabeza.

—No, pero se lo diré.

—Bien. Hazlo pronto. Se acabó lo de ocultar lo que tengo con Chloe —dijo con voz ronca—. Tengo que estar ahí cuando empiece el concierto. Me vas a tener que perdonar…

—Espero que podamos seguir… teniendo algún tipo de relación. Quizá sea poco realista, teniendo en cuenta que ya era muy débil antes de conocer a Sofia, y ahora…

—Ibas a permitir que perdiera a Chloe para no tener que exponer tu vergüenza. Para no tener que admitir que llevabas mintiéndome más de diez años.

Harvey se ruborizó un poco.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué puedo decir?

—Di que Sofia y tú dejaréis de interponeros en lo que tengo con Chloe. En serio, me da igual si no hablo con ninguno de vosotros en un futuro cercano, seguramente nunca más, pero Chloe es mejor persona que yo. Y mucho más benévola.

—No me interpondré en tu camino. —Quizá de forma simbólica, Harvey se hizo a un lado, dejando de bloquearle el paso hasta la taquilla—. Haré lo que esté en mi mano con mi mujer.

Esas dos palabras, «mi mujer», y la posibilidad de usarlas para

referirse a Chloe en poco tiempo hicieron que Sig fuera incapaz de decir nada más. Se limitó a moverse hacia la ventanilla a paso vivo, mientras los demás empezaban a llenar el auditorio, con el corazón en la garganta.

«Ya voy, Chlo».

«Ya voy».



—Buena suerte esta noche —susurró una de las violinistas al pasar para ponerse a unos metros de ella, una cara entre un mar de cuerpos talentosos, preparados para tocar sus instrumentos.

—Gracias —dijo Chloe en voz baja, que se volvió para mirar a ciegas su arpa.

Sintió que la electricidad estática le chasqueaba en las yemas de los dedos, urgiéndola a tocar las cuerdas, pero el aplastante peso que sentía en el pecho le mantuvo ambos brazos inmóviles a los costados. Tocaría. Pasaría ese trago. Sig no estaría allí, pero ella sobreviviría a esa noche, y eso era lo máximo que podía esperar.

Al otro lado del telón de terciopelo, las voces se mezclaron y después se hizo el silencio, seguido de una agradable voz que presentaba a la orquesta…, y luego levantaron el telón y Chloe se movió con el piloto automático, cambiando la postura un poco hasta alcanzar la perfección, llevando los dedos a las cuerdas, con la cabeza vuelta para mirar al director. A la espera de pistas que la guiaran a través de toda la interpretación, aunque todos se la sabían de memoria.

Había sido imprudente, teniendo en cuenta su frágil estado mental, al dejar esa entrada en la taquilla para Sig. Sin embargo, el corazón no le permitió hacer otra cosa. La había impulsado un resquicio de esperanza enterrado en lo más hondo y que todavía no

había perdido. Y en ese momento, a pesar de que le habían dicho que no mirase al público, que nunca dejase de prestarles atención a su arpa y al director, desvió la mirada hacia la izquierda en busca del asiento que había reservado.

Por si las moscas.

Por si…

Sig se sentó en la butaca vacía.

El corazón se le subió a la garganta, latiendo, latiendo.

Unos brillantes haces de luz la cegaron un momento. Allí estaba. Había ido. Un tío cañón de anchos hombros entre personas normales y corrientes. Con vaqueros y una sudadera con capucha de los Bearcats, y, por algún motivo, eso hizo que quisiera estallar en lágrimas, de forma ruidosa, para valorarlo. Sig la miró fijamente mientras el pecho se le hinchaba y se le deshinchaba con la respiración antes de cubrirse la boca con una mano, como si estuviera abrumado.

Pues claro que lo estaba. Los dos lo estaban por el mero hecho de encontrarse juntos en la misma estancia.

Chloe inspiró hondo como pudo e intentó concentrarse.

«Concéntrate».

Y lo hizo, porque había recuperado el alma. Él estaba allí mismo, en la sala.

Durante los siguientes noventa minutos, tocó cada nota para él, dándolas con besos imaginarios, cerrando los ojos y reviviendo, saboreando y memorizando cada momento de su relación, de principio a fin, incluso las partes difíciles. Dejó que todos esos momentos se colaran en su actuación, mientras sus dedos se movían sobre las cuerdas por voluntad propia.

Cuando terminó, se puso en pie y saludó al público con una reverencia junto al resto de la orquesta, aunque se le cubrió la piel de

un sudor frío al ver que el asiento de Sig estaba vacío. ¿Se había ido? ¿Cuándo?

En cuanto el telón bajó, abandonó el escenario sumida en un trance, rodeada de sus compañeros músicos, pero sin asimilar sus elogios o sus felicitaciones, apenas consciente de que su propia voz devolvía esos comentarios. Solo necesitaba estar en un lugar tranquilo para poder pensar, llorar y animarse para el siguiente día. Y el siguiente.

Había una sala a modo de camerino en las profundidades de la zona de bastidores que ningún miembro de la orquesta usaba, porque los músicos entraban y salían con la misma ropa; de modo que se dirigió hacia ella y se encerró en la fría oscuridad antes de dejarse caer contra la puerta y apoyar las manos en ella. Echó la cabeza hacia atrás e inhaló para después espirar.

Alguien llamó a la puerta y sintió la tentación de hacer oídos sordos.

De tomarse ese respiro.

Sin embargo, los golpes se volvieron más insistentes. ¿Se habría dejado alguien el bolso allí dentro y tenía que cogerlo? ¿Por qué tenía que ser precisamente ese momento cuando alguien necesitaba entrar?

—Perdón —dijo, obligando a su trémula voz a sonar con más firmeza, al tiempo que se daba media vuelta y abría la puerta—. Solo estaba…

Sig.

Sig estaba allí. Con un ramo de rosas de color rosa en la mano.

El corazón se le desbocó al verlo.

—Hola —susurró.

—Hola. —Sig le recorrió la cara con la mirada—. No soportaba la idea de no tener flores después de verte tocar de forma tan increíble

ahí arriba.

—Gracias.

Sig meneó la cabeza despacio.

—Ojalá pudiera verte otras diez mil veces.

—Pero no puedes —terminó por él—. Lo sé.

—La verdad es que sí puedo. Y lo haré. ¿Crees que me darán siempre el mismo asiento? Tiene el ángulo perfecto para verte mover los labios con las notas.

La confusión se debatió contra la alegría que sentía al verlo.

—No lo entiendo.

Sig miró un instante por encima del hombro y vio que la zona de bastidores empezaba a vaciarse. Después bajó el ramo de rosas y la obligó a adentrarse en la estancia antes de cerrar la puerta. De repente, los sonidos amortiguados y la penumbra de la habitación le resultaron tan íntimos que Chloe sintió que un sollozo le nacía en el pecho.

—No podemos seguir haciendo esto. —Ya le había enterrado los dedos en el cuello de la sudadera—. Vamos a recaer…

—Chloe. —Sin mirar, Sig se apresuró a dejar las rosas en un tocador cercano para tomarle la cara entre las manos—. El detective privado que contraté… me mandó un informe hace unos días y no creí que mereciera la pena leerlo, pero, ¡joder!, sí que la merecía. Consiguió hablar conmigo antes de que me fuera a Los Ángeles. Casi… ¡Por Dios, he estado a punto de firmar con otro equipo! Lejos de ti. —Tardó varios segundos en continuar—. ¿Recuerdas que te conté que la familia de mi madre nunca le dio el visto bueno a Harvey? Pues resulta que le pagaron para que se fuera. Lo sobornaron. Él aceptó porque quería el dinero, sí, pero hay más. Hicieron una prueba de paternidad cuando nací. Supongo que por eso siempre le costó tanto a mi madre hablar de lo sucedido, pero…

—Soltó una carcajada entrecortada antes de ponerse serio. De acariciarle las mejillas con los pulgares—. Chloe, Harvey no es mi padre. Tú y yo ni siquiera somos familia política, Chlo. Podemos estar juntos.

—Pero… —El mundo se había convertido en un mar revuelto bajo sus pies, con el viento azotándole los oídos. No. No…, ¿cómo? ¿Se lo estaba imaginando?—. ¿De verdad? ¿¡De verdad!?

—Tengo el visto bueno del equipo. No creo que vayas a tener problemas con la orquesta… —Sig frunció el ceño—. Si quieres esperar a hablar con ellos, hasta que sepas a ciencia cierta que no…

—Nada de esperar. No. —Se abalanzó sobre él al instante, de modo que chocó con el duro cuerpo de Sig y él golpeó la puerta con la espalda. Pero lo oyó reír. Los dos reían mientras se abrazaban, con sus fuertes brazos levantándola en volandas y estrechándola con toda su fuerza, y fue el sonido más maravilloso que había oído en la vida. No estaban guardándose nada, su alegría no tenía restricciones. Y cuando la boca de Sig se apoderó de la suya y el deseo los consumió, no hicieron nada para controlarlo. No podían.

Sig cambió de postura, de modo que ella quedó pegada a la puerta, mientras le levantaba el vestido hasta la cintura y se bajaba la cremallera de los vaqueros, mirándola a los ojos, dejándola ver el amor que corría libre. Un amor que ya no titubeaba, se preocupaba o se acorralaba. Crecería hasta llegar a todos los rincones del universo.

Él entrecerró los ojos con fuerza, con muchísima fuerza, mientras le comía la boca con un beso lento cargado de promesas de un futuro juntos.

—Podríamos esperar hasta llegar a tu casa —jadeó él, que le rozó las bragas de algodón con su duro miembro, en busca de la entrada a su cuerpo a través de la fina barrera para frotársela—. Ahora tenemos la eternidad.

—Ya te lo he dicho —susurró ella, besándole las mejillas, el mentón y los labios mientras le rodeaba las caderas con los muslos—. Nada de esperar. Se acabó. Te quiero demasiado. ¡Te quiero con locura!

—Yo también te quiero. ¡Te quiero! —exclamó con voz ronca, jadeando con la boca abierta contra la suya cuando le apartó las bragas y la penetró, cubriéndole la boca con una mano para silenciar el jadeo y los gemidos que soltó—. Tranquila. Ya se ha arreglado todo, Chlo. —Su voz vibraba por la intensidad—. Hemos encontrado la forma. Lo malo ya ha pasado.

Chloe sintió que perdía la fuerza en el cuello mientras él la penetraba con dureza, con ternura, y casi le dolía el pecho por la cantidad de dicha que habían desatado.

—Despiértate conmigo mañana. Despiértate conmigo todos los días.

Sig pegó sus frentes, hundido hasta el fondo en ella. Tan adentro que ella podía sentirlo, así como a la ferviente promesa que lo siguió, en todas partes. Por todo el cuerpo.

—Hasta mi último amanecer, chica de mis sueños.

Epílogo

Cinco años después

Sig entró en la casa que compartía con Chloe en Jamaica Plain, un barrio verde de Boston, y dejó caer el macuto del equipo con un ruido sordo. Cerró los ojos automáticamente al oír las notas del arpa que descendían por la escalera y se tomó un momento para saborear que volvía a casa junto a su mejor amiga. Y con la certeza absoluta de que estaría tan ansiosa por verlo como lo estaba él por verla a ella. El hecho de que un hombre creyera que su alma gemela le estaba vedada para siempre tenía una manera de hacer que se sintiera eterna y profundamente agradecido de casarse con ella. Esa gratitud parecía triplicarse cada vez que se echaba a la carretera y volvía a sus brazos.

Con un nudo en la garganta, empezó a subir la escalera mientras miraba las fotos que colgaban de la pared conforme avanzaba. El día de su boda, que se celebró en el jardín trasero de la casa de Sofia, con vistas al Canal y el club de campo donde se conocieron de fondo. Después de que descubriera la verdad sobre su paternidad, hubo unos meses de fricción entre las dos parejas. Por no hablar de la tensión entre su madre y él. Al fin y al cabo, cualquiera de ellos podría haberlos sacado de su desdicha con solo revelar lo de su paternidad. Y Sofia… En fin, seguía siendo la misma de siempre y no iba a cambiar en un futuro cercano. Al final, estaba loco de contento por estar con Chloe y su mujer sentía lo mismo, aunque ella había establecido algunos límites muy saludables con Sofia y no se sentía

culpable a la hora de redefinirlos cuando era necesario. Solo era uno de los millones de motivos por los que era el marido más orgulloso de la Tierra.

Eran ellos quienes elegían cuándo iban a Darien.

Chloe se negaba a que su madre pagase ni un solo *muffin*.

Y cuando, a esas alturas, Sofia se refería a ella como «impulsiva», Chloe contestaba con un: «Gracias, la impulsividad me ha ayudado muchísimo».

Ver a Chloe madurar tanto que Sofia no tuvo más remedio que aceptar a regañadientes la independencia y el nuevo espíritu de su hija fue algo impagable.

Él nunca se llevaría bien con Harvey, pero la reconciliación con el hombre al que una vez creyó su padre le había permitido visitar Darien para que Chloe pudiera ver a su madre…, y ser capaz de cumplir los deseos de su mujer hacía que se tragara el orgullo sin pensar. Incluso dejó que Harvey lo arrastrase al club de campo para jugar al golf un par de veces.

Golf. Pues no estaba tan mal después de todo. Como extra, podía recordar la tarde que conoció al amor de su vida en ese mismo césped. Una tarde que recordaría con todo lujo de detalles hasta que exhalara su último aliento.

Junto a la foto en la que le levantaba el velo a Chloe para besarla, había otra suya hombro con hombro con Bobby Prince, su verdadero padre, aunque no lo hubiera sabido nunca, un carpintero que en la actualidad vivía en Maine y dirigía una empresa de diseño de sillas Adirondack con sus dos bulliciosos hermanos. Lo que quería decir que también tenía tíos y primos. Muy ruidosos. Una familia que quería conocerlo. Por suerte o por desgracia, también estaban locos por el *hockey* y no dejaban de pedirle entradas para los partidos de los Bearcats, y lo animaban junto a Chloe…, que había vuelto a

ponerse su sudadera rosa con orgullo, claro.

En otra foto, sostenía la Stanley Cup por encima de la cabeza, rugiendo por la victoria delante de un estadio donde todos los asientos estaban ocupados, uno de ellos por Bobby, que aplaudía desde la zona reservada a los familiares de los miembros del equipo. Un sueño cumplido de un modo que superaba con creces lo que siempre había imaginado. Para ambos. Él había ganado un padre, y Bobby, al que nunca le habían informado del resultado de la prueba de paternidad que hicieron treinta años antes, se enorgullecía de llamarlo hijo. Y de darle consejos no pedidos sobre *hockey*.

Rosie seguía asistiendo a su único partido anual, aunque se aseguraba de no coincidir con Bobby, y tanto uno como otro parecían encantados con dejar su relación en el pasado, el lugar donde debía estar. Sig creía que estaban siendo tercos y exagerados, pero a Chloe le gustaba decirle que su terquedad tenía que salir de algún lado… y que de no ser por esa terquedad, nunca habría contratado al detective privado.

A ojos de Chloe, ese rasgo era algo que agradecer.

En cuanto a él…, solo daba las gracias por Chloe.

Junto a la preciada foto en la que salía levantando la copa, estaba una de Chloe la mañana que se esposó a su camioneta después de pillarlo hablando con un concesionario de coches. Y, por último, una foto de su partido de béisbol anual en el parque, organizado por Corrigan y Skylar, cuya historia era casi tan tortuosa como la suya con Chloe.

Casi.

Quizá dependía de a quién se le preguntara.

Un leve suspiro se abrió paso entre las suaves notas del arpa, y subió la escalera más deprisa, ya que necesitaba con desesperación ver a su esposa. Abrazarla. Sabía por experiencia que los dolores y

las molestias que le habían dejado los partidos que acababa de jugar fuera de casa se desvanecerían en cuanto la besara. Ella era el mejor subidón de adrenalina, y no hacía más que aumentar su potencia y su efecto con el tiempo. ¡Por Dios! El mundo sería un lugar horrible sin ella.

En silencio, dobló la esquina para entrar en su dormitorio y sonrió de oreja al ver a Chloe practicando su pasatiempo preferido.

Tocar el arpa desnuda.

La luz del sol entraba por la ventana y resaltaba el instrumento dorado, con el grabado floral en la madera pulida. Necesitó un año entero de negociaciones, pero al final consiguió convencer a Grace de que le vendiera el arpa preferida de Chloe. Y pagó una pasta por ella, pero, ¡joder!, merecía la pena cada centavo que había gastado por ver la alegría asomar a la cara de Chloe cada vez que se sentaba delante del instrumento.

—Me recuerda a nuestra historia —le dijo ella en una ocasión—. Me recuerda que estuve sin ti una vez. Mientras toco las canciones, vuelves a mí. Una y otra vez. Es como la alegría en bucle.

¿Cómo no iba a comprar el arpa después de que le dijera eso?

Aunque, a diferencia de Chloe, a él no le gustaba pensar en la época en la que no estuvieron juntos. La época en la que casi se fue de Boston para evitar el dolor perpetuo. Estaba encantado de dejar ese dolor en el pasado… y concentrarse en el presente.

Y en el futuro.

La curva de la barriga de Chloe apareció ante sus ojos, y tuvo que tragar saliva con fuerza, sin aliento de repente por los acelerados latidos de su corazón. ¿Se podía saber qué había hecho para merecer volver a casa con un ángel que tocaba el arpa en su dormitorio y su futuro hijo durmiendo en su seno?

Incapaz de soportar ni un solo minuto más sin tocarla, se quitó las

botas que se había olvidado de quitarse en la entrada y atravesó la alfombra con los calcetines, acercándose desde un lateral para no sobresaltarla. Sin embargo, se llevó una sorpresa cuando ella no dio un respingo ni jadeó al verlo aparecer. Se limitó a mirarlo con una sonrisa.

—Sabía que estabas ahí.

El corazón se le desbocó al estar tan cerca de su dulce y sensual esposa, cubierta de sol. ¡Por Dios! Era imposible prepararse para semejante nivel de perfección.

—¿En serio? —le preguntó con voz ronca.

—Siempre lo sé. —Le regaló al aire unas lánguidas notas—. La casa es más feliz cuando estás en ella. Se convierte en un hogar.

—¿Y tú? ¿Eres más feliz cuando estoy en casa? —le preguntó, aunque ya sabía la respuesta, pero ansiaba la sensación de oírla decirlo en voz alta.

—Infinitamente. Soy feliz cuando sé que estás haciendo lo que te gusta. —Unas cuantas notas melancólicas antes de apartar los dedos de las cuerdas y darse media vuelta en el taburete acolchado—. Pero siempre te quiero aquí conmigo después. Y todos los momentos intermedios.

Se arrodilló delante de ella y le apoyó una mejilla en el regazo. Aspiró su aroma único.

—Ya estoy aquí, gracias a Dios.

—Lo sé. —Captó la sonrisa en su voz mientras le acariciaba el pelo con esos talentosos dedos—. Tu hijo también lo sabe. Está dando patadas.

Sig levantó la cabeza tan deprisa que empezó a darle vueltas.

—Que está haciendo… ¿qué?

Chloe soltó una carcajada.

—Siéntelo tú mismo.

Doscientos trece goles en su carrera, una Stanley Cup y la insignia de capitán en su camiseta…, pero nada podía compararse con poner la mano en la barriga de su mujer y sentir la vida que se movía al otro lado.

¿Qué podía compararse?

Mirar los ojos llenos de lágrimas de la mujer a la que quería con locura y saber que quedaban un millón de aventuras por llegar. Por compartir. Juntos, siempre.¡



#SíSoyRomántica